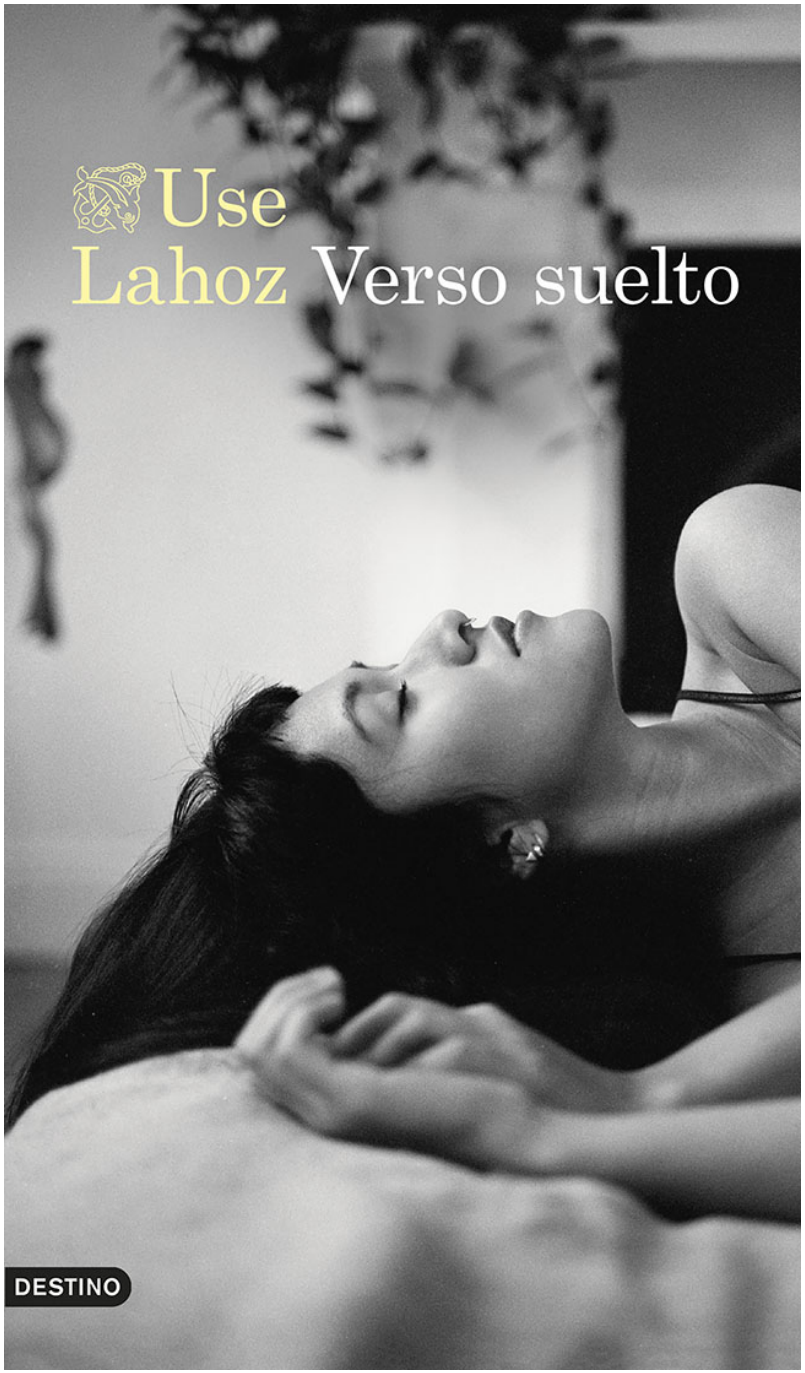
Use
Lahoz
Verso suelto
DESTINO

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
Dedicatoria
Lema
Primera parte. La poética del regreso (1992-1993)
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
Segunda parte. El portazo de Nora (2000-2004)
1
2
3
4
5
6
7
8
Tercera parte. La carga emocional (2008)
1

2
3
4
5
6
7
8
9
10
Cuarta parte. El siete (2016-2019)
1
2
3
4
5
6
7
8
Nota del autor
Créditos

Visita Planetadelibros.com y
descubre una
nueva forma de disfrutar de
la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos

exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Sinopsis

Antes de cumplir quince años, Sandra Martos descubre su inclinación sexual y asiste a la separación de sus padres; dos circunstancias que la harán sentirse en desventaja y en desacuerdo con el mundo que la rodea hasta que, en unos campamentos, conoce a Isa, una monitora que le abrirá las puertas de la vida. Desde ese momento, Sandra, necesitada de referentes en los que apoyar su incertidumbre, entrará en conflicto con sus orígenes y buscará respuestas y cobijo fuera de la familia: en la amistad, pero también en el cine y en los libros, únicos lugares donde la desolación y el desamor pueden resultar hermosos.

Su vida da un vuelco cuando conoce a Jimena, una chica de familia burguesa que incendia su mundo, le enseña el rostro grácil y despreocupado de vivir, muy alejado del ambiente en el que Sandra ha crecido, y con quien descubre el poder magnético del deseo y del amor así, como el miedo a perderlos.

Una novela intensa, punzante y tremendamente humana que nos alumbra sobre el dolor de la infancia, la pérdida de la amistad y la erosión del amor.

Verso suelto

Use Lahoz

Ediciones Destino

A Ignacio Martínez de Pisón, verso firme

Volver a los diecisiete
después de vivir un siglo
es como descifrar signos
sin ser sabio competente,
volver a ser de repente
tan frágil como un segundo,
volver a sentir profundo
como un niño frente a Dios,
eso es lo que siento yo
en este instante fecundo...

VIOLETA PARRA,
Volver a los diecisiete

Primera parte
La poética del regreso (1992-1993)

... desde el principio de los tiempos,
en la infancia, pensé
que el dolor significaba
que no era amada.
Significaba que yo amaba.

LOUISE GLÜCK,

«Primer recuerdo»

1

Para empezar: sol, calor, el aplomo del mediodía, el canto agudo de una pareja de mirlos negros y la impertinencia de una tórtola turca que no había manera de ahuyentar más de un minuto. Un césped en estado envidiable, unos setos recortados con mimo, tiestos de barro espolvoreados de flores, rosales, pequeños pinos, un limonero y la piscina, el bien más preciado por los niños del vecindario.

Enrique trajinaba con su bata azul desabrochada. El peso de los utensilios le hundía los bolsillos y le hacía caminar ligeramente encorvado. Del club vecino llegaban los acompasados y precisos golpes de las raquetas contra las pelotas de tenis, tan familiares de marzo a octubre.

El inicio del verano estaba al caer y el final de curso traía altas temperaturas y, de vez en cuando, el estruendo de algún petardo, sofocado por la distancia, que anunciaba la proximidad de la festividad de San Juan.

Su hija, de catorce años, le había pedido salir con las amigas esa noche y él se había negado. En lo referente a ella, Enrique tenía miedo de todo, pero aún más de una noche que a menudo dejaba víctimas con manos magulladas y ojos a la virulé a causa de los dichosos petardos, por no hablar de cosas peores a las que se exponían las adolescentes.

La depuradora estaba encendida y los sumideros filtraban adecuadamente. El olor del cloro se expandía con intensidad y el recogehojas que descansaba en el suelo guardaba en la red broza humedecida. Al verlo, Enrique cayó en la cuenta de que la bolsa de basura industrial que acababa de cerrar era la última que quedaba y que debía ir sin falta a comprar más.

A los propietarios de la finca les gustaba fardar de su jardín

cuando había invitados. A partir de las cinco, con la salida de los niños de los colegios, la mayoría invitaba a compañeros y se bañaban llenando las tardes de saltos y alaridos hasta que a eso de las siete y media los padres venían a buscarlos y dispensaban palabras de agradecimiento a los anfitriones. A la salida, al pasar por la garita del portero, se dirigían a Enrique, sujeto a la fregona, para recordarle su buena maña mientras dejaban un reguero de agua sucia en las baldosas.

Volvió la tórtola a rastrear una maceta. Enrique alzó la mano y la espantó con un insulto que se fue deshaciendo en el aire tras el frenético aleteo. En verano, con tanto trabajo, le pedía a su mujer que los viernes le preparase mejor un bocadillo, que no tenía tiempo de sentarse. Siempre había sido así de servicial y de entregado. Había acostumbrado a los vecinos y a ninguno le sorprendía verlo de un lado para otro del jardín cuando se asomaban a sus terrazas interiores con el café en la mano o dispuestos a echarse una cabezada en la tumbona. Es más, muchas veces aprovechaban para pedirle algo, ya fuera que arañara unos minutos para limpiarles el trastero, que no olvidara retirar sus basuras de las puertas de sus casas o que aquel sábado habría cumpleaños de algún niño en la piscina y que preparase guirnaldas y confeti, que luego pasarían cuentas.

Enrique solía departir con plantas y flores, y en esos momentos algo le decía a una mimosa sobre la noche de San Juan, que menuda idiotez eso de los cohetes y las hogueras, que siempre sucede alguna desgracia, que cómo iba a dejar salir a su hija, tan joven, aunque claro, si el resto de las amigas de la clase salían, cómo iba a dejarla encerrada. Lo único que conseguiría sería aumentar el desprecio que ya de por sí sentía por él, algo que percibía desde que Sandra había entrado en la adolescencia.

Sacó las tijeras y podó unas ramas. Sabía que la niña (aún la llamaban así) acabaría saliéndose con la suya y su autoridad terminaría, como era habitual, en la basura, igual que los restos de la maleza que ahora amontonaba con las manos.

—Señor Enrique...

Un timbre de voz infantil le obligó a girarse. Su sentido del

deber no diferenciaba edades.

—Qué quieres, reina...

Era Jimena, la hija de los señores Palop, una niña avispada, a ratos gentil, aunque poco habladora.

—Aún no os podéis meter en la piscina, que son solo las tres y media... —advirtió Enrique al comprobar que venía con traje de baño y una toalla.

Una de las normas era la prohibición de bañarse entre las dos y las cinco para respetar la hora de la siesta de los vecinos. Claro que era una norma un tanto relativa. Si aparecían los hijos del señor Lamadrid, ya con diecisiete y dieciocho años respectivamente, hacía la vista gorda, más por miedo a su reacción que por otra cosa. Pero con los pequeños, Enrique ponía especial atención.

—Mi padre me ha dicho que puedo bañarme.

—¿Seguro, Jimena? Mira que me extraña... Además, ¿no vas al cole esta tarde?

—No.

—Mientras esté yo aquí tú no te vas a bañar. Jaime no viene hasta las cinco, así que vuelve a casa, mira un rato la tele y ya bajarás luego —añadió el portero con un tono de voz que quería ser autoritario pero que distaba mucho de ello.

Jaime, hijo de los señores Gil y gran entusiasta de la natación, era el chico que la comunidad había contratado como socorrista, una moda instalada el verano anterior en la zona alta de Barcelona a raíz de una nueva normativa del Ayuntamiento, animado por la fiebre deportiva despertada por los inminentes Juegos Olímpicos.

—Me ha dicho mi padre que me puedo bañar y me voy a bañar —dijo Jimena, convencida de que nadie podría detener sus deseos.

Ese carácter dominante que los niños gastaban con él no le resultaba nuevo. Estaba habituado a que imitaran el tono de voz y las palabras de los mayores.

—Me parece que tu padre no te ha dicho que te bañes.

—Que sí, que me ha dejado bajar.

La niña ya se había desprendido de la toalla, mal extendida

sobre el césped, cuando Enrique se acercó y la tomó del brazo.

—¡Que no me toques! —gritó furiosa, deshaciéndose de él de malas maneras.

Asustado, Enrique reculó. El desaire le azuzó el estómago e, incapaz de reaccionar, se detuvo. Ni siquiera se percató de la presencia de los mirlos picoteando en los cerezos. La melena negra de Jimena avanzaba ante él ajena a sus advertencias. Una figura grácil, tan morena, irradiando una altivez impropia de la edad, caminando a su aire.

—Jimena, no son horas de piscina —añadió, aun sabiendo que la niña haría lo que quisiera, que no le quedaría más remedio que resignarse, ¿cómo impedírselo por la fuerza?—. Vamos a llamar a tus padres antes, ¿te parece?

El teléfono estaba en la portería. Para llegar allí debía subir un par de pisos, por lo que descartó esa posibilidad.

Jimena no respondió a la pregunta con palabras, pero con su inercia dejó claro lo que pensaba: ante la escalera de entrada a la piscina flexionó la pierna e introdujo un pie en el agua, un pie que sacó al instante:

—¡Ay, está fría!

—Claro que está fría, qué tontería meterse ahora —apuntó Enrique.

Jimena retrocedió hasta la toalla. Se agachó para desdoblarla mejor y reposó sobre ella el peso ligero de su cuerpo cubierto por un bañador rojo, de esa marca que tanto le gustaba a su Sandra: Mistral. Al sol, cuya orientación venía del este, apenas le faltaban unos minutos para ocupar la totalidad del jardín.

—Me espero a que se caliente.

—Muy bien, así me gusta...

Enrique optó por poner orden a sus asuntos y dejar a la niña en paz. Con los niños, bien lo sabía, cuanto más caso les haces, peor. Él tenía dos. Una niña y un niño. Sandra era la mayor, y el otro, Sergio, ya tenía ocho años. A decir verdad, era más dócil que todos los otros niños con los que trataba en su trabajo. Cuando le vino una imagen de su hijo vestido de comunión el pasado mayo, su orgullo de padre revivió el gozo del convite en el restaurante

con la mayor parte de su familia presente. Qué suerte había tenido de que a su edad, rozando los cuarenta, le hubieran contratado en esta finca. Quizás ello explicaba su predisposición al acatamiento, su adoración por los vecinos. Más allá de los setos y del bochorno reinaba la fotografía de los cuatro que su mujer había colocado la semana anterior en un marco sobre el televisor de la salita después de revelar el carrete, elegir la mejor imagen y ampliarla. Cerró la bolsa industrial y cargó con ella hasta la entrada, allá donde un pasillo conducía a los ascensores y el otro a la segunda planta del parking. Antes de llamar al ascensor miró de nuevo a Jimena. Le asaltó entonces la duda, ¿le digo algo o no le digo nada? Se convenció de lo segundo, pero cuando apareció el ascensor no pudo contenerse:

—Jimena, voy a tirar la basura, y a por bolsas nuevas, vuelvo enseguida. Ni se te ocurra moverte, ¿eh?, por lo que más quieras, que ya queda poco para las cinco.

No obtuvo respuesta. Su postura no dejó entrever ni confirmación ni divergencia. ¿No sería buena idea llamar a los padres y preguntar? Mira que si le pasa algo a la niña me busco la ruina, pensó Enrique al abrir la puerta de la entrada para dirigirse al contenedor de enfrente, pero al momento se apoderó de él el miedo a despertar al señor y a incordiar a la señora. Una vez llamó en esta misma franja horaria porque se había presentado un vendedor de enciclopedias, y de malas maneras le advirtieron que no volviera a molestar a esas horas si no era por una urgencia. Enrique llevaba cuatro años en la portería y sabía perfectamente a qué vecinos podía importunar y a cuáles no, y los Palop, para qué engañarse, eran un matrimonio quisquilloso, imprevisible, de esos que un día le soltaban una propina desmesurada y luego estaban una semana pasando por su lado sin ni siquiera decirle hola.

Tras la garita estaba el piso vacío del que Enrique disponía a su antojo. Allí guardaba sus utensilios de limpieza y cachivaches que los vecinos le daban por no tirarlos a la basura: colecciones de libros desfasadas, juguetes viejos, ropa inservible. Resistían una vieja cocina en desuso, el baño y contados muebles. Cuando entró a trabajar le ofrecieron mudarse aquí con la familia, pero su mujer

se opuso. Estaban ya instalados en Hospitalet, alegó ella, se sentían integrados en el barrio, el colegio de los niños, el mercado, ¿qué iban a hacer ellos, una familia trabajadora, en una portería de la zona alta? A él le hubiera encantado. Además, insistía a Marisa en que aquí, incluso en el mismo edificio, podría encontrar opciones de trabajo. Ella, que limpiaba por horas en pisos desperdigados por barrios alejados entre sí, y se quejaba de ello, lo tendría aquí más fácil. Pero nada, cuando a Marisa se le metía una cosa en la cabeza era imposible hacerla cambiar de opinión.

Por fortuna, en el armario halló una última bolsa industrial. Mientras la desdoblaba pensó que ya encontraría después el momento de ir al supermercado. Eran las cuatro menos cuarto. Como cada viernes, no había parado desde las ocho y media de la mañana. Había fregado meticulosamente las escaleras y los ascensores. Había barrido las dos plantas del parking, ordenado y repartido el correo por los buzones, medido y ajustado el cloro de la piscina y, en sus horas de pausa para comer, se había dedicado a podar. Aún quedaban por bajar todas las basuras, regar (siempre lo último) y pasar la mopa y quitar el polvo en el hall. Agarró el bocadillo y la bolsa de basura y bajó de nuevo a la piscina para seguir recogiendo la broza.

Dejando atrás la oscuridad del pasillo que comunicaba el garaje con el jardín se asomó para verlo, ahora sí, iluminado por un torrente de sol. Cuando distinguió la toalla arrugada sobre el césped pensó que Jimena estaría en los lavabos que había junto a los trasteros, a donde los chavales acudían en tromba a beber agua y donde muchos guardaban flotadores y gafas de bucear. Sin embargo, al aproximarse a la piscina, usando la mano de visera, bajo la superficie diáfana distinguió una sombra que dejaba de serlo para convertirse en un cuerpo boca abajo.

—Venga, Jimena, sal de ahí, anda —rogó a la sombra.

Había visto a los niños hacer eso, incluso a su Sandra, sin ir más lejos. «Mira, papá, cómo me hago el muerto», le había dicho veranos atrás en la piscina del pueblo.

—Jimena, que salgas. —Y ya claramente irritado—: ¡Deja de hacer el tonto, por favor..., levanta esa cabeza...!

Pero por más que insistiera, no había reacción ni más movimiento por parte de la niña que el que decidía el vaivén del agua. Sobre las baldosas azules del fondo, una descolorida mancha roja flotaba a duras penas, desvirtuada por la luz que quemaba la transparencia. No era un efecto óptico, era una evidencia: conforme se acercó al borde, Enrique constató cómo el cuerpo descendía, sí, se estaba hundiendo. Él no sabía nadar. Jamás había entrado en un mar o en una piscina sin tocar el suelo. Sintió en los ojos un arañazo de sol y en los pulmones una repentina carencia de aire. Dio tres pasos raudos hacia la izquierda, quién sabe si para colocarse más cerca del borrón rojo que se desmembraba en el agua. Y no tuvo tiempo de pensar más. Al comprobar que no obtenía respuesta alguna (ni la situación ofrecía visos de tenerla), por un segundo se vio sin trabajo, y no dudó en tirar el bocadillo al césped y, aun con los zapatos y la bata puestos, lanzarse. Cayó sin saber si tocaría el fondo, pero dada la inercia del salto lo hizo. Conteniendo la respiración se internó hacia el rincón más hondo, donde el cuerpo de Jimena ya se balanceaba prácticamente ajeno a su pulso. Cuando en un descuido tragó agua y empezó a sentir la asfixia en el esófago, Enrique sacó como pudo la boca para escupir y coger aire e internarse de nuevo hasta que logró agarrar y arrastrar el peso de la niña, que se golpeó la cabeza en uno de los lindes de cemento. Con la mano derecha se asió al borde y, usando todas sus fuerzas, como si cargara un saco de cebada, logró sacarla. Antes de comprobar si respiraba, como un poseso, con la empapada vista clavada en los balcones y la voz rota y embebida, gritó:

—¡Socorro!, ¡socorro!

No fueron necesarias más arengas para que las terrazas se llenaran de vecinos. Dedicó una mirada irascible hacia ellos y, aún arrodillado, reanudó su ruego:

—¡Una ambulancia! ¡Deprisa, deprisa!

Bajó la vista, y al ver que Jimena no respiraba desafió cualquier tipo de reglas y le separó los labios para insuflar un soplo de aire. Luego golpeó su cara, plas, plas, y consecutivamente zarandeó sus hombros. Una incipiente palidez se ocupaba de esa

piel que antes resultaba morena. En la frente descollaba una herida con forma de rasguño de la que manaba sangre. Enrique tosía. La ropa calada ralentizaba sus movimientos. Otra brecha debía de haberse abierto entre el pelo, pues asomó un nuevo reguero. Reanudó el auxilio, pero fue en vano. Tomó aire y reincidió por tercera vez y, segundos después —que duraron mucho más de lo que realmente duraron—, la niña empezó a expectorar. Enrique le giró la cabeza y la dirección de la boca, de la que brotó una arcada y consecutivos chorros de agua amarillenta.

De la amplia puerta del parking emergió la figura del matrimonio Palop. Ambos, con la urgencia en los gestos y en la ropa (él descamisado, ella descalza), se abalanzaron sobre ellos sin dejar de gritar el nombre de su hija al tiempo que, obligados por la manifiesta inmediatez del ahora, forzosamente entendían lo que pasaba y por qué.

Cuando el padre se aseguró de que Jimena respiraba agarró por el cuello a Enrique y lo desplazó unos pasos:

—¿Qué le has hecho?, ¿qué le has hecho? ¿Pero cómo dejas que se meta una niña en la piscina?, ¿pero tú eres tonto?, ¡gilipollas!

Enrique, con las piernas temblorosas, acabó por caer. Aún amedrentado por la fiereza del señor Palop y por el susto que lo atosigaba, no sin interrupciones logró ponerse en pie. Era evidente que la cólera que gastaba el señor delataba una reprimida ansia por golpearle. Apareció entonces el personal médico con una camilla. La madre, mientras le abofeteaba la cara, sostenía en sus brazos la cabeza caída de Jimena, los ojos cerrados y blancos, el peso inerte, la estela de baba.

—Perdone usted, perdonen —clamaba Enrique, la voz entrecortada, el pitido del asma, como quien es consciente de que merece un castigo por grande que sea—, perdonen, ella me dijo que...

—¡Cállate, idiota! —le cortó Juan Palop—. Qué te va a decir ella si tiene ocho años...

Tras unos minutos en los que los sanitarios se concentraron únicamente en restablecer el pulso de la niña, quedó certificada la

reanimación. Como si despertara de un desmayo o de un sueño profundo, Jimena abría unos ojos que se le cerraban sin querer.

El médico requirió a los padres y habló a toda prisa:

—Por poco no lo cuenta, ya puede dar gracias a quien la haya sacado del agua. Nos la llevamos al hospital, tiene que permanecer en observación.

Ni siquiera esa apreciación bastó para calmar los ánimos de Juan Palop, que ahora limpiaba el cristal de sus gafas con un faldón de la camisa, sin quitar la vista (aunque no viera tanto) de su hija, que permanecía tumbada en una camilla, con la mano izquierda entre las de su madre. Antes de seguir a los enfermeros, se acercó a Enrique, un manojo de nervios, y le señaló con el dedo:

—Serás desgraciado... Pedazo de inútil, más tonto y no naces...

Enrique, sin habla, recogió la toalla y las chanclas de Jimena. Quiso dárselas a Palop, pero no tuvo tiempo, porque este se escabulló con la comitiva de sanitarios. Alzó la vista y, levantando los hombros y abriendo ligeramente las manos, y negando con la cabeza, pensó que pedía perdón a la comunidad que desde los balcones lo escrutaba. Un sonido conocido le obligó a girarse; así vio a los mirlos picoteando en el cerezo, y escuchó el ulular templado de la tórtola, pero esta vez no tuvo fuerzas para encararse a ellos. En el fondo de la piscina, hundidos por su peso, como absurdas garantías de un combate, permanecían los utensilios de jardinería que habían caído de los bolsillos de la bata. Un fardo de papel de plata brillaba más allá, sobre la hierba, con la mitad del bocadillo. El estruendo cercano de un petardo celebró la salida de los colegios, la fiesta de los viernes, la pulsión del verano que empezaba.

2

Desde lo alto del Putxet, allá donde la ciudad abraza la subida al Tibidabo y los edificios exhiben pesadas puertas de hierro y conserjerías recién fregadas, relucientes, decoradas con sofás, mesas de centro, luz cenital y cuadros pastoriles, y en las aceras abundan criadas de bata blanca cargando bolsas o exhortando a niños uniformados que las ignoran, y los coches que se deslizan a los parkings son de lujo, hasta Hospitalet, donde la argamasa y la chapa parecen reproducirse, las porterías se empequeñecen, el hierro se transforma en aluminio, las escaleras se estrechan y la vida deja de ser de anuncio, Enrique debía tomar los ferrocarriles catalanes en la avenida Tibidabo y luego el metro. En esos cincuenta minutos de trayecto, era costumbre dejar que la imaginación hiciera de las suyas y se internara por márgenes de comodidad y prosperidad futura para sortear definitivamente un pasado errante, aprietos económicos, bretes de índole confusa con la mujer y los hijos.

Estaba sudando. La inquisitoria moda del aire acondicionado en el transporte público le sometía a unos cambios de temperatura desproporcionados, así que mientras subía las escaleras del metro en Pubilla Cases, por más que fueran casi las diez de la noche, recibía un fuerte impacto de calor que le hizo respirar con dificultad. Marisa estaría preocupada. Con las prisas ni siquiera la había llamado. Pero a Enrique poco le importaban los apuros de los demás, porque ahora se miraba a sí mismo como a un héroe. Había rescatado a una niña. Le había salvado la vida. Y eso le insuflaba un estado de ánimo en el que la satisfacción podía con la culpa del retraso. También Sergio estaría inquieto. El niño, según le contaba Marisa en la complicidad de la cama, antes de dormir, era muy miedoso; y cada día, desde las ocho y media, cuando

faltaba poco para que él llegara, abandonaba la actividad que estuviera haciendo (ya fueran los deberes o los dibujos de Oliver y Benji) para apostarse en la puerta. Ahí pegaba el oído para escuchar si su padre subía por la escalera. Solo cuando reconocía sus pasos respiraba tranquilo y se retiraba hasta el umbral de la cocina, donde anunciaba a espaldas de su madre: «Ya viene papá, ¿pongo la mesa?».

Enrique sabía de dónde provenía ese miedo, o lo suponía. Los años en que había salido tarde de los trabajos en hostelería y venía apurado en los últimos metros o en autobuses nocturnos, a menudo, por las mañanas, le había contado escaramuzas a Marisa en presencia de los niños: reyertas, atracos, vivencias de la noche con las que lidia uno cuando trabaja detrás de una barra cercana al barrio chino. Aunque el niño tuviera cuatro y cinco años ya se enteraba de todo, lo interiorizaba. La niña, en aquel entonces, preguntaba asustada detalles que él le negaba por escabrosos con la coletilla de «No puedes entenderlo, eres una niña» que tanto la aburría. Sandra ya había pasado esa época en que lo esperaba impaciente, ahora ni siquiera lo soportaba.

No solo tenía su barrio otra arquitectura, también otro ritmo, otro pulso y otra jerga. Aún jugaban al fútbol en la plaza los niños más rezagados, cuya actitud era reprendida por sus madres a gritos desde algunos balcones. Rodillas amoratadas y remendadas de mercromina, porterías improvisadas con ropas y piedras, una pelota de cuero desinflada rodando por la tierra. Tenía vistos a esos chavales, y también a los de más allá, agremiados en un corro andante del que no podía esperarse nada bueno. Enrique los miró con desgana. «Venga, vete a casa y no hagas sufrir a tus padres —le hubiera gustado decirles—, y deja ya los petardos, joder, qué pesados con los petardos», pero hoy Enrique, normalmente tan gentil con los niños, traía un resentimiento que le impedía dirigirse a nadie. Era una mezcla de vanidad, por haber salvado una vida, y temor, por lo cerca que había visto la muerte. En el semáforo los escuchó hablar de truenos, pepinazos, carpinteros y, antes de que cruzara, hicieron estallar dos chinos más. El olor de la pólvora campó a sus anchas por esa arista de la plaza y su irradiación

espesó el aire. En la puerta del bar El Sueño se concentraba parte de la barriada y más allá de la límpida divisoria que marcaba la pegajosa mampara del bochorno, se barruntaban sonrisas de cerveza, humedad y mucha cháchara. Si hubiera sido más temprano se hubiera unido con gusto, pero no era el día.

Antes incluso de que Sergio se abalanzara contra él como si en lugar de mostrar alivio pretendiera abroncarle, escuchó a su mujer:

—¡Pero qué horas son estas! Toda la cena echada a perder... —Antes que por otra cosa, se preocupaba por la comida, qué manía —. ¿Por qué no me has avisado?

—Si tú supieras...

Así la vio, secando una sartén recién fregada, el delantal puesto, rodeada todavía por un aura de fritanga.

Sandra estaría en su habitación (la atronadora música la delataba) y ni siquiera se acercó al comedor, donde Marisa destapó de papel de aluminio un plato de pescado rebozado. Luego bajó el volumen de la televisión:

—¿Y esa ropa? —dijo al repasar con la mirada a su marido.

—Ahora te cuento, me la ha dejado el señor Gil...

—Come, anda, que es merluza, con lo que me ha costado... ¿Te la caliento?

—No, no... —dijo Enrique, que se acercó el vaso mientras Marisa se adelantaba a hablar:

—Sergio, trae el vino a tu padre, anda... Y tú, ¿no te quieres cambiar, hombre?, mira cómo estás...

El chaval apareció al toque con el brik de Cumbres de Gredos. Enrique se desabrochó la camisa y la colgó en el respaldo de una silla, dejando a la vista la transpiración de la angustia. Se sirvió la bebida. Así relató sus delirios de héroe contrariado, debatido entre la complacencia y la incertidumbre. Su discurso, conciso y poco edulcorado, se vio atravesado, al final, por la melancolía que le inspiraba el recuerdo del color de la piel de Jimena.

—Se ha quedo pálida, Marisa, pálida.

—Pero... ¿tú te has tirado a la piscina? Si tú no sabes nadar.

—Pues la he salvado, y mira que he tragado agua, pero la he

salvado.

La merluza, con el rebozado apelmazado, estaba fría, pero no le dio mayor importancia. Le costaba masticar. Y aun con la boca llena, hablaba:

—Una criatura, una criatura, de la edad de Sergio... por el amor de Dios, si tardo un minuto más, se ahoga.

—¿Y ellos, los señores, qué te han dicho?

—Nada, qué me van a decir, mujer..., bastante tienen, se han ido con los de la ambulancia.

—¿No se habrán enfadado contigo por no estar donde tenías que estar?

—Qué va, al contrario, me tienen que estar agradecidos de por vida, lo ha visto todo el bloque. Y el médico se lo ha dicho bien claro al señor Palop, «ya puede dar las gracias a quien la ha sacado del agua...». —Se pasó la servilleta por la boca. Así, descamisado, el fino collar y la cruz de oro refulgían en el pecho y quedaban bien con la reputación que se otorgaba.

De la habitación de Sandra emergió en tromba una sonora distorsión de guitarras. Habría abierto la puerta para ir al baño o a la cocina.

—Pues espero que así sea, si es que no te puedes fiar...

—Pero es que no me quito de la cabeza la palidez, estaba muerta, inerte, ha sido un milagro, me pasa a mí algo así con un hijo mío y me pego un tiro.

—Calla, anda...

—Y la madre no decía nada, pero él, el señor, se sujetaba la cabeza con las manos..., el señor Palop, con todo lo que es, un oficial de notaría, una eminencia, y ahí estaba, como un loco venga a gritar... ¿No hay más vino? ¿Y este pan?, ¿de cuándo es?

Sergio, que permanecía en el sofá sin abrir la boca escuchando el relato de su padre como si no fuera cierto, de pronto preguntó:

—¿Y estaba fría?

—¿El qué, el agua?

—No, la niña...

Enrique arrugó la frente mientras hacía memoria.

—Helada, helada estaba la pobre, blanca, al principio, luego morada...

—¡Quieres bajar esa música, por favor! —gritó la madre desde el pasillo.

Sandra obedeció y apareció con un yogur en la mano. Se sentó en el sofá junto a su hermano, cruzó las piernas y, con la vista clavada en la tele, dijo:

—Sube...

Supo Marisa que se refería al volumen y le tendió el mando a distancia. Una vez recuperado el sonido en la pantalla, Sandra se decidió a hablar:

—Mañana salgo.

Enrique esperaba esa frase, que no tenía ningún viso de pregunta.

—Ya te dije que no, y después de lo que he visto hoy, menos aún...

—Pero qué tendrá que ver una cosa con la otra —se atrevió a opinar Marisa.

—No es noche para salir, hay petardos, hogueras, la gente se baña en las playas, borrachos y colocados, unos se ahogan, otros se queman... No, y no. Al año que viene, cuando tenga quince, sí; este año no.

Sandra terminó el yogur.

—Todas mis amigas salen, y yo voy a salir también.

—Tú no vas a salir.

Sandra se puso en pie. Su madre pensó en pedirle que, ya que iba hacia la cocina, se llevara algo de lo que había en la mesa, pero al ver lo decidida que iba, desistió.

—Voy a salir, me da igual lo que digas, tú a mí no me mandas...

—Soy tu padre.

—Que te den, tú lo que eres es un pringao, ahora el portero va de policía...

Y se perdió por el pasillo sin oír lo que Enrique añadía en voz baja, sumisa.

—Algún día te arrepentirás de decir lo que dices... Hablar así

a un padre... Cuánto vas a sufrir en esta vida... Idiota, que no eres más que una idiota.

Cuando Marisa puso una mano sobre el brazo de Enrique, Sergio supo que sobraba y se fue.

—Déjala, es una cría...

—La culpa es tuya, la pones en mi contra, siempre ha sido así, y ahora por mis cojones que no sale mañana, antes me cuelgo.

La imagen de Jimena seguía revoloteando en la cabeza de Enrique la tarde siguiente. Mientras esperaba un gesto por su parte, se debatía entre llamar o no a los señores Palop. El teléfono solo sonaba para pedir que se pusiera Sandra. Toda la tarde llamando las mismas crías, y ella, ante él, que no, que no me dejan, mi viejo, es un capullo... Finalmente optó por llamar al presidente de la comunidad, el señor Gil. Tenía excusa para hacerlo. Buscó en la agenda, marcó un número, escuchó la señal y, titubeante, se le oyó decir:

—Señor Gil, gracias por la ropa, mi mujer ya la ha lavado y planchado...

Supo que Jimena había pasado la noche en observación y, como su evolución era positiva, le darían el alta en las próximas horas. Que no se preocupara, que ya se verían el lunes, que pasara con su familia una feliz verbena.

El calor obligaba a tener el balcón abierto. Un tímido viento abombaba a ratos las cortinas. El estruendo de los petardos proveniente de la plaza vecina se hacía cada vez más intenso. Desde la acera llegaba la jarana de los grupos que se iban de fiesta exhibiendo sin complejos su inquietud por quemar la ciudad en la noche más corta del año. Hasta el sofá concurría el efluvio del humo de las brasas que recibían las primeras sardinas. Unos amigos del pueblo con los que se juntaban de higos a brevas los habían invitado a una barbacoa en su azotea, pero al final a Enrique no le había apetecido ir. Su hija salió al balcón a fumar. Enrique recordó el día de invierno en que la niña se encendió un cigarro ante él por primera vez y le ordenó apaga eso ahora mismo y ella se puso en pie y se echó a reír y le dijo: pero, papá, cállate, anda, que fumo desde los doce años..., y no tuvo más remedio que

achantarse. Luego discutió con Marisa, y aquello acabó como el rosario de la aurora.

A las diez de la noche aún le quedaba al cielo cierta tersura: una lámina oscuramente azul, manchada cada tanto por el fulgor rutilante de los fuegos artificiales y el rugir de la pólvora. Noche de ambiente en plazas con carpas y parrilla y barras y orquestas de barrio que animarían el baile y la juerga antes de los peligros y las imprudencias peores. A eso de las diez y media Marisa sirvió la coca de escalivada que había preparado durante la tarde dejando en la cocina un boscoso tufo a pimiento asado. Para postre sacó la tarta de San Juan y preguntó si descorchaban champán. Pero Enrique dijo que no estaba para fiestas, que hiciera lo que le diera la gana. Marisa, sosteniendo con el cuchillo un trozo de pastel, miró a Sandra y esta abrió la boca:

—No quiero, me voy a mi cuarto; la peor noche de mi vida.

Lejos de sentirse herido, Enrique se sintió respetado, y cuando la niña enfilaba el pasillo, añadió:

—Trae champán, anda, sí, y saca unas copas...

Descorchó entonces la botella ante la mirada impaciente de Sergio, que fue el único que sonrió ante el zambombazo del corcho. ¡Pum!

—Esta se cree que va a poder conmigo —dijo Enrique sirviendo champán.

—No hables así, que es tu hija. —Marisa intentó calmarle.

—No lo parece, tratar así a un padre, ¿dónde se ha visto? —Quiso zanjar él antes de llevarse las primeras burbujas a la boca.

—Venga, Sergio, cariño, a la cama, dale un beso a tu padre y a dormir... —Marisa prefirió que el niño no siguiera allí.

El día, desmembrado entre arañazos de luz centelleante y el evidente barullo de verbena y farolillos, se deshizo por completo. Aún entrada la noche se oían contados ladridos de perros, asustados ante tantas detonaciones cuyo origen, para ellos, debía de ser un enigma. Más allá del balcón, y más allá del barrio, la gente disfrutaría de la fiesta, respirando el salitre en el aire de las playas, derritiendo un anochecer de espinas, inercias de fuego y remiendos de vinos baratos, sangrías y orujos.

A todo ese rumor, a todo ese eco, a todas esas suposiciones, se sumó a las once y diez de la noche un jaleo de voces femeninas emplazadas en el portal, que llegó acompañado de un pitido en el interfono. Enrique, ya tambaleante, se acercó hasta la puerta, agarró el telefonillo y respondió con voz grumosa:

—¿Quién?

—Soy la Vane, venimos a por la Sandra.

—Sandra no sale. —Se expresaba con lentitud.

—Es que estamos todas las de la clase.

—He dicho que Sandra no sale.

Después de que la conversación se prolongara con el mismo toma y daca, las crías parecieron ceder y Enrique colgó el aparato, asqueado, haciendo grandes esfuerzos por no insultarlas y mandarlas a tomar viento.

Cuando de buenas a primeras empezaron a cantar al unísono una canción que reclamaba la presencia de su amiga, Enrique tuvo el impulso de asomarse. Ni cinco segundos duró en el balcón.

—Ahí las tienes, vestidas como putas —le dijo a Marisa, que por no echarse a llorar comía restos de tarta.

«¡De la casa de Sandra, no nos moverán!»

A pesar del calor agobiante de aquella estancia, Enrique, para no seguir oyendo aquellas vocecitas impertinentes, «... ¡porque de laaa casa de Saaandra, noo nos moveráaan...!», se vio obligado a cerrar el balcón.

Pasaban los minutos y no paraban. Una vez y otra más con la dichosa cantinela. Qué cansino runrún de memeces, por Dios. Todo aquello terminó por cargar demasiado a Enrique y a Marisa, que para evitar la vergüenza en la salita recogieron los restos de su particular kermés y se fueron a la cama. No sabían, no podían saberlo, que aquello formaba parte del plan. Los comentarios que en voz baja dedicaba Enrique a aquellas niñas no eran del agrado de Marisa, que se acostó pensando en las madres de las criaturas, y en que quizás debería haber mediado por su hija y haber hecho más para que estuviera ahora mismo bailando por las verbenas del barrio con ellas.

Cuando Enrique se despertó a las seis de la mañana, lo

primero que hizo fue pasar por el baño. Luego entró en la cocina, donde bebió un vaso de agua pensando que no había sido buena idea acabarse el champán. De vuelta a la cama descubrió la puerta de la habitación de Sergio abierta, y se asomó para verlo dormir, destapado, la colcha por el suelo, respirando profundamente como el niño que a sus ojos nunca dejaría de ser. Al ver la puerta de Sandra cerrada tuvo un mal presentimiento. Y algo le dijo que no abriera, pero no hizo caso a su instinto. Con sumo cuidado giró el pomo, empujó y se asomó para ver una cama deshecha y vacía.

3

Ya casi clareaba cuando se le empezó a abrir un ojo. A su alrededor, botellas vacías, ropa dispersa, brotes de ceniza —arrastrada por el viento de hogueras colindantes— y saldos de la fiesta desperdigados ante la línea voluble de espuma que acariciaba a ráfagas la orilla. El mar era una losa de aluminio por la que empezaban a deslizarse los primeros rayos que emergían por el este. Ni servía como metáfora de ningún sentimiento ni transmitía a Sandra ninguna sensación placentera. Es más, de alguna manera, y eso sí era grave, añoraba no haber vuelto a casa y reposar entre sus sábanas a pesar de tener que aguantar a su padre al despertar y que los ruidos de la cocina de su madre y las carreras de su hermano por el pasillo no le dejaran pegar ojo.

A su derecha, algo más allá, escuchó un gemido acompañado de una risa. No necesitó incorporarse para saber que era Vanessa recibiendo los abordajes de Eloy, esas intenciones facinerosas que, como un gañán, expresaba luego en voz alta haciéndose el guais. Sí, era de los que se comían una y contaban veinte. En los días siguientes diría por ahí que si nos lo hemos montado, que si le he metido los dedos, que si me la he tirado. Y ella, aún peor, porque a veces con estas cosas era tan tonta que seguro que aprovechaba la ocasión para hacerse la interesante en el parque, que si me lo he hecho con Eloy, que si le he cascado una paja, que si se ha corrido en mi mano. Qué complicado todo. Sandra quería moverse, levantarse, irse, pero no se atrevía. No era miedo a que la vieran Eloy y Vanessa, era peor, era que a su lado se había quedado dormido el pesado de Jordi y, justo por encima de ellos, Berta y Hugo, el rapado moreno que las traía locas, el hijo del bombero, el que hacía unas horas, de tan borracho que iba, cuando uno le preguntó si él también sería bombero, se había bajado las

bermudas y había enseñado la polla diciendo a mí los fuegos me gusta apagarlos con esta manguera, eh, vosotras, las de octavo, ¿os gusta esta manguera? Y ellas, debatidas entre el miedo y la risa, se habían ruborizado.

Tenía tantas ganas de salir, eran tan altas las expectativas, que ahora se arrepentía de su empeño. Claro que ella no hubiera podido prever que Berta y Vanessa iban a quedar con los de primero y segundo de BUP. Ella creía que sería una verbena de chicas, las siete de la clase con las que había planeado la fuga. Pillaban unas botellas y vasos de plástico y se iban desde Bellvitge en el tren de las doce. Pero al llegar a la playa, aún con el miedo retumbando en su pecho por haberse escapado, descubrió que las otras buscaban a alguien. Y para más inri no estaba Xavi, que era el único que le caía bien. ¿Por qué había sido tan ingenua?

Y ahora, ahí aparecía el sol, convidado de piedra, un borrón naranja que se desperezaba tras su penitencia en los aposentos de la noche, una noche que prometía baraúnda, diversión y un excedente de euforia para compartir. Ella se lo había imaginado diferente: pensaba que Berta le haría caso, mezclarían juntas los cubatas, tirarían cuatro petardos, se abrazarían en mitad de los bailoteos y sentiría una vez más el grosor de sus pechos tersos en los suyos y, quién sabe, tal vez lamería la distancia sudorosa entre su hombro y su cuello, ese barniz de salitre que imprimiría en la piel el baño matutino. Pero nada de eso, Berta había sido la primera en lanzarse a la boca de Hugo.

Minuto a minuto la noche se había ido pareciendo menos a lo que había supuesto desde la celda de su habitación. Todo el día enfurruñada soñando con esto, y ahora... Una vez instalados junto a la orilla, entre hogueras y zambombazos, mientras las otras reían las gracias a los mayores, Sandra se había sentado en una toalla humedecida y había empezado a quemar el hachís que le había pasado Miriam, mientras Laia y Carola se encargaban de la bebida. Unos que había al lado tenían un radiocasete y pusieron a toda tralla un poco de mákina. El cielo, abrasado y adverso, parecía al alcance de la mano. Los makineros seguro que iban de tripi, porque se reían de lo lindo por cualquier tontería. También ella se puso en

pie y empezó a moverse descalza sobre la arena, imitando los bailes de las otras. Sandra detestaba esa música, pero ya le daba lo mismo. De tanto beber y fumar y contonearse, la cabeza le daba vueltas. Por imposición de Hugo, Berta fue la primera en bañarse, toda ciega que iba. Gritos, risas, sacudidas y ovaciones al más allá. Tan feliz estaba que al salir se dejó caer encantada de recibir encima el peso de él, como si llevara tiempo esperando el revolcón. Contrariada, Sandra siguió erre que erre con el vodka, sin despreciar ni una calada y dejándose achuchar por unos y por otros. También se quedó en bañador. No estaba tan desarrollada como Berta o Vanessa, y le avergonzaba un poco que las otras concibieran sus pechos como dos pequeñas protuberancias y alguien lo comentara. Por eso se metió enseguida en el agua y por eso, quizás, no repudió el acercamiento de Jordi. ¿Por qué iba ella a ser menos? ¿Y si estaba equivocada en sus sentimientos? ¿Qué diablos significaba todo lo que callaba?, ¿era cierto que sentía atracción por Berta?, ¿hasta dónde llegaría si se diera el caso? También Vanessa se estaba morreando con Richi, y también Carola tonteaba ahora con un makinero. Al salir del agua, Sandra tenía la piel de gallina y le gustó que Jordi le cediera su toalla y el modo en que extendió una más grande y le dijo siéntate aquí, anda, que vamos a hacernos una trompeta tú y yo. En verdad es mono, con esos ojitos achinados, pensó... pero cuando ya secos, medio vestidos, y de nuevo entonados, aceptó tumbarse y de golpe notó una mano por encima del bikini, sintió un espasmo que no era de goce sino de repulsión. Y no porque le apretara demasiado fuerte y sin maña, sino porque no quería que fuera él quien la tocara ahí, y aunque cerrara los ojos y pensara en otra cosa, en absoluto agradecía tener en la boca la lengua de Jordi, en la que se concentraban el tabaco, la sangría, el vodka, la excitación y el ansia por frotarle abajo al precio que fuera. Ella creía que cuando llegase el momento de entregarse al placer que debía de provocar ser palpada ahí, se sentiría amparada por la satisfacción de ser deseada, pero no era eso, sino más bien la decepción, una sensación extraña de descontento, culpa y temor. La misma que sentía ahora, cuando sus ojos, medio abiertos, resistían heridos por

el sol y por la obligación de dormir junto al resto. Una imposición absurda que pesaba demasiado en la conciencia, y que era inseparable de la imagen de su padre enfurecido preguntándose dónde se habrá metido esta niña.

4

Desde el entresuelo se percibía el olor del sofrito para la paella que su madre preparaba rutinariamente todos los domingos y que impregnaba las escaleras y el piso de un aire viscoso. La visualizó con el delantal atado y la cuchara de madera en la mano derecha. Qué intención ponía Marisa en la cocina. Cuando repetía «Si faltara yo, esto sería una ruina» le sobraba razón. Ante ella, la enorme sartén llena de sepia y calamar borboteando entre pedazos minúsculos de pimiento rojo y verde, cebolla, ajo, trazos de tomate y la corrección pertinente de sal. Sobre la encimera, el caldo a punto.

Sandra subía las escaleras cargando con la sensación de derrota y la premonición de reprimenda que a buen seguro la esperaría tras la puerta y que prometía dilatarse en el tiempo. Había perdido la toalla, el monedero y hasta la goma de pelo, pero por suerte aún tenía las llaves, un regalo de la providencia. Y es que al final, guiada por la indolencia de los demás, no había logrado ponerse en pie y se había quedado dormida un par de horas, suficientes para despertar y descubrir lo inesperado. Al ser la primera en rebuscar en su bolso sin éxito, fue Vanessa quien se le acercó y dijo:

—Tía..., ¡que nos han robado!

Al incorporarse, presa de un mareo considerable, unas gotas de vino agrio se instalaron en la garganta y tuvo que proteger la mirada con la mano y guiarla a la arena como quien cubre sus vergüenzas. Resopló. Contuvo la náusea. Maldita sangría, maldito vodka, malditos petas. Puede que fuera entonces la primera vez que pensó no vuelvo a beber ni a fumar en mi vida, nunca más. Se levantó con ayuda de Vanessa. Las dos dieron la espalda al sol y vieron cómo a su alrededor dormían los de su cole, pero de los

otros grupos no había ni rastro. Ambas pensaron lo mismo: los makineros de al lado, tan simpáticos antes... qué cabrones. Las bolsas estaban desperdigadas y abiertas junto a mecheros, támpax, tabaco, rímel... Cuando Sandra fue a coger la suya y escuchó el tintineo de las llaves respiró en parte aliviada, aunque no estuviera el walkman con la cinta de Pearl Jam. Miró a Berta, que se echaba a un lado el flequillo rizado tras frotarse el párpado y bostezar. Una corriente de incertidumbre y desamparo se apropió del grupo. Qué distinta era la realidad al día siguiente. Comparándolo con la humillación de descubrir que te habían robado, la fiereza de los rayos era una nimiedad, el sol no era más que un turista admirando el desastre.

Ahora, Sandra aún sentía en sus brazos y en las ingles la humedad pringosa de la sal del mar mezclada con el calor. Jordi la había acompañado. Al pobre le habían birlado hasta la camiseta, por lo que iba en bañador y chanclas. Le gustó el detalle, pero no que se acercara tanto en el portal para intentar morrearla de nuevo. Por un lado, despreció el olor que emanaba su cuerpo sudoroso, por otro sentía no haberle dado las gracias y haberse precipitado hacia las escaleras de esa manera tan repentina, como asustada, huyendo de él como si fuera una mojigata. Además, en todo el trayecto solo había dicho una frase, «Mi padre me va a matar», y ahora pensaba que habría quedado como una tonta ante él, que al ser dos años mayor seguro que podía salir cuando le viniera en gana y todo aquello le sonaría a niñería.

Mientras abría la puerta, la frase seguía tintineando en la cabeza. «Mi padre me va a matar.» En la entrada, el olor de la paella se hacía denso. Fue directa a la cocina, dispuesta a pedir perdón a la espalda de su madre. Pedir perdón siempre funcionaba. Lloraría un poco y todos contentos. ¿Y si su padre le giraba la cara como alguna vez amenazaba que haría cuando era más pequeña? ¿Debería enfrentarse a él? Pero el sofrito estaba solo, con el fuego al mínimo. Reconoció la voz en la salita. Se acercó acobardada. Su madre hablaba por teléfono a la vez que lloraba. Sentándose a su lado y poniéndole una mano en la pierna, escuchó:

—Ya está aquí, ay, qué sufrimiento... menos mal... Sí, nena,

pues un día nos vemos, claro que sí..., pero por la mañana mejor, que a Enrique no le gusta llegar y que no esté en casa... Venga, adiós, adiós, guapa...

Por ahora, la preocupó más el motivo de sus lágrimas y averiguar un paradero.

—¿Y papá?

—Ha salido a buscarte.

—Perdona, mamá, me he pasado...

—Que sea la última vez que haces esto, que casi me vuelvo loca.

—No llores, perdona.

—¿Cómo no voy a llorar? ¿Cómo nos haces esto? ¿No te da vergüenza?... ya verás tu padre...

—¿Quién era?

—La madre de Vanessa, la llevo llamando toda la mañana... Ella me ha dicho que creía que ibais a la playa, pero tampoco sabía que no iría a dormir. Su padre ha ido a la policía. El tuyo no lo sé...

Cuando apareció Enrique, su paella estaba fría y las demás se habían terminado. Sandra se esperaba un rostro furibundo en el que leer la rabia como en un libro abierto, y sin embargo le pareció tan pobre hombre que faltó poco para que sintiera pena por él. Así que dejó resbalar la vista por su plato: entre escasos granos de arroz dispersos se ondulaban manchas del helado, el Comtessa que su madre se había empeñado en abrir. Podía considerarse un héroe por tirarse a una piscina y salvar a una niña, pero a ojos de su hija no era más que un pelele. Era el rostro de la desolación de quien ha sufrido, de quien acumula horas de abatimiento y se ha preguntado cómo se ejerce la paternidad y de qué sirve, el rostro de después de la rabia, el que evidencia que el amor y la autoridad son incompatibles. Y también el rostro de quien ha bebido. Le pasó revista con una mirada temblorosa que escondía por igual las ganas de ajustar cuentas y la imposibilidad de ponerlo en práctica.

—No hay derecho a que nos hagas esto...

Sandra estuvo a punto de decir «Voy a cumplir quince años, cállate la boca, que estás borracho perdido y eres patético», pero algo la detuvo, tal vez ya lo había humillado demasiado por ese día

y ya tendría tiempo en el futuro para escarbar en ello. A fin de cuentas, no había pasado nada. Y ese era el problema mayor. Que haber desobedecido no había servido de mucho. Y ella no pensaba cambiar. Ya no había vuelta atrás.

—Qué habremos hecho mal, Marisa, dime...

Ella se mantuvo en silencio, lo que bastó para que Enrique interviniera:

—Eso, defiéndela, tú no respondas y defiéndela...

5

Enrique salió de los ferrocarriles catalanes en avenida Tibidabo. En la plaza Kennedy detectó el ulular trisilábico (u-uuu-uu) de una tórtola y los quejidos de varios vencejos y, guiado por esos reclamos, alzó la vista a lo alto de los árboles —a esas horas, una pajarera—. Qué agradable le resultaba el despertar del día, cuando aún es palpable un resquicio del frescor que ha dejado la noche. Estaba habituado a madrugar y nunca se le habían pegado las sábanas. Cada vez que pensaba en el disgusto del día anterior notaba un pinchazo frío en el estómago. ¿Cuándo pasaría esa edad del pavo? En cuestión de dos años la relación con la niña se había echado a perder. Tanto la había querido, tanto la quería que, aunque a ratos no le faltaran ganas, era incapaz de odiarla, y las veces en que la había increpado regresaban a él a través de fogonazos, repercutiendo negativamente en su estado de ánimo.

Relajados, vestidos con prendas deportivas blancas, acudían los primeros socios al club de tenis Barcino. En la esquina, Enrique vio que Pepe, el maño, entraba en el bar Herminios. Era un portero al que conocía: antes de entrar a trabajar en su bloque de la calle Bertrán limpiaba un despacho de abogados en la Vía Augusta. El pobre hombre lo repetía con orgullo, como si fuera digno de admiración. Todo para que a sus hijos no les faltara de nada y fueran a los colegios que iban. Unos al tenis y otros a limpiar. Las vidas de los demás podían ser más placenteras que la suya pero también más duras, conjeturó Enrique. Su problema no era el trabajo. Mal que bien se apañaban. No pasaban hambre, pagaban la hipoteca, hasta los niños disponían de un ordenador. No era ese su dolor. «Las cosas realmente importantes de la vida parece que no lo sean», repetía un colgado que conoció en el último bar en el que sirvió antes de entrar en la portería, y muchas veces había

invocado esa frase como si tuviese el aura de una advertencia divina. Claro que no le gustaba que su mujer limpiara casas, pero para tirar del carro y que los niños estudiaran necesitaban dos entradas de dinero. Se habían casado muy jóvenes. Ella acababa de estrenar la mayoría de edad y en la foto de su mesita de noche aparecía con el vestido blanco visiblemente abombado. Estaba de cinco meses. Menudo trauma para sus suegros, por el qué dirán en el barrio y en el pueblo. La madre de Marisa era portera en Hospitalet, donde una amiga supo que se vendía un piso por tres millones y medio de pesetas y pidieron la hipoteca. Entonces él ganaba bien en la hostelería, solo en propinas sacaba más que ella haciendo faenas. En esa primera época parecía muy responsable, y en opinión de sus suegros y de sus padres se comportaba como un marido ejemplar. No le quedaba otra, Marisa era una de las chicas más cortejadas de Bellvitge. Desde que era una adolescente y empezaron a ir a las discotecas, ese cuerpo curvado y prominente, generoso en la delantera y con el venerable triángulo que se le dibujaba al inicio de sus piernas era continuo objetivo de vulgaridades entre los más bravucones. Se lo insinuó un listillo del barrio, «préñala, préñala». Aún lo está escuchando, aquel caradura del bar Antúnez, no recuerda su nombre, pero sí sus palabras. Debe de ser eso lo que dicen de la selección que hace la memoria. Uno crece, pero el corazón se achica. Había pagado la cuenta y cuando le devolvió el cambio y Marisa ya estaba en la puerta, sin quitar el ojo a sus caderas, se lo dejó caer al oído como quien deja una admonición que esconde un turbio anhelo de amenaza. «Pues sí que está buena, vaya suerte has tenido, pájaro, pero a esta o la preñas rápido o se te escapa volando.»

Lamentó entonces el haber sido tan bocazas unas noches atrás en el mismo bar, cuando había dejado a Marisa en casa de sus padres y él, en lugar de irse a la suya, entró a beber un trago y a fardar ante los otros, y venga invitar a rondas, y venga jactarse en voz alta de la novia que se había echado. No podía resistir contarlo. Sabía que a todos les gustaba Marisa. Era normal. Y además era consciente de que la mayoría andaría cuchicheando por ahí que a ver qué le había visto una tía como Marisa a un

pringao como él, si era un chirivías sin oficio ni beneficio, camarero charlatán y borrachín, aunque gracioso, eso sí. Porque a veces tenía su gracia. Sabía contar los chistes mientras fumaba sin ninguna prisa por llegar al desenlace. Y era buena gente. Y guapete, también. Muy moreno, ojazos marrones bajo largas pestañas, las facciones del rostro tan marcadas, la barbilla cincelada, eminente. Siempre había tenido éxito entre las chicas, aunque para alguna se pasaba de tontito y creído. Demasiado espléndido, a ojos de los más avispados del barrio, que sabían cómo sacar rédito de sus carencias... Él era así, tenía un amor propio antojadizo, voluble. Le tentaban el vacile y la barra, alternar hasta horas intempestivas y volver a casa bolinga y con el bolsillo vacío. Ay, su madre lo repetía desde que era pequeño: «Mi hijo nunca tendrá nada, a mi hijo el dinero se le escapa de las manos; no es como su hermano». Y tenía razón. Su hermano Agustín había medrado de manera edificante: había sido hábil con amistades que le surtieron de oportunidades más allá del suburbio. También se había casado, y tenía dos hijos, pero se había colocado en la Bimbo, con un buen cargo, y vivía en Sant Cugat, de donde era su mujer, que además era maestra de instituto. Agustín era el ojito derecho de sus padres. Nunca se comprometió a recomendar a su hermano, como si intuyera que a la larga podría darle problemas.

Cuando Marisa le anunció que sería niña, Enrique se sorprendió: «Pero... ¿una niña? No voy a vivir tranquilo, la voy a querer proteger siempre». No fue un disgusto, pero sí fue como aceptar un exceso de responsabilidad. «Se me va a caer tanto la baba que va a ser un problema.»

Los sueños de aquella pareja tan joven enseguida se fueron al traste, precisamente por tener que asumir obligaciones para las que no estaban preparados. Cuando uno conoce bien sus sueños se recuerdan mejor aquellos en los que jamás llegó a quedarse, pensaba Enrique, porque a decir verdad ninguno se había cumplido pero ninguno se había olvidado, estaban pendientes. Había tenido la ilusión de montar su propio bar: tapas, menús, copas. Aunque su ambición no estuviera adiestrada, tenía mano para eso. Pero con la

llegada de la niña cambiaron las prioridades y se aceleraron los apuros. La niña lo cambió todo. Al principio para bien, el mejor regalo de la vida. Pero ahora esa niña le traía por la calle de la amargura.

Se notaba que había terminado el curso. Ya no se oían voces infantiles por ningún lado. El verano traía un convenio de calima y pereza. En la entrada coincidió con la señora Falcó.

—Buenos días, señor Enrique —dijo, como si tuviera prisa, o quisiera esconderse, mientras retenía la correa de Chiquita, que ya elevaba sus patas a las pantorrillas del portero, cuyas caricias le encantaban.

—Buenos días, señora Falcó, qué simpática es esta perra, ay, qué ganas tiene de jugar y de salir, ¿eh?

Se extrañó Enrique de que la vecina no le preguntara sobre lo acontecido el viernes. La Falcó también tenía el ánimo veleta. Un día estaba de buen humor y te lo daba todo y otro te despreciaba sin importarle quién estuviera delante. Tenía una hija de la edad de su Sandra. Sí, Enrique recordó entonces el invierno anterior, cuando la señora bajó a la portería con una bolsa de El Corte Inglés y dijo «Tome, Enrique, para su hija, que la mía ya no la quiere...». Qué feliz estuvo Sandra al recibirla, cómo le gustó la parka azul marino. Tenía los bolsillos grandes, ideales para meter el walkman, y una capucha forrada de borrego. Era justo la que ella quería, clavada a las que había visto en los anuncios. Tras una semana en que no se la quitó ni un solo día, su padre regresó una noche y le habló con semblante derrotado: «Sandra, cariño, el anorak me lo tienes que devolver, lo siento mucho, pero la hija de la señora Falcó dice que ahora lo quiere y me lo han pedido». En el rostro apagado que se le quedó a Sandra leyó su padre la decepción —cómo recomponer eso— y también la resignación de quien no puede hacer nada. Cuánto le dolió devolvérsela. Y aún más al comprobar que nunca volvió a ver a la hija de la señora con ella puesta.

Enrique se puso manos a la obra: bata, escoba, cubo. El suelo del hall tenía rastros marrones y en algunos lados incluso restos pringosos, señal inequívoca de que la piscina había estado todo el

fin de semana recibiendo gente. Convenía limpiar y que el vestíbulo reluciera cuanto antes. Escurría el mocho cuando apareció el señor Gil.

—Quería comentarle algo, Enrique, ¿tiene un minuto?... —preguntó el hombre, con gesto contrariado, a trompicones, midiendo la voz.

—Dígame usted, señor Gil...

Detuvo la escurrida y atribuyó esa indecisión a su heroicidad de la piscina. Estaba claro que a cualquiera le hubiera gustado salvar a la niña, pero de todos los porteros con piscina a su cargo que había en Barcelona, había sido él.

—A ver, hemos tenido una reunión de la comunidad...

Enrique arqueó las cejas mientras el otro vacilaba y guardaba silencio, como quien busca tiempo para encontrar las palabras precisas.

—¿Y? —Y por unos segundos, Enrique se ruborizó. Se ilusionó con la posibilidad de recibir un homenaje, una propina extra. Tal vez durante el fin de semana habían llevado a cabo una colecta para agradecer su buen hacer. Pero fue un segundo fugaz, porque más allá del agradable olor a detergente cítrico, el silencio del vecino ocultaba otras intenciones:

—Y el caso es que ya no puede seguir trabajando. Los señores Palop le acusan de no estar donde debía y no quieren que siga, y no solo ellos, el resto de los vecinos con hijos piensa lo mismo. Ya no se fían.

La memoria de Enrique rebobinó y se vio frente a la niña rogándole que no se metiera en el agua. Dejó que el palo de la fregona cayera hasta dar con la pared, levantó ligeramente los hombros y abrió las manos:

—Pero, señor Gil —empezó a hablar sin ser aún consciente de lo que acababa de oír—, la niña me juró que sus padres la habían dejado bajar sola para que se bañara, que le habían dado permiso...

—Es una niña, Enrique —añadió el otro chasqueando los dientes, con tono de fastidio.

—Yo no he hecho nada malo, incluso la he salvado —trataba de defenderse sin estar convencido, un hombre vulgar acorralado

por su valentía, la mirada menguada. Hasta este momento se había negado a aceptarlo levantando castillos en el aire, pero sabiendo que lo que estaba viviendo lo había supuesto. Sabía que iba a pasar desde que el señor Palop lo acorraló en la piscina. También por eso estuvo tan irascible, y también por eso se emborrachó ayer.

—Ella dice que usted no le prohibió nada, que se ausentó tranquilamente y la dejó sola...

La luz velada que por las mañanas iluminaba el vestíbulo era el único testigo de la incomprensión de Enrique, que por un lado se había pasado el fin de semana sufriendo por su hija, y por otro adulando a los Palop ante Marisa, preocupado por ellos, y ahora... ahora la realidad le agarraba del cuello y le invitaba a firmar unos papeles.

Fue entonces cuando aparecieron los señores Palop y la pequeña Jimena, tan pizpireta ella, sutil en sus andares, sin rastro del susto del viernes.

—A ver —dijo el señor Palop—, mire, no nos vamos a esconder, y no queremos que esto sea un motivo de malestar, aquí no nos gusta la gente mentirosa. Mañana mismo la ETT nos envía otro conserje. Pero somos buenos, y si hace falta daremos referencias...

El señor Gil intercedió:

—Sí, así es, Enrique, pídame lo que necesite y le ayudaremos. Con estos papeles va al INEM y ya está... faena hay de sobra... y además tiene finiquito y paro, hoy en día uno no se puede quejar de nada...

Jimena observaba la situación despreocupada. En la comisura de los labios resistían trazos minúsculos de Cola-Cao. Enrique, visiblemente entristecido, la miró a los ojos, y señalándola con el bolígrafo, preguntó:

—Jimena, preciosa, cariño, dime la verdad, ¿yo te dije que te podías meter en la piscina? ¿Yo te di permiso?

Y la niña, soltando la mano de su madre, con total parsimonia asintió:

—Sí... —para que Enrique no la reconociera y dejara de mirarla.

Quién le iba a decir entonces que cuando años después volviera a verla también tardaría en reconocerla.

6

Después de cuatro años de servir a la comunidad, de haber entablado complicidades y de haber, por qué no aceptarlo, despertado ciertos afectos personales y dado forma a relaciones que creía duraderas, Enrique debía lidiar con un tropel de contrariedades que se le venían encima. Entre las estridencias del tráfico se dijo que su deber era dar media vuelta y pedir perdón. No se había mostrado lo suficientemente arrepentido. A veces convenía tragarse el orgullo y reconocer los errores. Pensando en cómo pergeñar las disculpas entró en el bar Herminios y, guiado por una inusual desazón, hizo algo insólito: pidió un carajillo de coñac y, tras rebuscar suelto en el bolsillo, sacó un paquete de tabaco de la máquina. Mientras llegaba el café se encendió un Winston. Llevaba años sin fumar y con la primera calada sintió un revés en los pulmones y un considerable mareo, seguido de una repulsión cercana al asco pero a la que, sin embargo, no prestó atención, pues siguió fumando. Removió el azúcar y aceptó con agrado el calor del alcohol en la garganta. Debía volver. No podían quedar así las cosas. Pero la autoestima, cuando había que lucirla frente a otros de posición más elevada, no era su fuerte. En esos casos asumía el deber de la reverencia y la debilidad le empequeñecía dejando florecer complejos que venían de lejos: era el tonto de la familia, el que no servía para nada, el que ni siquiera había llegado a montar su negocio.

Apuró la colilla, la tiró y la pisó entre los grumos de serrín. Agarró el *Sport* que estaba sobre la barra, pero no había nada que leer hoy. Fue consciente de que le temblaba el pulso al coger la taza y ver cómo se derramaban unas gotas. Tras él había uno cuadrando frutas de colores entre tan fastidiosa sintonía. Se oyó el chasquido de la puerta. Se giró. Hombre. Era el maño, que le

sonrió abiertamente:

—Un cortado y a este lo que quiera... Qué tal, don Enrique, ¿cómo vas?, ¿mucho jaleo con la piscina? El cloro, eso es lo más importante; cada día, yo le pongo un vaso y medio, la tengo como los chorros del oro...

—Me acaban de echar, maño, me acaban de echar, mira, mira los papeles del INEM...

Enrique no halló mejor compañía que ese portero para confesar.

—No me jodas, pero qué estás diciendo, a un tío como tú, pero si tienes a la comunidad encantada...

—Por lo de la niña de la piscina.

—Coño, pero si tendrían que hacerte un monumento. Lo dice todo el mundo...

—Pues me han dado el finiquito.

—¿Y tu mujer?, ¿lo sabe ya?

—No, a ver qué coño le digo ahora...

El maño arrugó la frente en señal de compasión. No estaba habituado a lidiar con este tipo de situaciones. Él venía de abajo, quizás de mucho más abajo que el colega que fumaba impulsivamente a su lado. El maño sabía lo que era perder un trabajo a las puertas del verano y con la paga extra desvanecida. Las cuentas que luego le pasan a uno en casa, las remuneraciones de quinientas o mil pesetas que reclaman hoy los hijos, lo que cuestan las horas extraescolares, las bambas de marca, la ropa para salir el sábado con las amigas, la luz, el gas, las letras pendientes de la nevera que a la mujer le da por comprar sin que venga a cuento, la hipoteca, los campamentos de verano, para los que siempre se necesita algo más... En fin, el maño conocía la aspereza de la supervivencia, y quizás por eso se llevó la mano al bolsillo:

—Toma. Mil duros, todo lo que llevo encima... —dijo.

Enrique tomó el billete por impulso y, nada más hacerlo, se preguntó por qué lo había cogido. Quiso devolverlo, decir que no, que para qué le soltaba un billete de ese tamaño, él, que sin duda también lo necesitaba.

—El dinero es papel, y el papel se hace, ¿no?, quédatelo...,

que vienen curvas, pero no hagas el tonto... Dáselo a la mujer, que esto no le va a hacer ninguna gracia, menudo disgusto...

—Joder, maño, muchas gracias, y qué hago, ¿miento?, ¿no digo nada?

—Se va a enterar de todas formas.

Guardó el billete, apuró el cigarro y expulsó el humo a la corrompida atmósfera de las alturas sin detenerse a mirar cómo se desvanecía en líneas difusas. La idea del perdón era más poderosa y se ceñía al futuro inmediato que dibujaba su buena cabeza. El maño, ahora pensativo, sorbía su cortado, evitando mirarle, como si de pronto se estuviera preguntando si lo que acababa de hacer tenía sentido o le serviría de ayuda a este chuleta que se pedía otro carajillo mientras golpeaba la barra insultando a todo quisqui. No eran tan amigos para un gesto así. También él tendría problemas por perder un dinero que no le sobraba. Creyendo que el arrepentimiento sería menor si desaparecía, apuró el café y se largó de allí con el apremio de quien piensa trágame tierra.

Aunque sintiera la garganta ajada por la falta de costumbre, Enrique encendió otro cigarro, dejó un billete sobre la repisa y esperó el cambio. Ligeramente tambaleante, se echó a la calle, donde le recibió un aire que ya no era fresco como en la mañana, sino frondoso, de una viscosidad que se extendía hasta su boca, cuajada de café, tabaco y ron Negrita. Caminaba con la flojera que suele provocar la duda cuando no se está seguro de hacer lo correcto, pero con la decisión de conocer bien el camino a esa portería con la que tenía cuentas pendientes. A pocos metros del portal una presencia lo requería entre la sorpresa y el alivio. Era el señor Valldaura, el vecino de más edad y el que más cariño le tenía. En esa mirada centelleante, en ese abrazo tembloroso, Enrique creyó ver una esperanza.

—¿Usted cree, señor Valldaura, con lo que yo he...?

—No —le cortó el otro—, no es de recibo, lo siento mucho, llevo un rato hablando con Gil, pero son mayoría.

—Voy a pedir perdón, a lo mejor así entran en razón...

—Ni se te ocurra —dijo, como si con ello quisiera evitarle el ridículo y que su figura fuera luego, en la intimidad de los

ascensores y el hall, objeto de burlas.

Valldaura notó empacho y morosidad en la manera de hablar de Enrique y supo por el resuello que había bebido. Lejos de despertarle compasión, el detalle le despertó desconfianza, como si temiera que algún día no muy lejano podría dejar de ser el hombre amable y trabajador que había conocido y transformarse en alguien capaz de echarse a perder a las primeras de cambio.

—Busca otro trabajo, que tú vales mucho... ¿Dónde trabajabas antes?

—En bares... es lo único que sé hacer. Tengo amigos en la hostelería, pero...

—Pues búscalos, es el momento de acudir a ellos. La vida es así, Enrique, todo cambia en cuestión de segundos...

—Señor Valldaura, ¿cómo digo en casa que me han despedido?

El vecino lo tomó del brazo y caminó hacia abajo para aprovechar la sombra de la entrada de un parking. Se apreciaban mutuamente. Ya llevaba años jubilado. Su escaso peso y su andar encorvado le hacían parecer más frágil de lo que era. A menudo le soltaba cien pesetas por aquí, quinientas por allá, una botella de vino, una ensaimada traída de Mallorca. Había sido un gran industrial. Le gustaba recordar su pasado al frente de la fábrica textil en Sabadell. Desprendido y bonachón, siempre preguntaba por su familia, qué los preocupaba, cómo iban de salud.

—Toma, esto es para ti —dijo resignado, dando una última propina—. En casa te queremos. Cuídate mucho y busca trabajo. Estos son unos sinvergüenzas, pero son los que mandan ahora. Son nuevos ricos, el burro de Palop y el otro, que es aún peor..., tienen el poder, y el poder es una enfermedad terrible. No te mata, deja que lo vayas haciendo tú mismo hasta descomponerte y no parecerte en nada al que eras antes de tenerlo... y estos disfrutan así. Has salvado la vida a una hija suya pero eso no es suficiente, ahora quieren que te mueras tú con la excusa de que temen que vuelva a pasar... Antes se mandaba de otra manera... y ¡no hagas esto, coño! —dijo cambiando el tono de voz, dándole una orden, quitándole de la mano el cigarro que Enrique pensaba encender

para romperlo y dejarlo caer al suelo—. Cuando yo estaba al mando de la empresa a mis empleados y a sus familias no les faltaba de nada. Estos son egoístas, va en su naturaleza, es como el cuento de la rana y el escorpión, se aprovechan de ti y luego te echan a la calle cuando les viene en gana...

Un incómodo silencio espesó la atmósfera. Enrique, afligido, se despidió abrazando la debilidad de un cuerpo al que se le podían contar los huesos.

Enfiló el camino de vuelta a los ferrocarriles. Una tos áspera le invadió en las escaleras. Aunque caliente, agradeció la penumbra que brindaba el andén. Sentado, volvió a leer los papeles, pero no le era posible concentrarse. Se los daría a Marisa, que para esas cosas tenía más paciencia. Marisa: el dinero que llevaba encima se lo entregaría jurando que eran propinas de algunos vecinos disconformes con la resolución del presidente y orgullosos de él. Apareció el vagón con su torrente de ruido y cuatro gatos en los asientos. Una vez en plaza de Cataluña, dudó durante unos segundos, y en lugar de tomar la línea 1, tomó la 3 y se bajó en Liceu. Salió a las Ramblas —hervidero de trinos, flores de verano y paseantes en bermudas— y se internó por el mercado de la Boquería para atajar por la sombra y aparecer en la calle Robador, desinencia turbia de menos de cien metros, angosto desagüe, un canalón de asfalto por el que aún fluía parte del pasado de Enrique y en el que, bien lo sabía, quien circulaba era para algo y, por consiguiente, tenía la obligación de vigilar al que pasaba a un lado, al que oteaba desde un balcón o al que esperaba en la esquina.

Como antaño, el penetrante olor a humedad le obligó a alzar la vista a los tendederos, apretujados en los balcones jaspeados de marchitos geranios rojos, y luego, a mirar abajo, al pavimento, donde en los leves charcos que conformaba el relente se reflejaban hilos de cielo. Una chica de rasgos africanos se le ofreció guiñándole un ojo y mostrando el lento vaivén de la punta de su lengua por los labios. Cómo se notaba que era nueva. O que había pasado el tiempo. Porque unos años atrás, Enrique conocía el nombre de todas las que asomaban desde los portales dejando ver

esa coqueta ceremonia del placer que consiste en mezclar brotes de lencería con telas arrapadas. Sabía que en El Coyote seguiría estando aquel chaval de su barrio con el que empezó a trabajar en los bares. Así iba a pedir ayuda a quien no se la negaría.

Tenía mucho en común con Roberto Mosquera. De niño era un chaval rubio, de pelo rizado, que hablaba por los codos con un inconfundible deje gallego, pues de allí venían sus padres. De Lonia de Arriba 23, Orense, dijo aquel rapaz corpulento cuando apareció en el colegio y tuvo que dar cuentas de su procedencia. Siempre repetía lo mismo, como si aquella dirección fuera su patria. Venía de esa Lonia de Arriba 23, que en la imaginación de Enrique se reducía a una casa de piedra incrustada en mitad de una montaña, entre el cielo y la llanura de un pueblo de corrales y tranqueras. Roberto siempre arrastró problemas con los ojos, llevaba gafas prácticamente desde que nació y cada tanto traía un parche que iba mutando de ojo, una semana el derecho, una semana el izquierdo. Entre las herrumbrosas humedades de la calle Robador, Enrique no podía dejar de evocar aquellos momentos, cuando eran críos y vecinos en Bellvitge. Su madre se llamaba Mari y su padre, Amador. Vivían en un bajo oscuro y profundo en cuya entrada, sin embargo, aparecía una escalera que conducía a una especie de granero al que enseguida le sacaron partido. Y es que Mari aprovechó esa antigua guarida de trastos para organizar una peluquería. Instalaron tocadores, sillones, cascos orientables y un sinfín de utensilios que campaban por las repisas. Durante un tiempo sus padres y los de Enrique estuvieron unidos. No solo porque se cortaban allí el pelo, sino porque a veces los ponían a dormir juntos en casa de Roberto y se iban al bingo. Qué bien recordaba Enrique cuando se quedaba a dormir en su misma cama. Fue una amistad intensa que se prolongó hasta que de buenas a primeras un familiar ofreció un trabajo fijo a Amador en su tierra natal. Roberto llegó una mañana al colegio y dijo que desmontaban la pelu y se volvían a Galicia. Antes de despedirse, Roberto le dio un papel doblado en cuatro que Enrique tuvo años revoloteando por los cajones de la habitación: «Roberto Mosquera Fernández, Lonia de Arriba 23, Orense». Eso fue todo lo que le quedó de su

compañero de patio y pupitre y pillerías varias. A veces, cuando leía aquella dirección, pensaba en él y lo vislumbraba por esos montes verdes con su ceñido chándal con rodilleras, el parche en el ojo, las gafas y los rizos amarillos. No sabía a ciencia cierta si eran tan amigos como para echarlo de menos, pero lo cierto es que a menudo repetía su nombre y su dirección como quien repite un trabalenguas. Enrique fue pasando de curso y vinieron otros chavales nuevos al colegio y la vida siguió su marcha, con sus azares y su monotonía, y la pregunta de qué será de Roberto se fue evaporando como se borran las letras escritas con devoción en la orilla del mar. Cuando ya se había olvidado de él y había pasado la dura edad del pavo y el acné y la tontería empezaban a ser meros recuerdos, Roberto regresó unas Navidades a Barcelona acompañado de sus padres. Se alojaron en la casa de unos allegados que vivían por La Verneda. Desde allí telefoneó a Enrique. En el parque del estanque de la Sagrada Familia se reencontraron una mañana soleada de finales de diciembre. Cómo había cambiado Roberto. Menudo estirón. Era un muchachote ancho, robusto, feote, aún con sus gafas pero con el pelo demasiado oscurecido y sin los voluminosos rizos de la infancia. A su lado, Enrique era un tirillas, pero a juzgar por su estudiada indumentaria, mucho más presumido y pulcro. Los dos tenían quince años, pero Roberto parecía mayor. Se dieron la mano y se pusieron a hablar de la vida. Enrique no había salido del barrio, lo habían metido a estudiar automoción pero no daba ni una. Lo que más le interesaba era ponerse a trabajar cuanto antes. Cuando le tocó el turno a Roberto, con su aún más marcado acento gallego, confesó:

—Pues yo llegué a Orense, y al principio bien, pero luego... me junté con los peores... Me tuvieron que meter unos meses en un reformatorio...

—Ya —dijo Enrique, debatido entre la sorpresa y el miedo, mientras los dos caminaban dando la espalda a las coloridas torres de la basílica.

—Y luego salí de allí, y sigo en las mismas, pero me gustaría cambiar de aires, creo que me gustaría volver aquí...

—Bueno, cuando tengas dieciocho siempre podrás hacerlo.

—Lo haré..., ¿sabes? Creo que estoy viviendo muy deprisa... ¿tú has follado?

—No —dijo Enrique.

—Yo sí, pagando y sin pagar. He abierto varios maleteros, es lo que más me mola. Y ¿has probado el chocolate?

—No, la verdad. Esas cosas... No sé, lo he visto hacer, en el barrio ya sabes que se mueve mucho...

—Pues yo es que ya me he cansado de los porros, me gusta más la *fariña*. Allí, a veces, con los colegas, nos ponemos unas rayas y nos vamos al monte a disparar con la Beretta de uno, que su padre es madero... yo te consigo lo que quieras, Enriquiño, perico, hachís, caballo, de todo... Para unos es la muerte y para otros es la vida, es lo que hay...

Al cabo del tiempo, Roberto cumplió su palabra y reapareció por el barrio con dieciocho años. Lo primero que hizo fue ir a buscar a Enrique, pero este estaba de paseo con Marisa.

Al volver a casa, en cuanto su madre le dijo «¿sabes quién ha vuelto?, Roberto, el gallego», Enrique se echó a la calle y fue al bar de Lucas, y lo encontró en la barra departiendo con su inconfundible acento. Tras saludarse en la intimidad del fondo y ya con unas cuantas cervezas encima, Roberto le contó una historia de cárcel y una multa de reinserción.

—En verdad no era para tanto, solo conducía sin carnet y un poco pasado de vueltas, nada más... Luego mi padre me partió la cara y me llevaron preso. Cuando salí esperé a cumplir los dieciocho para volver.

Y ahí estaba ahora Roberto Mosquera, tantos años después, tras la barra de El Coyote, con la frente más amplia y su escaso pelo totalmente oscurecido y pasado por gomina.

—Pero, bueno, ¡qué sorpresa! Mi amigo Enrique, el más chulo del barrio, qué riquiño... —gritó con una gran sonrisa con la que desató la euforia en Enrique.

El gallego rodeó la barra y se abrazaron en presencia de dos churris con pintas de lumis, gafas de sol y gesto mórbido que delataban pocas horas de sueño.

—¿Qué te trae por aquí...?

—Pues nada —dijo Enrique dejando sobre la barra los papeles —, que hacía mucho tiempo que no te veía, ya sabes que me gusta vigilarte.

—¿Estrella o Voll-Damm? —ofreció el otro con una cerveza en cada mano.

—Lo que quieras.

Tras el primer trago, Enrique tuvo la necesidad de encenderse un cigarro. Luego se palpó el hilo y la cruz de oro que bordeaban su cuello. El blanco de la bandera olímpica que colgaba de la pared, sobre la estantería repleta de botellas, se asemejaba al gris. Roberto hizo deslizar un cenicero de plástico por el mostrador y se apoyó dejando relucir la complicidad que su amigo merecía:

—A ti te pasa algo...

Enrique asintió, pero habló de otra cosa:

—¿Tú sabes cómo es el cuento ese de la rana y el escorpión?

Roberto se echó a reír.

—Pues claro, lo sabe todo el mundo...

—Cuéntamelo, anda, y luego te cuento lo que me ha pasado.

Roberto dio un trago y, antes de hablar, con ese deje gallego que, por muchos años que pasaran, permanecía intacto, extrajo un cigarro del paquete de su amigo.

—Pues esto era un escorpión que estaba en la orilla de un río, vio una rana y le dijo, ranita, ven aquí, a ver, ¿tú me podrías llevar al otro lado?, solo necesito apoyarme en ti, no peso mucho... Pero la rana le dijo y una polla te voy a ayudar, tú me vas a matar en cuanto puedas, siempre lo haces, te alimentas de nosotras... Pero el escorpión puso cara de bueno y se hizo el que nunca ha roto un plato y le suplicó que no, que no, que yo te juro que no te haré nada, por favor, ranita, por favor, por favor te lo pido, créeme, te lo juro por Dios, te lo juro por mi madre, por lo que tú quieras... Total, que al final la pobre rana tiene piedad y lo cruza, y al llegar a la otra orilla el escorpión, sin dudarlo, le retuerce el cuello y se la come... ¡Está en su naturaleza! ¡No lo puede evitar! Lo que me extraña es que no lo conozcas, el cuento...

7

A Marisa no le dio buena espina que fuera su marido la persona que había llamado al interfono y quien ya subía las escaleras. No eran ni las seis de la tarde. Con la mano en la frente rumió pasillo arriba pasillo abajo antes de decidirse a abrir la puerta. Desde el quicio vislumbró que Enrique se agarraba más de lo habitual a la barandilla. No tuvo tiempo de preguntarse por los motivos.

—¿A dónde vas? —preguntó él al verla con el bolso y los zapatos.

—Pues a ver a la madre de Laia. —Marisa no quiso líos, prefirió decantarse por la verdad, aunque hablara como quien siente que le han descubierto una coartada.

—Qué cojones tienes que hacer tú con la madre de no sé quién un martes por la tarde. —Era inútil que Enrique tratara de disimular su estado.

—Enrique, has bebido...

—¿Qué coño has bebido ni qué hostias?

—¿Qué ha pasado?

—¡Toma!

Con una furia rebajada por la morbidez, Enrique sacó del bolsillo los billetes que le habían dado el maño y Valldaura y los lanzó con ímpetu, pero apenas volaron hasta la mesa.

—¿Qué significa esto? —preguntó Marisa observando el papel arrugado.

—Significa que tengo nuevo trabajo, que no quiero saber nada de ellos. Y espera, que aún me falta el finiquito y a partir de mañana empiezo en otro lado.

Marisa, que aún no lograba entender nada, optó por resguardarse en la cocina. Elucubró a toda prisa y recuperó la pregunta que le había hecho el viernes al llegar a casa: «¿No se

habrán enfadado por lo de la niña?». Apoyó las manos en la encimera. Barrió con la vista el fregadero. Aquello no era más que la constatación de lo que había sospechado a solas. Resopló con la decepción de vivir una escena que ya había proyectado y de la que no quería ser partícipe.

Conocía bien ese aire chulesco, esa manera de hablar al vacío, ebrio. Era una cría cuando se enamoró de él. A pesar de algunas voces vecinas que insistían en llamarlo pelele y en rebajar su valía en comparación con ella (con lo que tú vales, te mereces algo mejor), ella se entregó con la inocencia como aliada, dispuesta a sacarle partido. Su madre la animó, le dijo es buen chico y es guapo, al final todos son iguales, qué más da, si te hace tilín no le des tantas vueltas. Y claro que le hacía tilín, claro que le gustaba, claro que gozó descubriendo con él los placeres más íntimos del sexo y los menos íntimos pero a su manera también atractivos del inicio del noviazgo y la convivencia. Pero había algo que no le gustaba, algo que nunca había sido capaz de verbalizar, y eso era lo único que la hacía dudar. Lo que más le molestaba era lo distinto que era el Enrique sereno del Enrique borracho. Y eso no lo soportaba, ¡si él no era así! A solas era cariñoso, comprensivo, atento e incluso servicial —si le pedía ayuda para la casa, la obtenía; no era un hombre de quedarse en el sofá—, pero cuando alguna vez salían con otras parejas y tocaba ir a un bar o a cenar en otra casa, al empinar el codo perdía la compostura. Como si le avergonzara algo, a saber qué (¿que su mujer hiciera faenas?, ¿no haber prosperado como su hermano?), y tuviera que dárselas de rico y llamar la atención con sus bravuconadas y una vez tras otra dejarla en ridículo. En esos casos, con la bebida no tenía fin. El Enrique que se inventaba a su medida estando a solas distaba mucho del Enrique social. Le perdonó acudir al altar con bombo, pero no le perdonó jamás saber que iba contando pormenores por los bares, aireando sus virtudes, la belleza de su trasero puesto en pompa o la pericia de su lengua cuando le pasaba a limpio el glande.

Y ahora volvió a ver a ese Enrique fanfarrón, charlatán, creído y, lo peor de todo, celoso. Porque por un lado alardeaba de sus

encantos y por otro no soportaba que nadie le pusiera un ojo encima.

—No hay que preocuparse por nada, mujer, pagaremos todo...

—Mira que te lo dije...

—Si hasta los vecinos han dicho que no hay derecho...

—¿Y los niños? Van a preguntar...

—No les va a faltar de nada...

—Suerte que acaba el curso y tienen campamentos; pero, luego, qué diremos en el pueblo.

—Este año yo no podré ir...

—¿Qué?

Como tuvo bastante con imaginarse el panorama, Marisa dejó de preguntar y se encerró en la cocina para imaginarse a Enrique solo en Barcelona todo el mes de agosto.

8

La preocupación con la que había vivido el inicio del verano por la distancia de Enrique se había ido transformando en alivio al comprobar que, gracias a ella, sus hijos lo vivían con mayor intensidad. Ahora que volvían a casa en el autobús, Sergio comiendo el bocadillo y Sandra recostando el sueño en la ventana, sentía que se había acostumbrado a la separación y cada vez importaba menos no localizar a su marido o que sus conversaciones fueran siempre vanas. Se veía incluso algo tonta por haber pasado noches en vela imaginando sus quehaceres. ¿No os quedáis a ver las olimpiadas?, les habían preguntado nada más llegar, el 1 de agosto. Qué va, por eso venimos, para huir, allí no se puede estar con tanta gente, decía Marisa, tratando de evitar explicaciones. A esa pregunta siempre seguía otra: ¿Y Enrique? ¿No viene este año?... Hay mucho trabajo, no le han dado vacaciones... La avergonzaba confesar que lo habían despedido, ¿cómo iba a decirlo?, ¿cómo confesar que había perdido de vista a una niña en la piscina y que casi se ahoga por su culpa? Su madre, no obstante, adivinó enseguida por qué habían venido solos, y le pidió, por lo que más quieras, que no contara nada, que en los pueblos ya se sabe cómo es la gente y que durante ese mes no les faltaría de nada.

Hasta el 9 de agosto, fin de los juegos olímpicos, Barcelona había sido un festín de desenfreno y turistas. El optimismo atravesaba el ambiente y se cernía sobre la ciudad como una premonición de buenaventura. En los balcones del centro colgaban banderas olímpicas, en las calles se mezclaba la información deportiva con las ganas de vacaciones y las noches conservaban el calor del día para transformarlo en una llevadera calorina a la que resultaba fácil adaptarse. Recomendado por Roberto, Enrique había

encontrado trabajo en el Muy Buenas para llevar el turno de noche. En una semana había aprendido más palabras en inglés que en toda su vida. Ahora la clientela era de otra índole. Los guiris exhibían la excitación sin complejos y poca ropa, gastaban pesetas sin miramientos y cuanto más bebían, más generosos eran con las propinas. La primera semana, Enrique fue un ejemplo de seriedad. Mostró madera para cuadrar la caja y animar una barra. La chispa de la experiencia parecía darle la razón. Era lo suyo. Ejercía de maravilla esa oportuna mezcla de gracia y responsabilidad. Las primeras noches ni siquiera probó una cerveza. Un par de días habló con Marisa, que lo despertaba a eso de las dos de la tarde, y le aseguraba que sí, mujer, que tenía la casa en orden, que había puesto una lavadora y que *everything ok dont worry about that*... Con el fin de los juegos olímpicos, aflojó la concurrencia de guiris y la cosa se empezó a desmadrar. Se adelantó la hora de cierre y las visitas de Roberto, casi siempre acompañado por el Yerbita, aumentaron. Caían por el bar, y mientras Enrique dejaba todo listo para el día siguiente invitaba a los colegas. Era el momento más contradictorio, pues debía debatirse entre la voluntad de los otros, solteros y sin apenas obligaciones y con el permanente ofrecimiento a seguir un rato por locales donde trabajaban colegas y no pagaban, e irse a casa en el autobús nocturno.

El Yerbita era un guitarrista de flamenco de Toulouse que vivía en Granada y estaba de paso todo el mes de agosto. Había venido a visitar a la madre de sus hijas, y la verdad es que tenía mucho tiempo libre, porque la madre y las hijas solo le daban bola de ciento a viento y ya le habían advertido que ni por asomo le darían cobijo en su piso, así que se había instalado con Roberto. Tocaba en El Coyote por las noches a cambio de la estancia y de barra libre. Su acento fundía el deje de Granada con el francés y siempre tenía la «polla» en la boca (qué pollas dices, este está apollardao), y el «lavín» y el «ehnortao» y «no ni ná», además de uno de los correspondientes porros de marihuana que hacían honor a su apodo. El Yerbi nunca tenía prisa por terminar una frase, pero atesoraba en su memoria un carrete de batallas que daba para escucharlo largo y tendido. Esa noche el Yerbi tenía bolo en Los

Tarantos a partir de la una. Y Enrique, a pesar de sus débiles dudas, se aventuró a ir. Es lo que tenía el alcohol. En cuanto se tomaba tres cervezas se venía arriba.

Ya en Los Tarantos, a Enrique le asombró presenciar lo bien que se manejaba Roberto en el ambiente. Saludaba a todo quisqui y todo quisqui le devolvía el saludo con el cariño propio de la noche, ese amor incondicional que expresan con alegría los que calzan el mismo pie que el otro.

—¡Venga, Yerbi, haz de las tuyas...! —gritó una voz desde la barra.

Entonces, con su camisa blanca desabrochada tres botones, se le vio remangarse ligeramente los vaqueros antes de sentarse en un taburete y cruzar las piernas para apoyar la guitarra. Se hizo un silencio cuya tonalidad estaba cargada de humo y tan solo era rota por el tintineo de los hielos. Mientras afinaba, el Yerbita se puso a hablar cogiendo las palabras una por una con un magnetismo que hizo que Enrique lo empezara a observar con otros ojos. Contó encuentros con Camarón, Tomatito, Morente; y que interpretaría por bulerías, por tangos, por soleás y por alegrías, y añadió que él venía del Sacromonte, su patria. Se arrancó con soltura y precisión coreando un universo sonoro del que ningún presente quería salir. Cuando Enrique se fijó en unas mujeres de las primeras filas, se percató de que miraban al guitarrista como no lo habían mirado a él en años. Evocó a Marisa, todavía una niña, entregándose a él, admirándolo, feliz con su desparpajo verbal y su temprana adulación. Parecía mentira, el golfo del Yerbi era un artista, el malandrín descamisado era una deidad. Le bastaba su presencia mal iluminada por un foco y un micro que apuntaba a la boca de la guitarra para meterse en el bolsillo a la gente. Con cada final de canción estallaban los aplausos. Roberto le susurró al oído una ristra de elogios hacia aquel menda que hipnotizaba al personal con unos acordes y unos punteados casi narcóticos que refinaban el hechizo propio del flamenco. Al concluir el recital un par de chicas le retuvieron para pedirle un autógrafo, a lo que respondió que no tenía boli y que además prefería invitarlas a una copa antes que firmar un papel que acabaría perdiéndose como la niebla del

mirador de San Nicolás. Ellas aceptaron encantadas porque lo que querían era seguir con él. En la barra les habló del duende, de la hondura, de Juan Habichuela, de Carmen Linares, del cante jondo y del tirititrán, tran, tran, y añadió que él se proveía de inspiración en los bares del Albaicín y que su único dios era el Cristo de los gitanos, aparte de Camarón, claro. Las dos chavalas hablaban español a trompicones. Eran unas francesas que hacían un curso de castellano en Barcelona, lectoras devotas de Lorca y, desde ese momento, voluntarias para visitar Granada y la Alpujarra.

Cansados de que el Yerbi fuera tan requerido, Enrique y Roberto se liaron a hablar con la camarera, a la que ya conocían. Menor de lo que aparentaba, con la voz cascada, Yalemi era una mulata curvada de altura considerable que tan pronto tenía cara de aburrida como sonreía abiertamente. Evidenciaba su buen humor al entrar al trapo con cualquier broma o comentario. Aunque a ratos tosía demasiado, era muy habladora, y ahí Enrique se sintió en su salsa. Ante la pregunta de cuál era su procedencia, porque obviamente española no era, le comentó que hacía muchos años que salió de Cuba, en un barco, desde el puerto del Mariel y que no veía a su madre y a su padre desde entonces, y que aunque se sintiera muy integrada en Barcelona, su ilusión era volver a Cuba de vacaciones porque Cuba era un lugar del que aunque te fueras nunca te ibas, tu cuerpo podía irse, tu cabeza no. Pero en cualquier caso no estaba ahora para nostalgias ni boberías, por lo pronto, un día de estos, si les parecía bien, les prepararía en su casa, que estaba ahí al lado, y que compartía con otra amiga cubana, tostones, carne de puerco y arroz congrí. Pagado de sí mismo, Enrique, que no lograba situar ni Cuba ni el puerto ni los tostones en ningún mapa mental, se esforzó por hacerse el interesante hablando del inglés que había aprendido dando coba a tantas guiris y de varios parientes de conocidos suyos del pueblo que según contaban las leyendas habían emigrado a Cuba a hacer fortuna. Yalemi actuaba con una naturalidad demasiado transparente para Enrique. Ni por asomo mostraba un ápice de zalamería. Enrique no podía negar que sentía placer al mirarla, un placer que por momentos se convertía en una necesidad imperiosa

de imaginar. Tratando de dejar de lado los deseos y recordando a Marisa, a Sergio y a Sandra, cayó en la cuenta de que Yalemi era una de las que estaban en El Coyote cuando fue a pedirle trabajo a Roberto. Cómo era posible, se preguntó en silencio, que no le hubiera echado el ojo aquel día, que no se hubiera fijado en el grosor morboso de los labios y en esa manera pausada de moverse envuelta en un vestido ceñido que le apretaba las carnes y la obligaba a rozar los muslos a cada paso que daba. Alardeó de su nuevo curro en el Muy Buenas y tonteó con la casualidad de trabajar los dos en el mismo barrio. Al salir de Los Tarantos, el Yerbi se fue por su lado con las francesas y Roberto y Yalemi convencieron a Enrique de tomar la última en el bar de unos amigos. Eran más de las tres y el bochorno templado de la madrugada desprendía en el ambiente de la plaza Real húmedas partículas de salitre entre camellos y borrachos condenados a entenderse. Expectante y consciente de que la otra le empezaba a seguir el juego, se preguntó si sería capaz de, si se terciara, dar un paso más. Entonces, de camino al bar, pasaron por un estrecho callejón que se abría de sopetón en una bocacalle de la calle Heures, y Enrique, atraído por un gemido, giró la vista y descubrió a una pareja en acción. Le entró pánico. El chaval, agarrado a su presa, encajaba la mano por debajo de los pantalones elásticos de la chica, que se dejaba palpar satisfecha y sin poder contener el deleite y su correspondiente quejido. Y ese lamento de gusto cayó en sus oídos como un litigio en su contra. Joder, se dijo Enrique tras observar sus ojos mórbidos, si es una cría. «Vaya, vaya —sostuvo Roberto—, se están poniendo las botas.» «Bien que hacen, ¿a quién no le gusta eso, chico? —añadió Yalemi—. Si eso le gusta a todo el mundo.» Enrique apuró el cigarro y se llevó la mano al bolsillo para asegurarse de que no había perdido las llaves ni la cartera. Una voz interior le susurró vete, anda, que en estas calles el día menos pensado te encuentras a tu hija, y entonces, subiendo el tono y sin dar opción a réplicas, aseguró que tenía que irse, que era muy tarde, y que esperaba que se pasaran por el Muy Buenas un día de estos.

Mientras Enrique se convencía de contener el calentón y

esperaba un autobús nocturno repitiendo palabras que le había dicho Yalemi y que no entendía (*yuma, asere, jevo*), dejándose transportar por ese tono de voz tan cálido hasta incuestionables desmanes de lujuria, a trescientos kilómetros de allí su hija Sandra seguía disfrutando de la noche como lo llevaba haciendo desde el inicio del mes.

9

Para Sandra fue un alivio que su padre no estuviera. Con su madre y su abuela se sentía mejor, y además en el pueblo tenía libertad para hacer lo que quisiera. Aquel verano Noe se empeñaba en vestirse con una camiseta apretada en la que aparecía un limón partido por la mitad. Se la ponía para salir de fiesta una noche sí y otra también, y si para ello era preciso lavarla y luego secarla con el secador durante horas a escondidas de su madre, lo hacía y punto. En las fiestas del pueblo vecino, en un rincón de la plaza en el que se escondieron a fumar y a beber calimocho de un botijo, conocieron a unos chicos que hacían lo mismo y entre jiji, jaja y «vaya limones, quia, si necesitas que te exprima uno me ofrezco voluntario» o «si buscas tu media naranja cuenta conmigo», se quedaron con ellas toda la noche. Cuando dos días después los vieron por Valdecádiar se enteraron de que habían estado preguntando por ellas como las cítricas, un apodo que les quedó para todo el verano. Los chavales habían venido con expectativas, pero a la Noe le ponía mazo José Ramón, uno mayor que ellas, divertido y carismático, y a Sandra, la verdad sea dicha, no le gustaba ninguno. Era una de las cítricas, sí, y se lo pasaba pipa liándola con Noe, pero para movidas con chicos no estaba.

Cuando llegó la fiesta mayor de Valdecádiar sucedió algo inesperado. Unos vecinos que jamás veraneaban allí habían prestado cuatro días la casa a un matrimonio con dos hijas: Laura era mayor, y por más que desde el primer día distintas mujeres intentaran colocarla en pandillas, nada le gustaba menos que ese pueblo. Enfurruñada a todas horas, solo salía para pasear por la montaña y recoger cuatro flores. Anabel tenía un año más que Sandra y, pese a que tampoco se relacionaba con nadie, gastaba un humor distinto. Todo le parecía bien. En un principio Sandra y Noe

le dieron la espalda. Era obvio que ninguna sentía por Anabel el afecto que podían tenerse entre ellas después de tantos veranos compartidos. Sin embargo, la víspera de la fiesta mayor, en la casa de los nuevos hubo un escape de agua suficientemente grave como para que los padres tuvieran que acudir a la capital en busca de un fontanero, pues en pleno 15 de agosto era imposible encontrar a ningún técnico en los pueblos de alrededor. Marisa, atenta como era, invitó a las niñas a comer ese día. «¿Cómo las vamos a dejar solas? De ninguna manera. Donde comemos cuatro, comeremos seis», les dijo a los padres aquella mañana cuando ya estaban en el coche, con el motor en marcha.

Enseguida supo Sandra que la abuela de las chicas había vivido en el pueblo de pequeña y había sido amiga de la suya, por lo que el primer plato transcurrió entre anécdotas de cuando iban juntas a la escuela y el frío abría sabañones en las manos. Ante las preguntas insistentes de Marisa, Laura y Anabel no tuvieron más remedio que hablar, y Sandra, que tenía a Anabel enfrente de la mesa redonda, ya con el ternasco cambió de actitud y le propuso salir con ella y con Noe por la tarde, que se animara a acompañarlas a unas peñas y luego al baile. La miró con profundidad y analizó su pelo negro cortado a capas, tres o cuatro granos en la barbilla y una nariz para su gusto demasiado afilada. Qué poco se parecía a su hermana. La novedad se volvió atractiva, y antes de terminar el postre habían congeniado. Sandra dejó atrás la vergüenza y tras un rato de charloteo a solas entendió que tenían más en común de lo que pensaba. Para empezar, le encantó su actitud pasota y que hubiera suspendido nueve asignaturas en su segundo año de BUP. Anabel vivía en Zaragoza y el próximo curso repetiría en el colegio de monjas al que la había cambiado su madre porque en el instituto le había ido fatal.

—También me apetece cambiar de aires. Yo es que soy muy rara, porque me mola mogollón el desfase y salir de fiesta pero luego también me mola mogollón estudiar.

—¿Estudiar? —preguntó extrañada Sandra.

—Sobre todo leer, me encanta leer. A veces pienso que cuando sea mayor me molaría mogollón escribir un libro y que de

aquí a cien años me estudien los alumnos como yo, ja, ja, ja, anda que no...

A Sandra el comentario le sonó demasiado adulto y, por un momento, vio en ella a alguien mayor, pero que, al mismo tiempo, estaba en su onda. Le hacía gracia su modo de hablar. No usaba otra expresión que no fuera «me mola mogollón».

—Pues ya me recomendarás un libro, yo solo me he leído los que me obligan y creo que no me ha gustado ninguno...

—Yo es que aunque no lo parezca soy superromántica y me mola mogollón Jane Austen, una inglesa de hace cien o doscientos años. *Sentido y sensibilidad*, buah, cómo lloré con ese libro, tía...

—Me lo apunto... ¿Y por dónde sales? —Sandra cambió de tema.

—Con mis amigas siempre quedamos en el Rollo, que es una zona de Zaragoza..., mola mogollón. Pero tampoco creas que me quedo hasta muy tarde, paso bastante de movidas chungas, que un colega se comió un micropunto, le dio un yuyu y se quedó tonto. No veas sus padres cuando lo fueron a buscar al hospital...

Se oyó un trueno lejano. El cielo, antes despejado, se había nublado en cuestión de minutos. Por las inmediaciones de la plaza apenas circulaban abuelos camino del bar dispuestos a jugar la partida.

—¿Tienes novio? —Tuvo que ser Sandra quien sacara el tema.

—Así, así... me he estado tirando a uno los últimos meses, pero tiene diecinueve años y es un poco brasas... es que tampoco me mola eso de tener novio y tal, me mola mucho estar sola, ir a mi bola... a ver, me gusta follar, sí, pero no sé...

—Te entiendo, yo me lie con uno en San Juan, pero no me gustó nada, me sentí obligada, ¿sabes? Iba muy fumada... Luego, por la mañana, me acompañó a casa y me intentó meter mano el muy bestia en la misma portería. Fue una cortada de rollo...

Noe apareció por la fuente de la plaza donde habían quedado con una bolsa de pipas y con sus limones en las tetas. Tras darle dos besos a Anabel, enseguida se sumó a la conversación:

—Vale, pues ya somos tres cítricas, ¿no?

A las siete de la tarde el baile era un montón de jubilados

moviéndose al ritmo de pasodobles. Como el tachún, tachún les martilleaba los oídos, Noe insistió en ir a la peña de los Calaveras a tomar sangría, porque esto de comer pipas no subía nada.

—Qué pesada, ya sé para qué quieres ir allí —añadió Sandra pensando en José Ramón.

Noe respondió chasqueando los dientes y resoplando, mientras arrugaba la frente dando a entender que sí, que claro, que es lo que había. Allí hallaron chavales desperdigados por los sacos de paja con cervezas y cigarros cargados. A los mayores de edad aún les daba reparo actuar libremente ante Sandra y Noe, puesto que, aunque lucieran unos cuerpos desarrollados, sobre todo Noe, un portento, hasta hacía dos días eran dos renacuajos.

José Ramón, hoy con la melena recogida en una coleta, se levantó en un plis plas y, señalando a Noe, advirtió:

—A esta solo le sirvo yo.

Les sacó unas cervezas de la nevera y las invitó a que tomaran asiento donde les viniera en gana. Sonaba Eskorbuto a toda tralla. El rincón de suelo ondulante que ocuparon mezclaba de maravilla el olor de la humedad con el humo. Sandra le explicó a Anabel que era tradición reciclar viejos corrales como puntos de encuentro. Había algunos antros mucho más sofisticados que incluso tenían barriles de cerveza con su tirador. Este no era el caso, pero al menos habían instalado una nevera.

—¿Y allí qué hay? —preguntó Anabel señalando con el mentón una puerta que dejaba entrever por la rendija de arriba una iluminación rojiza.

—Es un cuarto para darse el lote, por eso la bombilla roja, cuando te lo quieres montar con alguien vas allí. Te apuntan y tienes un rato.

Unas horas después, cuando ya tocaba bajar al baile, con una borrachera más propia de las tres de la mañana que de las diez de la noche, con mucho más desparpajo, Sandra se apoyó en Anabel y le largó al oído:

—Y tu hermana, ¿por qué no viene con nosotras?

Por más que lo intentó, Anabel no pudo contener un eructo, y con la voz pastosa dijo:

—¿Mi hermana? Mi hermana es mogollón de rara, y no le mola nada este rollo, demasiados tíos... Bueno, es que a ella le molan las tías.

Pese al mareo, Sandra recuperó una imagen mental de Laura y tuvo ganas de que estuviera allí. Al escuchar lo que esperaba, la textura de la vida se volvió suave y lisa como una página en blanco y sintió que se le endurecía el vientre. No le había dirigido la palabra durante la comida. Ni siquiera la había mirado, bueno, claro que la había mirado, pero no tanto como le hubiera gustado. ¿Por qué no se había atrevido a hacerlo?, se preguntaba ahora dejando que la respuesta se deslizase de un lado a otro del cerebro como la arena de un reloj.

Para entonces aquella caverna inmunda estaba atestada de gente de distintas edades pero con el objetivo común de beber gratis. Un grupo protestó por que ya se hubiera terminado la sangría y otros liaban y rulaban eles de costo con pasmosa habilidad. En estas salieron José Ramón y Noe del cuarto de la luz roja. Ambos pidieron tabaco a los primeros que encontraron y Noe, con el cigarro encendido, una flojera en la mirada que se adecuaba bastante bien con su rostro y un lamparón en el limón derecho que a saber de qué sería, propuso cambiar de aires:

—¿Vamos al baile o qué...? Ya habrán cambiado de música.

Sandra levantó los hombros para decir me da igual, como quieras. De pronto, los acordes de una canción de Kortatu envalentonaron el centro de la sala y varios chicos empezaron a saltar gritando «¡Todo este sábado me lo voy a pasar privando en mi casa hasta reventar!». Sandra observaba la escena como si la hubiera vivido dos días antes o el verano anterior y sabiendo que la viviría también el siguiente. Noe no insistió en su reclamo de irse, ahora movía la cabeza con los ojos cerrados a un ritmo más lento que el que imprimía el radiocasete. Anabel, la más atrevida, tarareaba la letra y hacía movimientos que casi podían emparentarse con el concepto de baile. Sandra miraba las cosas que sucedían a su alrededor sin analizarlas, ajena a ellas, pues en su mente tenían prioridad imágenes y circunstancias alejadas de allí. Una era la vida que pasaba ahora, esas dos amigas, esa

canción, ese local, y otra la que sucedía en su imaginación, la invención de un deseo ingeniado.

Por primera vez en su vida (y esto fue algo que luego, con el tiempo, experimentaría muchas más veces) se sintió sola entre mucha gente, sola entre amigos. La soledad era extrema porque era mental, era extrema porque la sentía mientras Noe le palpaba un brazo recordándole con su resoplido el polvo que acababa de echar, y era extrema porque Anabel la tomaba del otro brazo y le recordaba «Tía, estoy borrachísima, yo no sé si puedo ir al baile así, me da cosa que me vea tu madre».

—¡Eh, las cítricas! ¡Están aquí! —gritó un chaval que pasaba por allí y que celebraba por fin haberlas encontrado. Al instante acudieron los mismos del otro día.

—¿Os venís al baile? —preguntó uno sin saber disimular su alegría por haber dado con ellas.

Y ninguna pudo responder.

Tres días después, las fiestas habían terminado y los horarios habían vuelto a la normalidad. Sandra se despertó con el canto de los pájaros y de los gallos. Su madre y su hermano todavía dormían en las camas de al lado, pues los tres ocupaban la habitación más espaciosa, en la que cabían tres camas, un armario gigantesco y dos arcas bajo el ancho de la ventana que daba al callejón. Se calzó con lo primero que encontró por el suelo y se dirigió a la habitación de su abuela, cuya ventana sí daba a la calle. No le importó abrir y que la corriente de aire pudiera molestar a alguien. Miró a la derecha primero, y luego a la izquierda, y allí, a lo lejos, distinguió lo que buscaba, ese punto que se alejaba siguiendo el curso del río y que solo podía tomar una dirección. Respiró satisfecha y temerosa a un mismo tiempo y cerró de nuevo los batientes.

Volvió a la habitación para vestirse. Tenía prevista la camiseta azul marino, que le marcaba lo justo, y las bermudas tejanas deshiladas, y unas Stan Smith correctamente gastadas, que se puso sin calcetines.

—¿Y eso?, ¿qué prisa tienes hoy, cariño? —preguntó Marisa, sorprendida de tanta diligencia.

—Nada, que voy a por el pan...

—Ay, pues coge dinero del monedero, que está abajo...

—Vale...

A toda prisa terminó de atarse los cordones. Sergio se incorporaba y observó la situación sorprendido por el trasiego insólito que gastaba su hermana, que acostumbraba a ser la última en salir de la cama.

—Hoy se van las niñas —anunció su madre—, ya puedes despedirte de ellas, ¿eh? Qué majas son, la verdad, y los padres también... ¿No tendrás frío tan temprano? Ponte un jersey, anda.

Bien sabía Sandra que hoy se iban Laura y Anabel. Quizás por eso ni siquiera respondió a la última apreciación. En la cocina sacó veinte duros del monedero y se echó a la calle en busca de su bici. No fue a la tienda, sino que se internó por el camino que llevaba a los huertos y al molino. Más allá del lavadero se cruzó con el Teodoro —el Broto, el del Zacarías—, siempre madrugador, ya con el talego cargado de pimientos y tomates. Tuvo que elevarse del sillín para remontar el terraplén que permitía entrar en el camino de las viñas. Allí la tierra del suelo se volvía rojiza. A un lado y a otro todo eran cepas, hojas verdes naciendo de pequeños troncos irregulares. A lo lejos distinguió un borrón amarillo que poco a poco se fue haciendo persona. En estos montes sin sombra de Valdecádiar el cielo se mostraba abierto y nítido. El despertar del día traía un aire puro y un juramento de calor todavía agazapado detrás de las montañas, allí donde los primeros rayos de sol empezaban a despuntar. Sandra tan solo oía su respiración, cada vez más acelerada, y el crepitar de la gravilla superada por las ruedas. Conforme se fue acercando fue reduciendo la velocidad y, cuando ya distinguía perfectamente el perfil de la joven que en esos momentos arrancaba un fajo de espliego del borde del camino y se lo llevaba a la nariz, quiso huir y sopesó la posibilidad de pasar de largo y seguir trecho hasta el molino sin ni siquiera saludar y evitar así tener que despedirse luego, a pesar de haberle prometido a su madre que estaría para decir adiós.

Sin embargo, ella sabía que ya era tarde para cualquier intento de fuga, pues cada vez era más real todo: Laura, el frío en los brazos y la certidumbre de estar nerviosa. Cuando la chica se percató de su presencia y giró la vista, la inercia de Sandra echó mano de los frenos y la bicicleta derrapó brevemente para quedarse a una distancia considerable. Apoyó un pie en el suelo, un fajo de guijarros crujió, respiró hondo y la miró:

—¿Me estás siguiendo? —preguntó Laura, colocando parte de su pelo detrás de la oreja.

Vestía unos pantalones de tela que Sandra tildó de hippies y una camiseta descolorida que solo una monitora kumbayá adicta a campamentos de verano y enamorada de su pasatiempo podría ponerse tantas veces seguidas.

—Pero qué dices —repuso Sandra, casi haciéndose la ofendida—. Estoy dando una vuelta. Voy al molino. Lo hago cada mañana.

Esa última frase dio paso a una tregua en la que el silencio se ocupó de todo. El silbido del viento estimuló las hojas de las cepas. Se miraron como si se estuvieran vigilando. Sandra se vio paralizada, presa y culpable de su atrevimiento. Pero la halagó sentir como una balanza la mirada de Laura escrutándola de arriba abajo. Laura se había arremangado la camiseta y ese dobladillo le abombaba ligeramente los bordes. Sandra conjeturó por un momento con la línea curvada que descendería desde la axila hasta el pecho y, con la misma imaginación, lo redondeó hasta dar con otra línea de humedad que debería de soportar la blandura de su peso. Volvió a respirar hondo sin dejar de mirarla, ahora abiertamente a los ojos. Quizás ruborizada por ese osado escrutinio, Laura se llevó de nuevo las flores a la nariz y luego dejó caer la mirada primero a un lado, luego al horizonte, para seguidamente volver a posarse en ella, en sus rodillas descubiertas, sus muslos, su vientre, el escueto espesor de los pechos, sus brazos con la piel de gallina, su boca, que tragaba saliva, y sus ojos, como si quisiera demostrar que lo había entendido todo.

—El otro día no hablé contigo —dijo Sandra.

—Ya me di cuenta, pero tranquila, te lo perdono, a mí

tampoco me gusta hablar por hablar...

Tuvo que pasar un minuto más de mutua acechanza para que Laura diera unos pasos y se acercara. Los latidos de Sandra le retumbaron en las sienes. Cuando Laura posó una mano en su hombro se puso rígida, y cuando notó el tacto en el lóbulo de la oreja y escuchó su voz susurrando «Bonitos pendientes», un escalofrío le recorrió el espinazo como si soltara una descarga de premoniciones. Sin saber por qué, en cuestión de segundos, devolvió el pie al pedal, tomó impulso y avanzó hacia delante. Se apoyó en la pierna izquierda para girar el manillar y, sin decir nada, salió disparada.

—Ya sé lo que te pasa —añadió Laura, siguiendo su media vuelta con la mirada, sin llegar a saber si Sandra la había oído, porque esta ya pedaleaba lo más deprisa posible, dejando atrás el olor de su ropa y del espliego, la dolorosa calidez de su presencia, recibiendo en la cara el viento en contra y siendo consciente de que nunca había sido tan agradable la sensación de estar tensa.

10

Aún tenía en los tobillos picaduras de mosquitos y cada vez que se rascaba su memoria la devolvía de vuelta al primer día de agosto, cuando se reencontró con Noe y se partieron de risa al comprobar cómo habían cambiado de un verano a otro. Qué tía, la Noe, menuda pieza. No se hablaban en once meses, a lo sumo un par de cartas, pero llegaban las vacaciones, se veían, y era como si no hubiera pasado el año. ¿Te das cuenta?, le dijo un día, tú eres la única amiga que tengo a la que cuando vuelvo a ver después de mucho nunca le digo «cuánto tiempo». Lo dijo como una broma, pero a Sandra le dio que pensar. Noe se había redondeado y parecía más mujer que ella. Sin embargo, envidiaba su figura. Tía, si pareces una bailarina, le decía, y este culo duro que tienes es una bomba de relojería. La que había liado con la camiseta de los limones. Las cítricas... Vaya tela. Había sido el mejor verano. Se había reído como nunca y habían disfrutado lo suyo. A ese estado de euforia relajada (y en cierto modo fundacional) también había contribuido conocer a Anabel, y a Laura. Aquellos cuatro días de fiestas no los olvidaría así como así, pensaba ahora, con la vista más allá de la ventanilla. Los sentimientos que se despertaron en ella perduraban, abrumando la sensación de dicha. Un día de la última semana, cuando Noe y ella comían pipas en la fuente, estuvo a punto de abrirse de par en par y ahora se arrepentía de no haberlo hecho. Todo vino porque Noe, con su habitual desparpajo, le soltó: «Otro verano que te pasas sin follar, tía, y mira que has tenido oportunidades». Así era. Le habían entrado varios chicos, pero les había dado largas. «Ya, tía —dijo Sandra—, a ver si al año que viene vengo más entrenada.»

Tocaba volver a Barcelona y, en quince días, empezar un nuevo curso. Caía ahora en la cuenta de que no había pensado en

su padre ni un solo día. Su madre, sentada en el asiento de al lado, a buen seguro lo habría hecho por las dos. Tal vez por eso se mostraba inquieta, y tal vez por eso, antes de que abandonaran el pueblo aquella mañana, su abuela y ella habían llorado al despedirse. Sandra ya tenía una edad para entender las cosas, de ahí que a veces sintiera lástima al captar que su madre trataba de esconderlas.

Sergio se terminó el bocadillo y pidió más. Marisa le tendió el suyo. No fue hasta la entrada en Barcelona, cuando el autocar enfilaba la Diagonal y reconocían el paisaje urbano del que se habían librado durante treinta días, cuando su madre le habló de futuro:

—A ver cómo está tu padre... Mañana tengo que ir a casa de la señora Sempere y a la del señor Roig por la tarde. Te quedarás con Sergio.

—Pero el señor Roig te toca los viernes, y mañana es jueves.

—Sí, pero como él me paga las vacaciones, le he pedido cambiar el día. Qué buen hombre, nunca pone problemas. A ver qué me encuentro en casa de la Sempere y su madre, no lo quiero ni pensar...

La señora Sempere era el único trabajo fijo de Marisa. Iba cada día de diez a dos. Tenía a su madre, que era bastante mayor, muy débil, por lo que además de limpiar a fondo, se hacía cargo de la señora. Antes de irse de vacaciones, después de que le cambiara el pañal y la peinara, la anciana, apretándole la mano, le dijo que la echaría de menos.

En la estación de Sants tomaron el metro. En el barrio todo estaba en su sitio. A las seis de la tarde el cielo brindaba la misma claridad del mes de julio y el vecindario se empeñaba en aprovechar el verano. Persistía el húmedo calor y la plaza seguía siendo un punto de encuentro de edades distintas.

—¿No está papá en casa?

—No, ya te dije que trabaja por la noche, como antes.

El día que se marcharon, su madre le explicó por qué su padre no se reuniría con ellos en el pueblo. A Sandra se le atropellaron recuerdos de años atrás, cuando llegaba a las tantas de los bares,

siempre con chanchullos de dinero, cumpliendo a trompicones con las obligaciones que reclamaba Marisa. Una vez llamaron por teléfono a las ocho, cuando estaban a punto de sentarse a la mesa a cenar. Mientras su madre descolgaba, sonó el interfono, al que contestó Sandra para descubrir con gran sobresalto que era su padre, que nunca venía a esas horas. Asustada, abrió la puerta y se asomó al hueco de la escalera para verlo subir a toda prisa y hecho una furia. Como si hubiera adivinado con quién hablaba su mujer, entró al grito de «¡Cuélgale!, ¡cuélgale!, ¡mentira!, ¡es mentira!». Lo que provocó que Sandra se retirara temblando de miedo a su habitación. Marisa colgó y dejó que su marido gritara aún más, como era habitual en él cuando no tenía la razón. Luego se supo que debía dinero. Y fue Marisa quien acabó pagando.

No le apetecía, pensaba Sandra, revivir situaciones semejantes, pero si a su padre le habían despedido de la portería era muy probable que volviera a las andadas.

Aunque para Sandra no estaba tan mal, para Marisa, maniática como era de la limpieza y el orden, todo estaba que daba pena. Así que mientras su madre vaciaba maletas, guardaba en la nevera comida, cambiaba las sábanas de la cama (madre mía, dijo repetidas veces, ¡un mes sin cambiarlas!), ponía una lavadora y sacaba escoba y recogedor, Sergio buscó la tele y Sandra el teléfono, a ver quién estaba disponible para quedar un rato antes de la cena.

No la despertó la baraúnda de llaves, puertas y pasos, ni la que formaron las monedas que cayeron de los bolsillos cuando se quitó los pantalones, sino el olor que afloraba de su cuerpo, ese hedor conocido, desenterrado del pasado, que mezclaba alcohol, tabaco y noche. Se percató entonces de que los ruidos no formaban parte del sueño, sino de la realidad. Y la realidad era que Enrique desplazaba las sábanas a tientas y, una vez acomodado en la cama, buscaba la mejor posición para besarle el hombro. Marisa vio en el despertador que eran las tres y media, y no tuvo ganas de darse la vuelta. Por un momento temió que viniera con hambre de

mandanga y deslizara su mano hasta las ingles buscando humedad. Después de un mes de castidad no sería raro que mordiera. Pero Enrique cayó rendido al momento y su única manera de incordiar fue por medio de ronquidos. Marisa había dormido tan bien en el pueblo que sintió una especie de repulsión hacia los resuellos sofocados entre el sudor y el asma, hacia los poros supurando vicio. Aquello era lo que la esperaba a partir de ahora. Existían un montón de maneras de plantar cara al regreso, pero le tocaba una bien amarga. Porque sabía que a la mañana siguiente los chicos y ella deberían evitar el trajín para dejarlo dormir hasta las doce, y como aún no había colegio, si a Sandra le daba por poner música a todo trapo como era habitual, habría liada al canto. Las tres y media, las cuatro, las cuatro y media.

Marisa despertó a sus hijos a las nueve. Metió en el bolso el bocadillo que comería en el metro como tocaba los días en que tenía dos casas. Les pidió que fueran cariñosos con su padre. Su manera de hablar denotaba cansancio. Sergio insistía en despertarlo, tenía ganas de verlo y cosas que contarle.

Dos horas después la sorpresa fue máxima cuando vieron a su madre aparecer por la salita. Seguían en la misma posición que cuando se fue. Los dos en pijama, ante el televisor. Sandra, con su pequeña agenda sobre las piernas.

—¿Mamá? —dijo extrañada la niña—. ¿Qué ha pasado?

—Nada, nada...

Sergio no, pero Sandra sí se percató de que, por más que su madre dijera «nada», algo sucedía. Dejó lo que tenía entre manos y se levantó para seguirla a la cocina. Años más tarde valoraría ese gesto como la primera vez en que su madre se dirigió a ella como adulta, y no solo eso, pues con ello tal vez certificó que de ahí en adelante su hija debería ser su apoyo.

—La Sempere, cariño... que me ha dicho que no vuelva, que ya no me puede dar trabajo —empezó a exclamar entre sollozos—, que he terminado...

—Pero, mamá, qué dices...

—Que no puede despedir a la que ha cuidado a su madre este verano. Que lo sentía mucho pero que no podía, que la había

atendido muy bien, que la había limpiado como ella no era capaz y que ahora no se veía con fuerzas para despacharla... Ya ves tú, la otra ha hecho lo que le ha tocado, lo que yo hubiera hecho... también yo la he limpiado...

La pureza de la herida abierta por verse en la calle casaba de maravilla con la opacidad y el rancio olor a cerrado que retenía aquella estancia. Sandra, incapaz de articular palabra, abrazó a su madre. Ella estaba pensando en llamar a Berta y Xavi, el único chico que le caía bien, en cómo podría descolorar una camiseta... menudencias en comparación con el descalabro que sostenía en los brazos. Pero seguía callada, ¿qué le podía decir? Alguna vecina subió con fuerza la persiana y rasgó el aire para que Marisa temiera por el sueño de su marido. Sorbió por la nariz y, pese a tener a su hija encima, sacó un pañuelo de papel del bolsillo. Las lágrimas le abrieron un boquete en el estómago porque intuía que esa pesadumbre era una puerta que se abría. El aura de tristeza que emanaba aquel silencio era una invitación a rendirse. Pero Sandra, entonces, se sintió fuerte. Con la cabeza apoyada en su hombro, le resultó atractivo pensar que podía ayudarla. Y aunque supo que hablar equivaldría a implicarse, y aunque intuyera que a partir de entonces jugaría en desventaja con la vida, como si adivinara un futuro temible, dudando de sí misma, dijo:

—Te quiero mamá, yo nunca te voy a dejar sola.

Hasta la cocina llegó el eco de unos pasos. La constatación de que su padre se estaba acercando separó a Sandra de Marisa. Aún en calzoncillos y con el torso desnudo —el cuello bordeado por la cadenita de oro, la barriga mucho más inflada que antes, los andares lentos—, con una torpe intención ceremoniosa, apareció:

—Pero, bueno, ¿qué está pasando aquí? ¿Nadie me viene a saludar?, qué maneras son estas de recibirme...

Antes de que Marisa o Sandra hablaran, Sergio acudió por su espalda y se lanzó sobre él, que aún tenía fuerzas para coger en brazos a un chaval de ocho años. Mientras padre e hijo se sonreían, Marisa habló:

—Me ha despedido la Sempere. Estoy sin trabajo.

—¿Qué dices?

Repitió lo que le había dicho a Sandra. Enrique devolvió al crío al suelo y se olvidó de reclamar el beso de su hija e incluso de beber un vaso de agua como solía hacer al despertar. Se llevó una mano a la cabeza:

—Hay que ser hija de puta, ¿cuántos años llevabas ahí?

—Seis...

—¡Pero si le hemos ido a limpiar el estanco y todo lo que ha hecho falta!

Cierto. La señora Sempere era propietaria de un estanco en el paseo de San Juan, y muchas veces había requerido de la presencia de Enrique para que le echara una mano, ya fuera para transportar cajas o para limpiar y vaciar de mugre la trastienda, sin recibir nada a cambio. Sí, ellos acudían siempre porque así los habían educado, no se puede decir que no tres o cuatro domingos al año a quien te da de comer once meses.

—¡Pero si vino a cenar una vez no hace tanto! ¿Cuándo fue?, ¿te acuerdas?

También era cierto. Una tarde del pasado abril, la señora llamó desde una cabina y le dijo a Marisa que, qué causalidad, que creía que debía de estar cerca de donde ellos vivían, pues había venido a la parroquia de San José a un acto de beneficencia y se había acordado de ella. Estaba delante de un bar llamado Manolo, en Pubilla Casas, un poco nerviosa por el trasiego de gente extraña, dijo, que si Enrique podía acercarse a buscarla y así les hacía una visita. Y allí apareció, con su pelo a lo *garçon*, su falda plisada y sus dotes de catequista.

Por suerte, Marisa había ido al mercado aquella mañana y se sentaron los cinco a la mesa a comer pan con tomate y embutido, como hacían los sábados. A Marisa le dio apuro que viera el baño sin limpiar, y cuando fue un momento a hacer pis y vio aquella pringosa jabonera metálica se le cayó el mundo a los pies. Hablaron de todo un poco: desde su pasión por la filantropía hasta la suerte de tener un trabajo fijo hoy en día, como era el caso de Enrique. Por supuesto, Enrique la acompañó de vuelta hasta la parada de metro, donde, antes de bajar las escaleras, como si sentara cátedra, dijo: «Sois muy buena gente, Enrique, muy buena

familia, y tu mujer vale mucho mucho».

—¿Pero es que no tiene memoria? —preguntó al vacío Enrique.

Marisa había dejado de llorar pero se volvió a sonar la nariz. Sandra abrió el armario y sacó una rosquilla de las que habían traído del pueblo.

—No pasa nada, venga, ya saldrá otra cosa —dijo Marisa, huyendo del drama y, ahora sí, acercándose a su marido y besándole casi por compromiso.

En modo alguno era este el reencuentro esperado tras un mes sin verse. Enrique intentó alcanzar la cafetera pero Marisa se adelantó:

—Deja, que ya lo hago yo. Vístete, anda, vístete.

Se calmaron los ánimos. Marisa pidió la agenda. Iba a llamar a las monjas de Consejo de Ciento, que siempre sabían de algo. Luego empezó a preparar las judías verdes, comerían temprano.

—Yo no como en casa —anunció Enrique por la espalda, dando a entender «Hoy llegaré tarde, es la despedida del Yerbita», como después aclaró.

—¿De quién?

—De un amigo de Roberto, un fenómeno del flamenco.

—Muy bien, como quieras —zanjó, visiblemente molesta y en desacuerdo con su propia frase.

Tal vez por eso, Sandra, que presenció la conversación porque quiso otra rosquilla, puso la mano en el hombro de su madre y le dijo:

—Mamá, me gustaría acompañarte a casa del señor Roig.

—¿De verdad, cariño?

—Sí.

—Pero tu hermano no se puede quedar solo.

—Iremos los tres.

La predisposición de Sandra equilibró su moral. Enrique se pasó en la ducha casi una hora y cuando salió lo hizo mudado, afeitado y oliendo a colonia y a masaje. «Mucho te vistes tú para ir a trabajar», quiso decir Marisa, pero al final solo dijo «Hasta luego, que vaya bien».

En el metro, mientras Sergio se entretenía leyendo nombres de estaciones, Marisa le contó a Sandra que aquel señor era un taxista jubilado cuya mujer era mayor que él y padecía colitis, pero que no dejaba que la limpiara. Cuando la señora entraba en el baño, él la acompañaba, como si le diera apuro que alguien de fuera tuviera que enfrentarse al percal. Vivían en la calle Enamorados esquina con Padilla. Al hombre no le importó que viniera acompañada, es más, se alegró de conocer a sus hijos. Era un piso amplio, con grandes ventanales que daban a un descampado en el que correteaban los niños detrás de una pelota, lo que provocaba que entrara mucha luz. Marisa ya tenía preparada la paga del verano por los días que no había trabajado más la paga del día. Las tres horas que Marisa debía dedicar a las tareas, Sergio se las pasó dibujando y Sandra leyendo un libro en catalán que le prestó el señor Roig, *La plaça del Diamant*, regalo de la Caixa de Pensions para Sant Jordi. Sandra empezó a leer por llenar el tiempo y se acordó de Anabel, que le había recomendado un título que hablaba del orgullo, con lo que hasta llegó a comenzar una carta mental para ella. También pensó en Laura, en la camiseta descolorida, en su gesto al pasarse el pelo detrás de la oreja, en su manera de acuclillarse para arrancar el romero, en el contrapeso de su mirada recorriéndole el cuerpo, quién sabe si con deseo o con desprecio.

El señor y la señora salieron a dar un paseo. Sandra se acercó a la cocina, donde su madre terminaba con la encimera. Llevaba unos guantes de goma y un delantal. Le pidió ayuda para guardar la vajilla. Cuando Sandra fue a colocar la cafetera seca en un armario, Marisa le dijo que la dejara en otro y separada por piezas, que convenía siempre dejar cosas en lugares distintos porque así se demostraba que se había trabajado. «Trucos de las que limpiamos —dijo, y mientras estrujaba la fregona en el cubo, añadió—: espero que no lo tengas que hacer nunca.»

Cayó en la cuenta de que su madre siempre estaba recogiendo, de que no encontraba en su memoria un recuerdo suyo que no estuviera asociado a la cocina o a la limpieza. El olor a producto que la definía era una presencia más que caminaba junto

a ella. Y recuperó entonces una escena del verano, cuando los padres de Noe vinieron a casa y la invitaron a cenar y ella se negó en redondo. De ninguna manera. A dónde voy a ir yo sin Enrique, alegó tímida, superada por el compromiso, como si ella sola se hubiera metido en el aprieto. Pero, mujer, no pasa nada, decía la madre de Noe. Que no, que no, si además no tengo ropa... Y ahora Sandra, por un momento, se sintió mal por haber pasado el mes llegando tarde y pidiendo dinero, por todas las veces en que le había contestado mal, por todas las veces en que le había ordenado que le cosiera unos botones o la dejara entrar a ella primero al baño o le planchara a toda prisa una blusa, y por el día de fiesta, antes de la comida, en que le echó una bronca monumental por haber puesto a lavar una camiseta en presencia de Laura y Anabel. Qué vergüenza le daba ahora. Qué habrían pensado de ella. Su madre, siempre de buen humor, jamás tenía un no. Incluso ahora, cuando le pidió si se podía llevar el libro, le dijo que sí, que se lo llevara, que ya se encargaría ella de devolverlo.

11

A mitad de septiembre, faltando tres días para empezar el curso, Marisa seguía sin ver dinero y, a principios de octubre, cuando le dijo a Enrique que los niños aún no tenían el material, él se salió de nuevo por la tangente: que sí, mujer, que llegará, tú hazme una lista de lo que necesitan y yo lo traigo.

Marisa no quiso hacer listas y esperó. Las promesas de propinas y de sueldo eran muy generosas pero se encogían con suma facilidad. De vez en cuando caía algo: veinte duros por aquí, quinientas pesetas por allá. Una noche en que Enrique llegó bebido y se acostó a medio vestir, Marisa abrió los ojos y aunque el despertador marcara las cuatro se dirigió a él con malos modales. Le amenazó con ponerle las maletas en la puerta si seguía con esa actitud. Él balbuceó excusas ininteligibles. Ella apagó la lamparita de nuevo y pensó cómo es posible que cambie la vida tanto de un día para otro. Y tan pronto fue consciente de lo que había dicho se arrepintió, porque en verdad era lo que deseaba hacer, porque de nada servía amenazar si no se llevaba a cabo la amenaza. Además, sabía a ciencia cierta que lo único que podía esperar de él era, al menos, algo de dinero para ir tirando, porque no volverían los tiempos de ilusoria abundancia de la portería. ¿Sería capaz de dar un paso más? Si pensaba en el sufrimiento que podría causar a los niños, lo descartaba por completo. Si pensaba en seguir así, la casa se le derrumbaba encima.

Tuvo una idea. Serviría para airearse.

Un fin de semana de noviembre les pidió a los niños que se preparasen algo de ropa en una mochila. Dijo a Enrique que ese fin de semana lo pasarían en la torre de su amiga Fernanda, la maestra. Bien sabía él quién era. Había sido la primera profesora que tuvieron sus hijos en la guardería, ya estaba jubilada y ahora

vivía en Vallgorguina.

—Dale recuerdos... y dile que la próxima vez voy yo también y le dejo el jardín como nuevo.

Pero Marisa no se llevó a los niños a ninguna casa con jardín. Tomó el metro hasta la Verneda y buscó cobijo en casa de sus suegros. No le importaba que Sergio luego contara lo que habían hecho o que la madre de Enrique lo llamara alertada para cantarle las cuarenta. Después de que los niños saludaran a sus abuelos para regocijo de estos, que no sabían ya ni cuánto hacía que no los veían, Marisa siguió a su suegra a la cocina y le confesó cómo se comportaba su hijo. La madre de Enrique había cocinado una paella con la mayor ilusión del mundo, y al oír aquellos comentarios le cambió el semblante. No era la primera vez. Un hombre nunca cambia, solo descansa, recordó que decían en el pueblo cuando era pequeña. Otra vez la misma historia. Tras la tregua de la comida, mientras los chavales y el abuelo veían la tele, Marisa y su suegra se encerraron en la habitación. Allí, la señora Francisca le suplicó que tuviera paciencia. Abrió el armario y, tras rebuscar por los bajos, rescató un viejo libro de cuentas del que extrajo unos billetes. Los fue contando y, después de darle un fajo y de asegurarle que tenía para un mes y si lo administraba bien para más, le hizo prometer que no lo dejaría. E insistió en que parecía mentira que después de tantos años no conociera a su Enrique, que vale, que sí, que era un derrochador y un vivalavirgen, pero era un buen padre, y trabajador, que a eso no le ganaba nadie, que de zángano no tenía ni un pelo y que a dónde iba a ir ella sola con dos criaturas limpiando casas. Que lo perdonara, que no era para tanto, que esa inmadurez no era únicamente patrimonio de su Enrique sino de todos los hombres, y que aquella forma de ser, tan inseguro, su escasa autoestima, le venía del peso de la sombra del hermano mayor al que le habían ido mejor las cosas.

Tras la conversación, Marisa acogió la tarde que quedaba por delante como un espacio de reflexión impuesto al que no quería dedicar tanto tiempo. Todo lo que había venido a hacer ya estaba hecho. Sopesó regresar a casa. Ella nunca había mentido de aquella

manera y, según cómo, acusaba cierto remordimiento. En su estado actual, estimulado por la necesidad de cambio y por la constatación de que cada vez Enrique y ella tenían menos en común y de que aquello, de seguir así, no llevaría a buen puerto, no quedaba más remedio que resignarse. Salieron por la tarde a estirar las piernas a un parque cercano. Mientras Sandra se quedaba sentada en un banco con los auriculares del walkman (*Nevermind* de Nirvana en la cara A, *Generation Terrorist* de Manic Street Preachers en la cara B), Sergio se lo pasó en grande jugando al fútbol con unos chavales del barrio.

Marisa regresó el domingo por la tarde convencida de dar otra oportunidad a su marido y a su suegra, que era una buena mujer y siempre, cuando venían mal dadas, respondía. Al ver a Enrique recibiéndolos con un cariño que según cómo resultaba excesivo, su ánimo se enterneció de tal modo que agradeció volver. La sorpresa fue mayor al comprobar que todo estaba en su sitio y que los esperaba con la cena lista y la mesa puesta, detalle que bastó para recriminarse su vileza. Claro que estaba harta de no tener ayuda, de pagar ella sola las últimas tres letras de la hipoteca, de hacer frente a las facturas del gas y la luz y el agua, de llenar la nevera todos los viernes, de vivir como si no viviera. Quizás fuera el miedo a una reacción violenta, o quizás el hecho de creer que nunca podría volver a sentirse querida y que más le valía malo conocido que bueno por conocer.

Los niños, agotados de tantas inusuales preguntas y atenciones brindadas por su padre, que parecía otro, se acostaron. En lugar de quedarse en el sofá mirando resúmenes del fútbol en la tele como solía hacer cada domingo, se empeñó en ayudar a recoger los platos y se quedó rondando en la cocina. Enrique la palpó por detrás con un cariño que denotaba apetencia. Eso es lo que quería como mujer, pensó, tener una ayuda y que la deseara de vez en cuando. Lo rechazó sin querer, alegando que ya tendrían tiempo para eso. Entonces él se retiró sin decir nada.

Cuando ya no quedaban platos por fregar, Marisa escurrió la bayeta, pasó un papel de cocina por encima del fregadero y abrió el cubo de la basura. Devota del orden y observadora como era,

atisbó el cubo medio vacío. La visión de las latas de sardinas y de mejillones abiertas que habían comido le recordó aquel día de verano en el pueblo en que habían echado varias de ellas en la bolsa y, al ir luego a tirarla, se había cortado en el gemelo, una brecha considerable. Mira que se lo he dicho veces, pensó, que no quiero que tiren las latas vacías a la basura así como así. Marisa metió la mano para apartarlas de ahí y envolverlas, aunque fuera en una bolsa. Rescató las latas y las cubrió con el primer papel de periódico que encontró. Al abrir el cubo de nuevo se extrañó de ver en el fondo algo que le llamó la atención. Con el ceño adusto hundió la mano y extrajo una goma que fue estirando hasta que adquirió la forma de condón. Para su asombro, consideraría luego, necesitó medio minuto para dilucidar de dónde salía aquello. Porque en un primer momento su pensamiento fue para Sandra, y se asustó al creer que hubiera sido cosa suya, pero aquello era imposible, por supuesto. El desagrado que le concitaba la goma lubricada no consiguió velar el carácter revelador de la imagen, y el presente proyectó una forma definida de lo que debía de haber pasado aquel verano sin ella en casa y de lo que podría pasar en un futuro inmediato. La respiración y el pensamiento se le agitaron de tal modo que tras el estupor inicial llegó la rabia y la rabia dio paso a la lástima. Marisa no pudo evitar apreciar lo buena persona que era Enrique y lo irresponsable, influenciable y tonto que podía llegar a ser. Porque el problema verdadero lo tenía él, que ni siquiera sabía quererse. Pensó en Sandra, pensó en Sergio. Y pensó en su boda, el vestido blanco comprado por su madre en el que no cabía por estar ya de cinco meses. Unos cuantos años atrás, a buen seguro que hubiera devuelto aquella goma humedecida y pringosa a la basura y hubiera hecho oídos sordos a las voces de auxilio que le hubiera gritado su conciencia. Enrique la requirió desde la habitación. Ya se habría puesto el pijama. Marisa tardó en responder, y al final lo hizo para decir que ahora mismo iba, que ya casi estaba. Envolvió el condón en el mismo papel que las latas. Cuando apagó la luz de la cocina notó aún su tacto gelatinoso.

12

Más que la primera, Sandra recordaría la segunda carta que le envió a Anabel aquel año. De la primera se le quedaría una única frase: «Estoy convencida de que esta vez soy yo la que va a repetir curso». La segunda fue más intensa, y no solo confirmaba aquella premonición, sino que también certificaba que en la última evaluación había suspendido nueve. Suerte que su madre no le había dicho nada, que era así de enrollada con ella, pero aquel primero de BUP en el instituto se le estaba haciendo muy cuesta arriba. No daba pie con bola. Y mira que por medio de una psicóloga se había hecho un montón de esquemas y horarios de *técnicas de estudio*, pero ni aun así. A la hora del examen se quedaba en blanco, como si no entendiera lo que memorizaba. Ni Ciencias, ni Historia, ni Música, ni Inglés, ni Ética, y mucho menos Matemáticas. Un desastre. Además, se había distanciado de las que hasta octavo habían sido sus amigas, algunas también iban a su mismo instituto, pero ya no a su clase.

Por otro lado, había tomado una determinación: no volvería a hablar a su padre nunca más. El muy capullo había hecho sufrir de lo lindo a su madre. Tras unos infernales meses de convivencia, se habían separado. Como él se había ido a casa de sus abuelos, ahora vivían su hermano y ella con su madre. Estaban más tranquilos. Su madre y su padre habían arreglado los papeles de la hipoteca y al final acordaron que ella le iría pagando la parte proporcional que ya había pagado él, y así, cuando terminase de pagar todo el piso, sería suyo. No lo veía desde Navidad, media hora, obligada, pues el día de Reyes había tenido que ir con su hermano para buscar los regalos. El muy flipado le había regalado a Sandra una guitarra diciéndole que a ver si un día aprendía a tocar flamenco («¿Te lo puedes creer? ¿Flamenco yo? ¿Tú me has visto a mi haciendo

zapateaos?»). En todo este tiempo que había pasado desde la primera carta habían sucedido todas esas cosas, que habían sido malas pero que ya no lo eran tanto. También había descubierto que le gustaba mucho leer, y la única asignatura que había aprobado con buena nota era Lengua y Literatura Castellana, sobre todo por los exámenes de las lecturas, *El camino* y *Zalacaín el aventurero*. Por su cuenta se había leído *La plaça del Diamant*. Con esa historia, que le había molado mazo, llegó a llorar, porque había momentos tristes que la habían afectado mogollón. Llegó a asustarse, la verdad, porque una tarde la vinieron a buscar unas amigas para salir y no quiso, prefirió quedarse en su habitación leyendo. Nunca había hecho algo así. Ahora tenía muchas ganas de que llegara el fin de curso porque se había apuntado, con un amigo que ya conocía desde el cole («Xavi, no te asustes, que no hay nada»), a un campo de trabajo de los que organizaba la Generalitat, que consistía en pasar quince días de julio descendiendo el río Fluvià con canoas que ellos mismos debían construir. Hacía unos días habían ido a la calle Fontanella a entregar las fotos, el dinero y la documentación, y ahora solo faltaba que su madre le comprase un chaleco salvavidas, pues era obligatorio. Después del campamento, como siempre, volvería al pueblo con Noe, y ojalá pudiera venir ella también. «Por lo demás, todo igual, bien, recuerdos a tu hermana, cuídate lo justo.» Firmó la carta, la metió en el sobre, escribió el remite y se fue a la calle a buscar un sello.

Marisa insistió en acompañarla pero ella dijo que no hacía falta, que Xavi la estaba esperando, que ya eran mayores; y su madre prefirió no meterse donde no la llamaban y evitar ruborizarla delante de su amigo. Habían quedado en el apeadero de paseo de Gracia para tomar el tren a las nueve de la mañana. El punto de encuentro con el resto de los participantes era en Olot, y para ello primero tenían que hacer transbordo en Girona. Xavi controlaba en temas de logística y ella se dejaba llevar. Él había pasado de curso y ella iba a repetir, pero era tan majo que nunca se jactaba de nada, de hecho se ofreció a darle clases de matemáticas. A Sandra

le encantaba su manera de ser y su capacidad para compaginar el ocio y las buenas notas. Xavi llevaba una camiseta con el rostro de Jim Morrison en la que se leía *An American Prayer* y Sandra pensó que debía de estrenarla ese día, porque nunca se la había visto. El año anterior ya había ido a un campo de trabajo parecido y se lo había pasado genial haciendo el salvaje. Le quedaban tan bien los vaqueros con las All Star blancas, cuidadosamente sucias, que pensó que todas las chicas se le tirarían encima. Una vez en Girona se sentaron a comer los bocatas delante de la estación, a la sombra de un árbol del parque. Un domingo a las dos de la tarde aquello era un desierto. Nada invitaba a moverse con las mochilas a cuestas.

—No paro de preguntarme cómo será —dijo Sandra sin dejar de masticar.

—Yo también. Llevo dos semanas mirando mapas del río...

—No se me había ocurrido.

—Ayer, cuando le pregunté a mi padre, me dijo que estaba bien pensar en cómo sería porque la gracia de viajar es comparar lo que imaginas con la realidad que luego es. Ya verás como es distinto a todo lo que crees ahora.

—No sé, yo pienso en cómo serán los otros participantes, de dónde vendrán, si tendrán nuestra edad...

—Según nos dijeron, somos dieciocho, y hay cuatro monitores. Dormimos en tiendas todas las noches...

—¿Y si llueve?

—No creo que llueva, mira el calor que hace... Pero si lo hace, pues nos mojamos. En Estados Unidos hubo un festival que se llenó de hippies y cuando llovía se tiraban todos a los charcos de barro y seguían bailando.

—¿En serio?

—El festival de Woodstock. Mi padre tiene el disco, bueno, los discos, porque es una caja con tres o cuatro...

—El saco que me ha comprado mi madre creo que es bastante caliente... ¿Me pasas el agua?

En el autobús se les quitó la modorra que se les había echado encima tras la comida. La aventura no había hecho más que

empezar. Desde los asientos del fondo se fijaron en los otros viajeros de su edad barajando la posibilidad de que fueran al mismo sitio. Según Xavi, cuando llegasen a Olot debían buscar una iglesia cercana a la estación. Iban bien de tiempo. Conforme se aproximaban, Sandra se iba poniendo cada vez más nerviosa. Era la primera vez que se separaba tantos días de su madre y de su hermano y que dormiría quince noches fuera de casa. Ahora que Xavi se había conectado el suyo, Sandra se arrepentía de no haberse traído el walkman. Era tan cuidadosa que por miedo a perderlo lo había dejado. Al bajar del autobús recuperaron el equipaje. Siguió a Xavi calle abajo y a la vuelta de una esquina dieron con la plaza de una iglesia en cuyo centro había un grupo de gente con un montón de mochilas por el suelo.

—*A veure, a veure* —oyeron una voz que los señalaba—, *aquests dos deuen ser el Xavi i la Sandra... oi?*

Era uno de los monitores, dispuesto a brindarles una afectuosa bienvenida. Mientras Xavi saludaba aquí y allá con su habitual sonrisa, ella se quedó rezagada hasta que su amigo la empujó a perder la cortedad.

El mismo monitor añadió que ahora que estaban todos ya podían irse, que aún quedaba un rato hasta Sant Joan de les Fonts, a donde irían a pie pero, eso sí, sin mochilas. Las mochilas podían cargarlas en aquella furgoneta en la que en letras rojas y grandes ponía AVIS, y entonces aprovechó para hacer una broma sobre abuelos y jóvenes:

—*Posa «AVIS», però no us preocupeu que tots som joves*.

El buen humor se hizo palpable y, en el camino, Sandra conoció a dos chicos que venían del Valle de Arán, a otra que venía de Cardedeu y otros de Figueras y otras de Campdevànol... y cuando pisaron la gran explanada, en la que había ocho tiendas de campaña plantadas, se sentaron en corro y los invitaron a que cada uno se presentara otra vez para memorizar bien caras y nombres. Había dos monitores, Pi y Joan, y dos monitoras, Isa y Yolanda. El que llevaba la voz cantante dijo que él se llamaba Pi, porque era alto y desgarbado y desde niño le llamaban así, Pi, *Pino* en catalán, y añadió, siguiendo esa costumbre suya de hacer bromas y que no

se le iría en los quince días, que le podían llamar 3,14.

Explicaron el funcionamiento: había tiendas de chicos y tiendas de chicas. A Xavi le tocó compartir la suya con los del Valle de Arán y a Sandra le tocó con Marta y Txell, dos chicas de Girona que ya se conocían entre ellas. Luego se repartirían en cinco grupos. Mañana empezarían a fabricar sus propias barcas y cada cual su propio remo. Allí estaban las maderas, los bidones de plástico, los martillos, los clavos y las pinturas, porque cada grupo debía pintar su embarcación y darle un nombre. A partir del segundo día empezaría el descenso por el río, con los ocupantes de cada canoa turnándose para remar. Ya que nadie lo preguntaba, advertían: No había duchas, porque, claro, estarían casi todo el día en el agua, y además, según Pi, tenían que acostumbrarse a estar guarros, que no pasaba nada. Para ir al baño, tres cuartos de lo mismo. Aunque de todos modos, no convenía sufrir por adelantado porque alguna de las acampadas sería en un camping.

Sandra se adaptó enseguida y cuarenta y ocho horas después hubiera firmado quedarse así siete años. Eran tan largos los días, y hacían tantas cosas, que al cabo de una semana tenía la agradable sensación de llevar allí meses. Aunque al principio, en esos primeros minutos de conocerse dentro de la tienda y repartirse espacios, reinó la timidez, bastó una noche para que Sandra y sus compañeras se hicieran íntimas. Habían terminado segundo de BUP. Vestían en plan kumba y ambas lucían la misma pulsera de colores en el tobillo izquierdo. Ahora tenían muy claro que si un día bajaban a Barcelona, la llamarían. No iban muy a menudo. La última vez había sido el año anterior para asistir al concierto del Palau Sant Jordi del rock català, con Sau, Els Pets, Sopa de Cabra y Sangtraït. Y también habían bajado para asistir a la mani contra la guerra del Golfo. Escuchaban siempre rock catalán y a Sandra le despertó el interés. A las dos las fascinaban los cantantes de Sau y de Sopa y podían hacer en cero coma una lista de las razones por las que habría que tirárselos de todas todas, uno detrás de otro, y vuelta a empezar. Por las mañanas, como madrugaba más que nadie, Txell, en su walkman, podía rebobinar veinte veces seguidas *Boig per tu* y *És inútil continuar* y luego escucharlas con los

altavoces. Por las noches, cuando caían rendidas cada una en su saco, hacían recuento del día. Hablaban de lo hilarante de la etapa, de qué gracioso es Pi, de lo buena que estaba el agua para ser un río, de que prométeme que luego me harás copia de las fotos, de los chicos y de los monitores. Por supuesto, no tardaron en preguntarle si tenía algo con Xavi, y cuando dijo que no, las otras parecieron respirar aliviadas, y a las dos a la vez se les escapó decir: es que está buenísimo, nena. Cuando le preguntaron quién le gustaba a ella, Sandra respondió que ninguno, y al momento se arrepintió y dijo Oriol por decir algo, uno que compartía tienda con Xavi. Luego cerró los ojos pensando en Isa, la monitora rellenita, de pelo corto y rizado, la que parecía más callada y la que normalmente conducía la furgo mientras el resto navegaba y se encargaba de todo lo relacionado con la comida. Aquella tarde Sandra y ella habían congeniado. Hubo que agradecérselo a Pi, que era quien tenía que colaborar con la cena, pero que a última hora tuvo que ir al pueblo a por papel de váter y de cocina y, como Sandra pasaba por allí, le pidió que le sustituyera y se pusiera a repartir ensalada de arroz en platos de plástico. Isa le había caído muy bien. Le hablaba de tú a tú. Tenía veinte años. Era de Camprodón pero vivía en Barcelona, en Gracia. Había empezado Pedagogía en la UB y, como los sábados por la tarde participaba en un centro excursionista, la Fundació Pere Tarrés la contrataba como monitora en verano. Conservaba tan buenos recuerdos de las últimas experiencias que había estado a punto de no venir en esta ocasión por miedo a que no fuera tan entretenida, pero obviamente se había equivocado, ¡era la mejor!

Sandra también creía que era el mejor mes de julio que había vivido. Miraba los paisajes con devoción, y los comparaba con los de Valdecádiar. Allí el cauce del río no era tan fértil, y las panorámicas eran menos exuberantes. Los corrales y los cabezos desiertos del pueblo daban paso a una espesura verde, tapetes espolvoreados de flores como las acuarelas de los museos. Qué generosos eran la flora, las riberas de bosque, los cielos estrellados, los descensos del sol tras las montañas, que al atardecer teñían los horizontes de color naranja, tirando a caramelo, y el fondo del río,

donde tanto se inquietaban los barbos. Y qué generosa era la dinámica de actividades, que le ponía por delante nuevos retos y gente interesante. Le parecía tan abundante lo que veía como lo que sentía, porque igual de abundante era su estado de ánimo. Tanto que a veces, por las mañanas, se abandonaba a él, se despertaba sin estar segura de estar despierta, así masticaba el momento de felicidad y celebraba que empezara un nuevo día, igual que si lo estuviera creando ella con las manos y el pensamiento, y ese sentimiento de plenitud, ese placer, le endurecía la barriga de una manera excepcional, como si allí se posaran sus ganas de vivir y la rabia del mal año que había pasado, y notaba que la sangre le circulaba por el cuerpo completamente oxigenada, pura, nueva. Algo cambiaba, ¿o era todo? Estaba viviendo algo diferente, algo que luego podría contar a Noe, aunque no lo entendería: se dedicaban a bajar un río con unas barcas hechas por ellos mismos, le sonaría a loca, a raro, seguro, y a tonta, claro, porque emocionarse con aquello debía de ser de tontas y de cursis, pero le daba igual. Aquella nueva gente que conocía, tantas conversaciones intensas, tantas maneras de pensar le revelaban un universo desconocido con el que estaba muy de acuerdo. Había otras vidas más allá del barrio, de su instituto y del pueblo. Otros paisajes y otras actitudes vitales opuestas a la monotonía. Qué suerte había tenido de que Xavi le propusiera ir con ella. Fue una tarde de mayo en la que junto a otros del instituto habían ido a la plaza Sant Jaume a celebrar que el Barça había ganado la liga. Como ambos se habían quedado sin poder entrar a causa de la aglomeración, en la calle Llibreteria él le pasó la mano por el hombro y le preguntó si estaba estudiando mucho para los exámenes finales, y ella le dijo que no, que sabía que repetía, que ya lo había decidido, y que no estudiaba nada, solo leía los libros de Lengua. A lo mejor fue por pena, o vete tú a saber por qué, el caso es que en ese instante ella elogió su camiseta, en la que ponía «*I'm not a tourist in this planet*» y le preguntó dónde la había comprado. Xavi respondió que se la había intercambiado con uno que conoció el verano anterior en un campo de trabajo, y que este año pensaba repetir y que por qué no le acompañaba.

Entonces, entre encontronazos, banderas, cánticos y bocinazos, cuando el autobús de los jugadores entraba en la plaza y esta enloquecía, Xavi le propuso salir de ahí. Le enseñó la plaza del Rey, su preferida, porque siempre estaba vacía y con algún músico ambulante. Se sentaron en las escaleras. Xavi se lio un cigarro y le prometió que la avisaría cuando fuera a apuntarse para ir al campamento. ¿Qué le atraía a Xavi de Sandra? De un tiempo a esta parte le resultaba alguien singular, diferente. Era la única chica que daba la impresión de saber estar sola, y podía pasarse una tarde entera tumbada en la cama leyendo y escuchando música sin que fuera un drama. Su expresión corporal, su manera de ir a su bola o tal vez el modo en que a ratos parecía adulta antes de tiempo también le atraían. Había cambiado mucho en el último año. Su silencio revelaba sensatez. Su tendencia a compartir lecturas, sus gustos musicales, sus camisetas de grupos la acercaban a él más que cualquiera de las otras de la clase, a las que quizás no les encontraba tanto encanto. No era una atracción física. Era una conexión intelectual. Sandra le aportaba. Con Sandra podía conversar de cualquier cosa. Para Xavi, tener a Sandra era como disponer de un ejemplar de ser humano de edición limitada. Tenía cualidades de las que él, con toda su inteligencia y capacidad de relacionarse, tal vez careciera. Le habló de cine y de una carrera universitaria llamada Comunicación Audiovisual, en la que sin duda se matricularía cuando terminara COU. La invitó a que le acompañara al cine el miércoles siguiente a ver una película cuyo estreno llevaba tiempo esperando, *The Doors*, y comentó que la gran peli de aquel año había sido *Agenda oculta* y aprovechó para nombrar un corto que quería rodar un amigo suyo al que le habían regalado una cámara. Hizo una pausa para liar un cigarro para cada uno y, tras encender los dos a la vez y darle a Sandra el suyo, le habló de un cuento que había escrito para presentar al concurso de Sant Jordi, pero que al final descartó porque no le había dado tiempo a acabarlo. La historia empezaba en esa plaza con un niño de nueve años que se perdía por Barcelona buscando a un pájaro que cada mañana se acercaba a su ventana y que, de pronto, un día había dejado de acudir. «No tengo

muy claro qué simboliza ese pájaro, si el amor o la amistad o la fugacidad de la vida, como en el segundo trimestre dimos el tema del *carpe diem* y todo eso, a lo mejor me dejé llevar.» A Sandra la enterneció la imagen de un niño buscando a un amigo hasta perderse y le animó a terminarlo. ¿Por qué le propuso a ella venir al campamento y no a la que ella pensaba que era su novia, una chica de tercero igual de hippie y de guapa que él? Nunca se había parado a pensarlo, y ahora sentía que le debía mucho.

Xavi tenía algo que no tenía el resto: siempre la sorprendía con alguna elocución graciosa o con un grupo nuevo o con una historia real que parecía inventada. Además, la escuchaba sin interrumpirla o cambiar de tema. A menudo pensaba que si un día tenía novia le gustaría que fuese como él, y así se lo confesaba en las atrevidas cartas mentales que fantaseaba escribirle: «Me río tanto contigo que si un día tengo novia me gustaría que fuera como tú, pero con una cotorra cochinamente calentita».

En el campamento, al principio, Sandra tuvo cierta dependencia de él, pero a partir del segundo día cada cual se integró a su manera. De vez en cuando hablaban entre ellos y era en Xavi en quien confiaba para pedirle paracetamol cuando le vino la regla o para pedirle algo de pasta la tarde en que los dejaron libres en Figueras, y al revés también, él le pedía la crema solar o jabón para lavar la ropa, pues, obviamente, había olvidado ambas cosas.

Al acabar la etapa, buscaban en las inmediaciones del río el lugar idóneo para acampar. Tendían los bañadores y los salvavidas. Se cambiaban de ropa. Si había tiempo daban una vuelta por pueblos que Sandra no había escuchado en su vida: Castellfollit de la Roca, Bàscara, Argelaguer, Banyoles (vaya gozada bañarse en el lago, aquella foto de grupo en la hierba, unos encima de otros en plan torre humana) y, sobre todo, Besalú, qué bonito recorrer una vez y otra más el puente y hacerse fotos. Hubo noches de clima tan generoso que se quedaban a dormir en grupo sin necesidad de plantar las tiendas, cada cual sobre la esterilla aislante. Algunas chicas se desvestían tras los árboles. Los chicos se metían en sus sacos en calzoncillos como si tal cosa. Por las dudas, se apretujaban

formando una melé de calor humano y mucha risa. Las estrellas y las conversaciones eran buena compañía. Cada cual contaba historias de sus ciudades y sus institutos, batallas que a Sandra le abrían una nueva perspectiva de la vida, otras sensibilidades, otros acentos, otros modos de vivir sin horarios y sin parar de hacer cosas. La tarde en que llegaron a Sant Miquel de Fluvià, Isa y Yolanda anunciaron que esa noche había un concierto por ser la fiesta mayor, y que, tras consultarlo con Pi y con Joan, como todo estaba funcionando tan bien, después de cenar irían a bailar un rato. Txell, Marta y Sandra se cambiaron haciendo malabarismos en la tienda, escogiendo la mejor ropa. Cuando estuvieron listos, con las linternas a punto, emprendieron el camino. Dejando atrás un bosque de ribera, y tras atravesar una galería de encinas, ya se dejaba ver una ondulante fila de farolas prendidas, acompañada por el eco de la música que difuminaba las quejas de las cigarras.

Una orquesta tocaba en la plaza y se sumaron a bailar y hacer el indio. Qué locas, Txell y Marta, dando vueltas cogidas de las manos. Al ver una barra, pidieron permiso para beber y los monitores accedieron, con lo que unos cuantos se apresuraron a pedir cervezas. A Sandra no le resultó extraño ver a Xavi morreándose con Judith, la de Cardedeu, tan lanzada ella, y llegó a preocuparse por él. Hacía tiempo que no bebía, y con la segunda cerveza y tanto meneo notó que las proporciones de las cosas se balanceaban. Se acercó entonces sin vergüenza a Isa, que le dijo enseguida que solo por momentos como ese valía la pena trabajar en esto. Desde la noche en que prepararon juntas la cena, Sandra había cogido mucha confianza con ella. Empujada por el alcohol le contó lo mal que le había ido el curso, la convicción de seguir estudiando, que sus padres se habían separado, y que no se hablaba con su padre. Isa valoró con agrado la franqueza que aquella niña le mostraba, como si le estuviera dando una ofrenda o le lanzara un grito de auxilio. A pesar de la algarabía, Isa sintió que Sandra quería saber de ella y le explicó sus inquietudes y su flechazo por la pedagogía infantil y su intención, llegado el momento, de hacer una tesis sobre los cuentos infantiles. Ella reivindicaba los cuentos de hadas, sí, pero con psicología y con

personajes que tuvieran vida interior, y con nombres y apellidos, que no sean siete enanitos, para que me entiendas. Rescatar el significado profundo y la modernidad de los cuentos. A veces parece que los personajes infantiles no tengan conciencia de nada, y vaya si la tienen. Por ejemplo, ¿tú te acuerdas de Hansel y Gretel? Es un cuento sobre la ausencia, sobre el abandono, no es un cuento feliz... Dicho esto, Isa tiró de agilidad mental y recordó lo que le había contado Sandra y cambió de tema. Que no se preocupara, que las cosas se arreglarían, que los desencuentros formaban parte del aprendizaje vital. Echando mano de su culto fabulador, explicó que lo importante no era la meta en sí, sino disfrutar el camino, y viniéndose un poco arriba le contó la fábula griega de aquel hombre que siendo perseguido por un lobo no le quedó más remedio que encaramarse a un árbol para resguardarse. Como no se podía sostener en el tronco, se agarró de una rama. El lobo lo observaba famélico desde el suelo. Mientras las fuerzas le permitían aferrarse a la rama se sentía a salvo, pero de pronto notó que la rama amenazaba con romperse y que inevitablemente caería. No tenía fuerzas para brincar más arriba. Ante él solo quedaba el precipicio. Entonces el hombre vio que en la punta de la rama colgaba una manzana. Con una mano la agarró y, en el momento más crítico de su vida, cuando ya sabía que tarde o temprano caería y sería engullido, se la empezó a comer saboreando cada bocado. Esa manzana era la vida. Había que disfrutarla. Sabemos que vamos a terminar en el abismo, devorados por el lobo, pero mientras resistamos disfrutemos de las cosas buenas que se nos ponen delante, que son muchas, exprimamos el tiempo que nos queda, ¿no?

En ese punto, Sandra, envuelta por las melodías y el desmadre generalizado, solo pensaba en una cosa buena que la vida le ponía delante y sintió deseos de besar fieramente a Isa o de morderla delicadamente como una fruta generosa en jugo. Le preguntó si le gustaba el cine, que ella había ido a ver *The Doors* y le había encantado. Isa dijo que para ella como Fassbinder nada, y que su mejor peli era *Las amargas lágrimas de Petra von Kant*, pero que dudaba de que a ella le gustase, quizás más adelante. Como Sandra

ignoraba por completo todo aquello, le preguntó entonces cuál era su libro favorito y la monitora le habló de los versos de una poeta llamada Safo de Lesbos y de una isla de Grecia en la que aquella mujer se unió a un grupo de amigas para tañer el arpa y la cítara y recitar cantos e iniciarse en diversos placeres, más o menos como hacían ellas en este campamento, y cuando Sandra quiso saber si la había conocido, la otra se echó a reír y añadió que cómo la iba a conocer si Safo debió de nacer en el 600 antes de Cristo. Como aquella fecha quedaba demasiado lejos, Sandra insistió en qué estaba leyendo ahora, y la responsable dijo que lo que ella leía ahora no sabía si le convenía leerlo, quizás era muy joven, no era una novela de las que a ella le gustaban. Pero ante la insistencia de Sandra dijo que leía *El informe Hite*, de una sexóloga que defendía entre otras ideas que el sexo era cultura. Quizás Isa leyó en aquella mirada vibrante lo que pasaba por la cabeza de Sandra y entendió que, si en unos segundos no lograba evitarlo, aquella chica sería capaz de ponerla en un compromiso.

—Venga, a bailar, que estamos de fiesta... Y cuando pasen los años y pienses en este verano seguro que lo que más recuerdas son las fiestas... Me voy con Yolanda y con Pi... ¡A bailar!

—Vale, vale —dijo Sandra sonriendo—. Gracias... —Y en estas se dejó coger la mano por Txell, que pasó por allí reclamándola a gritos y buscando, ella sí, su abrazo cómplice.

A la mañana siguiente, Sandra se despertó acuciada por unas terribles ganas de hacer pis. Vio que aún eran las seis y que solo hacía cuatro horas que se habían acostado. En los resuellos de sus amigas pervivía cierto resabio a cerveza y a humo. Se olió la camiseta; apestaba. Descorrió la cremallera del saco y abrió la tienda canadiense. Al salir, descalza, recibió con regocijo el roce de la escarcha en las plantas de los pies. Por poco no tropezó con una piqueta. Junto a un árbol se bajó las bragas y se acuclilló y, mientras orinaba, ahora sí, sintió un débil mareo que lejos de molestarle le hizo sonreír. Respiró hondo y un escalofrío de dicha le recorrió el espinazo: las barcas atracadas a un lado, la humedad de la noche esparciendo rocío por los cubretechos, la constatación de plenitud acariciando sus pulmones. ¿Qué estaba pasando? ¿No

era eso un regalo, despertarse y mear en el campo rodeada de gente interesante? Volvió a la tienda y se estiró sobre el saco. Sabía que ya no iba a poder dormir. Dio vueltas a la noche anterior. Quiso disfrutar del momento acompañada por la respiración de sus dos amigas. Con las manos en el vientre se dedicó a contar los días que faltaban para que terminara todo aquello: tres, setenta y dos horas. Giró la cabeza para ver la cara de Txell, la baba escurriéndose por la comisura de sus labios, el leve ronquido, y pensó que el día en que no despertara a su lado sería una putada. Al instante, en mitad de esa soledad espiritual que invitaba a hacer recuento, sintió miedo. Un borrón de humedad, como el rocío de fuera, desfiguró su visión de la lona del techo. Porque Sandra, ahora, no quería volver a casa, ni siquiera ir a Valdecádiar y ejercer de cítrica con Noe como había deseado hasta no hacía tanto. No había llamado a casa ni un solo día. No se acordaba de nadie: ¿y su hermano?, ¿y sus abuelos?, ¿y sus amigas? Se limitó a levantar las cejas y a seguir cavilando sobre la familia, un poco aturdida por lo que descubría, pues para entonces había empezado a mirar los puntos de apoyo de su vida con otros ojos. A través de la lona escarchada de dudas se escapaban los deseos y volaban las verdades, y ese pensamiento bastó para que se viera como un ser egoísta, traidor, sucio.

La penúltima noche, Pi propuso que después de cenar sacaran las barcas al río y se acostaran en ellas para ver las estrellas mecidos por la escasa corriente, anclados cerca de la orilla. Le agradó ver que Isa se sumaba a su barca. Fue la primera en estirarse. Cuando Sandra se arrodilló, la monitora la invitó a que apoyara la cabeza en su barriga. Pi, desde la barca vecina, se animó a contar una historia de miedo que, en su voz, parecía un chiste y más que espasmos despertó carcajadas. En un momento de silencio regresaron las carcajadas, pero no por el cuento de Pi, sino porque el vientre de Sandra desató un retortijón de aquí te espero que se oyó en metros a la redonda. A la pobre se le subieron los colores, detalle que nadie percibió, salvo Isa. Por eso le acarició la cara, como si con esa caricia quisiera protegerla de aquellas burlas inofensivas. Luego, cuando se calmaron los ánimos y Pi retomó la

palabra, la monitora siguió con sus caricias y, como si no quisiera, o pretendiera enviarle un mensaje, o como si tuviera conciencia de hacer algo prohibido, sabiendo que nadie la veía, dejó discurrir sus dedos de la oreja al hombro hasta notar que a Sandra se le ponía la piel de gallina.

No volvió a hablar con Isa hasta la etapa final en Sant Pere Pescador, desde donde, tras el desayuno, cada cual debía emprender la vuelta. Se intercambiaban direcciones, camisetas y buenos deseos. Sandra terminaba de preparar la mochila cuando se le acercó Xavi con intención de ayudarla, pues no había manera de encajar el saco. Aún tenía que meter la esterilla, el neceser y unas sandalias. Sandra sentía la barriga de nuevo endurecida, pero esta vez no era por placer. De nada servía ya contar los minutos que faltaban para irse. Los abrazos se sucedían. Algunos padres de la comarca habían acudido hasta allí en coche para recoger a sus hijos. Sus amigas de Girona fueron de las primeras en despedirse. Todas las promesas de reencuentro y de envíos de cartas y de fotos no eran suficientes para amortiguar el dolor de Sandra. Se acordó entonces de su último cumpleaños, cuando su madre la felicitó por la mañana con gran efusión y regalos y propina y a ella le dio por llorar. Y luego, a la primera amiga que la llamó por teléfono le dijo que no entendía por qué en el día de su cumple estaba triste y contenta al mismo tiempo.

Sandra y Xavi fueron los últimos. Junto a la furgoneta AVIS permanecían los cuatro monitores, satisfechos de que todo hubiera acabado tan bien. Las puertas traseras estaban abiertas y el maletero se iba llenando de trastos. Pi hizo unas cuantas bromas y apretó la mano de Xavi con la suficiente complicidad como para asegurar que cuando se dejara caer por Barcelona les daría un toque a los dos. Ellos debían quedarse a desmontar las barcas y devolver la comida y el material sobrantes a la Fundación. Cuando a Sandra le tocó despedirse de Isa no levantó la vista. Simplemente dejó caer la cabeza sobre ella y la abrazó muy fuerte, como si aquel gesto estuviera cargado de reproches y ambas supieran que sería largo. Enseguida notó el tacto de Isa en su pelo, la caricia en la nuca que erizó sus piernas y sus gemelos y avivó por segundos

otras terminaciones nerviosas. No se dio cuenta de que lloraba hasta que notó la congestión de su nariz, que le impedía retener como le hubiera gustado el olor de la camiseta y del cuello de Isa, ambos mojados por unas lágrimas que ya no quiso disimular. Así descargó sobre su hombro la fiereza retenida de la incomprensión de su mundo propio y la dicha de haber hallado por fin una confidente. Isa entendió que estaba siendo abrazada para más allá de hoy y quizás se acusó a sí misma de imprudente, de ahí que se mordiera los labios en señal de apuro al pensar cómo interpretarían sus compañeros esa desmedida demostración de cariño. Y Sandra sintió que estaba abrazando a algo más que una monitora. Sus manos aferradas a su espalda, ahí donde la presión del sujetador marcaba el inicio de una lorza en aquel cuerpo tan blando. Le dio lo mismo que Xavi estuviera allí plantado, a dos metros, con la mirada ausente de quien mira sin ver y el ademán de quien cree que descubre algo. Porque para Sandra de nada servía esconder que aquella despedida era una escapada, y porque algo le decía que a partir de ese abrazo ya nada sería igual y la vida consistiría en regresar lo más poéticamente a ese inicio.

Segunda parte
El portazo de Nora (2000-2004)

Para vivir en este mundo
debes ser capaz
de hacer tres cosas:
amar lo que es mortal;
aferrarte a él
con tus huesos sabiendo
que tu propia vida depende de ello,
y cuando llegue el tiempo de soltarlo,
soltarlo.

MARY OLIVER,
«En el bosque Aguanegra»

1

Para seguir: lluvia. Un chubasco repentino revestido de una capa de aire cálido, el letargo de la primera hora del día y el cielo gris tras las ventanas. Balcones y patios mojados y una señora, enfrente, apresurándose a rescatar la ropa tendida. La impaciencia de su madre en la cocina exprimiendo las naranjas y el letargo de su hermano, sentado en el taburete, callado y medio desnudo, esperando el zumo como si en lugar de dieciséis años tuviera nueve.

Aunque esa lluvia pareciera impropia de finales de septiembre, servía para que en la radio se aludiera a un otoño como los de antes. Sandra no recordaba haber empezado ninguno de los cuatro años anteriores de universidad así. Al contrario, fueron días estivales en los que pudo ir en manga corta. Desde que repitió primero de BUP con quince años, se había puesto la misma camiseta para empezar los cursos, pues creía que le daba suerte. Era supersticiosa, como su padre. Solo se la ponía ese día, el primero. Era un ritual. Luego la lavaba y la devolvía al armario hasta el año siguiente. Cada vez le daba más apuro, pues consideraba que estaba ya fuera de onda, pero se mantenía fiel a ese principio ilusionista y profético y, ya que este sería su último curso, no quería dejar de ponérsela.

Como su madre era partidaria de ventilar cada mañana, las ventanas estaban abiertas y la lluvia, mezclada con las generosas temperaturas, traía desde la terraza hasta la galería un indicio de humedad que presagiaba bochorno. Serán cuatro gotas, se dijo mientras se ponía los vaqueros y la camiseta con la cara de Jim Morrison. *An American Prayer*.

—No te olvides del paraguas y del túper —avisó Marisa al irse, con la puerta abierta y la vivacidad de madre gustosamente

preocupada—; y dile a tu hermano que espabile...

Sandra se acercó a la habitación de Sergio. Lo encontró a medio vestir, sin ganas de ir al instituto.

—Vamos, dale caña, que siempre llegas tarde.

—Voy, voy, voy... —dijo irritado.

Hacía tiempo que el chaval tenía esa actitud de adolescente al que todo le molesta. Cuando lo veía actuar de esa manera le hervía la sangre. Ella no se reconocía. Pensaba que jamás había actuado así. Pero si alguna vez salía el tema con su madre, esta le decía que no alucinara, que ella había sido peor, y que si quería pasaban revista al trato que le había dispensado a su padre años ha, cuando ella tenía esa edad. Que no fuera ahora ella de mosquita muerta porque los había hecho sufrir lo suyo con su orgullo y su carácter, ahora más pacífico, pero entonces irascible, tan lleno de ira, tan veleta.

Tuvo el paraguas en la mano, el suelo mojado de la terraza evidenciaba el chaparrón, pero en última instancia confió en que dejara de llover cuanto antes y lo devolvió adonde lo había encontrado. Agarró su carpeta, el bolso, las llaves, el túper; se aseguró de llevar tarjeta de metro y boli y se despidió con un portazo. En la calle Valencia aceleró el paso, situándose lo más próxima a los edificios. La lluvia era fina, pero incesante. Cuando llegó al andén de paseo de Gracia y sintió el calor típico de las vías, se notó empapada por una mezcla de sudor y de agua. Proclive como era a despotricar contra los demás, no se acusó a sí misma, pero por un momento se arrepintió de no haber hecho caso a su madre. No era la primera vez. La relación con su madre tenía sus peros, y siempre venían determinados por Sandra.

En comparación con años anteriores las expectativas habían menguado, pero era el primer día y habría reencuentros con amigas, profesores nuevos, horarios a los que habituarse, asignaturas de libre elección y las famosas prácticas. Era un curso crucial para Sandra. Además del periodo de prácticas, pretendía quedarse en el departamento como profesora adjunta, ayudante de la coordinadora del máster, Núria Bou, con el objeto de, llegado el momento, medrar hasta ejercer de profesora agregada. El pasado

junio Núria le había comentado que debería dar alguna clase a alumnos de primero sustituyéndola, así como vigilar exámenes. Y esa responsabilidad, hablar ante desconocidos de Codificación Analógica y Digital o Historia del Cine 1 o Los Sistemas Digitales: Formatos Digitales de Vídeo, Audio Digital, Infografía y Realidad Virtual, la motivaba a la vez que la intimidaba.

Pero eso, por lo pronto, quedaba lejos.

Mientras en los primeros años muchos alumnos faltaban cuando les venía en gana sin ningún tipo de remordimientos para luego, tan tranquilos, pedir los apuntes, ella podía contar con los dedos de una mano las veces que había dejado de asistir a una clase. No era por dárselas de nada ni porque fuera una empollona. Era que le encantaba. Era que la universidad, el edificio, las aulas, la biblioteca (cuántas películas habría visto allí sentada, absorbiendo aventuras y aciertos técnicos), la cafetería, la sala de revelado, las concurridas Ramblas, el bar Cosmos, el Oviso, el California, la plaza Real, la plaza de George Orwell... todo se había convertido en un mapa por el que transitaba segura porque podía improvisar y surgían tentaciones, avisos de ciudad que se inaugura, variedad de invitaciones a ver qué pasa. Estaba mejor allí que en ningún sitio. Por eso, la posibilidad de dar clases marcaba una continuidad en su ambición académica. Aunque con los años el cine hubiera dejado de ser un arte para convertirse en un interminable listado de métodos y aspectos tecnológicos, Sandra seguía admirando la carrera. En el primer curso el noventa por ciento quería ser director (el treinta por ciento, Godard; otro treinta, Antonioni; otro, Scorsese, y un diez por ciento, Wenders), en segundo ese empeño se reducía a la mitad, en tercero solo una tercera parte lo veía posible y en cuarto debían de quedar uno o dos. Sandra siempre lo había visto lejos. Esa carencia de pretensiones, o más bien ese conocimiento de sus limitaciones, le quitaba un peso de encima a la hora de hacer frente a posibles frustraciones. Problemas, los justos. Cuando su profesor de COU le preguntó por qué se había matriculado en una carrera tan singular como Comunicación Audiovisual respondió que para llegar a ser algún día ayudante de producción de una película. Con eso tendría

más que suficiente. Aunque la docencia le tiraba más, un puesto en una productora de cine, una tarea de equipo que mezclase el trabajo de campo y el de oficina, le sobraba. Era además tan funcional que había solicitado realizar las prácticas en la productora Impossible Films porque cuando echó un vistazo a la lista era la que más cerca quedaba de casa.

Núria Bou valoraba el empeño y la dedicación de Sandra en el aula, pero lo que más la había cautivado de ella fue lo que se movió junto a Mikel para organizar eventos fuera de horas de clase. Toda la facultad recordaba lo que se esforzaron en traer a Jaime Camino para dar una charla sobre *Los niños de Rusia* y era *vox populi* la carta que habían enviado a Argentina para traer a Aristarain, sueño de ambos, que no pudo ser. Sandra y Mikel formaban un buen tándem y, con cualquier tema —el futuro del documental, el viaje a la ficción—, eran capaces de organizarte un simposio en dos semanas. Todo aquello permitió a Sandra dos cosas: por un lado distanciarse de la vergüenza y por otro confirmar que se sentía mejor en la retaguardia. La atraía el protagonismo siempre y cuando fuera en la sombra, porque ella sola no lo podría haber conseguido. Que Mikel llevara la voz cantante, vale, pero que se supiera que detrás estaba ella. Los dos se aficionaron a producir eventos de este tipo, aunque ahora Mikel, chico listo de San Sebastián con todo a favor para llegar lejos, ya ejercía de ayudante de dirección de Ventura Pons. Otro nivel. Volaba alto, y pese a que le faltaban unas asignaturas para certificar la licenciatura, era de los que daban por finiquitado su paso por la universidad.

Aquel primer curso, recordaba ahora, empapada en el metro, fue extraordinario. Tal día como hoy de hacía tres años, mientras con los nervios a flor de piel esperaba a que los operarios abriesen las puertas, conoció a las amigas con las que ahora se reencontraría y que a buen seguro se mofarían de su camiseta un septiembre más (¿otra vez, nena?, ¡a ver si evolucionamos!). Aquellas chicas que venían de otros puntos del mapa con acentos raros: Eva, de Mora d'Ebre; Mónica, de Palamós; Montse, de Rupit, o Georgina, de Girona. Mikel llegaba de Donostia con su intuición precoz y su

dinero de sobra, que le permitía comer en bares toda la semana. Joel, con sus gafas de pasta y su amaneramiento, feliz de poder exhibirlo a sus anchas ya lejos del provincianismo de Ripoll. La prisa y la curiosidad para todo de la pelirroja Magda, sobrecogida siempre por el espectáculo del mundo y por la oportunidad que le brindaba vivir fuera de casa. La callada y paradita Teresa, de la Seu d'Urgell, y Carol, la única de Barcelona con la que hizo migas, sensata, culta y silenciosa, con una blancura permanente en el rostro, que le aportaba una apariencia de debilidad que en realidad no tenía. También estaban otros menos habladores, como el guapo Gustavo, a simple vista dueño de una altivez que luego no era para tanto, de esas personas a las que les cuesta saludarte fuera de los lindes que marcaba la universidad, o Román, espídico y torrencial, como si fuera dueño de un talento que quisiera esconder para así un día sorprender a todos. Y entremedias, ella, rabiando por aprenderlo todo, como la granuja callejera a la que no se le escapa ni una que había sido en la infancia en las calles del barrio y que, entusiasmada, merodeaba ahora por películas, apuntes, documentales, los platós de televisión de la segunda planta y el laboratorio de revelado, siempre dispuesta a hurtar un puñado de información a un profesor, a un libro, a una escena.

Entonces Sandra entendió que se hallaba ante el paso a otra frontera fundacional, que iniciaba una nueva vida y que su universo anterior debía quedar enterrado.

Ahora, era otro el mundo que debía enterrar y tenía nombre: Lorena, una carga más que una satisfacción. Tanto había significado y tan poco significaba. Todo lo que sucedía en su vida configuraba el marco adecuado para dar carpetazo a una relación que había empezado años atrás, cuando ella insistió en perseguirla hasta conseguir no solo que le enseñara unos placeres deliciosamente sucios, sino que fuera su pareja. Qué tontería, pensaba ahora, aquella vez en que con otros amigos escenificaron una boda ficticia en la arena de la Barceloneta para luego acabar en el A Saco discutiendo por celos, montando otro numerito.

En Drassanes, llovía con más fuerza. Tuvo que aguardar en la entrada del metro, soportando las corrientes de aire además del

frío que el sudor y la lluvia le habían dejado. Al mirar la hora en el móvil vio que quedaban diez minutos para las nueve y que tenía dos mensajes por leer. Sandra no se había habituado al móvil que su madre se había empeñado en regalarle a principios de septiembre porque ya todo el mundo tenía uno menos ella.

El primer mensaje era de su padre: «Recuerda que hoy te toca Damián». Resopló. Lo había olvidado por completo. Yalemi y su padre la requerían a veces para cuidar al hijo que habían tenido cuatro años atrás. *Su hermano*, insistía su padre. Estuvo mucho tiempo sin hablar a su padre, hasta un día en que él, que había intentado por activa y por pasiva acercarse a ella sin éxito, sabiendo que Marisa no estaba en casa, se presentó con un bebé en brazos y le dijo: «Ya está bien, que no me quieras hablar me la suda, pero que ni siquiera quieras conocer a tu hermano no tiene perdón de Dios». Tras aquel encuentro retomaron la relación. Un lunes que libraba, Enrique la esperó a las puertas de la universidad. Al ver que no salía nadie se acercó a la recepción, donde le indicaron que si venía al evento subiera las escaleras y buscara el salón de actos. Sintió curiosidad y descubrió a su hija en el estrado. Sandra, micrófono en mano, presentaba al invitado de turno, ajena al orgullo de su padre, incontrolable, desatado y que acrecentó su temor a perderla. El físico de su hija, tan alejado de la niña que crio, allá arriba, y la seguridad con la que se expresaba ante la atención silenciosa de los presentes que abarrotaban la sala realzaban su belleza y el amor de padre se extendió por el cuerpo hasta empaparle los ojos. Luego, cuando ella se dejó invitar a un café en el Cosmos, le dijo que parecía una artista y que él sabía que ella tenía madera de creadora y que por un momento el mutismo que había provocado con sus palabras entre el público le había recordado a una vez en que en Los Tarantos, allí al lado, vio a un tal Yerbita quitar la respiración a un centenar de personas al compás de unos acordes con la guitarra. Enrique se había colocado en un bar en el Paralelo. Ya no trabajaba tanto la noche, pero tenía el oficio en las arrugas que bordeaban sus ojos y en las eternas ojeras. Yalemi, contra lo que en un principio pensó de ella, ahora le caía bien, incluso mejor que él, pues no tenía los delirios de

grandeza de su padre, siempre con una proeza inventada y una promesa de dinero en la boca.

El otro mensaje era de Lorena. Lo leyó como si ya lo hubiera leído antes. Que podía recoger sus cosas, que no quería nada de ella. ¿Cómo se dejaba una relación de seis años? Ella, pragmática en todo, no sabía cómo gestionar estos asuntos. Tan funcional para unas cosas y tan torpe para otras. No había nada en ese idilio, enquistado en una rutina de reproches, imprudencias, omisiones. Siguiendo el consejo de Xavi, había optado por dejar que aquello terminara por muerte natural en lugar de confesar traiciones, confiando en que el cansancio se hiciera cargo de todo. Un riesgo, porque así llevaba mucho tiempo, y cada vez costaba más tomar la iniciativa. ¿Cuántas veces había recibido un mensaje parecido? ¿Cuántas le había devuelto su ropa e incluso los regalos que le había hecho? Desde que empezó la carrera, Sandra sabía que aquello no acabaría bien. Lorena estudiaba Graduado Social y ella, Comunicación Audiovisual. Si salían por las noches las dos solas se aburrían, si una iba con el grupo de la otra terminaba sin adaptarse. Los amigos de Lorena iban a sitios como La Boîte y los de Sandra al Panam's y al Kentucky. Aquello no había por dónde cogerlo. Pero seguían juntas y entre semana, algunas tardes, cuando la casa de Lorena estaba vacía, se veían, o se desfogaban. Guardó el móvil, y a pesar de que seguía lloviendo, empezó a subir las escaleras para no llegar tarde el primer día del último curso, con la camiseta de Jim Morrison calada y adherida al torso, como un jinete inexperto bajo la tormenta.

2

—¿Qué?, ¿problemas con Lorena? —se interesó Mónica, conocedora de la prolongada situación en la pausa para comer—. Y con Isa, ¿has hablado? ¿Qué te recomienda?

Para aquel entonces todas las amigas de Sandra sabían dos cosas de ella: que le gustaba ir a su bola y que si no contabas con ella para un plan nunca iba a enfadarse (lo que la convertía en rara), y que por encima de cualquiera de ellas estaban Xavi e Isa, el referente vital de Sandra.

—Me dice que diga la verdad, que me libere. Ella siempre me dice lo mismo: *Next*, como si todo fuera tan fácil, *next*, *next*, *next*, pasar página... Vale, pero ¿y el daño que puedes causar?, ¿y si me quedo sola? Lorena me viene bien..., pero es verdad que más que novia se ha convertido en una hermana.

Isa: Años atrás, al terminar el campo de trabajo, Sandra le envió a Isa una carta que meses después obtuvo respuesta. De barrio a barrio empezaron una correspondencia sincera, sentida y con humor e inquietudes culturales que a Sandra le daba mucha vida. Isa se fue un año a Berlín. Desde allí, para las Navidades, tuvo el atrevimiento de enviarle una postal algo comprometida. Una chica hermosa, rubia, de pelo largo y completamente desnuda levantaba una regadera con la mano derecha mientras con la izquierda acariciaba un coño extraordinariamente podado. Arriba se leía: *Ich giesse meinen Garten*. Cuánto le gustó a Sandra recibirla y leer detrás la felicitación del nuevo año 1994 junto al deseo de que algún día no muy lejano encontrase la posibilidad de regar un jardín similar, como había encontrado ella, y nutrirlo como una planta de la que se extrae lo mismo que se le da. El problema fue Marisa, que había rescatado la postal del buzón y quien se la dio con gesto contrariado. Qué cosas te envían, dijo, controlando a

regañadientes el impulso de añadir algo más, temerosa de una reprimenda. Al año siguiente, por las mismas fechas, a mediados de diciembre, cuando Isa ya había vuelto a Barcelona, sonó el teléfono. Marisa descolgó y se acercó a la habitación para avisar a su hija de que era para ella. Al otro lado habló Isa, levantando la voz sobre el ruido de fondo. Con repetidos aspavientos Sandra expulsó a su madre del cuarto. Isa quería invitarla a una fiesta que hacían en el piso, que fuera ya, que si quería se podía quedar a dormir. Lástima que Sandra, en esos momentos, tuviera treinta y ocho de fiebre y no pudiera moverse de la cama, pero el detalle hizo que se sintiera muy cercana a ella. Nada más colgar, se abrió la puerta:

—¿Quién es esta Isa? —preguntó una Marisa enfurecida, agraviada, como si aquello hubiera sido la gota que colmaba el vaso de su paciencia.

—Una amiga... —respondió su hija cubriendo con las mantas su vergüenza hasta la cabeza.

—No soy tan tonta. A mí no me cuentes historias...

Con el tiempo esa amistad se había fortalecido y ya no se trataban de monitora a participante sino de tú a tú. Cuando Sandra, Marisa y Sergio dejaron Hospitalet y se mudaron al centro, pasar por casa de Isa se convirtió para Sandra en un ejercicio habitual. Era a ella a quien le confesaba todo y con quien fluía la confianza para compartir dudas existenciales. Sandra se había sentido escuchada y comprendida. Desde un principio se comunicó con ella dando por sentado que hablaban el mismo idioma, que conocía su inclinación sexual, la que Sandra había escondido ante el resto. También Isa amplió su horizonte intelectual. Como Xavi, tuvo mucha culpa de que se matriculara en Comunicación Audiovisual. Por medio de Isa tuvo acceso a ciertas lecturas y al visionado de películas de Agnès Varda y Chantal Akerman, cuya existencia desconocía, y al discernimiento de otra forma de vida, porque Isa, que entonces había empezado a vivir con Ulrike, hablaba alemán y se había pintado un mechón verde en el pelo y llevaba un piercing en la nariz y varios más en cadena en las orejas. Mientras otros compañeros de clase se dedicaban a hacer

actividades extraescolares deportivas o se resguardaban en un parque a tontear con la marihuana, Sandra subía las escaleras del piso de Isa en la calle Bonavista y emitía sus proclamas políticas, sexuales, familiares. A veces la dejaba atónita por lo que le contaba, desde sus rollos más impúdicos con chicas que aparecían de las maneras más inverosímiles hasta sus quebraderos de cabeza con su padre. Como si tratara de procesar toda la información que recibía a borbotones, Isa no interrumpía para poder ofrecer al cabo una opinión con conocimiento de causa. Aunque tuviera trabajo (ahora ejercía de profesora en un cole de la zona alta y debía preparar muchas clases), nunca tenía un no para Sandra. Cuando ella aparecía, Ulrike se ausentaba haciendo gala de una independencia sin fisuras. «Es alemana —le explicaba Isa—, en Alemania se van de casa muy pronto. El primer día que nos liamos me fui a dormir con ella y desayunamos con sus padres. Es otro mundo.»

—Un día a mí también me encantaría ir a otro mundo —repetía Sandra, agradecida de que Isa le concediera su tiempo.

Lo primero que le devolvió fueron los libros.

—Están los tres de Jane Austen, *Tres tristes tigres* y *Crimen y castigo*... Por cierto, ¿sabes que el Ang Lee ese que te gusta ha hecho una película sobre *Orgullo y prejuicio*?

La manera relajada con la que Sandra tomó la bolsa revelaba una entereza de la que Lorena, a juzgar por sus movimientos inquietos, carecía. Sandra parecía convencida de las resoluciones a las que debía hacer frente, pero cuando sintió el deber de expresarse no le salían las palabras. Lorena se sentó en la cama y se estiró para abrir un cajón:

—Espera, que falta también este...

Así logró extraer otro libro que no estaba a la luz de quien entrase por allí.

Al ver aquella portada, a Sandra la acorralaron los recuerdos. Lorena había sido demasiado importante para ella. ¡Toda la selectividad la prepararon juntas!, ¡pobre Lorena, quedándose en

su casa hasta las tantas ayudándola a repasar para los exámenes! Lorena era un año mayor y hacía segundo de carrera cuando ella aún peleaba por sacar la nota que le permitiese acceder a la facultad. Sin llegar a pronunciar jamás el término, fue la primera novia que presentó en casa después de haberla llevado un día tras otro alegando que venía a estudiar. Recordaría Sandra por mucho tiempo el ademán serio que se dibujó en la cara de su madre cuando oyó aquello de «amiga especial». Se ausentó a las primeras de cambio, como quien precisa de procesar a solas una evidencia que se da por supuesta pero que aun así no se quiere creer. Y cómo su hermano Sergio, al enterarse de que era más que una compañera íntima, le retiró la palabra y durante meses, cuando coincidían en la sala de estar o en la cocina, en lugar de dirigirse a ella mascullaba ruidos ininteligibles.

Lorena. Había disfrutado lo suyo de su promiscuidad y de su atrevimiento. Al inicio Lorena llevaba las riendas y era Sandra la que reclamaba atención, insaciable con el hambre de descubrimientos y en la ilusión con la que acometía cada encuentro lascivamente iniciático. Luego, no sabría decir en qué momento, se giraron las tornas. Lorena, que había sido muy precoz, tenía la experiencia que a ella le faltaba en la cama y le fue enseñando formas de disfrutar a las que, aunque se hubieran vuelto repetitivas, costaba renunciar así como así. Para Sandra lo ideal sería convertirla en amante casual (lo que en su círculo llamaban *follamiga*), pero Lorena no estaba hecha para desgastes emocionales de ese tipo. No escondía sus delirios de posesión y era capaz de hacer cualquier cosa por seguir. Era capaz de inventar excusas para verla. Y era capaz de mirarla así, como si con los ojos le estuviera diciendo soy consciente de que te necesito, soy consciente de mi limitación, de mi vulnerabilidad. ¿Cómo iba a hablarle de insignificancia a alguien como ella?, se preguntaba mentalmente Sandra a toda velocidad cuando la tenía delante, rendida, y sin que fuera posible retener los flashes que enviaba la memoria. Quizás por eso ahora, mientras Lorena sostenía el peso de las páginas como si sostuviera años de dicha de los que no quería desprenderse, Sandra rememoró que fue ella quien le enseñó a

poner en práctica las teorías de aquel libro regalado precisamente por Isa. Lorena y ella le habían dado la razón muchas tardes a las ideas del *Informe* de Shere Hite sacando el jugo al altruismo del clítoris para generar placer, verdadera fuente de gozo, a años luz de la simple penetración.

La conoció en la fiesta de cumpleaños de su amiga Laia, la misma que dejó de hablarle en cuanto supo lo que pasó, dejando como despedida un lacónico: qué asco das. Aunque por la casa estuvieran rondando los padres de Laia y media clase, Sandra se fijó en aquella vecina que por ser más o menos de la misma edad cayó del piso de arriba con su regalo y su descaro. Tras un par de horas de complicidad y bromas en el sofá del salón, gracias a una casualidad pactada sin palabras, coincidieron en el pasillo. Se encerraron en el baño y, después de decir cuatro bobadas sobre preferencias de ganchitos o BocaBits, Fanta o Trina, de fisgonear tontamente en un cajón y de reírse ante el espejo, Lorena internó las manos bajo su falda y, echándose ligeramente atrás, se bajó las bragas hasta la rodilla. Se sentó en la taza. Mientras se aliviaba reclamó con el pensamiento la atención de Sandra, que no quería mirar, pero escuchaba. Luego agarró un trozo de papel, se secó, se ajustó el culote, tiró de la cadena como si tirara las dudas y se acercó a Sandra, que con su clásico temblor de labios ya decía ooohhh con los ojos, dispuesta a dejarse besar en la boca y a que le mordieran el cuello y la marcaran por primera vez. Asumieron la fogosidad y se lamieron mutuamente hasta que Lorena, en un gesto que parecía llevar la contraria al sofoco, aún suspirando, colocó con sumo cuidado la mano abierta en su entrepierna, como si quisiera encubrir, o confirmar, toda la humedad que supuraba aquel pantalón de algodón finísimo, beis y sin cremallera, sin saber el vaivén emocional que supondría en Sandra ser palpada ahí por vez primera por alguien que la atraía de veras. Nada, un simple roce, que más que la tosca fricción llevaba implícita la meta de proteger un bien o de hacer una comprobación. Y mientras le frotaba de nuevo nariz y lengua por el cuello, asistió al erizamiento de una piel que, como agua tibia en un cazo sobre el fuego, cambiaba de estado.

—Quédatelo, es tuyo.

—No, te lo regalé.

—No lo quiero. Ya era tuyo antes de conocernos.

Recordó entonces Sandra el momento. Era muy al principio. Estaban en la planta de arriba del Fnac y Lorena, tras un rato rebuscando en las estanterías, lo encontró: «Mira, mira, lo tengo, aquí está, me lo compro». Pero Sandra la detuvo. «No, no quiero que lo compres, quiero regalarte el mío.» Y Lorena devolvió el otro a la estantería dejando que la satisfacción le arañara el estómago, como si al interpretar ese gesto de abnegación creyera que acertara, y dio por buena la idea porque así, sin necesidad de exhibirse, la otra la iría descubriendo.

Entonces, el sexo con Lorena no era como ahora, una manera de mirar hacia otro lado, sino todo lo contrario, era una manera de mirarse a sí misma y reconocerse. Entonces desprecintaba el mundo y todo lo que veía en Lorena era nuevo y positivo. Con el tiempo el fulgor de la novedad dejó de refulgir y todo lo que reflejaba la aspereza de la regularidad resultaba negativo. Todo, salvo el sexo. Sandra devolvió el libro a la mesa. La manera en que se desafiaban hablaba por sí sola. Sandra de pie, dominante; Lorena sentada, implorante, esperando un avance, aunque este no fuera más que un ejercicio de piedad, como si la limpieza de intenciones que irradiaban sus ojos le impidiera ver a la verdadera fiera que la empezaba a acariciar en el hombro.

—No quiero que esto te haga daño —dijo Sandra, tan segura ante Lorena desde que cambiaron las tornas, echándole a un lado la cinta del sujetador y percibiendo su respiración acelerada.

—Nunca me ha hecho daño...

—Luego no me vengas con dramas, estamos a tiempo de parar...

—No... —reclamó Lorena, dejándose desenfundar la ropa con gusto.

El verano sin verse había puesto tierra por medio y Sandra creyó palpar unas caderas más blandas que las que recordaba, pero igual de sensibles al tacto. Era una cuestión de piel. Había estado con chicas más atractivas y con cuerpos más esbeltos que Lorena,

pero no le tensaban como ella. Seguía siendo morboso desnudar la costumbre aunque la despreciara, pues era consciente de que podía disponer de ella a su antojo. Y allí estaba de nuevo, descalzándose con los pies y ayudando a Lorena a bajar y quitar del todo los vaqueros, envuelta en el error por conveniencia, pero mojada. Puede que el rechoncho volumen de Lorena pareciera reblandecido en las caderas y también en los muslos, cada vez más fofos a la altura de las ingles, pero el grosor inabarcable de sus pechos liberados del sujetador, sudorosos por abajo, la pulpa de sus labios y su manera de excederse en la saliva, como ahora, en que sus dedos embadurnados se internaban por huecos imposibles bajo la ropa interior y desde la simple caricia lubricada del perineo accionaba sus terminaciones nerviosas, le resultaban igual de excitantes que el primer día. Y también, por supuesto, la manera en que se le enrojecían las mejillas, pues el placer le encendía el rostro. Sí, tenía su punto el sexo sin el compromiso de tener que quedarse luego.

—¿Ya te vas? ¿Qué prisa tienes?—protestó Lorena, aún con la mano en su barriga, cuando Sandra anunció que se iba.

—Tengo que cuidar a mi hermano.

El desfase de implicación era absoluto. Cuanto peor la trataba Sandra, más entregada se mostraba Lorena.

—¿Cómo está tu padre? No me has contado nada.

—Bien, mandón como siempre, pero bien. Parece que ha cambiado.

Sandra apartó el brazo de Lorena y se incorporó. Al rescatar las bragas del suelo las examinó, hizo una verificación y les dio la vuelta para ponérselas al revés.

—No es tan malo como lo pintas.

—Claro, es un santo...

—Eres demasiado cruel..., deberías tratar mejor a tus padres.

Antes de responder, Sandra resopló:

—Ya estamos otra vez...

—No seas orgullosa, anda...

—Bueno, soy así... ¿Seguro que no hay nadie?

—Seguro, tranquila...

Con las facilidades que otorga jugar en campo conocido, Sandra salió al pasillo y en el cuarto de baño se cepilló el pelo antes de recogérselo en una coleta. Al volver, Lorena, aún estirada en la cama, arqueaba el cuerpo hasta encajar bien el culote. Luego se giró, el codo clavado en la almohada. La caída de los pechos, una reverencia. Para qué negar que le gustaba la imagen. Si alguien le preguntara ahora, con la flojera de la recomposición, tal vez lo negaría; pero dos días después constataría que era eso, la ausencia de esa indolencia, lo que le impedía huir para siempre.

—¿Y tu madre? ¿Cómo está?

—Va tirando, ella nunca se queja. Me voy pitando, que llego tarde.

—Espera... —Lorena se incorporó.

—No...

—¿Quieres una chaqueta? Por la noche refresca.

—No, no quiero nada...

—Los libros, que no se te olviden...

Sandra agarró la bolsa, pero dejó el libro de Hite como quien deja una miga de pan en el sendero, o una indemnización.

3

De camino a casa de su padre, que ahora vivía en Sant Andreu, Sandra notó las piernas pesadas, y en cuanto entró en el vagón de metro buscó sitio para sentarse. En la bolsa estaban los libros de Jane Austen y Brontë, lecturas fundacionales que tanto la habían emocionado y que tanto interés tuvo en que Lorena leyera. Eso le encantaba de Lorena, que fuera receptiva, alguien que leía por divertimento, sin más ambición que dejarse llevar por las tramas, y que además devolvía los libros. Le entraron ganas de volver a Austen, esas historias románticas, distinguidas, en las que se vivía para amar o para morir y que siempre acababan en boda. En boda, ¡qué horror!, pero al mismo tiempo, ¿por qué no? Ya nadie vivía ni pensaba como en aquellas novelas, pero a fin de cuentas tanta gente terminaba dando un rango oficial al asunto o, como mínimo, pensando en ello. Hasta ella había celebrado con Lorena una ficticia; un paripé, vale, o una excusa para montar una fiesta, de acuerdo, pero, quieras o no, entrañaba compromiso y buscaba certificar unos sentimientos. *Orgullo y prejuicio*, *Sentido y sensibilidad*, *Cumbres borrascosas*... Aquellas obras habían ejercido una notable influencia en su manera de pensar el amor cuando era una idea abstracta, aún por experimentar. Le permitieron vivir por adelantado temores y desengaños, traiciones y flechazos que ahora se le antojaban extremos. Claro, las novelas de Austen terminaban por el principio. Contaban los prolegómenos. El matrimonio era el remate, la culminación y... ¿también el final? Si lo que quería mostrar la autora era que una boda significaba enterrar el enamoramiento, lo hacía de maravilla, ¿para qué seguir contando nada más?, pero en la época victoriana no creía Sandra que se pensara así. Si Austen hubiese estirado las historias unos años más, a buen seguro que de aquellas bodas no se rescatarían más que

cenizas de resignación, porque no existía el divorcio y nadie se separaba como había hecho su madre o como a ella le gustaría hacer si fuera capaz de poner el pasado a un lado y el presente a otro. En cualquier caso, ella también aspiraba a encontrar a alguien, ¿no? ¿No es eso lo que todo el mundo pretende? ¿No es ese el sentido de la existencia, encontrar amor y prolongarlo? ¿O ir de flor en flor y dejarse llevar a escondidas de todos y evitar el dolor de los desenlaces? ¿Escapar de la posibilidad del amor y vivir sin riesgos? Pero ahí estaba *Crimen y castigo* y el caos mental de Raskólnikov por meterse en líos. Y debajo las fiestas de los *Tres tristes tigres*. Aquello sí tenía sentido: entregarse a la noche como si fuera un campo donde cazar una presa tras otra y acceder al sexo que te hace levitar, eso, transgredir los cotos vedados, desflorar la belleza y embrutecerla, porque con lo fugaz que es la tersura, de qué sirve si no es digna de ser emputecida. Ya llegaba a Sant Andreu. Se puso de pie. Las compuertas se abrían. En todo caso, cuánto había disfrutado con aquellas epopeyas que celebraban la intensidad, la igualdad sexual y la lucha de clases. Y todo por culpa de aquella Anabel que conoció un verano en Valdecádiar y a la que ya nunca volvió a ver. Es más, le escribió dos cartas y la muy ingrata ni le respondió. Ella seguro que se había casado, como Noe, y tendría ya hijos. ¿Y su hermana, qué habrá sido de ella? ¿Seguiría recogiendo brotes de espliego, la *flower-power*? Ay, qué vergüenza recordar ahora aquella mañana en que la siguió por el camino de las viñas.

Como había dicho ese primer día de curso el nuevo profesor de guion, somos lo que recordamos y cómo nos recuerdan los demás, la memoria nos dice cómo fuimos aunque no queramos ser así... Pensó entonces en ese docente con pintas de moderno que se había presentado en la última hora y que tan buena sensación le había causado. Julio Estruch. Era guionista profesional y se estrenaba en la universidad. Había presentado el programa con tal vehemencia que se había metido al alumnado en el bolsillo. Nunca había tenido un profe que el primer día les dijera que, si lo único que los preocupaba eran los créditos de la asignatura, podían estar tranquilos, que el cinco lo tenían asegurado, que él no estaba allí

para suspender a nadie ni dar lecciones magistrales, sino para aprender de ellos y con ellos, que a él le interesaba que defendieran su propio criterio y que le dijeran que no a todo.

Cuando su padre y su madre se separaron, Enrique vivió un tiempo con sus padres. Luego, cuando oficializó su relación con Yalemi, buscaron piso. Si con Lorena, su primer amor importante y correspondido, había pasado por diferentes estadios que iban del enamoramiento a la insignificancia, con su padre le había ocurrido tres cuartas partes de lo mismo. De la devoción infantil propia de una niña pasó a la duda, a la denegación de su cariño y a la posterior demolición del mito con la adolescencia, un vacío que se fue extendiendo hasta llegar a un tiempo muerto que dilató entre ambos hectáreas de silencio y de indiferencia. Como ni por asomo se imaginaba una vida sin él en casa, nunca pensó que iría más allá en su desprecio. Pero cuando Enrique empezó a llegar tarde, tambaleante, a veces tan pasado de vueltas que prorrumpía en gritos ininteligibles que hacían llorar a su madre, y dejó de cumplir con sus obligaciones económicas, Sandra hizo acopio de una tenaz entereza y lo borró de su vida. Aquel miedo, o la conciencia y el conocimiento de aquel miedo, hizo que en los recuerdos que guardase de él en el futuro no hubiera espacio para la condescendencia ni el afecto. Porque ese pasado de ofensas era denso, pesaba, y se cernía sobre ella, la agobiaba, le impedía, en fin, mantener con él una relación como la que las demás amigas de su edad tenían con sus padres. Era repulsión. Oír hablar de *su padre* la hería. Quizás Sergio era demasiado pequeño para entender las cosas cuando se separaron, pero a ella le dolió que tratara así a su madre y no podía esconder el menosprecio. Enrique se volvió invisible para ella. Le había costado lo suyo desplazarlo y vivir ajena a su imagen y su presencia. Su padre la llamaba y la requería hasta que entendió que lo ignoraba. La dulzura y la integridad que le había demostrado durante la infancia se le habían agotado.

Una tarde en que madre e hija se fueron de rebajas al centro, Sandra le recriminó que siguiera manteniendo contacto con él, y

Marisa rebatió su punto de vista e inició una disertación en su defensa: desde la generosidad y el buen corazón que tenía de crío y que la enamoraron de él, pasando por lo que se había desvivido por sus hijos trabajando de sol a sol y lo mal que lo habían tratado en la portería y la mala suerte con las amistades, hasta la lección que le dio al separarse por actuar con la serenidad que les faltaba a ellas y sin rastro de egoísmo respecto al piso; concluyó con un lapidario «y ahora yo no puedo estar más sola y él con una cubana, cada día pienso que vuelve y me pide perdón, tendría que haber tenido más paciencia, pero va, qué sabrás tú de estas cosas».

Bajo las intensas luces de la tienda, a Sandra la atribuló ver a su madre así, sin mirar ni una prenda, siguiéndola. Tal vez tenía razón Marisa, no sabía de estas cosas. Pensaba que la licencia para hacer daño a quien se quiere era patrimonio de Enrique. Sin ganas para seguir rebuscando entre las ofertas propuso cambiar de tienda y ambas salieron a la calle sin hablar. Mientras enfilaban de nuevo el paseo de Gracia, a la altura de Caspe, Sandra la cogió del brazo como si con ello quisiera decir algo o anunciar que a partir de ahora, en lo referente a estos temas, se expresaría con gestos.

Como ya estaban acostumbrados a sus ausencias, al principio de la separación no le costó habituarse a vivir sin su padre. Sergio sí expresaba el malestar por su vacío. Lo echaba en falta para discutir jugadas conflictivas durante los partidos de fútbol. La lógica iba por un lado, la realidad por otro. El piso seguía lleno de cosas de Enrique, unas cosas que, según decía Marisa, no venía a recoger porque en verdad no tenía dónde ir y cualquier día aparecería de nuevo.

Por aquel entonces, en mitad de una cena, tras rebañar el plato con un trozo de pan, a bote pronto Sergio anunció:

—Hoy me ha dicho papá que voy a tener un hermano.

Lo primero que hizo Sandra fue mirar a su madre. La rabia que sintió hacia su padre fue proporcional a la pena que sintió por ella, que no pudo terminar la sopa y se retiró con el plato:

—Pero qué dices, bruto —le increpó Sandra.

—¿Qué pasa? Me lo ha dicho papá —dijo el otro, sin entender el revuelo—: su novia está embarazada.

—Mira lo que has conseguido —añadió Sandra señalando el espacio vacío que se extendía de la mesa a la puerta.

Tras la noticia, Marisa pasó unos meses desnortada, presa de una seriedad inaudita. Hablaba con sus hijos como si no los tuviera delante. La noticia corrió por el barrio y percibía el peso de algunas miradas, unas condescendientes, otras inquisidoras. Pero pasado un tiempo, insuflada de una energía impropia, de un día para otro anunció que le había salido una portería y se mudaban. Era una portería de lujo, dijo, en la calle Girona esquina Valencia, ¡todo el chaflán!, y además les daban la vivienda. Y no era en un bajo, sino en el piso de arriba, el sobreático, pequeño pero bastante apañado, incrustado en un terrado de muchos metros donde el pequeño Sergio podría cansarse de correr.

Cuando Sandra subió las escaleras del metro pensó que aquel día no se acababa nunca. El cielo anaranjado, veteado de nubes tintadas, parecía un acuarela flotante y acogedora como las canciones que escuchaba con Xavi cuando eran adolescentes. En la esquina de Torras i Bages con Lanzarote llamó a su madre para avisar de que llegaría tarde. En aquel edificio, llamado Casa Bloc, con tantos pisos de protección oficial, Sandra siempre se liaba y terminaba preguntando a algún vecino.

Abrió Enrique a medio vestir. Tras él asomó la cabeza el pequeño Damián, que al principio se mostró tímido.

—Venga, hombre, dale un beso a tu hermana —dijo el padre, sacándose al niño literalmente de encima—. En la nevera tenéis pizzas. Hasta las diez.

—¿Hasta las diez? ¿No me habías dicho hasta las nueve?

—A las nueve acaba Yalemi, lo que tarde en llegar…

Mientras terminaba de abrocharse la camisa, Enrique hizo un par de bromas sin gusto sobre lo mayor que le había pillado este hermano suyo, con el trabajo que daban los niños, aun sabiendo que lo peor estaba por llegar.

—Niños pequeños, problemas pequeños. Niños mayores, problemas mayores.

—Ya, siempre me repites lo mismo —se quejó Sandra, ya agachada en el salón, recogiendo trastos.

—Bueno y ¿qué tal? ¿Qué hace tu madre?

—Bien.

—Estuvisteis en el pueblo, ¿no?

—Sí.

—¿Y?

—Normal.

En la cocina todo estaba manga por hombro: platos por fregar, encimera pringosa, trapos fuera de sitio. En el salón, juguetes, piezas de puzle y de Lego desperdigadas por suelo, calcetines desparejados, chaquetas tiradas, libros abiertos, la tele encendida. Sandra apagó la luz principal. Unos vecinos tenían la música a todo trapo. El niño reapareció con un disfraz mal puesto de Spiderman y Enrique levantó la voz:

—¿Dónde vas ahora con eso? ¡Póntelo bien, coño, que te vas a ahogar! Venga, tira p'allá, que ahora vas a cenar con tu hermana.

Antes de ir a la cocina, Damián quiso enseñarle juguetes nuevos. También en su habitación reinaba el desorden. En la pared colgaban fotos de Enrique y Yalemi y Damián y de los abuelos de Barcelona y de los abuelos cubanos. Enrique se acercó a despedirse y a darle las gracias por haber ido y Sandra lo miró extrañada y pensó anda, se ha puesto gafas, pero no dijo nada.

Fue paso a paso: cena, tele, lavar los dientes, cama y cuento. Cuando el niño durmiera limpiaría cocina y salón. Era raro que Enrique le hubiera agradecido su presencia. A su modo de ver era una obligación, debía cuidar de su hermano cuando hiciera falta. Por más que hubieran retomado la relación, algo le impedía abrirse con él. Siempre recordaría aquella vez en que la llamó y le preguntó qué haces hija, por dónde andas. Nada, por ahí, con Lorena, dijo sin pensar, y a él se le escapó «joder, ni que fuera tu novia». A lo que Sandra no fue capaz de responder, y cuando ya el silencio era inaguantable ella misma chasqueó los dientes y cortó la comunicación, dando a entender que no soportaba que nadie que no fueran Isa o Xavi o Lorena se preocupara por ella, que por eso estaba continuamente a la defensiva, que se había hecho mayor y veía el mundo desde otro ángulo y que no necesitaba más gente que a ellos, y punto. Porque, además, ¿qué era vivir sino cambiar?

Cambiar de parecer, de rumbo, de punto de vista, de pareja, de barrio, de amigos e incluso de familia.

A las diez menos diez apareció Yalemi.

—¿Cómo tú estás, mija? Anda, quédate un ratico conmigo... —Echó un vistazo al salón—. Muchas gracias, siempre me lo dejas todo impecable.

—Pareces cansada...

Desde la última vez que se habían visto, Yalemi había perdido peso. Cuando se quedó embarazada dejó la noche y cambió los bares de copas por las panaderías. Ahora trabajaba en el Fornet, en la Sagrera, pero como cada día abrían una nueva sucursal, a menudo el jefe la requería para formar dependientas.

La había detestado tanto antes de conocerla que a menudo, al tenerla delante, aún sentía vergüenza.

—Qué tal con Lorena...

—Bueno, en las últimas... —Con ella sí tenía confianza—. El otro día me soltó que sin mí dejará de vivir.

—Ay, qué ganas tengo de que salgas de esta, eso no va a ningún lado.

—Ya... No sé..., fue tan bonito al inicio...

—Qué mala cosa eso de los recuerdos, el pasado nos quita libertad, se nos mete dentro de tal manera que a veces no podemos expulsarlo, porque aunque lo quieras echar no se va, se queda ahí... Porque tú, por mucho que te esfuerces, no lo vas a echar, va a ser él quien decida cuándo se va, y cuando se va uno se da cuenta de todo lo que ha ganado.

Lo que decía Yalemi siempre parecía juicioso.

—En verdad no es para tanto, le doy muchas vueltas a todo.

—Bueno, y tu amigo Xavi, ¿no me dijiste antes del verano que se iba de Erasmus?

—Sí, el viernes es la fiesta de despedida.

—Vaya, lo echarás de menos.

—Ya te digo.

4

Desde que años atrás había empezado la carrera de Humanidades, a la hora de conversar, Xavi se había vuelto pedante, por no decir insoportable. Cada dos por tres sacaba a relucir la cita de un pensador (Chomsky era su talismán para la política; Lacan, su coartada cuando alguien le venía con pajas mentales, y Roland Barthes le servía de quita y pon para todo, de la fotografía al subtexto pasando por el inevitable discurso amoroso), la fecha de publicación y las ediciones de algunas novelas (de pronto nada tenía más vértigo textual que la primera frase de *La señora Dalloway* de Virginia Woolf y era crucial saber que Malcolm Lowry escribió y reescribió *Bajo el volcán* bajo un volcán de mezcal) o incluso te corregía, pues él se expresaba de maravilla («profería enunciados» e investigaba para «ser puntero en pragmática semiológica y en hermenéutica»). Era común encontrarlo con libros y pequeñas libretas en cualquier bolsillo. Escribía en bares. Fumaba tabaco de liar. Consumía cantidades industriales de existencialismo francés. Hablaba de personajes literarios como si fueran colegas y usaba frases del tipo «conozco más a Emma Bovary que a mi prima», «Werther tiene un primo italiano llamado Jacopo Ortis» o «Salinger podrá envejecer y morir, pero Holden Caulfield tendrá siempre quince años». Iba a las salas de teatro más vanguardistas, escuchaba suites de Bach (interpretadas por Yo-Yo Ma, claro) y nocturnos de Chopin (a cargo de Maria João Pires, obvio) y un sábado fue al cine a tres sesiones seguidas y se tragó *Celebración*, *Carretera perdida* y *Gato negro, gato blanco*, detalle que por la noche contó delante de Sandra a una chica en la barra del Musical María, consiguiendo que huyera despavorida tras decirle «Oye, he venido a pasármelo bien, no a escuchar gilipolleces de un enterado».

—¿Te das cuenta de lo insoportable que eres...? —bromeaba Sandra si le venía con dosis de engreimiento.

Cuando Sandra empezó Comunicación Audiovisual fue una satisfacción saber que podrían conciliar horarios y coincidir en asignaturas de libre elección, pues sus facultades pertenecían a la misma universidad y estaban a poca distancia una de la otra. Compartieron pupitre en Literatura de Tradición Europea y Poética e Imagen de la Guerra. Para extrañeza de Sandra, el fin de curso en que Xavi decidió matricularse en Humanidades dedicó una diatriba de reproches a la otra carrera, pues a su modo de ver lo de estudiar cine era de pijos, él no podría nunca comprarse una cámara, y además a él no le iba eso de desempeñar tareas de producción ni ser esclavo de los directores; él, aunque sonara pretencioso, dijo, quería ser protagonista, y le sería más fácil conseguirlo cultivando otras disciplinas. Años después supo Sandra que no se matriculó en Comunicación porque no había llegado a la nota de corte en la selectividad, pero no insistió sobre ello; a fin de cuentas, estaba claro que si no hubiera sido por él, ella no estaría ahora ahí y tal vez nunca hubiera estado tan unida a alguien de su edad. Los días de clase aprovechaban para quedar antes y comer.

Frente al mar y con un kebab, Xavi comentó que debía entregar la solicitud del Erasmus. Animó a Sandra, pero ella sabía que su madre no podría asumir un gasto semejante. Aun así le juró que si él se iba iría a visitarlo. Aparte de erudito, Xavi seguía siendo un tío motivado. Era tan emprendedor que el segundo año había orquestado la publicación trimestral de un fanzine en el que se recogían poemas y textos de alumnos. Ejercía de coordinador y de corrector con voluntad y dedicación. Un día Sandra abrió el buzón y encontró una carta. Encuadernados en hojas DIN-A4 dobladas por la mitad, venían aquellos escritos, reunidos bajo el epígrafe «Dispersiones. De suburbios y conciencias» (n.º 1, marzo de 1999). A modo de declaración de intenciones, en la primera página destacaba una presentación:

> Todo el mundo busca fórmulas para huir de ese caos asfixiante que, a la mínima oportunidad, nos intoxica. Hay quien cuida jardines o cultiva huertos o devora películas o pinta lienzos o

> pasea por la playa. Yo escribo. En la escritura he encontrado un gozo íntimo, un placer inevitable. Para dotar de realidad a mi vocación nacen estas dispersiones que tratan *De suburbios y conciencias*, cuatro fotocopias que me permitirán compartir lo que escribo con personas que me importan. Espero que este proyecto os haga, al menos, un diez por ciento de la ilusión que me hace a mí.

Cuando Sandra le preguntó qué significaba eso, el muy vanidoso le dijo que era porque si un día se convertía en un escritor reconocido se lo publicarían como *Diario*. O sea que ¡ya estaba pensando en sus memorias! O en el libro que publicaría después de una trayectoria exitosa. Aunque a Sandra le pareció absurdo, envidió esa ambición, la fortaleza mental que permite a uno tener claro lo que quiere. A sus ojos, Xavi tenía mucho mérito. Viniendo de donde venían, ella sabía que sus papeles en la vida y en los trabajos siempre sería secundarios, así que el hecho de que Xavi quisiera ser protagonista merecía toda su admiración. No es que ella no quisiera serlo, simplemente era algo ilegítimo, bajo ningún concepto estaba destinada a ello. Además, para estas cuestiones ella era pura vergüenza, la aterraba considerarse ambiciosa o competir por salir en una foto, bastante tenía con ser protagonista de su vida sin querer.

Mañana se iba a Oporto. Quizás era consciente del vacío que iba a dejar en Sandra. Xavi era el vínculo con el barrio donde había nacido, con la infancia, con el colegio y el instituto. Le acompañó a la agencia a por los billetes y estuvo a su lado mientras terminaba las maletas. No paraba de hablar de autores portugueses. En verano había leído a Jorge de Sena, a Mário de Sá-Carneiro y, por supuesto, a Pessoa. Como quien coloca una oración, en un pósit que colgaba en la estantería había anotado: «El poeta es un fingidor, finge tan completamente que finge que es dolor el dolor que de verdad siente». Sobre la cama tenía una guía de la ciudad, un mapamundi y dosieres informativos que le habían enviado del rectorado.

—¿Para qué te llevas este mapa del mundo si te vas a

Portugal? —le preguntó Sandra ante las maletas aún abiertas.

—Bueno, ese es para ir poniendo con chinchetas las nacionalidades de las que me voy a follar —respondió Xavi sorprendido de que le preguntara algo tan obvio.

—Ah, guay, buena idea...

—Sí, voy a ver si configuro el aro olímpico. Es mi objetivo.

—¿Cómo? —preguntó asqueada de ese tono pontificador.

—Solo me faltan Asia y Oceanía...

—Vale, vale... Pues si te las das de intelectual como últimamente, creo que no te vas a follar ni al portero de la residencia.

—¿Cuándo piensas venir a verme?

—Cuanto antes.

—A ver si cumples tu palabra. Venga, vamos, mi última fiesta.

A pesar de todo ese cosmopolitismo de lecturas y mapas, Xavi podía ser el tipo más tradicional. Desde que empezó a salir por la noche, su recorrido favorito iba del Musical Maria al Alfa. Sandra quería complacer a Xavi, ya que había quedado allí con otros amigos suyos. Ya en el Alfa, mientras los chicos bailaban ella se quedó en la barra. Se pidió una cerveza, rechazó el vaso; con el primer trago pensó en qué estaría haciendo Lorena. Años atrás la hubiera carcomido la sola sospecha de que estuviera por ahí gozando de lo lindo con la boca hundida en otro sexo, o apartando el mechón de pelo de otra para apreciar el ímpetu de la entrega con la lengua, la satisfacción que provocaba el suyo, bien podado para la ocasión (¡cómo le molestaba eso!, imaginar los preparativos, suponer que hubiera quedado con alguna dando por sentado que la complacería y que hubiera invertido horas en ello, el rasurado, el baño, la ropa interior..., en fin, todo lo que ella, por desdén, ya no hacía), y ahora pagaría por que se diera el caso. Cada cita era por obligación, una condena. A menudo fantaseaba con su desaparición como el final ideal a los problemas. Sonaba el teléfono y le anunciaban la tragedia. Un atropello en Gran Vía, un resbalón en la bañera. Fin. No más reproches, no más enfados. Al instante se reconocía siniestra y su cobardía le resultaba de una soberbia insoportable.

Un grupo se agolpó en tromba en la barra. Era la hora agitada del Alfa. Las paredes de azulejos tibiamente iluminadas por las luces intermitentes aportaban un matiz de decadencia ochentera. Pensó que mañana llamaría a Isa, y consecutivamente temió aburrirse sin Xavi a su lado en los próximos meses. En aquel vértice, como una presencia más, se concentraba un denso olor a humo, sudor y humedad, además de una pequeña corriente de aire que venía de la trastienda. La música hacía bailar a todo el mundo menos a ella.

Para llegar al baño Sandra debía atravesar la sala esquivando embestidas, saltos, el brío de la fiesta, una euforia de los demás que hoy no iba con ella. Deseó estar más entonada, al volver se pediría un chupito de tequila. En mitad de la jungla, notó una mano que le palpaba por detrás impúdicamente y se atrevía a ¿apretarle el michelín de la cadera?, un acto impropio de un amigo como Xavi. Sorprendida, y paralizada, llegó a escuchar una voz de chica que gritaba «¡Te conozco!», pero cuando se giró solo vio la espalda de dos chicas y a unos cuantos chicos bailando con los brazos en alto. Un revuelo de cabezas moviéndose incesantes a un ritmo discontinuo de la música. Al no reconocer a nadie, por inercia gritó al vacío «Pero qué dices, ¿quién eres?». Una copa se derramó para mojar sus pies. Extrañada, siguió abriéndose paso hasta los baños.

De vuelta a la barra buscó a Xavi con premura.

—¿A qué hora sales mañana?

—A las siete me llevan al aeropuerto.

—Pásalo muy bien, anda, que me voy —dijo como si no viniera a cuento.

—¿Por qué?

—No sé, algo me ha dado mal rollo. Tengo que hacer algo... Perdona.

—Te voy a echar de menos.

Xavi salió a acompañarla. No fue la despedida que ninguno había imaginado. Ambos querían decir algo más, pero no sabían muy bien qué. En cuanto dobló la esquina llamó a Lorena y después de saludar dijo que tenían que hablar. A pesar de ser más

de la una, acudió a su llamada, y como en Rambla Cataluña no había nada abierto la hizo entrar con desgana en un Pans and Company. Compartieron las consumiciones en la misma bandeja. Las manos de Lorena estaban heladas. Sandra se echó a llorar antes de hablar, confiando en que sus lágrimas lo hicieran por ella, la exculparan y dieran a entender a la otra que toda aquella urgencia tenía una finalidad.

—Creo que es mejor dejarlo del todo.

—O sea, ¿me llamas a estas horas y dejo a mis amigos en el 6,25 para esto?

—Lo siento...

—Tú estás pirada, ¿no?

Sandra no contaba con la retahíla de reproches que le caerían a continuación ni con la angustia de asumirse digna de ellos. ¿Se puede saber por qué no has hecho esto antes? ¿Tú sabes lo que han sido estos últimos años para mí? ¿Tú sabes lo que es ver cómo prefieres hacer otros planes, ver cómo prefieres irte una semana a tu pueblo con tu madre, ¡con tu madre!, aunque yo tenía todo el mes libre, ver cómo me dices es que me voy con Xavi y sus amigos y ya no cabemos más en el coche?, ¿tú sabes cómo me siento al cogerte el teléfono cuando vuelves y te digo que sí, que vengas, que claro, que te estaba esperando? No, tú no lo sabes, tú estás por encima, tú eres diferente... Una puta egocéntrica que no llega a pensar en los demás, eso es lo que eres... Es un alivio que lo dejemos y ¿sabes por qué? Porque eres tóxica.

Sin levantar la vista, Sandra rodeaba con los dedos el vaso de cartón asumiendo un calor insuficiente para contrarrestar el frío interior.

—Cuando necesitas que te ayuden con un trabajo o con los exámenes, vienes, y cuando te pica el coño, también, porque claro, es mejor tenerlo todo. Cómo disfrutas manipulando, ¿eh?, te hace sentir especial, superior, oh, la que organiza conferencias y le sobran pretendientas, ay, la carismática Sandrita, que ha ido trepando tanto que va a tener su trabajo en el departamento. Das mucha pena, tía, no veas el peso que me quito de encima.

Lorena se tomó una pausa, aquella cólera llevaba tiempo

macerándose.

—Y es más, es imposible que nadie se pueda interesar por tus movidas y tus inseguridades y tus complejos, porque tu vida y tu persona son cero interesantes.

Hasta ese momento Lorena se mantuvo en sus trece sin mostrar ni un síntoma de debilidad. Pero entonces arrastró la silla, se puso en pie y abandonó el local. Era todavía muy candente el dolor en el cuerpo —la piedra del estómago— y en la mente —el enjambre de acusaciones— de Sandra como para detenerla, requerirla o añadir algo tan inocuo como el perdón. La reconcomía reconocerse en la funesta semblanza que habían trazado de ella. Nada sentía contra Lorena, todo contra sí misma. Sin embargo, esa quietud surtió efecto. Porque, contra todo pronóstico, veinte minutos después, cuando un camarero recogía bandejitas de las mesas colindantes, se abrió la puerta y tras ella, con su correspondiente golpe de aire, reapareció Lorena. Con las mejillas regadas ocupó el lugar de antes:

—Me he pasado, perdona.

Y fue más lejos, porque sujetando con sus manos las de Sandra, le preguntó si la podía acompañar a casa y subir por última vez. A lo que Sandra se negó.

Al verse sola, quiso llamar a Xavi, pero no tuvo valor para molestarlo en su despedida. Y una vez más acudió a Isa para que la salvara: «Ven, anda, quédate a dormir...».

5

Sandra bajó a la planta subterránea, sorteó las salas de edición de vídeo y los platós de radio y, al final del estrecho pasillo iluminado por fluorescentes, buscó el laboratorio de fotografía. Saludó al técnico y, haciendo uso de la complicidad que tenían, le pidió hojas de contactos y un par de carretes.

Se notaba que los de primero tenían entregas porque no se percibía el barullo habitual ni había colas en las ampliadoras. En la zona de secado se encontró con Núria Bou, que le dijo que la esperaba fuera. El penetrante olor a productos químicos la acompañó hasta la zona de revelado de negativo. En los tanques buscó las fotografías que había dejado y se dirigió al cubículo de ampliación y revelado de papel, donde la luz roja sugería un agradable ambiente de censura. Se posicionó ante las cubetas y empezó el trabajo: baño de paro, fijador y paso al agua para lavar. A la izquierda tenía las ampliadoras, separadas en cuatro casilleros que evitaban ver al de al lado. Le llegó el eco de risas y cuchicheos a su derecha. Cuando terminó, se asomó y vio a dos chicas que celebraban unas imágenes. Debían de ser de primero, alumnas de Historia de la Fotografía.

La sala de revelado, oscura y silenciosa, era un cubículo muy querido por Sandra. Había pasado grandes momentos de soledad, de paciencia y también de tensión erótica. Le llamó la atención un rostro que flotaba tembloroso bajo una fina capa de agua sobre la que, atraída por la calidad de la imagen, dejó reposar su mirada: un primer plano de una chica con la raya del pelo al lado y cuyo mechón le cruzaba la cara terminando en una ligera onda. Muy asilvestrado el momento, muy pastoril, pensó. Mucho debía de quererse a sí misma, pues para llegar a esa foto le habrían hecho unas cuantas. Rescató la imagen del agua y la miró de cerca:

aquellos tirantes debían de ser los de un bikini, pero a juzgar por el estado del pelo no se había bañado todavía. La fuerza del sol se desparramaba por el monte de pinos que circundaba lo que por fuerza era una playa salvaje. La devolvió a la cubeta. Sandra sintió frío en los pies y buscó la salida guiándose por la luz roja que resplandecía sobre la puerta.

Núria Bou le propuso salir de las catacumbas y tomar un café en el Cosmos. A las seis de la tarde ya había caído la noche, ralentizando el ritmo del sistema nervioso de ese rincón de la ciudad. Salvo la eterna cupletista de la barra, el bar estaba vacío. Sandra se levantó a por las consumiciones y Bou ocupó una mesa hojeando la prensa. Mientras traían el pedido la miró haciendo cábalas sobre qué podría decirle. Bou era de esas personas que soplan las páginas de un periódico antes de abrirlo y lo empiezan por la contra. Cuando llegó Sandra dobló los papeles en dos y los desplazó a un lado.

—Quiero pedirte un favor: que me vigiles el examen de final de trimestre de Historia del Cine 1.

—Pensaba que empezaría en el tercer trimestre...

—Es solo un examen de diciembre, es que tengo una visita médica. Repartes hojas y esperas leyendo las tres horas. Luego me traes los exámenes al despacho. Son de primero, unos niños... De *El acorazado* a John Ford.

Sandra hizo un rápido calculo mental, pues ese día por la tarde también tenía su último examen. Aceptó encantada.

—Luego, en el segundo trimestre, me gustaría que me ayudaras con algo de Billy Wilder y Dreyer, tu especialidad, y en el tercero puedes dar Fundamentos de Creación Radiofónica. Ahora todos los alumnos están con Tarantino, Larry Clark y el Dogma, Lars von Trier, Vinterberg... nada de Bresson, nada de Louis Malle..., y me parece bien, conviene romper el canon, pero...

—Ya sabes que adoro *Gertrud*, no he avanzado mucho.

—Ay, *Gertrud*, la espectral *Gertrud*, el amor como renuncia, sacrificio, dolor... ¿Cómo era lo que decía? —con dos dedos, Bou se sujetó la frente—: «He sufrido mucho y he cometido muchos

errores, pero he amado»... Sí, ese «pero he amado» da mucho juego... Serás muy buena profesora, tienes muchas aptitudes pedagógicas. Mientras no lo analices todo freudianamente y los escandalices diciendo que *Tiburón* es una película erótica, todo bien. Por lo demás, ¿cómo va la vida?

—No me quejo. Me acabo de comprar unos billetes para ir a Oporto en enero.

—¿En serio? ¡Pues ya estás viendo *Aniki-Bóbó*!

Mientras se presentaba y anunciaba la duración de la prueba, Sandra sentía que todas las miradas se posaban en ella y la repasaban de arriba abajo. ¿Se le notarían los nervios? Le resultaba extraño dar instrucciones desde la tarima cuando ella todavía estaba estudiando. Pasó lista. Solo faltaban dos. Serían no presentados, debería anotarlo. Frente a ella se extendía un pelotón de alumnos inquietos. Repartió las preguntas. Reinaba el silencio. A los cinco minutos llamaron a la puerta y tras ella apareció una joven atolondrada pidiendo disculpas.

—Tranquila —musitó Sandra balanceando la mano y levantándose con una hoja de examen.

La alumna se quitó el abrigo y, ya sentada, durante unos segundos, siguió resoplando. Sacó un boli y recibió con interés las indicaciones de Sandra, que se alejó hasta la mesa para regresar al instante con un papel y preguntarle su nombre para marcarlo en la lista:

—Palop. Jimena Palop.

De nuevo en su mesa, Sandra quiso repasar para su examen de Políticas de Comunicación. Sacó los apuntes y las dos lecturas: *Las ciudades invisibles* de Calvino y *La guerra en la filigrana de la paz* de Foucault. Así leyó una vez más que, según Foucault, el discurso de la contrahistoria «no se corresponde con la división entre pueblo y aristocracia, ricos y pobres o modernidad y tradición, sino que se corresponde con la división entre vencedores y vencidos». Trató de entender el ataque del filósofo francés a Hobbes respecto a la interpretación del Estado, pero algo la hizo abstraerse y

levantar la vista. Primero se fijó en el abrigo. Siempre le habían gustado las parkas coreanas Alpha, y en especial ese modelo, verde militar, con capucha y con el forro interior naranja. Jimena. Jimena ¿Palop? Ese apellido le sonaba raramente familiar. Jimena Palop Ximénez de Sandoval. Vaya tela.

Una alumna levantó la mano y rogó si les podía decir los años de las películas que debían comentar en la pregunta tres. Y Sandra, como la profesora enrollada que algún día le gustaría ser, agarró la hoja y leyó la pregunta:

—A ver, *Ciudadano Kane* de Welles, 1940; *Roma città aperta* de Rossellini, 1945, y *El hombre que mató a Liberty Valance* de Ford, del 62. Vaya tres pelis... —de pronto cogió confianza—. Esta asignatura es para disfrutar, es como un regalo de bienvenida... No es como Tecnología del Audiovisual, ¿eh? —lo que despertó risas entre el alumnado, consciente de que apenas un diez por ciento aprobaba de primeras esa asignatura—, el Ribas es duro, ¿verdad? Tranquilos, yo también la recuperé en septiembre.

En ese instante, Julio Estruch se asomó a la puerta y se tomó la licencia de entrar, sonriente, la americana de pana marrón, la bandolera cruzada. Como si tratara con un colega en lugar de con una alumna le dijo algo al oído que la hizo también a ella sonreír. Cuando se despidió de él, con los alumnos rumiando en silencio, Sandra paseó por la sala considerándose privilegiada, una grupi invitada al camerino de su grupo favorito, y sintió una especie de plenitud, aderezada con la premonición de una intensidad cercana. Se veía tan bien entre alumnos y profesores que se percibió madura, como si acabara de dejar atrás el temor a ser adulta. Y aunque ella fuera la primera asustada, notó que una repentina marea de felicidad se abatía contra ella y la sumergía.

Jimena Palop fue la última en entregar el examen. A Sandra le extrañó tener que quitarle prácticamente el papel de las manos cuando en verdad no había escrito mucho.

—No es lo mío, definitivamente... —dijo la chica.

—¿El qué?

—Esto... —y dibujó un manotazo en el aire que acabó chocando contra la mesa.

—¿Por qué dices eso?

—No soy creativa... Los demás lo son, lo noto, noto que no es lo mío... Pensaba que me gustaría más, pero en fin, soy joven, no pasa nada...

Entonces reconoció esa mirada. Cayó en la cuenta de que había visto aquellos ojos, opacos por la luz tenue de la sala de revelado, flotando bajo el agua turbia de una cubeta.

—Claro que no; además, seguro que no te ha ido tan mal.

Jimena se puso en pie como si lo hubiera hecho expresamente para responder.

—Sí, y créeme, siempre acierto.

—Bueno, ya veremos. Tengo la sensación de que te conozco de algo...

—Pues no sé..., al final nos conocemos todos... Y tú eres un poco carismática, la famosa de cuarto que organizaba las conferencias...

A Sandra la avergonzó oír aquello. Y volvió a recordar el instante en que se atrevió a rescatar la foto del agua y contempló aquella singular belleza antes de devolverla a su sitio. Había algo en esos ojos saltones, y en esa nariz que según cómo era grande para esa cara, y en esos labios tan normales, y en esa barbilla ligeramente hundida que le estrechaba el rostro, pero ahora mismo no sabía decir qué. Primero creyó ver algo irregular, raro, descompensado, pero le gustó. En persona, la chica era lo suficientemente cautelosa y segura de sí misma como para ser atractiva.

Jimena se puso el abrigo para que Sandra lo volviera a admirar.

—Y encima tengo que ver *Gertrud* y está cogida en la biblioteca.

—Yo la tengo —dijo Sandra—, te la traigo mañana si quieres.

—Es que la necesito para hoy —añadió Jimena como si protestara—, la tengo que ver sí o sí —y sonrió, convencida de que esa sonrisa era una puerta, un amuleto, una manera de conseguir lo que buscaba.

En el pasillo se agolpaban alumnos de la siguiente clase y el

profesor Ribas, siempre ansioso por aprovechar el tiempo. Sandra se puso tensa y se le notó. Agarró el fajo de exámenes, su carpeta, sus libros, y Jimena la esperó como si no contemplara otra opción. Salieron al pasillo, y mientras se planteaba quedar esa misma tarde por el centro, la otra se adelantó:

—¿Quieres tomar un café?

La barriga endurecida le recordó a Sandra que tenía otras cosas en las que pensar. Antes de que respondiera, escuchó:

—Fuera de aquí, quiero decir...

—Como quieras, yo voy a comer a casa, cojo el DVD y te lo traigo.

Jimena le preguntó su número de teléfono sin mencionar *Gertrud*.

—A las cinco estaré libre.

—Te estaré esperando en la puerta.

A las cinco y diez se encontraron. Sandra llevaba la película en la mano y lo primero que hizo fue dársela. Jimena, abrigada con una bufanda que le rozaba las orejas, agradeció el detalle y le dijo que lo mínimo que podía hacer era invitarla. Ante la muchedumbre de las Ramblas, Sandra propuso el Glaciar, el primer lugar apartado que le vino a la mente.

—Bueno..., y entonces, ¿has decidido que no te gusta la carrera? —le preguntó tras liar un cigarro.

—Creo que sí. Empecé con ganas pero ya no me veo.

Eran las únicas personas en la terraza. La plaza Real concentraba una humedad que Sandra percibió en los pies.

—¿No hay nada que te interese?

—Hasta ahora la única asignatura es Psicoanálisis en los Cuentos de Hadas. Pero voy a aguantar hasta el final; además, creo que tú me vas a dar clase el último trimestre, ¿no? ¿Puedo? —preguntó Jimena señalando la bolsita de Drum.

—Claro, claro...

No supo encajar aquella opinión. Se encogió de hombros y comprobó si el té ya quemaba menos. Se acordó de Isa y rescató de

la memoria aquel momento, en mitad de las fiestas de un pueblo, en que le habló por primera vez de que no todos los niños de los cuentos infantiles son seres maravillosos y benditos, y de que, al contrario, había en ellos muchos agentes del mal. Y prefirió responder de manera académica:

—Es muy interesante esa materia, sí, porque en realidad las descripciones de violencia física en los cuentos de hadas tienen un encanto especial para los niños, y no solamente cuando esa violencia se relaciona con el castigo a los *malos*. A veces, los niños hasta se ríen, pero su risa es más una distensión de sus ansiedades que una expresión de disfrute... Pero, bueno... y si dejas la carrera, ¿qué harás?

—Derecho, que es lo que tenía que haber elegido desde el principio.

Jimena Palop resumió sus diecinueve años partiendo de la figura de su padre, que era un oficial de notaría al que había dado un disgusto tremendo al matricularse en otra carrera. Sin dejar de hablar, del bolso sacó un gorro y, como si hubiera estudiado el gesto ante el espejo aquella misma tarde, se lo puso siendo consciente de la sensación que iba a causar.

—Pero me dio por ahí..., no sé, saqué buena nota en selectividad y me dijeron que esta carrera era la caña y ahora veo que no me entero de nada.

Jimena hablaba con una madurez tan serena que despertaba en Sandra un sentimiento de envidia. Hubiera pagado por hablar así con diecinueve años. Esa energía pausada la hacía superior y, en cierto modo, peligrosa para Sandra, que nunca había dejado de ser un manojo de inseguridades.

A Jimena sí le gustaba ser protagonista de sus batallas. Tras un verano tenso, Jimena y su padre habían recuperado la sintonía. Su sueño consistía en que ella lograra lo que él no había conseguido: ser notario. Él, cuando era joven, suspendió las oposiciones por una décima, una sola décima, y seguía teniendo esa espina clavada. De cualquier modo, tenía clarísimo que Barcelona no era su sitio. Estudiaría aquí Derecho, sí, pero en cuanto pudiera se iría a un país anglófono. Había estudiado en el

St Paul's School y, desde pequeña, había pasado los veranos en Inglaterra y en Estados Unidos y, para qué negarlo, le encantaba la cultura pragmática de los británicos.

No conocía a nadie a quien le sentara tan bien un gorro de lana de tres colores: azul, blanco, amarillo. La acababa de conocer, pero el hecho de que anunciara que se iría, increíblemente, molestó a Sandra, que al instante reaccionó y se vio muy pequeña a su lado. ¿Qué estaba haciendo allí?, ¿nerviosa, intimidada por una niña pija? Los partes que recibía indicaban que no era el estilo de persona con la que solía sintonizar.

—Entonces nos darás clase, ¿verdad?

Sandra asintió. Sonó el móvil de Jimena. Miró la pantalla y lo silenció. El racheado viento llegó a desplazar unas sillas vecinas e hizo temblar los toldos de todas las terrazas.

—Guau —exclamó Jimena ajustándose la bufanda—. Hace un frío pistas...

—¿Qué? —preguntó Sandra, como si necesitara una explicación.

—No —volvió a sonreír—, es que este frío me recuerda a Baqueira...

Con qué placer Sandra la hubiera zarandeado con su correspondiente «¿Pero tú eres tonta?». Sin embargo, admirando con rabia sus dientes, como si sintiera repulsión y atractivo al mismo tiempo, dijo:

—Así que te gusta esquiar...

—Me encanta. Es mi deporte favorito junto con la hípica. Tengo un caballo, en la Cerdanya, en Alp.

—No conozco esa zona... Pero también tendrás casa en Begur, supongo —la ironía agrandó la sonrisa de Jimena hasta la carcajada.

—No, no, en Begur no, en Llafranc sí. —Se encogió de hombros como si aquello fuera inevitable—... Pero la playa me gusta para un rato... A ver, voy con mis amigas, ver el mar me relaja, pero no soy de bañarme y tomar el sol horas y horas... Cuando era pequeña tuve un susto en la piscina y durante un tiempo me dio como respeto, luego se me pasó, pero...

—¿Te puedo hacer una pregunta?

—Claro...

—¿Tú sales a veces por el Alfa, en Gracia?

Jimena dio la última calada a su cigarro y, aún con las cejas contraídas, expulsó el humo.

—¿Alfa? No, no he estado en mi vida. —Y, como quien teme que le descubran una mentira, aprovechó la primera excusa que halló para cambiar de tema—: Antes salía por el Up and Down o el Otto Zutz. Ahora me molan el New York, el California, y el Moog... Cada vez me gusta más el tecno...

—¿Y tu nombre cómo es Jimena o Ximena?

—Prefiero Ximena, con equis, de hecho todas mis amigas me llaman la Equis. También por mi segundo apellido, que empieza con equis.

Desde el momento en que a mediodía había cogido la película de la estantería de su habitación, Sandra supo que, en caso de necesidad, siempre tendría un as en la manga:

—Bueno, creo que tienes que ver *Gertrud*, no quiero que suspendas también esta por mi culpa.

6

La residencia estaba en la rua do Campo Alegre, alejada del centro. Su cuarto era minúsculo. Apenas cuatro metros de largo y dos de ancho. Al fondo, una ventana que, a juzgar por el olor, Sandra supuso que llevaba tiempo sin abrir. La cama revuelta, ropa desperdigada y amontonada sobre la silla.

—Tú dormirás aquí, yo, si vengo algún día, en el suelo. En la sala común hay unos sofás que se desmontan y con ellos fabrico un colchón. Nadie tiene que saber que te quedas. Puedes dejar tus cosas en el armario.

Tenía con él confianza de sobra, pero por alguna extraña razón, no se atrevió a pedirle que ventilara. Sandra se dio cuenta a las primeras de cambio de que la intensidad con la que Xavi vivía su año de Erasmus era definitiva. Parecía un pastor evangélico hablando de la reencarnación en un viaje sideral, lisérgico.

—Ya no creo que vuelva a Barcelona —anunció.

—¿Y eso?

—Primero porque estoy saliendo con una belga y segundo porque he pedido trabajo en Dublín de *night porter* a partir de junio, cuando esto se termine me voy.

—¿Con la belga?

—No sé..., puede...

—Ah...

—Sí, no sé, supongo... Luego la conocerás, se llama Audrey.

—*Oh, là, là* —añadió Sandra al oírle pronunciar Odré como si viniera de Lieja.

Animada por la celeridad de Xavi, abandonaron la residencia, una mole de granito rojizo acordonado por una extensa mancha arbórea. En la calle llamó su atención la combinación de edificios tradicionales y bajos, que le daban al barrio un ramalazo de

pueblo, con otros contemporáneos con ínfulas de rascacielos.

Lo que más le gustaba a Xavi era la Facultad de Arquitectura, un edificio repartido en varios bloques blancos orientados a las aguas del Duero, un espacio que calificó de calma y de fuga mental, ideal para huir. Al lado estaba la facultad de Xavi, la de Letras, que, en comparación con la anterior, era un espanto. Como un guía turístico con prisas profería información que Sandra recibía sin procesar porque bastante tenía con mirar y seguirle. Después de asomarse al lento fluir del río desde los jardines del palacio de Cristal y al relieve geométrico que dibujaban las bodegas en la vecina Vila Nova de Gaia, Xavi ordenó visitar el Café Luso.

—Es un ritual, lo primero es probar la *francesinha*...

Sandra no pudo terminar la suya, detalle que agradeció un famélico Xavi. Viendo cómo devoraba la comida sin hablarle, Sandra se vio obligada a llenar el vacío:

—Tengo un nuevo profesor que te encantaría, le gusta la literatura, como a ti... Creo que cuando le dije que venía me habló de este plato.

—Un letraherido...

—Menos afectado que tú...

—¿Y qué le dice el sabelotodo a la alumna incauta?

—Que no tiene dónde encajarme, que soy un espíritu libre...

Con el café, para resignación de Sandra, Xavi anunció que se iba a casa de Audrey y pidió un boli al camarero para marcar en el mapa el bar donde encontrarse por la noche. Al ver la envergadura de la equis, Sandra volvió a pensar en ella: Ximena, la Equis. ¿Qué estaría haciendo? ¿Debía contestarle los mails que le enviaba? Y pronunció el apodo mentalmente, la Equis, como quien nombra un barrio desconocido que no le importaría descubrir.

Sola, Sandra se movía por la ciudad con una inseguridad placentera. Librerías, cafés, iglesias revestidas de azulejos. Desde una avenida en desnivel contempló la elegancia de la decadencia en el mejunje de fachadas desconchadas. Sandra pensó que había valido la pena emplear el dinero en esto y no pudo controlar un atisbo de envidia hacia Xavi. No se atrevió a pedir que le sacaran

una foto y siguió andando: praça Liberdade, *estação* de São Bento, teatro São João y, por fin, la cortesía de la gastada Ribeira, la humedad satinada junto al muelle. Ya se difuminaba la tarde y el cielo adquiría una tonalidad cárdena con la que se ennegrecía el día. Un puente de hierro de dos niveles le generó un asombro que hubiera compartido encantada. Y otra vez palpó con los ojos lo atractivo que resultaba descubrir el mundo, vivir fuera.

Por la noche, las piernas de Sandra no daban para más. En el Está-se Bem, cuartel general de los amigos de Xavi, bebían Super Bock con el desatado regocijo de la despreocupación, como una familia que sabe dónde encontrarse y que se le fue presentando: el italiano Gigi, el griego Giorgos, la mexicana Ana Paula, la alemana Beatrix, la belga Audrey.

Por una cuestión idiomática, Sandra entabló conversación con Ana Paula. A los dos minutos se preguntó cómo era posible que Xavi no le hubiera advertido, pues se veía a la legua de qué pie calzaba. Le cautivó la dulzura con la que estiraba las palabras, el acento marcado por el güey, el ahorita, las chelas y la chimba. Cuando le explicó que en casa elaboraba dulces de camote, obleas, palanquetas y alfajores de coco, además de un mole poblano con receta de su abuelita, Sandra pensó mira qué bien, joven pero madura. Ana Paula vivía en Foz, en una pequeña casita de pescadores que había alquilado con dos italianos. Estudiaba Arquitectura pero solo había pisado la facultad tres días, porque al cuarto decidió tomarse el año sabático, no quería presiones, ni de horarios, ni de clases, ni de exámenes. Se iba a dar ese lujo porque, si según los adultos el objetivo de la vida era llegar a jubilarse para tener todo el tiempo libre y ninguna preocupación, ahora que estaba lejos de casa y con dinero y sin nadie que la controlara, era el momento de ponerlo en práctica por si luego se moría antes de hora. Como decía su abuelita: los muertos no cargan problemas. Le habló de la importancia de vaciar la cabeza de vanidades, de meditar, de vivir el presente, de no compararse. Cada dos por tres se recolocaba la media melena tras la oreja. Como pendientes lucía dos diminutas mariposas celestes que no pegaban nada con su jersey de lana a rayas marrones y negras. A diferencia de Sandra,

bebía muy despacio. Cuando añadió que su verdadera vocación era la fotografía, a Sandra se le escapó un quéee, nooo con la mirada iluminada por los efectos de la seducción. Nunca salía sin su cámara. Mira. Así se dio media vuelta y rescató de una mochila rastafari su Nikon. Eso las hizo estar más compenetradas, porque Sandra sacó la suya, Canon, y hablaron de Leicas, objetivos, exposición, papel de revelado, de Gerda Taro y de Tina Modotti.

Cuando se levantó para ir al baño Sandra observó sus caderas. Si al principio se había vislumbrado tiernamente cobijada en su regazo bajo una manta, ahora se veía inquiriendo en esas nalgas con saña. Todo parecía posible en este mundo, reino de la improvisación y el desenfreno. Y ella con la misma ropa desde las seis de la mañana. Las veinte horas que llevaba despierta parecían los cinco días que iba a estar aquí. Demasiadas cosas se le subían a la cabeza. Ana Paula volvió con dos vasos de agua.

—Es la clave de todo, agua cada dos tragos, así evitas la cruda.

A las dos y media cerraron el bar y, con la desbandada, en cuestión de segundos, incomprensiblemente se desinfló el arrebato. Ana Paula se despidió dando por descontado que se verían otro día. Xavi le dio las llaves de la resi y le indicó los autobuses nocturnos que la llevarían a Campo Alegre.

Dos días después, a las siete y media de la mañana, repetidos gemidos provenientes de la habitación contigua la despertaron. Abrió la ventana y asomó la cabeza para recibir un golpe de aire gélido que le enfrió el pecho. Así respiró con complacencia el olor a tierra mojada que emanaba de la frondosidad del parterre tras el que se anunciaban las primeras estridencias del tráfico. Más allá de la maleza titilaban amagos de claridad. Cuando no tropezaba con un pico del escritorio, se golpeaba un codo con el respaldo de la silla. Los baños de chicas estaban al final del pasillo. Cogió la ropa que se pondría tras la ducha y abrió la puerta evitando ruidos.

Una vez vestida, renegó de que Xavi no tuviera secador de pelo. Al ponerse las bambas volvió a mirar las puertas del armario,

forradas de fotografías pegadas a la buena de Dios. Allí estaban sus padres, sus hermanas, exnovias, varios amigos y ella en varias. Se reconoció. Eran dos niños, en el lago de Banyoles, con las camisetas mojadas; Jim Morrison, *An American Prayer*, la de Xavi; la suya no se veía porque estaba subida a caballo, sobre sus espaldas. Xavi ríe y ella grita. Recordó que la hizo Isa (venga, venga, que estáis de foto). Al lado otra vez ellos, en Toulouse, el verano anterior, sentados junto al río, cervezas en el suelo y el cielo tiznado de naranja, haciendo tiempo para que abrieran Le Filochard.

En la pared había pósteres y un mapamundi con chinchetas clavadas en varios países, y en la puerta un poema de Eugénio de Andrade:

Un amigo es a veces el desierto, otras el agua.
Despréndete del ínfimo rumor
de agosto; no siempre
un cuerpo es el lugar de la furtiva
luz desnuda...

Recogió los bártulos y se lanzó a la calle. Cometió la imprudencia de ir a pie, pensando que la distancia del mapa no era para tanto. Ana Paula le había dicho que vivía junto al mar, por lo que ojo avizor recorría estrechas callejuelas adoquinadas que conducían al paseo marítimo hasta dar con el Castelo do Queijo. La cámara empezaba a pesarle en el cuello. Tenía la sensación de hacer siempre la misma foto. En esa atmósfera brumosa no asomaba ni un rayo de luz. En una casa de comidas pidió lo más fácil de pronunciar: pizza y Coca-Cola. Al terminar se encendió un cigarro y se sintió estúpida por estar buscando a alguien que tal vez no tuviera interés en que la encontrara. ¿Qué estaba haciendo? ¿A quién buscaba? ¿De qué estaba huyendo? ¿Por qué todas las equis del mapa le devolvían una? De pronto se vio frágil, ilusionada por un encuentro absurdo que solo ambicionaba para distraer el pensamiento. La ausencia de Xavi no facilitaba las cosas. Ayer lo llamó, pero no hubo respuesta. Sandra deambulaba entre

los árboles del paseo y las furiosas olas del mar con el zumbido del viento aporreando sus oídos. Era un día de vendaval, de mar encabritado y de nubes oscuras. La supuesta hegemonía auténtica del barrio de pescadores brillaba por su ausencia. Cualquier persona, en su sano juicio, hubiera previsto lo que iba a pasar, pero ella tendría luego el valor de admitir que las gotas que empezaron a caerle encima la pillaban por sorpresa. La velocidad con la que arreció la lluvia fue la de un ladrón que huye de un supermercado con los bolsillos llenos y las alarmas sonando. Empapada y sin paraguas, se guareció lo que pudo en un portal. Guardó la cámara en la mochila sin querer comprobar cuánto se había mojado. ¿Dónde estaba? No era buena idea sacar el mapa porque se escurriría el agua por las calles, pero no le quedaba otra: con las primeras gotas que arrojó el viento las malditas equis se fueron difuminando como las breves manchas de tinta que eran. Lo que había enfrente, ¿era el mar o era el río? Si lo que despuntaba al final de la avenida era el faro de Felgueiras estaba a mitad de camino del centro. Le apeteció más que nunca volver al café Majestic y tomar la *meia de leite quentinha* de ayer, cuando en una de sus mesas miró a los ángeles del techo, ese superávit ornamental, y se rio sola ante la ocurrencia de pensar qué pasaría si en lugar de a Isa le enviara aquella postal con la imagen del puente Luis I y sus dos direcciones a la Equis y en cómo recibiría la alumna semejante descaro. Estornudó dos veces. La bruma con olor a salitre se hacía cargo de todo, pero distinguió en la otra acera un autobús que levantaba a su paso cabriolas de agua sucia. Corrió. Poco le importó el número, ni hundir junto al bordillo los pies enteros en un charco: subió y en cuanto pagó el billete se sintió acompañada de una rara sensación de alivio en medio de tanta soledad.

Así era la amistad, ¿no? Un vaivén. Tal vez llevaban razón los versos que había en la puerta de Xavi, «Un amigo es a veces el desierto, otras el agua». Calibró lo ajustados que eran. Ella, en verdad, nunca había dejado de hablar con él. Era cierto que, desde que empezó la universidad, con las otras amigas del colegio apenas se veía, pero con Xavi la conexión había sido diferente, siempre

habían congeniado, se necesitaban. Sandra sentía ahora cierto resentimiento. Él era el único. El Superyó. No le había preguntado por ella, ni por su madre, ni por Isa, ni si aún existía Lorena, ni por las prácticas en Impossible Films, ni si había conocido a alguien (¿sería capaz de decir que sí?), ni por las clases que empezaría a dar la siguiente semana. Tal vez esta manera de actuar lo humanizaba y podría desidealizarlo. También ella se había visto en situación de empezar a salir con alguien y borrar al resto. Su respiración recuperó el ritmo y la tranquilizó reconocer el puente de la Arrábida. Ya estaba cerca de la residencia. Xavi no era perfecto, pero tampoco era para tenérselo en cuenta.

A las diez de la mañana Sandra seguía en la cama con *Los detectives salvajes* cuando, tras un par de golpes, se abrió la puerta:

—Muy buenas —anunció Xavi.

Tras cuatro días pasando olímpicamente de ella ya no lo esperaba.

—Qué pasa, te veo raro...

La lluvia persistía como la voz del invitado pesado que no hay modo de que se vaya. La presencia de Xavi, aunque muda, se hacía notar, y por momentos le resultó incómoda. Su talante crispado evidenciaba hastío.

—Esta, que ahora dice que no lo tiene claro...

—¿Audrey?

—Sí, que no está segura, que ya se verá. Pensaba que podría irme con ella, pero dice que aún no sabe si se puede comprometer...

Viéndolo así, con baja autoestima, tan mojado, sin saber dónde dejar el paraguas y dudando de sí mismo, Xavi le pareció endeble. Y de esa hendidura de realidad emanó la necesidad de Sandra de expresarse:

—Pues ya que no me lo preguntaste cuando llegué ni me lo vas a preguntar antes de que me vaya, te lo voy a contar yo...

Y así explicó que ella no llevaba una vida tan intensa, pero había empezado sus prácticas en una productora y también a dar

clases en la uni. Que ya no estaba con Lorena. Y que tenía una alumna que la descolocaba continuamente y que no sabía si le caía bien o mal. Se llamaba Equis, de Ximena, llegaba siempre tarde a clase y le enviaba mails con preguntas tontas sobre películas, y la muy atrevida ayer mismo le mandó uno en el que entre jiji y jaja le decía que si pensaba traerle algo de Oporto que por favor no fuera material, que un poco de arena de la playa de Foz para ella sería suficiente...

—Es así de pija, ya sabes...

—Vaya..., sí que estás entretenida... Yo que pensaba que me ibas a hablar de Ana Paula...

—De eso también te puedo hablar, güey, pero como no preguntas nada...

—Es que me ha escrito para decirme que quiere despedirse de ti; al final vas a dejar huella.

—Pues no me vendría mal un poco de mambo... así me distraigo y dejo de pensar en menores.

Por lo pronto, la preocupación de Sandra de no ver de nuevo a Ana Paula quedaba solventada. Quedaba recuperar al Xavi positivo, osado, vitalista que había despedido en Barcelona.

Bajo un cielo ennegrecido, empujados por un brote de ligereza que les recorría las piernas, descendieron la pendiente del camino directos a la Ribeira. En las esquinas brillaban encajes de luz de farolas, ropa tendida en los balcones, densidad de calima en el aire. El desprecio de Xavi por Audrey era el único tema. Visto desde fuera, aquel circo incendiario resultaba ridículo para Sandra, pues todo lo que decía de ella se volvería en su contra en cuanto se reconciliaran. En el bar, bromeando con el dueño, estaban el griego y el italiano. Otra ronda de Super Bock para todos. Con la cerveza notó que las ganas de ver a Ana Paula cotizaban al alza. Era incapaz de resistirse al impulso de mirar hacia la puerta. La espera era una cáscara en cuyo interior se desbordaban las expectativas. Cuando apareció, Sandra se sintió abrumada por la vergüenza y la saludó sin controlar el temblor de los labios. Ocuparon una esquina de la mesa, junto con los demás, pero sin ellos. Tan pronto Ana Paula dijo que ayer fue a buscarla a la

residencia y que qué pena que no estuviera, ella se atrevió a confesar que había hecho lo propio yendo hasta su barrio y, ahora sí, la posibilidad de acostarse con ella se reveló muy real, estaba ahí, sobre la mesa, en la distancia de mármol que separaba las botellas y los codos. Las virtudes físicas de Ana Paula se veían amplificadas por la sinceridad mutua. ¿Cuál sería el plan?, se preguntó Sandra, inquieta al ver que ya pasaban de las doce. Su avión salía a las ocho de la mañana. Hasta ahora no había reparado en ese detalle, o, mejor dicho, ese detalle no se había vuelto tan significativo.

Ana Paula le habló de una matanza estudiantil en Tlatelolco, del mural de Siqueiros *El derecho a la cultura*, de Frida, Diego, Trotski y su pinche asesino catalán, de la Virgen de Guadalupe y del salón Tenampa, en el que, según una leyenda, la mismísima Chavela Vargas una noche en que, para variar, andaba bien teporocha disparó cuatro balazos al aire. Sandra iba a corresponder hablando de Hite, de Isa, de los poemas de Safo, de la uni, pero no pudo, porque en ese instante sintió en los dedos el tacto de Ana Paula, que bajo la mesa conseguía acelerar su respiración y compensar cualquier indicio de cansancio.

Entonces, en el lapso de silencio en que dejaron de hablar para mirarse, aguzaron el oído y se escuchó decir a Xavi que iban a la fiesta sí o sí, que él pasaba de la tonta de Audrey de todas todas. Sandra soñó con que entrara en razón y se fuera a dormir a casa de Audrey y le dejara vía libre para llevarse a Ana Paula unas horas. Pero, lejos de eso, un Xavi vengativo y achispado soltó más barbaridades sobre la belga que borraban todo optimismo. A partir de ahí la cosa fue de mal en peor.

—Pero ¿dónde es la fiesta?

—Por el parque da Cidade, un poco lejos, pero no importa...

—Yo no puedo ir hasta allí —anunció Ana Paula desconcertada por las prisas repentinas.

—Mi vuelo es a las ocho —añadió Sandra imitándola.

De nada sirvió que Sandra implorase con los ojos a Xavi prolongar un rato más la noche. Claro que sabía que solo había unas llaves y que tenía la maleta por hacer y que no había más

remedio que ir donde él fuera y dormir con él, pero vamos a ver, ¿es que no veía que se quería liar con Ana Paula? ¿Iba a ser capaz de hacerle ir a la otra punta de la ciudad solo porque se le había antojado ese capricho? Su intuición se confirmó enseguida:

—Vamos, hay colegas que nos esperan allí, me apetece mogollón verlos, que le den a la tonta de Audrey.

Ana Paula tuvo tiempo de hacer lo que había pensado. Se quitó su bufanda y la enrolló en el cuello de Sandra, que recibió con agrado aquel calor instantáneo sin que le importara el picor. Dedujo que la habría zurcido ella misma. En la estrecha corredera, Sandra empezó a caminar hacia atrás sin dejar de seguir a los otros. Alzó la mano. En la esquina arrugó la mirada para enfocar mejor a lo que quedaba de la mexicana con una sonrisa agradecida que pronto quedaría difuminada por la oscuridad y la distancia.

—¡Venga, coño! —la que la apremiaba a acelerar el paso era la voz de un borracho—, que has venido para estar conmigo, ¿no?, ¿o es que solo piensas en ti y ahora solo te interesa follar? Ya follarás con la alumna esa, no me jodas...

Así habló Xavi, satisfecho por salirse con la suya, inconsciente de la herida que abría, consciente del fugaz pero perceptible sentimiento de poder que otorga despreciar a quien sabes que te quiere.

7

—Mucho ojo con ella. No te creas que es así. Hay una gran crítica a la sociedad de la época... ¿O es que no te acuerdas de que en *Orgullo y prejuicio* todas las hermanas dependen de la herencia del hermano? No, Austen no es tan cursi como aparenta, hay mucha sutileza. Es cierto que entonces había esa idea del matrimonio en la literatura, pero al mismo tiempo lo denuncia, y aquel momento prácticamente duró hasta Ibsen, que lo cambia todo con el portazo de Nora...

—¿Qué portazo? —preguntó Sandra.

—El gran golpe...

Este tipo de conversaciones entre Julio y Sandra eran continuas. Desde los tiempos en que conoció a Isa no había vuelto a admirar tanto a nadie. Julio no le pedía opiniones sobre temas banales. Su tendencia a socializar, su afición a compartir conocimientos, su propensión a complacer y su mucho tiempo libre lo convertían en un tipo interesante, un profesor con madera de alumno, y además excéntrico. La segunda semana apareció con el pelo rapado al dos y vestido con un pantalón de peto vaquero que fue la comidilla y que en los corrillos de alumnos despertó expresiones del tipo «a saber dónde habrá metido el cazamariposas». Como era de constitución escuálida, con esas pintas aún se le marcaban más los pómulos, y su barbilla, al ser tan recta, le cuadriculaba rotundamente el rostro.

Había estudiado cine en Estados Unidos y había impartido clases en Columbia. Al año siguiente empezaría el rodaje de su primer largo, encargo de una productora que consistía en transformar una exitosa obra de teatro sobre dos adolescentes que durante un verano descubren su inclinación sexual en una película. Aquella llamada había puesto fin a su aventura americana y le hizo

bajar de la nube de sus dos años fundacionales estudiando en la NYU, en los que había lidiado con los pormenores técnicos del cine americano. Había vivido en un *one bedroom* en Grove Street, en el que había leído tres veces *El guion* de Robert McKee, empapándose de sustancia, estructura, estilo y principios de la escritura cinematográfica. No todo era maravilloso, pues según él la ciudad estaba disneyficada y acabaría siendo un parque temático para millonarios. Cuando Sandra le preguntó por qué no se había quedado allí, dijo que aquello era para gente con ganas de triunfar a cualquier precio y que eso la hacía demasiado compleja para él.

—Luego viene Hedda Gabler, que va un poco más lejos que Nora y ya se pega un tiro directamente... lo bueno es que no podemos discutir sus actitudes, como no discutimos las de Emma Bovary o las de Anna Karénina o las de Medea o las de Fedra... Ibsen es un hacha que tala el jardín de los cerezos de Chéjov, y es también el golpe de viento que abre el balcón para otros como Lorca; por eso al final de *Doña Rosita la soltera* salen las cortinas blancas bamboleándose, ¿te acuerdas?

El hecho de que Julio le hablara como si ella supiera a qué se refería imprimía en Sandra motivación por conocer.

—Con *Casa de muñecas* la lio parda, tanto que le obligaron a cambiar el final, y el pobre cedió, porque el hecho de que una mujer abandonara al marido y a los niños era muy fuerte... Claro, hasta entonces había dos tipos de código moral, dos tipos de conciencia, uno en el hombre y otro en la mujer. No se entienden entre sí, pero la mujer es juzgada en la vida práctica según la ley del hombre, como si esta no fuera una mujer, sino otro varón.

—Tengo que leerla.

—«Tal y como soy ahora, no soy mujer para ti», ¡le dice al marido!, ¡en 1879! La mujer emancipada toma su lugar en esa puerta. Siempre preparada para huir, con la maleta en la mano. Una maleta, ¡y no un anillo, como hasta entonces!, es el símbolo del cambio de rol, del cambio total. ¿Tú qué prefieres, un anillo o una maleta?

—¿Yo? Una maleta...

—Anillo, de anillar, de encerrar, de prometer fidelidad,

venga, hombre, qué aburrimiento..., ¿no? ¡Que nunca te pongan uno!

—Una vez me lo pusieron, qué vergüenza... Además fui yo la instigadora, mi ex y yo hicimos una boda ficticia, la de tonterías que encuentras en el pasado, madre mía; luego lo perdí en la playa, vino una ola y me lo quitó... y ¿sabes qué? Que me alegro... Si un día me ves en esas, sácame de ahí...

—Si es que eres un verso suelto. Te lo digo siempre y nunca me cansaré de repetírtelo.

Un verso suelto... Un verso suelto..., se repitió Sandra para sí, tan de acuerdo con un significado que creyó cortado a su medida, como si aquellas dos palabras se acoplasen perfectamente a su cuerpo y a su mente, porque para ella ser libre era la mejor manera de protegerse.

Aunque el punto de encuentro habitual con Isa y Julio fuera el Andy Capp, desde que había cortado con Lorena, Sandra era asidua de bares como La Rosa, El Aire o el Carita Bonita. Iba sola, aunque era difícil que no saliera acompañada. Además, con el fin de la carrera era una evidencia que la vinculación con Mónica, Eva o Magda se había resentido. Las tres tenían novio y cada cual empezaba a pelear por abrirse camino en el mundo laboral. Vivían en pisos en los que ya no le permitían a una sentarse sobre la mesa del salón o pasarse la tarde tirada en el sofá. La época de desfase en el Moog, el New York y la plaza del Tripi desfallecía. Quién les iba a decir que aquello tenía caducidad. Los dos primeros años habían transcurrido a velocidad de submarino pero los siguientes a velocidad de transatlántico. Ah, qué poco se asemejaban ahora a aquellas tardoadolescentes que se habían conocido cinco años antes en la puerta de la facultad hechas un manojo de nervios. De la impaciencia por estrenar tantos alicientes solo restaba el recuerdo. Una de las dueñas del Andy Capp era una francesa con nombre estrambótico: Prisca. Una noche, antes de cerrar, le explicó que Andy Capp era un personaje de cómic británico que tenía mucha debilidad por la bebida, pero Sandra se interesó por el suyo,

y la francesa le dijo que venía del latín, *priscus*, que significaba anciano, pero que se solía vincular a una mártir cristiana, santa Prisca, que se fue a servir a Roma, donde fue una mujer seductora e inteligente, curiosa y comunicativa, que utilizó bien sus encantos para conseguir sus propósitos.

—Entonces era clavada a ti —añadió Sandra, evidenciando su escaso control con la bebida.

—Tú eres muy atrevida, ¿no?, ¿qué haces ahora, te vas para casa?

—No, estoy esperando a que bajes la persiana.

Sandra estaba convencida de que hablar con Julio la llevaba a lugares a donde no podía llegar por sí misma. También de que la mejor manera de que el tiempo pasara lento era vivir deprisa, descubrir, huir de rutinas, hacer muchas cosas. Más que perder amigos los renovaba por otros. Para hallar una imagen significativa de lo que fueron aquellos meses para Sandra, serviría la de un niño que aprende a caminar y se va apoyando en las paredes, y se agarra a cuantos muebles encuentra a su paso, y tropieza y cae y se levanta sonriente y vuelve a empezar por el placer de resolver. Las paredes tenían nombres de chica (Prisca, Bárbara, Soraya...), los muebles, el de Isa y el de Julio.

Tanta exaltación trajo como consecuencia mayor desapego familiar. Estaba en casa pero como si no estuviera. Vivía tan rápido que no tenía tiempo para preguntarse cómo lo hacía su madre para que nunca le faltase dinero. De hecho, aún le seguía dando todos los viernes: «Toma, para que salgas con los de tu clase», le repetía, siempre preocupada por que no careciera de nada. Gozaba de la suficiente emancipación como para no tener que dar explicaciones. Cuando era preciso pasaba por allí y, sorpresa, siempre estaba la mesa puesta y la ropa planchada. Marisa se sentía recompensada al haber cumplido el sueño de que su hija se licenciara. Si alguna vez Sandra la llamaba a altas horas anunciando que no iba a dormir, reservaba para ella toda la aceptación del mundo: no preguntaba. Sergio empezaría en el INEF, quería ser profesor de Educación

Física. Solo le interesaban los deportes y cuidarse. Llevaba tres años con su novia. Una noche en que apareció con prisas para cenar algo, su hermano la puso sobre aviso de novedades.

—¿Que mamá no está? ¿Pero qué dices? —preguntó Sandra.

—Ha salido a cenar —dijo el otro, a su bola.

—¿A cenar? —Sandra debatía con la mirada a qué plato retirar el film transparente, ¿tortilla de patatas?, ¿berenjenas rellenas?, ¿crema de tupinambo?

—Sí, está con Julián...

—¿Qué Julián?

—Pues quién va a ser, el carpintero...

—¿Qué?

—Lo que oyes... Va, déjanos tranquilos, que estamos viendo una película.

Sandra, con un plato recién sacado del microondas en la mano, antes de perseguir a Sergio por el pasillo se dio cuenta de que habían instalado un lavaplatos y de que la nevera era nueva. En el diminuto salón los tortolitos se atrincheraban en el sofá y retomaban una comedia.

Julián era un hombre diligente, achaparrado, siempre con una caja de herramientas bajo el brazo y un diminuto lapicero tras la oreja que solía hacer muebles a medida a varios vecinos. Cuando hablaba de trabajo su labia era nerviosa, llegando a veces a tartamudear. Cuando hablaba de su vida era lenta, ambigua, acompañada de un gesto resignado de viudo prematuro que saca adelante a sus hijos y vive sobrepasado. A su mujer se la había llevado un cáncer en cuestión de meses unos años atrás. Sandra recordó a su madre contando esas desgracias inesperadas que te ponen contra las cuerdas y las veces que lo había visto en la portería dale que te pego con ella.

Antes de irse pasó por la habitación. Sobre la mesa descubrió una postal en la que relucía una fachada roja: Temple Bar. Dublín. La giró:

> Un rectángulo de mármol partido en dos mitades, como dos casillas de la misma rayuela. Samuel Becket, James Joyce. Dos rosas mustias, evocación, gotas de lluvia, nostalgia, algunas palabras

improvisadas en tickets de metro, una flor dibujada con piedrecitas, fechas de nacimiento y de muerte. Dicen que el prado ajeno siempre resulta más verde. Aquí estoy para desmentirlo. Te echo de menos. Perdona por lo de Oporto.

Xavi

Sandra lo leyó de nuevo mientras la palabra *jeroglífico* tomaba forma en su mente. La devolvió a la mesa y sonrió forzada, por compromiso, como se sonríe a quien se le da una limosna. Y salió pitando.

Julio vivía en la calle Granada del Penedés, casi tocando a Balmes. Entró en el piso como si estrenara un regalo o asistiera a una revelación. Allí todas las opiniones se anunciaban entre libros; unos repartidos por estanterías que se extendían allá donde pisaba y otros amontonados en pilas. Todo lo que observaba le parecía significativo y digno de ver. Miraba las cosas como si tomara nota de ellas: una planta de su estatura, un jarrón con rosas amarillas, la acuarela de una playa desierta, la figura de un mono de madera estirando un brazo para sostenerse en la repisa, la escultura lacada de un pájaro rojo, verde y negro que la miraba de reojo. Era tan amplio y tan diferente a lo que ella estaba habituada que se convenció de que así quería que fuese algún día su hogar. La cocina sin puerta se abría a un comedor donde reinaba una mesa alargada sobre la que la luz anaranjada de una lámpara con forma de calabaza encontraba su sitio. La voz de Atahualpa Yupanqui le indicaba el camino al salón, en cuyas ventanas opacas se reflejaba la oscuridad del cielo y la amabilidad de la altura. ¡Ni siquiera había cortinas!

Acompañó a Julio al otro lado del piso y le ayudó a preparar algo de picar. Había llegado antes que nadie. Sandra era así, de pronto su voluntad por palpitar la traicionaba y le hacía llegar a los sitios demasiado pronto, como si quisiera vivir de más.

—¿Y esas escaleras?

—Van a una pequeña buhardilla, si un día lo necesitas, ya sabes.

—Mejor que no lo repitas.

Julio le sirvió vino y le dijo que en breve vendrían Bou, Bibiana Trenchs y Elena Sheldon.

—¿Puedo? —preguntó ante una enorme tabla de quesos.

—Adelante —respondió el otro extendiendo la mano.

Era la cocina más minimalista que había visto. En la pared convivían carteles de exposiciones (Munch, Palazzo Grassi, Venecia; Richard Gerstl, Albertina Museum, Viena), una foto de Cioran en la que se leía «Cada uno se agarra como puede a su mala estrella», otra de Billy Wilder («Soy escritor, pero nadie es perfecto»), cafeteras italianas, libros de cocina y una vajilla de porcelana. Julio era partidario del humor y enemigo del panfleto («para enviar mensajes están los correos»), cero pretencioso y gran bebedor. No lo definían una generosidad desaforada ni la impaciencia del amigo que requiere especial atención, pero sí la lealtad a su lado transgresor y la imposibilidad de dejar de fumar mientras controlara una copa con la vista.

—¿Me puedes sacar, por favor, alcaparras? —le pidió.

Sandra abrió el frigorífico pensando que le costaría encontrarlas pero nada de eso.

—Qué vacía tienes la nevera, solo hay bebidas.

—Sí..., es que es una nevera de rico... Los pobres siempre tienen las neveras llenas, ¿no te has fijado? Yo no puedo con eso, solo piensan en la comida, viven y trabajan para comer. Los ricos, en cambio, somos lo contrario —y ahí sonrió—, y además ya sabes que yo no suelo comer entre bebidas... Los pobres siempre acumulan, yo no tengo de nada. Soy de los que piensan que la clave de la vida es saber desprenderse de todo, no solo de objetos materiales, también de sentimientos, del pasado...

Sandra creyó entender meridianamente la disertación. La palabra *pasado* debió de activar su memoria.

—Esta casa me recuerda a mi mejor amigo. Todo es tan bohemio. Hoy he recibido una postal suya desde Dublín, hablando de Joyce y no sé quién más... Él va a ser escritor. Siempre lo ha tenido muy claro.

—Eso no se dice, en todo caso se hace.

—Tú vas a dirigir una película...

—Pero no por ello puedo decir que soy director de cine, yo solo he aceptado un encargo.

—Eres un cineasta... Mi amigo sacaba muy buenas notas.

—El arte no lo hacen los empollones. Para nada, verso suelto... Yo no tengo talento para sentirme artista. A lo mejor estaré equivocado, pero para mí el arte nace de la herida; si no hay herida, no hay arte.

Recordó fugazmente a Julio en uno de los primeros días de clase hablando de la carga emocional y de la incapacidad de algunos autores de escapar de su mundo propio.

—Eres un poco exagerado...

—Lo que hagas, sea lo que sea, te tiene que definir. Se escribe por venganza, es una revancha, pero no ajustando cuentas con alguien, sino con la vida, con el paso del tiempo. Yo carezco de herida, de tara, bueno, tengo taras, pero no son suficientes... porque no solo se escribe con la cabeza. No sirve la teoría, y yo soy un teórico... Tu amigo seguramente podrá hacerlo, tendrá motivos, y tú, siendo tan joven, quizás un día ajustarás cuentas con una vivencia buena, o con una que ni siquiera ha existido y te hubiera gustado, o con un dolor, un ultraje..., pero la mentira que escribas será tu única verdad.

Sandra intervino, raro sería que no lo hubiera hecho.

—Mi amigo escribe muy bien, no he visto nunca a nadie más seguro de sí mismo. Y además, a todo el mundo le pasan cosas: una vez nos dijiste en clase que perder la inocencia es el gran drama del ser humano, el único fracaso verdadero de la vida. Y ese fracaso lo hemos tenido todos...

—Vale, tú ganas, no he dicho nada entonces. ¿Y a ti no te gustaría escribir?

—¿A mí? No, a mí me gusta enseñar... —Sandra se llevó la copa a los labios—. A veces lo he pensado, sobre todo cuando mi padre nos dejó, tenía mucha rabia y escribía cosas contra él, lamentables, lo reconozco, sobre el abandono, pero creo que solo lo sentí yo.

—¿Lo ves? Tengo razón: tú siempre yendo por libre...

Sandra rumió: trazó una frontera, a un lado estaba lo que era

y al otro lo que le gustaría ser.

—Yo tengo un problema, y es que si pienso en lo que soy y en lo que me gustaría ser no veo mucha diferencia. No tengo nada que me mueva a cambiar, ¿me entiendes?

—A lo mejor se despierta, a lo mejor un día sabes a dónde te gustaría ir y de dónde vienes y arrancas... En cualquier caso —entonces sonó el timbre, y Julio improvisó—, conviene recordar lo que decía Pavese, que si el sexo no fuera lo más importante, el génesis no comenzaría por ahí.

—Tú estás con la Trenchs, ¿verdad?

—Verso suelto... Mira, la vida es como un libro, estamos en el prólogo, no tengas prisa por llegar al epílogo...

Sandra miró la hora y, como si no tuviera más remedio, jugueteó con el recuerdo de Ximena bajo el agua de la cubeta de revelado y el encuentro de sus miradas en clase y se preguntó si llegaba con retraso adrede para que la viera de cuerpo entero. Luego se acercó al salón, donde procuró integrarse en el ambiente. Para su sorpresa, las invitadas no habían venido solas. Uno de los amigos suplicó en voz alta al anfitrión que cambiara la música, que no estábamos en la edad de piedra, y se terminó la *Milonga del solitario*. La comida voló en cero coma. Alguien dijo que se iban a quedar cortos de hielo y que iba a por más. Desde una esquina Sandra miraba el salón como una pecera. El vino dio paso a mezclas más fuertes. Guiada por un exceso de euforia, Núria Bou llegó a bailar sobre la mesa de centro, provocando el consiguiente susto en el anfitrión. Bibiana se acercó y le demostró que tenían mucho en común cuando le dijo que lo que más envidiaba en este mundo era a la gente que sabe parar de beber y decir basta. Entonces Sandra pensó en su madre, en Julián, en qué estarían haciendo, en cómo sería su noche (era imposible imaginarlos bebiendo), y luego recordó a Ana Paula.

—La clave es el agua —dijo, algo tambaleante—. Si bebes un vaso de agua entre copa y copa, no te emborrachas ni tienes resaca.

—¿Ah, sí?... Pues me lo podrías haber dicho antes... ¿Sabes qué?

—Qué —preguntó Sandra aceptando que Bibiana cada vez le caía mejor.

—Acabo de ir a mear y he visto las bragas manchadas y me he dicho: juraría que tuve la regla la semana pasada... Y es que era vino, ¿cómo ha llegado hasta ahí? Esto es sobrenatural, ¿no?

A Sandra la alivió constatar que había gente que podía hacer más el ridículo que ella. Siempre se había sentido sola en ese aspecto. Le aseguró que ella no tenía nada que ver con lo que le había pasado ahí abajo, pero le hubiera encantado, lo que hizo que la otra se riera como si no lo dijera en serio.

8

Empezó la última clase atolondrada, inquieta por comentar la ironía de algunas relaciones sentimentales en las adaptaciones de novelas que habían visto: *El amante de lady Chatterley*, *Lolita* y *Las afinidades electivas*. Luego habló de las relaciones entre madres e hijas y de los modelos y patrones clásicos de mujeres enamoradas en la gran pantalla. También del florecimiento del objeto artístico, de la importancia de dotarlo de significado y de detalles como la llave que provocaba toda la historia de *El apartamento*.

—¡Una simple llave!, ¿os dais cuenta?

Cuando daba clase, había momentos en que a Sandra le hubiera gustado tenerse a sí misma de alumna. Porque cuando hablaba de cosas así con su habitual intensidad y veía a unos mirar el móvil y a otros cerrar los ojos para robarle brillo al sol que entraba por la ventana, se sentía defraudada. Entonces entró Ximena para ponerle en bandeja la broma:

—Hola... ¿Otra vez la línea 3?

—Sí, perdón. Va con mucho retraso...

Se oyó un coro de risas. Había sido una broma constante. Aunque le pareciera una tonta redomada, era con quien más complicidad tenía.

—Cuando un cineasta o un escritor nos dice que ha visto un burro volando ponemos en suspensión nuestra incredulidad, dejamos de lado nuestro sentido crítico para creérnoslo, nos ponemos de parte de la ficción, ¿por qué? Porque nos interesa, nos gusta creerlo y nuestra vida es mucho más interesante... Y todo viene por Samuel Taylor Coleridge, que decía que había que dotar a los personajes sobrenaturales del suficiente interés humano como para lograr esa suspensión, esa fe poética. Es el principio de verosimilitud...: buscamos lo absoluto y a veces solo encontramos

caos. Gracias a todos y feliz verano.

Tras el estruendo de sillas y mesas, liberado el terreno, Ximena se acercó a pedirle disculpas por haber olvidado *Gertrud*. Le juraba que no lo había hecho aposta y para demostrarlo le ofrecía quedar por la tarde. Así podría invitarla y compensarle el estupendo curso. A ojos de Sandra, esa obstinación en la complacencia resultaba falsa, pues parecía ocultar algo de caridad.

Más tarde, mientras dudaba sobre dónde citarla, Sandra recibió un mensaje: «¿Quieres venir a casa?», que leyó por segunda vez acompañado de un suspiro profundo. ¿Compartiría piso?, ¿viviría sola?, ¿estarían sus padres? Tampoco sabía tanto de ella. No podía negar que la mirada de Ximena tenía fuerza y a veces la aturdía. Ahora bien, no estaba segura de si le gustaba o si se gustaba a sí misma observada por ella y hablando desde la autoridad de la edad, respondiendo a sus preguntas, que, si bien en su mayoría eran insustanciales, eran voluntariosas.

«Vale, como quieras, ¿dirección?», escribió temblando.

Con su correspondiente silencio, Ximena generó incertidumbre y trazó una sombra de temor que oscureció lo previsto.

«Cambio de planes. Mejor quedamos a la salida de Bonanova.»

Por un lado, Sandra respiró aliviada. Aquello tenía más sentido. Un bufido tras otro. Cuando se encaminó a la estación de los ferrocarriles catalanes de Provenza, su expresión de zozobra era la de un adolescente que decide faltar a clase en la puerta del instituto por primera vez y dobla la esquina muerto de miedo.

Ximena esperaba en un banco. Los brazos cruzados, semblante reflexivo, mirando al frente sin ver, su mochila a un lado, al otro la película.

Tan pronto como lo hizo, se arrepintió. No entendió por qué lo había hecho. Porque al darle dos besos (ya algo raro), Sandra había apoyado su mano en la cadera, como si con la caricia quisiera palpar el volumen y la blandura exacta de la curva. ¿Por qué lo hizo si no le interesaba?, ¿por qué si hasta hacía diez minutos había lamentado tanto un hecho tan nimio como

responder «Sí, vale» a un mensaje?

—Toma, lo primero, que no se me olvide —dijo Ximena.

Sandra guardó *Gertrud* en su bolso y la siguió por la avenida Tibidabo, suponiendo que tendría algún plan:

—¿Dónde vamos?

—A hacer un poco de deporte... Pero no sé si vas a poder, a tu edad... —y le sonrió—. ¿Preparada para subir cuestas?

Aunque la pendiente no ayudaba a mantener una conversación fluida, Ximena le preguntó por sus prácticas en la productora. Sandra se detenía a coger aire. La empinada avenida era de todo menos cómoda. ¿Dónde la llevaba? Como Ximena iba un paso por delante, Sandra pudo fijarse en sus pies: calzaba unas Vans gastadísimas, sin calcetines, y el tobillo derecho lo envolvía una colorida pulsera. Ahí empezaban los finos tejanos negros, casi grises, y luego la camiseta roja, en cuya espalda se marcaba el encaje del sujetador. Con la mano derecha sujetaba la mochila y ese peso ladeaba levemente su columna. Sandra temió que su respiración se acelerase demasiado y la otra advirtiera su nefasto estado de forma. Al final de la calle, Ximena atajó por Josep Garí para llegar a la plaza Alfonso Comín. Atravesaron la ronda y siguieron remontando. Como si hubiera pedido que le reservaran el sitio, la Equis exhortó a Sandra a sortear una valla de seguridad para, acto seguido, penetrar en el interior del bosque, pues ella conocía el mirador menos concurrido. Entre matojos y arbustos destacaban el olor a pino y el sonido de la hojarasca, crujiente, al pisarla. Apenas se distinguían el eco de algún ladrido cercano y, allá en las alturas, el murmullo de niños que a buen seguro protestaban por tener que abandonar el Tibidabo. En mitad de la frondosidad se abrió un claro con un montículo de tierra en ligero declive. La ciudad quedaba a sus pies como una mancha de tinta gris esparcida, y más allá se posicionaba el mar rubricando una línea divisoria incontestable, semejante a una densa promesa de armisticio, pues había algo en ese azul diluido, reposado, que contrastaba con el trajín metropolitano y el frenético runrún de los coches que quebrantaban la ronda propiciando una baraúnda tenaz, de esas sobre las que solo cuando se repara en ellas se toma

conciencia de lo que molestan. En aquella sombra el aire erizó el vello de los brazos de Sandra, provocando que en la piel le crecieran en cuestión de segundos microscópicas protuberancias. Ximena se sentó en la tierra y colocó la mochila entre sus piernas, dando por hecho que Sandra la imitaría. Descorrió la cremallera y sacó un abridor de vino:

—Tú te encargas, supongo que lo sabes hacer mejor que yo...

Acto seguido le tendió la botella y sacó unas copas de plástico.

—Cuando me rayo vengo aquí —siguió diciendo la Equis mientras oteaba el horizonte, sabiendo que su propuesta resultaría interesante porque nadie que no fuera ella habría traído a Sandra a ese rincón.

—Bonitas vistas —opinó Sandra, aún retomando el hilo de la respiración.

—¿Qué es lo que más te gusta de Barcelona?

—No sé..., pero en mi último viaje me llovió casi todos los días, y aquí no llueve casi nunca. Eso me gusta...

—Pues a mí no me gusta, demasiada humedad —Ximena le llevó la contraria—. Yo me quiero ir a un sitio frío, Canadá, Escocia...

Unas nubes generosas en tamaño y en movilidad interceptaron los últimos rayos de sol. Sandra retorcía el abridor en el corcho sin tener ni idea de lo que estaba sucediendo entre ellas, ni si era trascendente o si era lo contrario de eso.

—Yo quiero vivir en un sitio pequeño, de campo, y en el que pueda caminar descalza. En Alp siempre lo hago, me levanto temprano y salgo al jardín. También me gusta ducharme al aire libre, detrás de la casa hay una ducha... Ese es para mí el lujo mayor.

Al oír aquello Sandra pensó que, por una vez, su instinto le daba la razón: no se podía ser más pija. Logró descorchar la botella y llenó las copas. Dudó si brindar o no y, ante la indiferencia de la Equis, Sandra se empeñó en ello para al instante sentirse ridícula.

Ximena miraba al mar y seguía a lo suyo:

—Ahora están allí mis padres. De vez en cuando me dejan

sola. Saben que no puedo vivir con ellos y me dan espacio. Tenemos varios pisos y hay un ático en Ganduxer que será para mí.

—¿Por qué no puedes vivir con ellos?

—Me gusta tener mi espacio, ir a mi bola, traer a gente, ya sabes...

—Claro, entiendo... por cierto, muy rico, el vino.

—Gracias, es que he estado pensando algo que fuera original.

—Pues has acertado, es ideal terminar el curso así y despedirnos.

—Sí, a mí también me lo parece.

Al disiparse, las nubes habían barrido los restos de sol dejando una claridad que azulaba la ciudad y planeaba sobre ella resaltando rascacielos, campanarios de iglesias, grúas.

—Gracias por la película...

—¿Te gustó? Es mi favorita.

—¿Quieres que te diga la verdad? —Sandra solo tuvo que mirarla—... La empecé, la vi un buen rato, pero luego no la terminé.

—¿No te gustaba? —Sandra adoptó un aire de falsa sorpresa.

—No, bueno..., es que... es un poco lenta, se me hacía pesada...

Las palabras *lenta* y *pesada* se abrazaron en la cabeza de Sandra hasta herirla, como si *Gertrud* fuera de su familia. Aun así, había algo en la personalidad que exhibía la Equis, que no era osadía, sino más bien entidad, que la dotaba de una supremacía que le permitía no decir nunca nada para quedar bien. Y eso, en fin, atraía a Sandra. Porque a estas alturas era evidente que sentía afinidad por ese cuerpo y que tenía un gran trabajo por delante si quería acoplar el desprecio y la atracción. Se sentía tentada por el acercamiento de los brazos, por el roce de los dedos al tomar su tabaco, por las miradas de reojo que dispensaba a sus labios y que se le iban hasta los dientes, a esos dos incisivos superiores sutilmente más salidos que el resto donde se detenía más tiempo del que debiera.

La corriente hizo vibrar las hojas de las plantas y levantó polvo. La Equis percibió otro extraño movimiento en el torso de

Sandra.

—¿Tienes frío?

—No.

—Pero si estás temblando y tienes la piel de gallina, toma. —Ximena se estiró sonriente para extraer de la mochila una bufanda que bien podía hacer las veces de manta—. Siempre la llevo conmigo, aunque sea verano...

—Que no, que no..., que no hace falta. —Pero ya la tenía puesta por encima—. Bueno, vale...

—¿Por qué te dio por esta carrera?

Esa manera de querer saberlo todo le otorgaba un punto de naturalidad que se imponía a cualquier otro sentimiento que pudiera despertar en Sandra. Sentadas en aquella ladera, con panorámicas de postal y con vino, no podía negar que era agradable charlar con ella. Su espontaneidad era la de la naturaleza, pues reparaba con prodigalidad verbal lo que dispersaba la voracidad del viento. Sandra, suspicaz como era, y aunque Ximena apenas sabía de su vida, no pudo evitar pensar que era una pregunta trampa, que escondía otra más larga del estilo «¿Y a quién conociste tú que te despertara ese tipo de inquietudes?».

—Pues todo vino por Isa, mi mejor amiga, una monitora que tuve en un campo de trabajo. Ha sido muy importante en mi vida.

—¿Más que tus padres?

—Sí, supongo que soy como soy por ella... —Y ahí se hubiera quedado.

—¿Cómo eres?

—Bueno, no sé muy bien cómo soy, pero sé que Isa me incitó a pensar diferente y a tener ganas de conocer otras cosas.

—¿Y cómo es esa Isa? ¿Por qué fue tan importante?

Por más respuestas que le diera, la Equis siempre pretendía una más. Ante Sandra se extendió la duda, porque nunca antes se había regalado licencia para explayarse así ante una desconocida.

—Creo que fue la primera persona que me entendió. Se fue a vivir a Berlín y me envió una postal que todavía guardo, de repente alguien desde lejos se acordaba y me animaba a ser yo.

Creo que todos necesitamos un confidente fuera de casa.

La voluntad de Ximena por recabar datos podía llegar a importunar, por eso empezaba preguntas diciendo «Ya sé que no me importa, pero...», «A lo mejor me meto donde no me llaman, pero...», y entre tanto contaba de ella. Nombró a su familia: su hermano se casaba ese mismo verano, y su otra hermana, médico, vivía en Nueva York con su novio. Ella era la pequeña. Hasta ahí todo bien. Luego habló de un tío suyo, hermano de su padre, que se había pegado un tiro cuando ella era niña y de otra tía suya que había muerto de cáncer fulminante unos meses atrás, con lo que ella, a buen seguro, también tenía posibilidades de morir así. A menudo ese tono de niña que quiere ser adulta sacaba a Sandra de sus casillas, pero al mismo tiempo la enternecía, como si en ella todavía no hubiera marcas de derrota, solo ciertos temores que por edad no le correspondían.

Peor era cuando se repetía con los caballos de Alp. A ojos de Sandra, no había quien la soportara, pero enseguida tenía la manera de volver a generar atención, consiguiendo que se preguntara si eran tonterías dichas al tuntún o si formaban parte de un juego consciente. Cuando aprovechaba un silencio para mirarse para adentro, Sandra daba un trago e intentaba dar forma al sentimiento que le provocaba estar junto a una chica siete años menor, y rehuía sus pensamientos como si entendiera que no estaba bien querer que pasara algo.

A la tercera copa los pinos ya no propagaban el aroma áspero, cálido, como el sudor de la tierra que respira aliviada tras la ofensa del sol; no, ahora el cielo asumía unas pinceladas rojizas que predecían la caída de la tarde.

—Pues a mí me han gustado mucho tus clases. Nunca me voy a olvidar de algunas películas... *Manhattan*, esa me encantó. Y las francesas, la del condenado a muerte, la del *pickpocket* y *Al final de la escapada*... cuando les hablo a mis amigas de ellas me dicen qué rara te has vuelto, Equis, con tanto cine.

La botella se terminó. El viento reincidía. Allí refrescaba a toda velocidad. Al devolver la bufanda, Sandra entendió lo bien que le había venido. Cuando Ximena se puso en pie, Sandra

observó la mancha de tierra en la parte trasera del pantalón, y tuvo ganas de sacudírsela. Saltaron de nuevo la valla y empezaron el descenso.

—¿Vienes a casa? —preguntó Ximena, y al instante añadió—. ¿Un rato?

El latido de Sandra se aceleró. Por un lado no quería ir, no era buena idea, por otro la inquietaba despedirse y que eso fuera todo. Para su desgracia las expectativas afloraron. Debía evitarlas.

—No sé...

—Tengo cervezas, podemos estar en la terraza.

Las aceras de la zona alta mezclaban criadas armonizadas de blanco acarreando bolsas de Caprabo, coches de lujo que regresaban a sus garajes y niños uniformados. Por momentos Sandra se vio pisando el plató de un anunció de compresas. Los escaparates de los colmados parecían joyerías. Cada dos por tres brotaba un cajero automático. Del bar Herminios salieron dos señores de traje dictando cifras a sus teléfonos sin dejar de sonreír. Por sus piernas sentía el discurrir de la excitación junto al alivio de que no hubiera pasado nada. Igual que el aburrido está condenado a estar despierto, Sandra se veía condenada a desear, por eso miró el reloj y, antes de pisar la entrada del inmueble, dijo:

—Me esperan para cenar...

—Son las ocho.

—Ceno a las nueve.

Ya en la conserjería respiró el aroma afrutado proveniente de un suelo cubierto por papeles de periódico que se preocupó de pisar uno a uno.

—Hola, Jimena —saludó el portero.

—Hola, señor José..., vengo con una amiga... —Ximena se detuvo. Sandra la imitó.

—Ah, muy bien, muy bien... ¿Y qué tal tus padres? Estarán a punto de volver, ¿no?

—La semana que viene ya estarán por aquí... ¿Ya se va?

—Espero a que se seque esto y hasta mañana...

A Sandra aquel hall le pareció igual de grande que el piso donde vivía con su madre y su hermano. De camino a los

ascensores repasó el mobiliario y la decoración.

Arriba, Ximena la guio por un espacio de amplitudes inéditas que, sin embargo, resultaba oscuro en el pasillo, un pasillo que daba vueltas hasta formar un cuadrado, configurando una isla dentro del piso. En el salón principal la Equis lanzó la mochila a uno de los sofás y siguió bamboleando su figura hasta plantarse ante uno de los cuatro balcones, a través de cuyas ventanas la luz buscaba su sitio y, ahí sí, lo encontraba de sobra. En mitad de la pared sobresalía una antigua chimenea en desuso de reminiscencias renacentistas sobre la que reinaba un espejo, con intencionadas manchas en tono sepia, envuelto por un marco barroco. Ante él, en la repisa, se apoyaban fotos familiares en las que se reconocía a Ximena sobre las piernas de los que debían de ser sus padres. La visión de tantos cuadros invitaba a mirar en redondo y contemplar la sala en su totalidad. Nada chirriaba. Nada estaba fuera de escala. Todo tenía proporciones de revista: librería, mesa alargada, sofás, butacas, televisión. Tras un muro de cristal, Ximena la invitó a que la siguiera a la cocina contigua, lo que propició que Sandra viera por primera vez una nevera con dos puertas verticales, una despensa con medidas de apartamento y otra puerta que, sin duda, anunciaba la habitación del servicio. Ximena habría comido allí porque el fregadero, un poco manga por hombro, contrastaba con todo lo demás, reluciente.

Sacó dos latas y dos vasos.

—Vamos... —Tal vez en su intención había una pregunta, pero no lo fue.

Así, se asomaron a la terraza. Ximena se encargó de servir. Al ver un cenicero en la mesa de terracota, Sandra empezó a liar un cigarro y Ximena le pidió que le hiciera otro a ella.

—¿Te gusta? —preguntó Ximena, de perfil, extendiendo una mano al vacío.

—Es brutal —respondió mientras pasaba la lengua por la línea adhesiva y miraba a lo lejos.

—Aquí me paso muchas horas...

El ático daba al interior del bloque y, dada la altura, ofrecía envidiables panorámicas de las pistas del club de tenis Barcino,

fortín de secos golpes de raqueta sobre tierra batida y algún que otro grito de victoria.

Al apoyar los brazos en la barandilla vieron trajinar al señor José, que se había quitado la bata azul y levantaba el peso de dos bolsas industriales entre setos recortados con mimo y el aleteo de un par de pájaros. Se retiraba de un césped en estado envidiable punteado de toallas, tiestos de barro espolvoreados de flores por las esquinas, rosales, pequeños pinos, un limonero y, por supuesto, la piscina, el bien más preciado por el vecindario, cuyos bañistas, todos niños, conminados por las palmadas de un socorrista, la abandonaban a regañadientes mientras otros terminaban de secarse. Ximena se le acercó y rozó su brazo con el suyo. El viento desplazaba el humo hacia el oeste. Sandra se quedó pensando, en silencio. Un petardo explotó a lo lejos y la apagada detonación le hizo fruncir el ceño. Una impresión de la memoria enturbió las buenas sensaciones y dejó de estar pendiente de los acercamientos para mirar el agua ondulante de la piscina, ya vacía, como si viera una de las cubetas de la sala de revelado.

Sandra tragó saliva con urgencia. Ahora le pesaban las palabras:

—¿Nunca te bañas?

—A veces, si no hay nadie... No me gusta con tanto niño.

—¿Fue en esta piscina donde tuviste el susto?

—Sí.

—¿Cómo fue?

Ximena, con desgana, se vio obligada a resumir:

—Me metí sin flotador, pensaba que sería fácil cruzarla nadando, pero no podía y me fui ahogando. Solo me acuerdo del sabor del cloro que tragaba, y se ve que perdí el conocimiento y que el conserje que había entonces se tiró para sacarme.

Sin estar segura de nada, pues todo eran elucubraciones y piezas desperdigadas de algo que le pareció oír en su casa mientras entraba y salía de su habitación hace muchos años, preguntó:

—¿Y cómo se llamaba?

—¿Quién, el portero? —preguntó Ximena extrañada.

—Sí.

—Y yo qué sé. No me acuerdo, ¿por qué quieres saber eso?

—Por nada —y buscó una excusa fácil—, es que me monto mis películas... Y me hace pensar en *The Swimmer* y en *La piscine*.

Su nefasta pronunciación en francés hizo sonreír a Ximena, que volvió a mirar la hora en su móvil.

—Ya, tú ves muchas películas, ¿no?

—Al menos te acordarás de él, de cómo era, si era simpático con los niños...

—Pues no sé... —Ahí se le arrugó la frente rastreando fogonazos de infancia—. Mi padre decía que siempre iba detrás esperando una propina... Sabes, ¿no? El típico pelagatos que te hace la pelota a ver si le cae algo... ¿Quieres otra birra? —Y, ahora sí, tomando como amenaza el avance de los minutos, añadió—: ¿No se te ocurre nada mejor que hacer?

No tuvo tiempo de responder lo que tenía previsto (algo así como «Me voy a tener que ir») porque de pronto la aproximación de Ximena fue real y bastó para que Sandra la tomara como una invitación. Con sus pasos al frente estaba diciendo «Venga, ¿no ves que yo también lo estoy deseando?», y a Sandra le faltó el aire pero llegó a reconocer su perfume, y aunque aún le doliera lo que acababa de oír, el posible malestar se diluyó tan pronto tuvo los labios ante el temblor de los suyos. Porque Sandra se dejó besar despacio, insegura, como quien emite una promesa que aún no sabe si debería haber hecho. Así probaba un sabor desconocido, con el recato de quien se pone por vez primera una droga en la punta de la lengua. Aceptaba el contacto: primero a hurtadillas, tal vez para convencerse de que así ganaba tiempo y pudiera aún echarse atrás, pero luego, cuando las manos han escarbado bajo la camiseta y han tanteado la piel cimbreada que se ha intuido, se entregó con dedicación. Solo eso explica que, una vez admitidas la insistencia y la premura de Ximena por entrar al piso, buscar la habitación y situarse a los pies de la cama, Sandra, asistiendo atontada al espectáculo de ver como la otra, tan lanzada, se desprendía de la camiseta y le mostraba el torso con el orgullo de saber lo que eso suponía, dijera:

—Esto no está bien...

¿Era una queja?

—¿Ah, no? —Para Ximena era lo opuesto al sufrimiento.

—¿No tienes novia?

Apenas dos segundos le costó salir de dudas:

—No, solo tengo novio, o eso creo... Pero no te preocupes —el cariño que mostró la Equis la convenció de seguir—, tranquila, ya ha terminado el curso, puedes tocarme las tetas. —Ximena se llevó las manos a la espalda y recogió la caída del sujetador antes de lanzarlo al suelo—. ¿O es que no te gustan?

—Claro que me gustan, por eso no está bien..., estoy muy nerviosa..., esto no volverá a ocurrir...

—Te voy a ayudar a que te relajes... Primero quitamos esto —dijo la otra, como si empezara a contar un cuento infantil, tras empujarla sobre la cama, desabrochando el botón de los vaqueros y dejando que ella los estirara—, y luego esto. —Se desplazó hasta sus pies y, arrodillada, empezó a desatar las Converse All Star—. ¡Guau!, ¿tienen candado?

Ximena acabó de desnudarse, clavó las rodillas en la cama y buscó su sitio. Fue ella quien se ocupó de su ropa interior, la pasó primero por un pie, luego por otro, y quien le separó las piernas y fijó la vista entre los muslos para entender el rubor que encendió las mejillas de Sandra, que tuvo el impulso de cubrirse la mácula de vello sin podar.

—Sssshhhh —la detuvo—, quieta. Me gusta así, no me importa.

Entonces se llevó la mano a la boca y con paciencia la untó de saliva para seguidamente recorrer con ella la entrepierna, de abajo arriba, hasta fichar el leve grosor del clítoris, y una vez en él, con la presión mínima y la precaución máxima, permaneció hasta arrancar el gemido que esperaba, que tanto la satisfizo y que se fue alargando en el tiempo, cambiando de tono, de aspecto y de gradación, hasta que minutos después, en otra postura, era Sandra quien deslizaba su lengua por encima de los dientes de Ximena, provocando en ella cosquillas de placer que tan pronto como las evitaba las echaba de menos:

—Me gusta, me gusta, otra vez...

Y Sandra otra vez dejaba rodar la punta por el suave tejido, como si barnizara el blanco mineral, encantada de despertar placer, un placer que le vino de vuelta cuando Ximena, con los dedos nuevamente embadurnados, consiguió que alcanzara su segundo orgasmo con unas habilidades que evidenciaban que no era la primera vez que se veía en una cruzada semejante o que los clandestinos vídeos, los chats y las incipientes y osadas páginas web la habían instruido con minuciosidad a base de buenos tutoriales.

Aún con la respiración agitada, Sandra notó el frío en las piernas y en los pechos y se obligó a incorporarse. Con idéntica urgencia buscó ropa y móvil. Las 9.23 y cuatro llamadas perdidas de Isa. El arrepentimiento se abría paso a marchas forzadas. Recuperó dos bragas, ambas acartonadas, y se puso unas al revés y tiró sobre la sábana las otras. A un póster con la reconocida imagen de tres modelos vestidas de monjas fotografiadas por Lindberg dedicó una mirada de beneplácito. A otro de Steve McQueen, una reverencia.

—¿No me vas a llamar más?

—No, mejor así, tú tienes tu vida montada, no quiero complicaciones.

—No hay complicaciones... —dijo Ximena, encogiéndose de hombros y sonriendo. Lo que para una era una tragedia, para la otra era una comedia.

—Adiós...

—No seas tan dramática. El tiempo dirá, te acompaño.

—No hace falta...

Y huyó sin esperarla, creyendo que si lo hacía así evitaba darle la razón, y deseando que el tiempo ese al que ella aludía pasara deprisa y se encargara de borrarla del mapa de su vida.

Tercera parte
La carga emocional (2008)

Dicen que pretendo o miento
En cuanto escribo. No hay tal cosa.
Simplemente
Siento imaginando...

FERNANDO PESSOA

1

Para continuar: un bochorno conocido, calor que permanecía intacto junto con la inercia de las primeras dudas, el esclarecimiento del mundo, las heridas fundacionales, las ruedas pinchadas de la bici, las canciones o las lágrimas que inauguran un carácter; el seco ardor de los veranos de tres meses eternos con todo en su sitio, incluido el futuro. Y en la canícula del mediodía, un reencuentro obligado por las circunstancias. Ante la vergüenza inicial, un recato evidente, pues, cuántos años llevaban sin verse, ¿siete?, ¿seis?, pero en cinco minutos todo volvía a ser como antes y ya se estaban riendo de esto y de lo otro, contándose la vida como si fuera un cuento en el que pasan cosas que no se piensan y en el que la suerte trata a cada uno a su manera. Esta vez, después del abrazo, ninguna evocó los años que las habían hecho diferentes y las habían llevado por derroteros contrarios, porque a pesar de ellos no se había borrado ni un ápice de connivencia.

—Lo único que no te perdono es que no vinieras a mi boda... —dijo Noe, apuntando al cielo con el dedo índice.

—Ya, lo siento, estaba fuera... —Sandra lo recordaba bien: tuvo que ir al festival de Toronto.

—Lo tengo clavado, te estuve esperando hasta el último día. Menudo lío con tu menú, yo como una tonta llamando al restaurante, eh, eh, sobre todo, los platos de Sandra Martos, sin frutos secos, que es alérgica... pero ¿a qué?, me preguntaban, y yo decía ¡a todos!, no quiero ni un fruto seco, que no quiero sustos..., pero, en fin..., tenías trabajo.

—Estaba en Canadá...

—Ooohhh..., estaba en Canadá —repitió la otra con retintín —, estaba en Canadá... Soy tan importante que estaba en Canadá... —ahí recuperó su tono de voz y Sandra trazó una sonrisa triste—.

Te darías alguna alegría, que allí deben de ser más abiertas...

—Pues la verdad es que me pasé la semana sin dormir pendiente del móvil por una de Barcelona... Si es que soy más tonta...

—Tonta perdida. Anda que me dejas a mí sola en un festival de esos y me llevo la alfombra roja a casa...

Y ahí Noe se rio de sus propias palabras, como si quien hablara así fuese un personaje que ella interpretaba por estar junto a quien estaba, feliz de poder largar sin remilgos de lo primero que le viniera a la cabeza.

Estar junto a Noe en ese paisaje despertaba en Sandra cierta melancolía. A su lado el tiempo perdido parecía recuperable. Veamos aspectos de Noe que permanecían inalterables: el sentido del humor, el uso del sujetador doble *push up*, una concepción de la amistad que no aceptaba el rencor, las ganas de hablar de ella como si fuera un bicho raro y ese talante vocinglero que tal vez escondiera inseguridades que no estaba dispuesta a ventilar.

—Y ¿cómo es la vida de casada?

—¿El matrimonio? Pues qué quieres que te diga, tía, que es contra natura. Nadie está hecho para dormir con la misma persona durante todos los días cincuenta años.

—Va, no será para tanto... No te quejes, mira qué niños...

—¿Qué no es para tanto?... No se puede comer ensalada todos los días. Es bueno, sí, es sano, también, pero es un coñazo. No se puede. A ver, tú, ¿a ti te gustaría comer cada día ensalada?

—Ya, en eso tienes razón..., pero...

—Te descuidas y acabas como yo, mírame: todo el día con los niños, y este Raúl es más parado... solo sale de Zaragoza para ir a la montaña. Es un puto *canoas*, el señor Quechua, lo llamo yo, todo el día en el Decathlon, ay, por favor, estoy hasta el coño de esas camisetas, y peor aún, tía, que el otro día me vino con zapatillas diciendo mira siete euros, ¡por siete euros!, y le digo ¿pero tú te has visto?, no se te ocurrirá ir al curro con eso, y va el pavo y me dice que por qué no... Pues así todo el día, vamos, que prefiero que se vaya a hacer *rafting* y me deje tranquila. Y si le digo que nos vayamos de viaje me dice vamos a tu pueblo, y yo le digo te he

dicho ir a algún sitio, y el tío insiste. Pueblo, Zaragoza, pueblo, Zaragoza. Cuando nos casamos fuimos a París, ahí al menos me empotraba bien, porque, eso sí, con tanto deporte está como un toro...

Los hijos de Noe no paraban quietos. Bastaba que su madre les dijera que no se metieran en una poza para que se precipitaran en ella, o que no treparan a la morera para verlos allá arriba tonteando con el riesgo, desafiantes. Tenían seis y cinco años y, con chulería entrañable, plantaban cara a quien hiciera falta.

—Este Rubén es un sol... —dijo Sandra señalando al pequeño con el mentón—, qué monada de niño.

—Tiene buen maestro, menudo es Miguel...

Las lluvias del invierno habían gestado un río que hacía mucho que no se veía en Valdecádiar. También ellas se descalzaron y pusieron las piernas en remojo.

—Dicen que es bueno para la circulación, ¿no? —dijo Sandra.

—Eso es lo que yo necesito: ¡circulación! Pero de lo que yo me sé...

Eran conscientes de que los guijarros que dolían en los pies las arrastraban a la infancia. En este río habían compartido tantas sospechas, aventuras, peleas y reconciliaciones que por mucho recuento que hicieran siempre aparecía una anécdota mejor. Fue peor quedarse en silencio, porque oyeron a los chavales de alrededor contarse en voz alta escondites, juegos, chapuzones y la visita pendiente al castillo con las mismas palabras con las que lo habían hecho ellas. Era imposible no verse a sí mismas reflejadas en esos planes. Noe tuvo que acercarse al árbol y gritar a su Miguel que hiciera el favor de bajar inmediatamente porque le iba a zurrar en el culo y no estaba para disgustos, y la mirada de Sandra se tiñó de nostalgia porque era ella la que estaba allí arriba abrazada a una rama vacilante.

—Ya me ves —siguió Noe, ya con Miguel envuelto en una toalla junto a la orilla—. Mi padre siempre lo decía, el mejor número es el uno, y ahora mírame, ya somos cuatro. ¿Y quién se hace cargo de todo?, la tuerta. —Siempre que decía esa expresión, Noe se llevaba una mano a un ojo imitando un parche, y siempre

hacía reír a Sandra—. ¿Quién limpia la casa?, la tuerta, ¿quién hace la compra?, la tuerta, ¿quién los lleva al cole?, la tuerta, ¿quién se viene aquí en verano con ellos?, la tuerta...

Cuando era adolescente el resto del año parecía un paréntesis y el verano en el pueblo, el todo. Sandra contaba los días para las fiestas. Parecía que no fueran a llegar, y cuando empezaban se conjuraba para exprimir cada segundo poniendo en práctica todo lo que había proyectado, y luego, tras cuatro días, sin que se diera cuenta, se desbravaba la juerga y la última orquesta se iba con la música a otra parte consumiendo el verano como el gas de las bebidas efervescentes. Ahora, la sola idea de pisar el baile les daba pánico.

—Mira, tía, el Zacarías, igual ni lo reconoces, eh... ¿Te acuerdas cuando nos daba miedo?

La escuálida figura de Zacarías y su espigada sombra pasaron por el otro lado del río sorteando en diagonal matojos y zarzas. Algo traía en la mano derecha, ¿un conejo?, ¿una liebre? El hombre alzó la cabeza y las dos imitaron el saludo, eeeh.

—Bueno, a mí todavía me da yuyu.

—El Teodoro, ese sí que era bueno. ¿Sabes que cuando se murió vino su hija?

—¿Qué dices?, ¿María Broto? Yo antes la veía en la tele... en la productora, siempre que entra un proyecto miro a ver si está su nombre en la lista de actores, pero creo que ahora hace más teatro.

A las siete el sol seguía abrasando. Un ligero viento se apuntó a la conversación acariciando las palabras, tan débil que pasó desapercibido. Noe le ofreció galletas. Una libélula se posó sobre una piedra. El agua era tan cristalina que hubiera podido dudarse de su existencia. Ayer, cuando vio que su madre iba al cementerio cargada con cubos y flores, sintió una mezcla de culpa y de pena; culpa porque estaba claro que Marisa había preferido *no molestarla*, y pena porque por primera vez la vio caminar encorvada, y constató que también pasaba el tiempo para ella. La libélula cambió de palco. Era típico de Marisa: si la ayudabas todo iba genial, si te hacías la remolona ya no contaba contigo y empezaba con la cantinela de reproches. Debía dejar de comer aquellas

galletas. Desde el balcón la miró con condescendencia, no había tenido suerte con los hombres. Mireia había ocupado el lugar de Sandra, con ella tenía más confianza. Esa manera de su nuera de querer integrarse la sacaba de sus casillas. Qué pesada era, por Dios, ya lo hago yo, espera que te echo una mano, ya quito la mesa. Parecían hechas de la misma pasta. Pese al sol, Sandra levantó la vista a los ribazos, tan verdes, jaspeados por las enormes rocas rojas metamórficas, bajo el cielo aturquesado. Por un momento pensó que sería agradable vivir ahí. Eso era la belleza natural, aquí uno podría vivir sin comerse la cabeza por tonterías. Incluso los pajares abandonados que se descomponían a pedazos tenían su punto.

Para Sandra, su madre desmentía a Noe. Estaba sola, pero no estaba bien, era la prueba de que convenía al menos envejecer acompañado. Noe terminó las galletas.

—No sé qué coño les meten, las traigo para los críos y me las acabo yo... ¿Sabes qué?, ahora me tomaría un gin-tonic...

—Pues esta noche dejas a los niños con tu madre y te vienes a casa y yo te preparo uno o dos o tres y te cuento...

—Planazo.

Quizás el hecho de nombrar un gin-tonic hizo hablar a Noe:

—¿Te acuerdas de aquel verano, el de las cítricas?

—Como si fuera hoy —dijo Sandra.

Al rememorar ese momento Sandra no podía evitar una sensación de fracaso, y reaparecían las ansias ocultas de su ingenuidad de entonces, cuando se creyó la avenencia de la vecina...

—¿Cómo se llamaba aquella...? Anabel, ¿no?

—Sí, y si te soy sincera me acuerdo mucho de ella. Nunca me contestó mis cartas —certificó Sandra con una mueca de fastidio—, pero ya te digo que me marcó... Me leí los libros que me dijo, y estaba también su hermana, claro...

—Ah, sí, qué misteriosa aquella menda, la de las flores...

—Parece mentira que te acuerdes de algo, porque aquel año estabas ocupadísima con José Ramón...

—Ni me lo nombres —le golpeó con el codo—, qué

vergüenza... ¿Qué vería en él? A la memoria le encantan las humillaciones...

—Ahora ya no nos pasa nada así... A veces tengo la sensación de que ya me ha pasado todo, de no haber hecho nada con mi vida en los últimos cinco o seis años..., nada...

—Anda, calla, tú es que ves mucho cine, la de líos que debes de tener.

—Líos sí, pero de cuatro años...

Miguel y Rubén se echaron encima de su madre reflejando cansancio. Aunque los bañadores no estuvieran secos, Noe se puso en pie y empezó a recoger las cosas. Sandra se sintió fuera de lugar. No sabía cómo ayudar. De pronto le dolieron los años de desafección hacia el pueblo y hacia Noe, los años que llevaba sin darle noticias. La veía ordenar la bolsa y vestir a los niños con camisetas limpias, poniendo en cada gesto una atención superlativa, y la admiró. Tuvo ganas de decirle que la quería, que ninguna otra amiga de las que tenía ahora sabía que era alérgica a los frutos secos, que ella la conocía de verdad, pero no pudo, lo dejó para luego.

En la plaza, Noe y los niños pusieron rumbo al barrio alto y ella hacia su casa. Entonces vivió por adelantado la charla y se vio explicándole que unos años atrás había conocido a alguien que no tenía nada que ver con ella y que, para más inri, lo que tenía era novio. Había intentado huir, pasar página, *next*, *next*, como le decía una amiga, pero no había sido capaz, porque cada cierto tiempo reaparecía y seguían viéndose. La atraía demasiado, y, en un principio, la sensación de aventura tenía su morbo, pero luego, la constatación inequívoca de no ir a ningún lado le fue pasando factura a su carácter, pues todo aquello —encuentros furtivos, ambigüedades, temores, recelos— le generaba demasiadas dudas, hasta el punto de repercutir negativamente en su día a día laboral y personal y acabar entregándose a la amargura. Como si se hiciera un esquema mental de lo que le contaría después a Noe, al atravesar el puente dejó que su memoria regresara a un encuentro fundacional demasiado satisfactorio, que marcaría el devenir de la relación con la Equis, y aun más allá.

Lo primero que la invadió al abandonar aquel piso inabarcable de la Bonanova fue el temor a que se fuera de la lengua y el desliz llegara a oídos de profesores. Parecía el mundo al revés: ella no engañaba a nadie, debería de estar encantada y con la conciencia en un limbo después de dos orgasmos. En cambio, a la otra, el hecho de traicionar la traía sin cuidado. Sentada en el vagón de los ferrocarriles aún notaba el temblor en los latidos y, lo que era aún peor, el sabor de su boca y de su sexo en los labios; y en los dedos, que se llevaba una y otra vez a la nariz, pues contenían el olor intenso (y aunque conocido, diferente) que la acompañaba por los túneles como la consistencia de su lengua resbalando con levedad sobre la piel destensada de sus ingles. Por suerte, el curso ya había terminado y la Equis empezaría Derecho, con lo que era bastante improbable que quedara ex profeso con alguna excompañera de clase para decirle «Tengo que contarte algo pero júrame que no se lo dirás a nadie», lo que siempre acaba de la misma manera.

Es indudable que ella cumplió su palabra, no volvió a llamar. Pero la otra empezó a enviar mensajes, qué tal, qué haces, perdona que insista, mensajes que Sandra respondía cordialmente horas después: estoy liada en la productora, terminamos esta semana y casi empiezo vacaciones. Ximena golpeaba al toque: pensaba bajar al centro y me encantaría celebrar contigo el inicio de tus vacaciones.

Sandra fue tan imprudente, tan tonta, que un día en que su madre acompañó a Sergio a unas pruebas alérgicas al hospital, la citó en casa. ¿Cómo se le ocurrió semejante idea? Estaba claro que no quería que la fuera a buscar a la productora, y tirando de su vena pragmática se precipitó a la hora de aportar un plan b. Reaccionó tarde, cuando sonaba el interfono.

—Hola, subo —anunció la Equis.

—Vale, pero solo un momento, que tengo que ir a...

Se juró que no estarían en casa más de diez minutos. Eran las dos de la tarde. Los nervios le habían cerrado el estómago. Los platos preparados por su madre reposaban sobre la mesa cubiertos por papel de plata. Mientras oía sus pasos por la escalera, Sandra

se ruborizó. La vio aparecer jadeante (habría subido de dos en dos, a toda prisa). Reculó para evitar los dos besos de rigor:

—Hola, Ximena —saludó muy simpática y tratando de encajar la siguiente aserción—. Nos tenemos que ir porque tengo unos recados y...

—Vale, vale, pero me das un vaso de agua, ¿por favor?

Entonces la acechó desde una insólita urgencia. Ximena dejó su mochila sobre la primera silla que encontró. Llevaba una camisa a cuadros en tonos azafranados, los pantalones vaqueros negros de la otra vez. Respiraba por la boca y la miraba retadora. Solo tenía ojos para ella, como si implorase vía libre para inaugurar una costumbre. La vergüenza que sentía Sandra por haberla invitado a un cuchitril como ese solo la percibía ella, pues lo que rodeaba su figura, para la Equis, era completamente indiferente. Entonces Sandra se sintió con el deber de ir a la cocina a por el vaso de agua, de no renunciar a sus imposiciones, pero no era tan fácil, por lo que, antes de eso, en un plis plas echó por tierra sus propósitos y se abalanzó para besarla sin permiso. Si a la Equis la asustó el asedio no lo dijo, porque acogió los besos con el gusto de quien lo desea y teme que no suceda, y solo reaccionó cuando sintió la mano de Sandra entrometiéndose entre el botón de su pantalón y el tejido de su ropa interior:

—Espera... —dijo apresando su mano—, tengo la regla... Estoy ya a punto de salir, pero...

—Ah...

Como si ahora se diera cuenta de su exceso, Sandra retiró la mano y se alejó a la cocina, abrió el grifo y, mientras llenaba el vaso, cogió aire:

—Vamos a la galería si quieres...

El sol del mediodía derramaba su dosis de encendimiento. La Equis se atusó el pelo y, desde su silla, se desplazó hacia ella para acariciarle y besarle el brazo, casi a la altura del hombro, sobre la ropa, sin ser consciente de que ese gesto tardaría en borrarse de la memoria de Sandra, pues en aquel momento lo concibió como una muestra de querencia inesperada que decía más de lo que callaba.

De reojo, Sandra la observó terminar el agua.

—Tengo que llevar una cartelería al Teatre Nacional y unos contratos a una distribuidora del Paralelo.

—Me encanta caminar...

Por la calle Aragón la Equis siguió erre que erre: recuerdos de infancia en América, libros que había dejado a medias, la nueva Facultad de Derecho, las futuras oposiciones a notaría, la admiración por su padre, la suerte de amigas que tenía. Era así de egocéntrica, qué le vamos a hacer. Sandra hizo sus gestiones en el teatro y la Equis la esperó sentada en las escaleras. De vuelta le preguntó si tenía planes para esa noche. Sandra dijo que seguramente se iría a cenar a casa de Isa. Ante la evidente pregunta de Sandra, la Equis dijo que ella nunca hacía planes, que ella era más de improvisar y que por eso no sabía lo que haría ni esa noche ni mañana ni al otro. Esa era otra de sus señas de identidad: generar dudas en los demás, hacerse la interesante a partir de no dar nada por sentado. Recorrían la ciudad de una punta a otra. Ximena aseguró que no estaba cansada. A la altura del paseo San Juan, desnuda de prejuicios, alertó de que debía ir al baño de manera imperiosa. Entró en el Snack 55, donde compró una botella de agua. Sandra aguardó en un banco, rodeada de adolescentes que ocupaban la terraza sorbiendo con ansia de grandes vasos de sangría. La Equis salió del bar destapando la botella y, antes de beber, ofreció un trago a Sandra, que aceptó. Siguieron caminando. Ante el escaparate de una tienda de decoración, la lámpara que elogió Sandra a Ximena le pareció un trozo de madera con bombilla. Llegaron al Paralelo, hervidero moruno y popular, donde el ruido del tráfico de un viernes por la tarde se juntaba con una profusión de grupos de chavales con pelo engominado y mirada altiva que planificaban la noche como una guerra ante chicas de edad temprana y pose combativa, acicaladas con alhajas y abalorios. Sandra resolvió su recado. Miró la hora en el móvil, las siete. El concepto de «despedida» se desvirtuaba entre estridencias y humos. Cuando Sandra, junto a la parada de metro Paralelo, preguntó qué quieres hacer ahora, la Equis respondió con otra pregunta: si sabía si su casa seguía vacía o no, y que en caso de que así fuera por qué no iban de nuevo allí. A Sandra le costó

entender el atrevimiento, pero conforme lo asumía se le contraía el vientre y se le enturbiaba la mirada. Entonces sintió el acercamiento de la Equis, que buscó su oreja para susurrar:

—Quiero más...

Con el pulso alterado por una avidez que, como un silbido, venía de antes (aquel primer día en que la vio sentarse en clase) y quién sabe hasta dónde podría llegar, Sandra calibró las intenciones de ella y las combinó con las propias. Tras unos segundos de incertidumbre, con la respiración contenida, obtuvo la recompensa deseada.

—Sí, ya no mancho, no tengo nada....

Sandra entendió sus prisas por ir al baño y miró de nuevo el reloj. Sabía que hasta las ocho la casa estaba vacía. A toda velocidad hizo un cálculo mental y, contra todo miedo, se dejó agarrar de la mano.

—Vamos...

Así bajaron las escaleras, corriendo para no perder el metro que se acercaba, sin saber que esa carrera extrema, de la que el mutuo deseo era esclavo, acabaría siendo una forma de impostura.

Menudo rollo te estoy contando, se oyó decir a sí misma al llegar a casa y saludar a su familia. La mesa ya estaba puesta y, mientras cenaban, acompañados por las voces de la tele, ella siguió pensando en la conversación que tendría con Noe.

Solo las primeras veces en que volvió a la Bonanova y saludó al señor José evocó la figura de su padre. Luego se fue acostumbrando a la Equis, a quererla y a despreciarla, a visitarla a deshoras, a las locuras que lleva implícitas todo flechazo. Cuando Noe le preguntase cómo era esa chica que no lograba apartar de su pensamiento, confesaría que era la típica que cuando iban a un bar dejaba cinco euros de propina y al ver a Sandra asombrada decía «¿Qué pasa?, mi padre deja diez»; o la típica que hablaba de los coches que tenía su familia como si fueran de juguete sin poder concebir que alguien no tuviera, como si los coches te los regalaran al nacer o crecieran en los parkings como plantas; o la típica que a

veces, cuando la veía sufrir, porque eso se irradia igual que la alegría, era capaz de decir «Oye, sufres demasiado, no vale la pena» con una locución de ilustrada que despreciaba. Pero también diría que era la que la había mirado con mayor profundidad y apetito, con la que más había disfrutado en la cama (con ella gozaba por igual del sexo impúdico y del más delicado), la más detallista (cada dos por tres le hacía regalos entregados con ocultación, teniendo buena memoria de sus gustos), la más interesante, la más inteligente, la que atesoraba más sangre fría o la que más locuras había hecho por verla. Y, por supuesto, añadiría que era quien le había despertado una pulsión desconocida que le había hecho, por ejemplo, llevarle día tras día los túpers que su madre cocinaba para ella a la Facultad de Derecho, a veces haciendo malabarismos con los horarios y con los taxis, y solo por el placer de verla unos instantes y entregarle la comida. «Algún día me gustaría darle las gracias a tu madre», decía Ximena en un banco junto a las puertas de la universidad. «Mi madre se cree que son para mí», respondía ella, «¿Y tú qué comes?», «¿Yo?, nada» y se iba deprisa y corriendo para llegar a tiempo a la productora con un agujero en el estómago, pero tan llena. Se unían el deseo y la pretensión de cuidarla. Nunca había sentido por nadie algo similar. Ni siquiera por Lorena. Porque ahora sabía que Lorena había sido un curso introductorio para poder luego gozar y padecer de veras. Y también añadiría que ahora que hacía más de un año que no se veían la echaba de menos, porque creía que con la distancia y la falta de contacto todo se arreglaría, pero no. Cuando quiso librarse ya era tarde, ya había ocupado en su vida un espacio demasiado sustancioso a nivel emocional. ¡Se escribían a diario! Ya no era una fuente de experimentación sexual, era el apoyo. En cuanto salía del sueño pensaba en ella. Era un problema azul. La Equis ocupaba el lugar que antes habían ocupado otros, pues ella, Sandra, no había dejado de ser la niña huidiza que necesitaba de los demás, la que iba a tientas por la vida implorando comprensión ajena a la posibilidad de ser traicionada, tratando de sortear el aburrimiento y de ser «quien era» y no «lo que era» sin mucha suerte, cada vez más impaciente, un verso suelto plantado en una deriva, quién

sabe si impuesta por tantas películas o por tan pocas aventuras.

Cuando apareció Noe, Sandra ya había dispuesto en una bandeja lo necesario para las copas y subieron a la terraza.

—Anda, dame un cigarro, tía —dijo Noe al sentarse—, que delante de los críos no me atrevo...

Una bandada de estrellas titilaban en el manto plateado y limpio del cielo. De algún corral lejano llegaba el eco de la queja de una res mezclado con los reclamos nocturnos de las lechuzas. Una mínima ráfaga de viento erizó el brazo de Sandra. Era tan nítida la noche que se podían tasar las tonalidades del silencio. El rostro de Sandra no disimulaba el júbilo por haber recuperado a su amiga, que, con la copa en una mano y el cigarro en la otra, se repantingó en la silla satisfecha y cruzó las piernas:

—Venga, cuéntame, que me has dejado intrigada.

2

Cuando Ximena le anunció que se iba un año a Glasgow, a Sandra la asaltó una sensación de alivio. En el alejamiento vio el fin de sus problemas. A menudo no podía librarse de la constatación de estar perdiendo el tiempo. ¿Era verdad que vivía esperando?, ¿esperando qué? ¿Qué hacía con ella? Era una pregunta que se repetía pero que a fin de cuentas dolía menos que otra más evidente: ¿qué haría sin ella?

No era un momento de plenitud: las últimas noticias de su amigo Xavi eran que se había mudado a Londres. Cuando se comunicaban, todas las líneas de mensajes concluían con la promesa de visitarlo y la consiguiente omisión. Entre sus clases en el colegio, su grupo de teatro en el Goethe Institut y Ulrike, a la que le había dado por ir al campo los fines de semana, Isa cada vez tenía menos tiempo. O al menos eso quería creer, porque en verdad sabía que la evitaba por vergüenza. La última vez que se vieron le habló de Ximena y percibió en ella cierto hartazgo. Por su parte, Julio, incumpliendo su voto de fidelidad a sí mismo, se había echado una novia diecinueve años menor y al parecer aspiraba a cuidar el amor que creía que le correspondía después de años tirándose a todo lo que se movía. Aceptó ser miembro del jurado del festival de cortometrajes en un pueblo de Huelva y conoció a la hija de los dueños del único hotel que había. Mayte era una joven de veintiún años con ganas de estudiar fotografía que no dudó en aceptar la invitación de instalarse en Barcelona con él. Tras la tercera vez que los vio en el sofá elogiándose mutuamente como dos adolescentes, Sandra dejó de ir, a pesar de entender que su amigo quisiera atar en corto a aquella belleza. Sus amigas de la universidad vivían en pareja y en sus pisos, algunos propios, mientras ella seguía en casa de su madre y trabajando con

sus dos contratos de prácticas. Lo que antes convenía y la llenaba, ahora, cuando el resto de su entorno evolucionaba y elevaba sus sueldos, le resultaba un impedimento. Nunca se había planteado pedir un aumento ni mayor responsabilidad en la productora. Pero al mismo tiempo nunca se había parado a pensar que ni siquiera cotizaba. Como quien no quiere darse por aludido, se dejaba llevar por la comodidad, escudándose en que, claro, como había crecido con tantos aprietos, el conformismo residía en los genes, y así, todo lo que le venía dado —un trabajo, un título, un dinero— lo concebía como un regalo inmerecido. Meses atrás, Prisca le propuso que vivieran juntas. Había encontrado un chollo en la Barceloneta, en primera línea de mar. Dos habitaciones, cocina y pequeño salón. «Mira, mira qué vistas —dijo abriendo las ventanas para realzar la sensación de estar en un barco—: canal vida, aquí no necesitamos tele.» Al principio Sandra aceptó la oferta, e incluso llevó un somier, pero en última instancia no se atrevió a dar el paso, lo que propició el enfado de Prisca. ¡Y con razón!, pues Sandra le había confirmado que sí y a la hora de la verdad, cuando había que soltar media fianza, una mensualidad y embarcarse en la mudanza en serio, cambió de parecer. Era muy común en Sandra este tipo de altibajos. La inseguridad le impedía llegar a acuerdos consigo misma. De nada sirvió pedir perdón aludiendo a excusas de dinero y aduciendo probables atolladeros por abandonar a su madre, la francesa jamás terminó de aceptarlo, con lo que Sandra dejó de ir al Andy Capp.

Ahora Ximena se iba, y no dejaba de ser una buena noticia. Tarde o temprano Sandra debía ponerse las pilas. Ya estaba bien de ser esclava de sus planes, debía ser dueña. Quizás por eso recordó cuando, una de las primeras veces en que Ximena se apartó de ella —nada como la palabra vaivén para definir aquella amistad—, lo hizo mediante un mail en el que leyó:

> ... desde hace un tiempo algo me susurra al oído: con distracciones es imposible pensar, así que necesito limpiar y liberar mi cabeza para tomar decisiones y avanzar en mis metas. Prefiero decírtelo claramente: se apagó la chispa. Perdón si no he sido clara contigo, no he sabido frenarlo, me hacía feliz y no supe parar, lo

lamento, ahora va en serio, y te lo repito para que no haya malos entendidos: se apagó la chispa.

Sin embargo, fue la propia Equis quien, cuando Sandra dejó de llamar, reapareció enviando mensajes y pidiendo citas como si no hubiera escrito nada, mendigando atención y lo que no es atención. Tampoco ella era un ejemplo de equilibrio.

—¿Te vas sola o con tu novio? —preguntó Sandra en una terraza de Gracia, niños correteando alrededor, el cielo pálido de tan claro.

—Sola, pero Jorge dice que vendrá cada fin de semana, y conociéndolo, es capaz.

—Qué bien, felicidades. —Sandra, en cambio, era incapaz de disimular la irritación.

—Es lo que hay... —Y Ximena también era así, incapaz de disimular la prepotencia.

—Lo dejamos entonces... —¿Cuántas veces habría repetido era expresión?

—Bueno, nunca ha habido nada, me refiero a nada serio... Nos llevamos bien, pero tampoco es el nirvana...

—Ah, sí, claro... es verdad, no ha habido nada.

Ximena era una profesional en mirarse al ombligo y en cambiar de tema.

—Es una universidad muy potente, me vendrá muy bien.

—¿No me vas a invitar? —Sandra también era capaz de caer muy bajo.

—No creo que sea buena opción —y Ximena podía ser muy cruel—. Además, te voy a decir una cosa, prefiero ser honesta..., mejor dicho, seguir siendo honesta, porque yo siempre he sido honesta: Jorge quiere ir más en serio...

Claro que Sandra había oído hablar de Jorge, de hecho hasta lo había conocido. La propia Equis se había preocupado de repetir varias veces que su abuelo era el dueño de una multinacional de la alimentación y que a su familia el dinero le salía por las orejas. Jorge y ella habían estudiado en el mismo colegio inglés y sus padres eran íntimos. Era costumbre que cenaran juntos una vez al

mes en el Botafumeiro o el Carballeira, lugares de los que eran asiduos desde que Ximena tenía uso de razón y en los que eran recibidos con entusiasmo y por su nombre («Me hacen la ola», llegó a decir un día). Las familias no solo compartían barrio en Barcelona, también segundas residencias en Alp y Llafranch. Discreto, educado, Jorge van Dulken era un chico brillante en los estudios y con gran capacidad de relacionarse. Cuatro años mayor que Ximena, ya había terminado Administración y Dirección de Empresas en Esade con matrícula de honor y ejercía de adjunto de dirección de Administración y Finanzas en la empresa de un amigo del abuelo. El apellido holandés en realidad era el de la madre, pero a la señora le gustaba tanto que en cuanto pudo lo cambió de orden con el consentimiento del marido porque, según ella, abría muchas más puertas llamarse Jorge van Dulken de Miguel que Jorge de Miguel van Dulken, dónde va a parar. A Ximena le hacían gracia esos dislates y a menudo los ventilaba, quizás con demasiada (o inconsciente) alegría. Tanto era así que los padres de Jorge se empeñaban en pagar cada año la renovación de un título nobiliario que les permitía ser condes de no sé qué, es de suponer que de Van Dulken o de Gebbhart, el segundo apellido de la madre. Después de toda una vida viéndose a diario en el colegio, empezaron a salir cuando Jorge ya estaba en la universidad. Una noche en la que los dos tenían los labios magullados por el sol de las alturas y los músculos tensos tras todo el día esquiando, como si fuera una cuenta pendiente, se liaron en Alp. Antes de que ella le permitiera entrar hasta la ropa interior en un rincón de la discoteca Antiga, Jorge se preocupó de repetirle al oído cuánto había deseado verse así. Ximena sabía que sería la envidia de sus amigas, pues Jorge ocupaba no pocas conversaciones. Tan emocionado estaba que el fin de semana siguiente le regaló un viaje a París. Cuando Ximena entró en la habitación del hotel Saint Jacques de la rue des Écoles, sobre la cama halló un ramo con diecinueve rosas, como los años que cumpliría en breve, y la invitación para cenar esa noche en Le Grand Colbert. Así las gastaba Jorge. Menuda declaración de intenciones. Eso sí que daba vértigo. Esto es lo que nos espera, parecía querer decirle mientras desde el taxi señalaba

la otra orilla del Sena y, en un francés impecable, bromeaba con el chófer preguntando a qué hora suspendían la luna entre las torres de Notre-Dame para hacerse el selfi. Era un chico tan responsable en los estudios y en el trabajo que parecía adulto antes de tiempo. Vivía ajeno a su belleza física y al flirteo y las oportunidades le caían del cielo sin buscarlas. Había tenido novias, claro, a las que había terminado por dejar como si solventara una diligencia y sorprendido del consiguiente disgusto generado en ellas. Con Ximena le unía la afinidad desde que eran niños. Había presenciado sus cambios hormonales, su desarrollo físico y el clamor que despertaba ese cuerpo en su círculo de amistades. No era de extrañar, pues, que aun siendo tan joven, quisiera formalizar la relación, cosa que la Equis había tratado de evitar, pues no estaba segura. Toda aquella parafernalia de viajes y regalos le parecía ridícula, ella no era así, pero él era Jorge van Dulken, un partidazo, y estaba loco por ella. Lo dejaban, volvían, lo dejaban. Si Jorge aprovechaba para ir con otras y se lo hacían saber, la indiferencia de Ximena aún lo encendía más. Lo mareaba como quería, pero ante su insistencia siempre acababa cayendo de nuevo.

Al principio Sandra no indagó en la relación, pues aquella puesta en escena le resultaba más propia de película de ciencia ficción. ¿Era esa la realidad o había algo más?, ¿cómo era posible que la Equis que ella conocía tuviera esa otra vida de novela rosa? No concebía que existiera gente tan joven con tantos recursos. Pero la propia Equis se encargó de esclarecer el asunto como si fuera dejando migas de pan en el sendero que lleva a casa. Es romántico. Solo tiene ojos para mí. A veces es un poco empalagoso, sí, y posesivo, pero nadie es perfecto... Pequeñas pinceladas que luego, en soledad, Sandra pasaba a limpio y analizaba. Ahora, cuando se iban a separar y no había vuelta atrás, se vio con libertad para preguntar abiertamente:

—Pero, no sé, tu rollo con este Jorge es raro y dura mucho, ¿no? ¿Estás enamorada de él? Todo es tan precipitado...

Ximena, como era habitual en ella, se tomó su tiempo para responder.

—Yo no quiero comprometerme, pero es que mi padre está encantado... Y el día que se lo dije a mi madre me soltó estoy tan feliz que más te vale que sea el primero y el último. No sé... Con él es todo tan fácil, tan cómodo... —Retiró la mirada de Sandra para posarla en el suelo de la plaza, luego añadió—: Como contigo, a veces..., pero no sé..., va muy deprisa, él es así, precoz en todo...

Sandra respiró hondo. Le había gustado escuchar aquel reconocimiento de afecto. Cuando Ximena tenía estos detalles, Sandra creía que compensaba vivir pendiente de ella. Una simple frase cambiaba su percepción de las cosas. Una niña daba de comer a unas palomas ante la queja de su madre, que le rogaba que se apartara de ellas.

—¿Por qué no me habías dicho que te ibas?

Sandra miró a la niña como si mirara a su infancia suburbial. Por Verdi aparecieron unos okupas dispuestos a montar un tinglado.

—¿No te lo había dicho? —Ximena respondió con otra pregunta, algo poco habitual en alguien tan seguro de sí mismo.

Se hizo un silencio de los que regalaban tiempo para pensar.

—¿Pero tú quieres que vaya cada fin de semana? —preguntó Sandra dando por hecho que sabía a quién se refería.

—No lo sé...

—¿Y por qué no se lo dices?

—No es tan fácil.

No estaba acostumbrada a ver dudar a Ximena. Esa flaqueza no solo la humanizó, también hizo que por primera vez su imagen de triunfadora irradiara fragilidad.

—Tengo que distanciarme de muchas cosas —insistió Ximena sin que nadie le preguntara—. Me apetece estar sola, si va a venir cada viernes no me ayuda mucho, pero no puedo hacer nada...

—¿Estoy yo entre esas cosas?

—Puede ser...

A Sandra le tembló el labio y rescató de la memoria un episodio del primer año de romance, cuando tuvo que llevar a Madrid una documentación y llegó apuradísima a la estación de Sants. Mientras el tren se alejaba y se escribía impacientes

mensajes con la Equis, una mano le tocó el hombro por detrás acompañada de una voz: «Toc, toc, ¿hay alguien?», y se giró con el corazón en un puño para verla. Fue tanta la emoción, el estupor, que a pesar de estar en un vagón repleto la abrazó y le besó el cuello. Todo era intenso. Así era la Equis, capaz de cualquier cosa. El amor era un remedio que devolvía a Sandra a la senda del equilibrio. De camino a la cafetería del tren, al ver la puerta de un baño abierta, las dos pensaron lo mismo y dejaron el café para más tarde. En Madrid fueron al ICAA a entregar los papeles para una subvención a toda prisa y en cuanto pudieron se encerraron en el hotel con sándwiches de Rodilla. Sandra se duchó convencida de que su excitación justificaba de sobra la existencia. Ya entrada la noche, después del tercer orgasmo —el suelo lleno de servilletas, la televisión encendida, toallas humedecidas sobre las sillas—, Sandra, con la relajación que otorga comprobar la satisfacción en la otra, y con la convicción de que gozaba de veras, se atrevió a preguntar.

—¿Qué te gusta más?

No hizo falta que especificara. En aquella época no había vergüenzas ni impulsos que controlar.

—Me gusta todo.

—Aaaahhh, uuuuhhhh, me gusta todo, la carne y el pescado, vaya, vaya con la fiera... ja.

—¿De qué te ríes?

—No me río.

—Te estás riendo.

—Anda, dame un beso —y la abarcó con el brazo para luego volver a posar la mano en la barriga de Ximena y apresarla como si dibujara en ella el contorno ondulante de un secreto.

—Estoy gorda.

—Mi panchetina...

Era tan común que se rieran así y ver el vaso de la vida rebosante que ni siquiera tenían cabida titubeos a la hora de expresarse. Luego, con las luces apagadas, siguieron estrechándose, hablando en voz baja sin saber por qué. A través de las rendijas de la persiana se percibían brotes de luz artificial. La noche era una

invitación a las confesiones y a romper los horarios. Cuando tenían ocasión de dormir juntas, Sandra cometía la imprudencia de proyectar y pensaba que parecían una pareja que, desnuda, se comportaba como una pareja, pero que en verdad no lo eran. A punto de entrar en el duermevela, dijo que antes se había reído porque su manera de decir que le gustaba todo le había recordado a una escena de *Espartaco* que había sido censurada y que Julio puso una vez en clase: el gran elogio de la bisexualidad de la historia del cine, cuando Craso le preguntaba a Antonino, su esclavo, si consideraba que comer ostras era moral y comer caracoles era inmoral, para luego confesar que el gusto no es lo mismo que el apetito y que entre sus gustos se incluían las ostras y los caracoles.

—Me has recordado a Laurence Olivier.

—¿Y ese quién es?

—Uno que era muy guapo, te gustaría, a mí no, yo solo como ostras.

Entonces Ximena se dio media vuelta para tener el rostro de Sandra al alcance de su boca. La besó de nuevo. Le echó atrás el flequillo. Parecía que iba a decir algo, pero ahí se quedó el impulso. Volvió a darse la vuelta y se llevó consigo la mano de Sandra para posarla en su vientre.

Seis horas después, cuando la luz que arañaba la estancia ya era natural y concedía al ambiente una tonalidad de sacristía, Ximena volvió a requerir la mano de Sandra, pero en esta ocasión para guiarla mansamente hasta el flujo almibarado en una noche al calor de la ropa interior que destilaba por abajo, allí donde tan bien sabían buscarse la vida aquellos dedos en los que confiaba como en el mejor amigo. Después, todavía envuelta en el estado febril del espasmo matutino, le devolvió el favor con intereses, haciendo uso de una predilección demasiado real como para que Sandra pudiera olvidarla. Sí, le hablaba a través de gestos. Porque cuando le mordía los pezones, le erizaba la piel del lomo, le lamía las ingles, le levantaba las nalgas y la embadurnaba de saliva antes de acariciarla con la lengua y de frotar con agitación y rabia el clítoris, le estaba diciendo quiero que te acuerdes de esto cuando

no duermas conmigo y te toques sola, y que te contraigas así, y que grites así, y que te corras así, como ahora; y asistía feliz al clímax, aún con los dientes apretados, controlando a duras penas la tentación del insulto.

Antes de bajar a desayunar, cuando con las fuerzas justas se iban vistiendo guiadas por una modorra que reclamaba vitaminas, Ximena habló:

—Ayer no te dije la verdad...

—Sobre qué. —Sandra se abrochaba los cordones y alzó la cabeza.

—Sobre mis gustos. —Ximena, vestida con la misma ropa del día anterior, se secaba las puntas del pelo con la toalla.

—¿Y eso? —Se puso en pie.

—Me gusta todo, sí, pero con Jorge no me corro como contigo. —Entonces lanzó al suelo la toalla, la que acto seguido recogió Sandra y dobló en cuatro como había hecho con todo lo demás.

—¿Por qué la recoges si van a venir a limpiar?

—Da igual, cosas mías... Y no hablemos de eso ahora...

A Sandra no le gustaban ese tipo de conversaciones. Jamás quiso indagar sobre si había sido la primera chica para Ximena, pues en caso afirmativo le parecía un peso demasiado grande, porque incluía el riesgo evidente de que no fuera la única o de que con el tiempo requiriera variedad.

—Es mejor hablarlo... Te he explicado que me siento atraída por él, no sé, pero no por el sexo, eso no es lo mejor; me cuida, me siento querida, pero es metódico, va a la suya, si no me ayudo yo, no disfruto nunca. Contigo, en cambio, es al revés, disfruto siempre... Con otros tíos sí, pero con él nunca he tenido un orgasmo sin tocarme...

Salieron al pasillo y bajaron en ascensor a la sala de desayunos. Con la mesa llena de más cruasanes de los que iban a comer, la felicidad de la noche se derramó por los bordes. Ximena rechazó la caricia de la mano de Sandra y miró alrededor para decir pero qué haces, aquí no y volvió a ser la de siempre:

—¿No te gustaría hacerlo con más chicas a la vez, con dos o

tres?

—¿A qué viene eso ahora?

—No sé, por saberlo, podemos hablar de ello, ¿no? ¿Te molesta?

Ese era el problema, que a Ximena todo le daba igual. Claro que Sandra se preguntaba quién era ella para fiscalizar los deseos de nadie, pero era incapaz de controlar sus impulsos de posesión y creía que ese tipo de conversaciones llevaban implícita la constatación de que ella no era suficiente.

—Pues no, nunca lo he hecho, y no sé si me gustaría...

—Pues a mí sí, con dos chicos, y también con dos chicas, fantaseo con eso a veces...

Sandra sorbió el café con desdén y con la mirada baja rastreó la mesa —mantequilla, migas, bollería, piel de kiwi— esforzándose por no exteriorizar el dolor que le había borrado el hambre, preguntándose en qué momento la plenitud de ayer empezó a quedar vacante de nuevo. Tragó saliva y trató de recordar si tenía paracetamol en el neceser. Ximena seguía comiendo como si no hubiera pasado nada, o como si le importara lo más mínimo que hubiera pasado algo. Ella era así. Qué capacidad tenía para desbaratar los momentos buenos que compartían. En la sala reinaba una indolencia de gente bien comida en la que no podía verse reflejada. Ayer todo era intenso. Hoy volvían la exigencia, la queja, el descontento, la inseguridad. Para la Equis el sexo era como un saludo de cortesía, una llamada de a ver qué tal. ¿Por qué ella no lo veía igual cuando con otras chicas sí que lo había vivido así?, ¿por qué con otras el regocijo de estrenar un cuerpo duraba una noche y de ella no se saciaba? No era la primera vez que Sandra se quedaba sin voluntad de hablar, expulsada de absurdas ilusiones. Y esos silencios tan espesos parecían un ritual de indecisión, de cobardía.

El olor de un *frankfurt* en una mesa cercana le despertó el hambre, pero se encendió un cigarro. Había pasado mucho tiempo desde aquella sensación que luego, para Sandra, devino costumbre.

Ahora le decía que también quería escapar de ella, perderla de vista. Ximena era especialista en generar malestar a partir de arrebatos de sinceridad creyendo que hacía un favor. Así, la imaginó entregada a dos escocesas, dejándose engatusar en un salón de té, antes de ir a la cama a perder los límites de la decencia en la amplitud del vicio.

—¿Tampoco a él le has dicho nunca que lo quieres?

—Sabes que nunca lo digo —levantó los hombros—. No sirve de nada...

—¿Y él? ¿Te lo dice?

—Todo el tiempo... Pero no me parece un tema interesante...

—Eres tú quien lo ha sacado...

Ximena era consciente del poder que tenía sobre Sandra cuando la ignoraba. Por eso se podía permitir no responder si no le venía en gana, como ahora, y cambiar la conversación o mirar al vecino y levantarse para pedirle papel y filtro.

Después de liar el piti, de primeras le soltó que Jorge van Dulken ganaba, entre fijo y variable y bonus, doscientos mil euros al año. Y que estaba esperando que Ximena terminase de estudiar para ir a vivir con ella a uno de los áticos de su familia cerca del Turó Park, que era una ida de olla. Pero que, fíjate lo que son las cosas, eso no la llenaba, ella quería viajar, ella quería vivir del aire, porque estaba convencida de que podría ser más feliz en un cuartucho de una casa de piedra de las islas de Aran que en un *penthouse* de 230 metros cuadrados con servicio. Sandra sabía que en breve diría que lo que a ella le gustaba era ir descalza, ponerse ropa que sus amigas ya no usaban e ir en bici a todas partes. Y en efecto, así fue, repitió lo mismo y añadió algo sobre la desconexión, el placer de mojarse bajo la lluvia y el desprecio por el dinero, algo que, como se consideraba tan joven, no le interesaba en absoluto. Para Ximena el apego por el dinero llegaría más adelante, como llegarían la madurez, las obligaciones, el cansancio o los hijos, y no le gustaba que Jorge hablase de ello todo el rato o que ella, Sandra, y perdón si te molesta que te lo diga, siempre mirase con tanto detenimiento los precios de las cartas de los restaurantes con una especie de temor antes de entrar,

o ya sentadas, cuando a ella le traía sin cuidado todo eso y podía comer un kebab en un parque sobre la hierba, y descalza, obvio.

Cuando escuchaba ese tipo de detalles, Sandra quería mudarse a otra vida. Ella nunca había oído hablar de sueldos anuales ni nada por el estilo y su único objetivo, cuando escogía un restaurante para ir con ella, era satisfacerla. No había reparado en que hacía el ridículo por sacar cuentas mentales antes de pedir. Le costaba disimular esa congoja conocida que le endurecía el estómago y que se llevaría consigo, que se le quedaba ahí durante horas, pero aún le dolía más caer tan bajo y no ser capaz de levantarse e irse.

A decir verdad, era Ximena la que se iba y la que tenía un novio que le había ofrecido un precontrato, aunque fuera ficticio. Si alguien tenía problemas era ella. Pero Sandra también había participado con Lorena del circo absurdo del enamoramiento y sus convenios. ¡Otra vez las novelas de Jane Austen, otra vez *Gertrud*, otra vez Petra von Kant! Tenía que dejar de ver la vida a través de tantas escenas y tantos finales, ya fueran felices o crueles. La dicha que experimentaba al entrar en una cama con Ximena no podía ser un remedo de la dicha de las puritanas de Austen cada vez que se les presentaba el hombre de sus sueños en un baile o en un vericueto de la campiña inglesa. Debía exigirse contención, mostrar seguridad. Y así, viendo cómo la Equis hablaba sin mirarla, y aunque ella estuviera simbólicamente arrodillada, Sandra sintió algo parecido a la compasión por ella. La expresión de Ximena delataba inquietud. Era el rostro de alguien que anunciaba que se iba como si dijera la hora y llegara tarde a una cita que ni le va ni le viene. Y fue en ese instante cuando por primera vez la contempló con la mente más que con los ojos, y su pensamiento se detuvo a mirar más allá de sí misma. Y es que, a diferencia de ella, la Equis no buscaba la misericordia de los demás. La Equis era madura para gestionar ella sola sus problemas. ¿Y si lo que hacía era huir por no poder sostener más el doble juego y los andamios de la mentira? Porque ahora que Sandra se detenía a pensar en si ella sufría, entendió que la Equis llevaba cuatro años mintiendo por ella. ¡Cuatro años mintiendo por ella!, ¡todos los días! ¿Quién

haría algo semejante sin sentirlo? No, no era Sandra la que vivía entre dos aguas... ¿Era posible que fuera tan egoísta como para en ningún momento hasta ahora haberse puesto en el lugar de la otra?

A partir de entonces sucedió algo inesperado, porque hasta unas horas antes de que Ximena tomara el avión se comunicaron a diario pero no volvieron a acostarse. Con la revelación de la partida el apetito sexual cayó en punto muerto y la amistad quedó a expensas de la distancia venidera. La idea de la separación tuvo un efecto benéfico en Sandra. Si hubiera sabido que el deseo se regeneraría o que el atractivo de la Equis se vería incrementado con la edad, quizás no le hubiera dolido leer el mensaje de despedida: «Perdón por el daño que te he causado. Mi panchetina te echará de menos. Tu recuerdo es luminoso, no te preocupes. Sé feliz».

3

La primera decisión que tomó fue ir a visitar a Xavi a Londres. Aunque la distancia geográfica los había separado, Sandra lo seguía considerando el amigo al que nunca podría negarle nada, con el que hay un pacto no escrito de fidelidad por haber crecido juntos y haber descubierto la vida antes de que la vida los llevara a cada cual por su lado. Y Xavi insistía en que se aireara un poco, que aunque Londres no fuera el escenario de su idolatrada Austen, tenía mucho que ofrecer.

Avisó a Julio de que iba a su casa a por la guía que le prometió. Le gustaba escuchar a su colega porque a través de sus anécdotas en Nueva York ella se veía viajando y, en cierto modo, se proyectaba en un hipotético futuro sacando un rédito semejante de sus propios tropiezos, de su bulimia de cine o de su promiscuidad. Sonaba la *Simple Symphony* de Benjamin Britten y Sandra entendió que era una indirecta.

—Antes de ir a Londres, nada como Britten y Pears...

Tantas veces le había contado la historia de amor de aquel compositor y aquel tenor que no se atrevió a decirle que aún no había visto el DVD del documental *Hidden Heart* que le había prometido que le devolvería. Contra todo pronóstico, Mayte no estaba en casa, lo que a Sandra le daba mayor confianza. Sin ella podía despotricar de lo que le viniera en gana, descalzarse, abrir la nevera y fumar sin tener que asomar medio cuerpo a la ventana como la niña sugería que hicieran porque, ay, le molestaba el humo, y ahora Julio se había convertido en talibán. La música de Britten insuflaba una sensación de bienestar que vivificaba. Sabía de la costumbre de Julio de escuchar esa pieza cada vez que iba a Londres, como si se acercara a un mito fundacional, y de cómo había aprendido inglés con un disco de Britten y Pears en el que

cuestionaban las convenciones sociales de hombres y mujeres a partir de canciones tradicionales que hablaban precisamente de que el hombre estaba hecho para la mujer y viceversa y para nada más, ellos, ¡la pareja gay más admirable y militante! Así era Julio, tenía soluciones para todo. La primera vez que en clase dijo que le encantaba *Cuatro bodas y un funeral*, los alumnos lo vieron como una muestra más de sus excentricidades, luego algunos la vieron en secreto y también en secreto le mostraron reverencia. Debió de ser parecida a la que le mostró él a Sandra cuando esta le anunció que en la productora la habían ascendido a coordinadora de producción, con lo que muy probablemente aumentaría su ritmo de viajes. No le habían dicho nada de subir su salario ni de modificar el contrato, pero a cambio le daban días libres y, sin duda, era un trabajo más excitante. En unas semanas debutaría en el Festival de Berlín, que era similar a una feria comercial. Además, ayudaría a su jefa a vender proyectos, conseguir inversiones y encontrar distribuidores. Al participar en el desarrollo de ideas también tenía que leer guiones. Pero, por lo pronto, se iba a Londres.

—Así que vas a ver al gran prosista...

Había algo en Julio que rivalizaba con Xavi y eso, al fin y al cabo, incomodaba y gustaba a partes iguales a Sandra.

—Ahora escribe poesía...

—Oh, un poeta, la poesía, la morada luminosa que siempre dice la verdad. —Esa manera de hablar, entre la burla y el desprecio, acrecentó en Sandra la convicción de que las cosas podían torcerse a las primeras de cambio si no se iba de ahí.

—Envió un poemario a un premio, pero no sé si le habrán respondido...

—¿No lo ha ganado? Qué raro..., creo que tiene de poeta lo que yo de cura.

—¿Por qué dices eso? ¿Por qué te cae tan mal si no lo conoces?

—Por lo que me cuentas de él... No me fío, me parece que mira más al exterior que a sí mismo. Yo creo que a veces hasta la lucidez tiene que tener unos límites..., y este chico se cree que la

suya no los tiene... ¿Y dónde vive, por cierto?

—En Seven Sisters...

—¿Quéee? —preguntó de modo petulante, snob, mientras se ponía en pie para seguir a Sandra—. Qué horror... Mira, te voy a dar el teléfono de una amiga..., y si la necesitas por lo que sea, ya sabes. Se llama Cathaysa, es canaria, nos conocimos en Nueva York y vive en Londres desde hace cinco años... Te va a caer genial... Coca, ácido, MDMA, lo que quieras... Practica el mal y se rodea de buena casquería. Y toma, el *Routard*, que no se te olvide. Y recuerda, verso suelto: no hay amigos, solo momentos de amistad, que no es lo mismo.

4

Xavi la esperaba en Piccadilly. Xavi. Cuánto tiempo. Todo de él la intrigaba. El cariño y la admiración por él eran sinceros y venían de tan lejos. En los últimos años había peregrinado de aquí para allá y, la verdad sea dicha, estaba lejos de ella. Pero quizás por eso la devoción superaba al afecto. Ella era casera, sedentaria, asustadiza y doméstica. Xavi, aventurero, *rodamon* y, sobre todo, independiente. Sandra era racional, tenía fijación por los datos, por lo tangible, por el sueldo fijo aunque fuera escaso. Xavi se reía de ella porque cuando iban al colegio, en segundo de EGB, les preguntaron qué querían ser de mayores y ella respondió, ¡con siete años!, «Funcionaria». Siempre le recordaba que esa respuesta definía su manera de ver la vida. Ella era pájaro en mano y él era ciento volando. Y es que Xavi se decantaba por los azares mundanos, el desarraigo voluntario, la huida y un marcado desapego hacia la sobriedad expositiva. Enemigo de la timidez y de los tímidos, se mostraba tal como era, su naturalidad le convertía a veces en insolente, otras en ridículo centro de atención y otras, hay que decirlo, hacía que entrara por los ojos, sobre todo a las chicas. Como los avatares que construía con palabras, llenos de humor amargo, su modo de ser se debatía entre el cinismo, un gancho innato y la cordialidad. Solo Sandra podía saber que su carácter guardaba zonas sombrías, las había vivido en Oporto. Pero tampoco ella era intachable, pensaba ahora sentada en el tren Heathrow-London, que a toda velocidad atravesaba un paisaje desvaído, sin quitar ojo del móvil, consultando por inercia el estado de Ximena y dudando entre escribirle o no, entre decirle estoy casi en tu país de residencia o quedarse callada y evitar desplantes.

El resentimiento por no haber tenido una familia que ella

considerase normal, obligada a superar aprietos, la hacía permanecer alerta antes de entregarse a los demás. Conforme cumplía años, y los treinta ya no los cumpliría más veces, se iba volviendo una persona de trato más difícil. Antes se consideraba abierta, sociable. De pequeña sobraban las amigas. En la facultad hizo relaciones enseguida. Pero fueron de consistencia inocua, papel maché, fugaces e irrecuperables. Quedaban Xavi, Isa, Noe en verano y Julio. Nadie más. Tenía la sensación de que las personas pasaban por su vida cada vez más deprisa y con menos ganas de quedarse. En el viaje a Oporto conoció a Ana Paula. Nunca más se supo de su encanto. En el Andy Capp se acabó enrollando con Prisca. Ya estaba fuera de la lista. Había dejado de salir con la gente de la productora porque las tres veces que lo había hecho habían terminado hablando de la gente de la productora que no había venido y sentía que los cuchicheos lo contaminaban todo igual que el dinero. Debía admitir que en los últimos tiempos había apostado todo el deseo al mismo número, una equis provocativa, con tendencia al distanciamiento, farándula de la crueldad, malabar que acaba abrasando. Pero, claro, cuando el sexo brotaba, el flujo era denso como la melaza, y todo aquello —los gemidos, las salpicaduras, las duchas compartidas, cómo se mordía el labio segundos antes de correrse con aquel mohín que imitaba la desazón, la textura del placer, la panchetina— permanecía adherido al recuerdo como un pringoso prodigio que por mucho que se intente borrar resiste, a la vista y en relieve, brillando como una luciérnaga.

Por delante tenía una semana para reencontrarse con un amigo y volver a sentir la complacencia de perderse en un mapa sin llegar tarde a ningún sitio. Por el momento, Londres era la inabarcable estación de Victoria y todas las emergencias del mundo, entre las que se dejó llevar hasta caer en las profundidades del metro, donde se lio lo que no está escrito. A su manera algo le había advertido Xavi: «En metro pillas Oyster Card, te espero Piccadilly Circus, salida plaza». Menuda capacidad pedagógica.

—Quería quedar aquí para así enseñártelo de primeras, porque yo no suelo venir mucho a la *city* —dijo después de

abrazarla.

—Genial..., cómo mola esto, ¿no? —certificó Sandra apreciando en redondo los colores de la novedad—. Es mejor que en las fotos.

Xavi tuvo el detalle de ofrecerse a arrastrar su maleta.

—Podemos comer en una terraza de Covent Garden o del Soho, ¿tienes hambre?

Con paso ligero, Xavi le mostraba las cosas a su aire: esto es Piccadilly; mira, por allá arriba está Oxford Street; por allá abajo llegas al Big Ben y a Westminster, donde enterraron a Dickens, y por allí están la librería Hatchards y el teatro Globe, donde empezó Shakespeare...

—Pareces un guía, qué es esto, ¿un viaje organizado en El Corte Inglés? No me das tiempo ni para hacer fotos...

—Ya volverás, es solo para que te sitúes.

—¿Y no me podrás acompañar?

—Es que se tarda mogollón. Al principio venía, pero ahora me da pereza.

—Tengo apuntadas un montón de cosas, mercadillos, parques, museos...

—A mí me interesa el Londres de los pakis, donde nació el *glam* y el punk y tal... ahí si quieres te acompaño el sábado.

—¿El de *Mi hermosa lavandería*...?

—Casi...

—Oh, me encantaría fotografiar una *laundrette* como la de la peli.

Sandra estaba muy de acuerdo con todo lo que veía, ya fueran anuncios de desayunos copiosos o el sol gris, cuyos tenues rayos acariciaban altas buhardillas de madera. No había fantasmas de Sherlock Holmes ni niños dickensianos, pero sí anchos puentes y músicos ambulantes cantando temas de Oasis y Pulp, trileros rodeados de timadores que contaban peniques y miraban por encima del hombro al resto, tiendas abiertas y policías ordenando el tráfico que parecían sacados de escenas de películas y que, por supuesto, se veían rodeados por enormes autobuses rojos.

Aunque la terraza estuviera vacía, Xavi escogió la mesa más

alejada de la puerta y más cercana a la esquina. Dejó la maleta y suspiró:

—Londres es genial, lástima que sea tan caro. ¿Has cambiado dinero?

—Sí, esta mañana, en el aeropuerto...

Un camarero se acercó y Xavi, en un inglés que Sandra consideró impecable, pidió tres pizzas sin consultar la carta.

—¿Tres?

—Estoy muerto de hambre. No te preocupes... —Sandra sabría luego que se refería al precio.

Mientras lo repasaba pensó que, aunque flaco, desgreñado, sin afeitar y tan pálido, Xavi conservaba su carisma. Las uñas, eso sí, se las seguía mordiendo y daba no sé qué verlas de cerca.

—Oye, luego, cuando te vayas, me das la Oyster Card. Así la puedo revender...

—¿No estás trabajando?

—Más o menos, tengo dos paros y hago apaños con puros...

—¿Qué?, ¿dos paros? ¿Qué haces con los puros?

—Sí —se explicó—, habanos, Cohibas robustos, me los consigue una amiga cubana. Los revendo por más del doble... Y luego tengo un pasaporte falso en el que me llamo Xavier, y en el otro me llamo Javier. —La cara de Sandra denotó alarma—. Eh, no te asustes, y no me des la brasa, ¿eh?, relaja la raja... que no estoy para sermones, bastante tengo con mi madre.

Lo último que había sabido de él fue que la relación con Audrey había acabado peor que mal. Luego, unos colegas que ya vivían aquí le ofrecieron un trabajo de *housekeeper* en un hotel y se instaló con ellos. Lástima que a las dos semanas lo echaran, pues a través de una cámara de vigilancia lo pillaron fumando maría tumbado en la cama de una de las habitaciones que debía limpiar, lo que ahora le hacía mucha gracia y lo contaba como una heroicidad. Tras el hotel vino un restaurante mitad japonés mitad brasilero, donde aprendió a hacer sushi de fusión, y después el paro. Daba clases particulares de español. Se había matriculado en un posgrado en Literatura Victoriana y seguía escribiendo.

Llegaron las pintas y brindaron. Sandra dio un trago a la

cerveza y dibujó una mueca de desapego.

—Creo que me mareo, demasiado temprano para mí...

—Ah, bueno, pues ya me la bebo yo.

Cuando apareció la comida Xavi ya se había ventilado su pinta. La terraza se atestó en un visto y no visto: unos con aspecto de agentes de seguros y otros claramente *yuppies* solitarios con teléfono. En el suelo, unas palomas ciegas, conocedoras del terreno, se peleaban por la mejor salida hacia las sobras. Al verlo comer, Sandra se percató de que su amigo vivía en su mundo y de que o se adaptaba a él o la semana no acabaría bien. Cada porción de pizza demoraba segundos en sus manos. Solo engullía la parte central, por lo que en su plato se amontonaban restos de bordes tostados. Terminó una pizza y empezó con la otra. A dos carrillos, relamiendo los restos de queso y orégano que se le pegaban a los labios. Sandra pensó en el dolor de barriga que podría causarle a ella comer tal cantidad con semejante avidez, pero calló. Ni siquiera pudo terminar la suya. Ante Xavi se erigía un volcán de masa quemada. El plato de Sandra contenía apenas cuatro migas. Le hubiera gustado atreverse a preguntar por qué hacía eso.

—¿Has terminado? —preguntó él, repantingándose en la silla, las manos en la tripa, como quien reposa después de un gran esfuerzo, sin quitar ojo a la entrada del bar y a los movimientos de los camareros.

—Sí, yo por mí sí.

Xavi corrigió su postura. Miró hacia atrás. Luego apoyó los codos en las piernas.

—Bueno, pues ahora hay que correr, ¿vale?

—¿Qué? —preguntó Sandra como si no hubiera entendido bien mientras abría el bolso buscando el tabaco.

—Cuando me veas salir, me sigues.

—De qué estás hablando, Xavi.

—Hazme caso...

Xavi arrastró la silla para separarse de la mesa. Levantó la empuñadura de la maleta y probó a bajar y subir la barra que, en última instancia, dejó cerrada antes de asegurarse de que podía cogerse por el asa sin complicaciones. Se cercioró de que no le

faltaba nada en los bolsillos y de que Sandra, aún amedrentada, devolvía el tabaco al bolso y, como si revelara una contraseña al portero de un local clandestino, dijo:

—Ya, sígueme, no corras hasta que lo haga yo...

Xavi se puso en pie y se fue alejando con pies de plomo... y, en cuanto dobló la esquina, como un poseso se dio a la fuga con la maleta en la mano para evitar que el ruido de las ruedas rayara la acera, recibiendo la brisa en la cara, sorteando viandantes y semáforos, esquivando buzones y señales y, cuando ya se veía a salvo, gritando «¡¡Seeeeeeeee!!» igual que un demente, atrevido y feliz por demostrar a su amiga, que no había tenido más remedio que imitarle, cómo se podía vivir del pillaje.

—¡El siete!, ¿te lo dibujo? —dijo con una gran sonrisa al terminar la carrera, las manos en la cintura, expulsando aire ante las escaleras del metro mientras Sandra, sofocada, superada por el esfuerzo, la mano en el pecho, aún no daba crédito a lo vivido.

—¿De qué hablas?, ¿qué es el siete?

—El siete es esto —aún respiraba por la boca—, es mi religión, es lo que aprendes en Seven Sisters... venga, vamos a Holborn y así te enseño un par de cosas antes de ir al barrio.

Sandra entendió que para Xavi el siete era ser avispado, tener dos nombres, vivir a salto de mata, hallar recursos para todas las trampas que dispusiera el camino. Cada vez los separaban más cosas, pensó ella, en el vagón que los conducía a Seven Sisters, cuando entre ellos se hizo fuerte el silencio y el cansancio del día empezaba a manifestarse en las piernas. O tal vez era ella la que se había anquilosado viviendo con mamá. Porque vale que él sobreviviera a trancas y barrancas, pero ella lo hacía a cuerpo de rey. Xavi no pedía dinero en casa, y ella, en cambio, era una mantenida cuyos dos sueldos eran íntegros para sus caprichos, su ropa, sus viajes, sus libros, sus iPod, sus fiestas, sus cines. Mientras leía el nombre de las estaciones como si pretendiera ubicarlas en su mapa mental, Sandra pensó que, si se dedicaba a compararse con Xavi, saldría perdiendo, pues además su vida era mucho más excitante. No había color. De hecho, ahora mismo se moría de ganas de contar a Isa o a Julio que con todo su morro había hecho

un simpa después de hartarse de pizza. Y el recuerdo de la adrenalina segregada al seguir a Xavi calle abajo, que aún le oprimía el estómago, permanecería en su memoria como un dulce souvenir.

—¿Estás con alguien?

—Estoy con varias —Xavi recogió el guante—: una letona, una china y una de Segovia que me mola bastante pero pasa de mí, bueno, no es que pase, es que creo que no le molo tanto... ¿Y tú?, ¿qué tal con aquella?

—Se ha ido a vivir a Glasgow... Todo se ha terminado, me dijo claramente «Se apagó la chispa».

—Ya, pero eso te lo había dicho otras veces, ¿no?

En ese instante, Sandra, quién sabe si por cansancio o por la necesidad de afecto, o a causa de la felicidad que circulaba por su cuerpo al ser consciente de dónde estaba, apoyó su mano en la pierna de Xavi y recostó la cabeza en su hombro:

—Gracias por preguntar —dijo convencida, pero sin saber si la había oído.

Entre el traqueteo del vagón, con la vista en diagonal fija en el anuncio de una obra de teatro, *Uncle Vanya*, le pareció notar el peso de los labios de Xavi en la cabeza, a través del pelo. Antes quería a Sandra porque era de las pocas personas que conocía que sabían estar solas, ahora debía quererla porque no le dejaba solo a él, como sí habían hecho los amigos de Barcelona habituados a su ausencia, el contacto que se difumina y no se recupera por vergüenza o por desidia:

—Una pregunta —se molestó Xavi en decir—, ¿también a ti te gusta verme fracasar?

Sandra corrigió la postura:

—¿Por qué dices eso de *también*?

—A Audrey le encantaba, creo que era su mayor motivación. Ver cómo ella iba subiendo peldaños y yo me iba quedando abajo... Le encantaba anunciarme sus ascensos y darme por perdido. Cuando me dejó, como le dije que no sabía qué hacer con mi vida, me soltó que debería volver con mi madre y dejarme ayudar por especialistas, que ella no estaba para cargar con nadie. Me dolió

mucho. Pero el ser humano es así, no le basta con su felicidad, necesita la desgracia del otro.

Sandra fijó la vista en él.

—Pues no, para mí no eres ningún fracasado, sino todo lo contrario, y me flipa que hagas lo que te gusta. Y no quiero que vuelvas a repetir tonterías así. Y, por favor, olvídate de esa ya...

La amistad era más vulnerable de lo que parecía. Sandra procuraba tratarla con delicadeza pero a veces, al tomar constancia de su fragilidad, sentía miedo de lo quebradiza que resultaba. Con la edad dejaba de ser un juguete y, según cómo, causaba respeto acercarse a ella. Había que andar con ojo porque ella nunca sabía si daba, recibía, devolvía, recordaba o cuidaba en su justa medida. Recordó a Isa, el tiempo que hacía que no hablaban. Sabía muy bien por qué la evitaba. No le gustaba escuchar todo lo que le decía. La sinceridad de Isa podía resultar cruel.

En verdad, Sandra sentía todo lo contrario a lo que Xavi le planteaba: ella lo admiraba por retar a la norma. Ya no escribía diarios, le dijo, ahora se había centrado en la poesía. El primer poemario, *Siete*, no se lo había aceptado ninguna editorial, pero lo intentaría con otro título, *Lectura obligatoria*, que había enviado al Premio Hiperión.

Antes de llegar la puso sobre aviso: compartía piso con el Niño, con el Oliver y con el Hermann. Los presentó así, con los artículos delante. El Niño se llamaba José Manuel, era del barrio del Lucero de Madrid; el Oliver era de Gijón, adicto a la absenta y a la Play, y Hermann era un alemán-español muy simpático pero muy suyo, superviviente profesional, su maestro, quien le había enseñado desde la importancia de cobrar el *housing* hasta el contrabando de pasaportes con eslavos. Al ver la cara de José Manuel, Sandra entendió que le llamaran Niño. Pelo rizado, tez blanca, jersey de lana con remiendos y lamparones y una incipiente papada. Hermann se presentó en un visto y no visto y dijo que bajaba a por cervezas. Sandra dejó las cosas en la habitación de Xavi, donde dormirían. Solo había un colchón en el suelo, un armario cuyas puertas no coincidían y una estantería con libros y papeles. Olía a humedad y a cerrado.

La cocina era un fogón con horno y motivos para no acercarse a una pared embaldosada que acumulaba una evidente capa de mugre. También había una nevera que Sandra evitó abrir para no ver un horizonte brumoso con dos pimientos pochos. Para sorpresa de todos, Oliver apareció rodando por el piso sobre unos patines.

—¡Los he robado en Harrods, ya no voy más en metro! —anunció feliz, como un niño con zapatos nuevos.

—Joder, tronco, pero en casa te los puedes quitar —apuntó el Niño.

—¡Y una polla, hoy duermo con ellos!

La inercia los llevó al espacio que llamaban salón, una leonera diminuta en la que cabían un sofá en el que alguien había olvidado una colcha de aires incas, una mesa baja de plástico de color azul y una tele milagrosamente encajada en una librería. El Niño se interesó por ella y le hizo las preguntas de rigor. Hermann repartió cervezas y apuntó con el mando a distancia. Los ceniceros rebosaban. De un lado y del otro del pasillo llegaban noticias de Oliver. Xavi dijo al vacío «Podríais haber levantado la persiana, ¿no?», y por respuesta obtuvo otra pregunta de Hermann: «¿Tienes papel?». Cada vez más hundida en el sofá, Sandra reparó en lo pálidos que estaban todos. No veían el sol ni en sueños. Terminó su birra y se sintió desfallecida. Necesitaba una ducha.

—Cuando salgas cocinamos —agregó Xavi.

Cinco minutos después reapareció Sandra:

—¿Tienes una toalla? —preguntó palpando el hombro de Xavi, que embobado ante la tele devolvía un porro a Hermann para, acto seguido, dirigirle la mirada pensativo:

—¿La toalla? —aterrizaba de Babia—. Creo que la tiene el Oliver, pídesela...

—¿Cómo?

—Sí, sí, que la tiene él, él te la da...

—¿Pero solo hay una?

A lo que Xavi no contestó, dando por sentado que por supuesto, que no entendía su extrañeza, que qué preguntas más raras eran esas.

Sandra se abandonó al pasillo sin comprender si aquello

estaba pasando o no. Se encerró en la habitación. ¿Era verdad que compartían una única toalla? Y en ese caso, ¿cuándo sería la última vez que se habría lavado? Se acuclilló ante la cama y se dejó caer hacía atrás. Al oler las sábanas cerró los ojos, suspiró dejando salir una larga bocanada de aire y evitó pensar en lo que podrían contener. No contaba con que Xavi se hubiera asilvestrado de aquella manera. Estaba agotada. Qué pereza socializar. Se desabrochó el botón del pantalón. Descartó ducharse. Suerte que se había traído un pijama completo. Dormiría sin quitarse los calcetines, de eso estaba segura. Se esforzó en animarse y en comer algo. Repartidos entre el sofá y el suelo, rodeando la mesita, estaban los cuatro, cada uno con su tenedor, compartiendo una olla llena de espaguetis de la que cazaban lo que podían.

—¿Quieres? —preguntó Xavi, que al ver que Sandra no respondía añadió—: Si quieres pilla un tenedor, te guardo, ¿vale? Hay mogollón, están buenísimos, lo hacemos así para no fregar platos, total...

—No, no, da igual, es que estoy reventada, me voy a meter en la cama a mirar la guía y planear un poco para mañana.

—Vale, buenas noches...

A la mañana siguiente, con sorprendente buen humor, se vistió y bajó a la calle. Como todo era nuevo, la atraía. Ni la niebla ni el frío la importunaron. En la primera cafetería Costa que vio abierta tomó café y dos brioches rellenos de crema y moras y esperó a que abrieran el Tesco. Allí compró lejía, detergente, lavavajillas, estropajos, bayetas, bolsas de basura, café, leche, aceite, yogures bio, papel absorbente, papel higiénico, una *seville orange marmalade* Frank Cooper's, queso, jamón, arroz integral, fresas, tres kilos de naranjas y, por el bien de su tránsito intestinal, mucha fruta verde. En el vecino Seven Sisters Market se hizo con trapos de cocina, una alfombra de baño, un juego de seis toallas de ducha que estaban de oferta y otras seis de mano. Al ver los nórdicos no le importó el precio y pensó que era un regalo perfecto para Xavi. Era su mejor amigo, qué coño. Eligió la correspondiente funda en tonos verdes y azules, pues había que dar color a aquella catacumba. Se dejó llevar por la emoción y se hizo con un

exprimidor, por si acaso, pues ante la duda de si en casa tendrían o no, se decantaba por el no. Salió cargada como una mula, pero, aun así, pasó por la Tottenham Town Bakery y compró pan de masa madre, *bakers* de queso, cinco raciones de *cheesecake* recién salido del horno, *bagels* y *cronuts* con chorretones de mermeladas de frambuesa, de cereza y de naranja, y otros con pistacho, caramelo, canela y crema de limón.

El contraste de la calidad del aire entre la calle y la casa era demasiado evidente. Daban ganas de abrir las ventanas durante meses. La presencia del humo había oscurecido paredes y techos y había instalado en el ambiente un tufo denso y relevante. Eran más de las nueve y seguían durmiendo. En cualquier caso, Sandra estaba exultante. Era otra vida, y, precisamente por la diferencia con su rutina, conectaba. Del salón recogió los ceniceros y la olla con los tenedores y restos de espaguetis que nadie se había preocupado de llevar a la cocina. Vaya tela. A veces su humor oscilaba entre la condescendencia y cierta irritación. Tenían más de treinta años pero vivían como si tuvieran veinte. En fin, qué suerte la suya, ¿no? De eso se trata. Recordó al padre de Lorena, que siempre le decía a su hija que no se lamentara por prolongar los estudios porque en el momento en que empezara a trabajar ya no habría vuelta atrás. Aquellos chicos constituían un club de poetas muertos, simbolizaban la belleza que sería eterna en el recuerdo, el esplendor en la hierba; bueno..., esplendor, esplendor... Sandra se puso los auriculares y buscó Belle and Sebastian. Hizo café. *Another sunny day, I met you up in the garden*. Como había aprendido de su madre, limpió de arriba abajo. Empezó con la mugre de las alturas de los armarios y de las paredes para terminar barriendo y fregando el suelo. Lista la cocina, fue al baño. Al ver el estado de los cepillos de dientes (nunca había visto un cabezal con los filamentos más abiertos, madre mía), la perplejidad enturbió su buena predisposición: ¿Y si no es algo pasajero? ¿Y si Xavi se queda aquí viviendo? ¿Y si no vuelve a casa por vergüenza? Se puso a limpiar la bañera arrepentida de no haber comprado guantes. Preparó otra cafetera. Colocó las cosas en la nevera. Conectó el exprimidor y empezó a

cortar naranjas y a lavar fresas. Se comió dos kiwis. Cuando el aroma a café recién hecho superaba al de los productos de limpieza se sintió satisfecha. Entró en la habitación con cuidado de no despertar a Xavi y, a tientas, se hizo con la ropa precisa, luego se encerró en el baño con una toalla nueva.

Una hora después, el primero en levantarse fue el Niño. Al recibir un zumo de naranja con fresas y azúcar moreno le costó situarse.

—Perdón —dijo Sandra—, a lo mejor he hecho mucho ruido con el exprimidor...

—¿Ruido?, qué va, joder, muchas gracias... Qué dabuten, ¿no? ¿Y esto? —Al ver la bollería su rostro volvió a ser el de un niño, pero el de un niño que despierta un 6 de enero—. Coooño, qué flipe...

Sandra consideró que ya era hora de sacar a Xavi de la cama y entró en la habitación.

—*Good morning, London*...

Xavi saludó con un rebuzno, como si dormir le agotara. Ahí estaba el que se iba a comer el mundo con palabras. El estilo de vida del mercader de puros se antojaba sofocante.

—¿No tienes nada que hacer hoy? —preguntó Sandra.

—Tengo que renovar unos papeles en el *housing*, aquí al lado. ¿Te vas a ver cosas?

—Sí, pero antes quiero poner una lavadora con la ropa de ayer y con esto, anda, quita...

Sandra se dejó caer de rodillas en el colchón y le incitó a ponerse en pie para poder estirar la sábana bajera desde la esquina.

—¿Tienes algo más para lavar?, así aprovechamos.

—Sí, supongo... En el armario, abajo pongo la ropa sucia, pero ya te la doy yo, tranquila...

Sandra abrió el armario y, en efecto, detectó una bolsa del Aldi llena de ropa detrás de un montón de cajas de puros impecablemente amontonadas. Oh, qué cuidadoso con lo importante.

—¿Y estas camisas, no las lavas?

—Las camisas no; primero porque me las pongo poco y

segundo porque he descubierto un truco.

—¿Un truco?

—Si te la pones un día y la vuelves a colgar en la percha, a la semana siguiente ya no huele mal, es como si se hubiera lavado, de verdad, ¿no lo has probado?

—Guau..., lo que aprende una en Londres...

—Hablo en serio —protestó él.

—Y yo también —añadió mientras olía una por una y las iba acumulando en el brazo.

Lo conocía tanto que no necesitaba la manifestación externa de sus divagaciones. En el baño, la lavadora reclamaba a gritos que alguien la pusiera en marcha.

Tras ello, buscó su chaqueta, recuperó su bolso con la guía y se acercó a despedirse.

—Una cosa..., ¿a la de Segovia te la traes aquí?

—Eeeeehhhh. —Xavi hacía memoria, una mano en el pelo, la otra en la barriga—. A veces, ¿por?

—Por nada..., venga..., hasta luego...

Hasta que no oyó el portazo y entró en la cocina, Xavi no fue consciente de que tenía una amiga.

Conforme pasaban las horas más le gustaba lo que veía, ya fuera la arquitectura tradicional eduardiana o la Tate Britain. En Bloomsbury rememoró *Las horas*, visitó el sótano de la librería Blackwell's y comió *fish and chips* en el North Sea. Ahora que disfrutaba a solas de lo desconocido, celebraba la vida descarriada y la gramática parda de Xavi como un privilegio. Al pasar por una floristería se acordó de la señora Dalloway, y, sin que viniera a cuento, lo relacionó con Ximena, ¿qué estaría haciendo? En un acto reflejo miró el móvil, pero el único mensaje era de su jefa, preguntando por un guion. La Equis. Siempre imprevisible. Lo último que supo de ella era que estaba instalada en Glasgow, cerca de una escuela de cine que, dijo, le había recordado a ella. En ningún momento la invitaba a ir. La soledad inducía a Sandra a reflexionar: ¿cómo sería ir a vivir a otro lugar solo? Sandra había

heredado el temor de su padre. Era genético. No hagas esto. No saltes aquí. Cuidado con la puerta. Vigila en la escalera. Cuando era una niña, Enrique tenía tanto miedo de que le pasara algo que aprendió a ir en bicicleta en Valdecádiar y en su ausencia gracias a Noe, que fue quien le prestó la suya y la acompañó hasta soltarse. ¿Por qué la había protegido tanto? Sandra avanzaba despacio: antes de dar un paso tenía en cuenta las consecuencias. En cada elucubración cargaba con la infancia y, a su vez, con los posibles desmanes que podría acarrear la madurez. Claro que ella se había rebelado en la adolescencia y había roto con lo establecido. Sin embargo, como una regresión, con la edad, se hacían fuertes algunos temores. Para bien o para mal, el pasado era una esclavitud. En mitad del paseo dio con un vergel de aspecto selvático que concentraba plantas buscando su sitio en una armónica anarquía a orillas de un estanque; en él navegaba una barca en la que remaba una pareja de chicas. La imagen la devolvió a los libros. Las *Mujeres enamoradas* de Lawrence: aquellas dos hermanas abandonaban el miedo para llegar a entender lo que se estaban perdiendo por su culpa. Jamás volvían al punto de partida. Asumían riesgos en tiempo real y cuestionaban las resignaciones y las convenciones que las heroínas de Austen tanto idolatraban. De hecho, se casaban como si no quedase más remedio, en absoluto muertas de ganas; mientras que los hombres se peleaban desnudos por una gloria misteriosa, con la rabia que da querer sin poder expresarlo, sí, un combate similar al que inconscientemente Sandra soñaba librar contra Ximena, una batalla por restaurar el significado de la palabra *amor* y librarlo de la vulgarización a la que había ido a parar.

Sandra no se arriesgaba, vivía adherida al pasado. Xavi lo hacía al presente. Quizás por eso, pensar en independizarse le venía grande. Tuvo miedo de ir a vivir con Prisca. Tuvo miedo de decir lo que sentía a Ximena. Tuvo miedo de pedir un aumento en la productora. Ella no tenía iniciativa, eran los demás quienes venían con las propuestas. ¿Por qué era así? ¿Por qué ayer estuvo a punto de decir a Xavi que debía pensar en el día de mañana? Él no temía al futuro, le traía sin cuidado. Obedecía a su instinto: el

sentimiento del destino le concedía una libertad absoluta. Y Ximena, ¿qué pensaba ella del destino?, ¿temía a algo? Era de suponer, porque a menudo se reprochaba que la afectara tanto todo. Un ruido inesperado, la evocación de un placer perdido, una espera prolongada, una mala nota o una palabra de más la forzaban a atravesar desiertos de rodillas transida de arrepentimiento. Sandra era incapaz de desprenderse de nada, ni de ropa de la adolescencia, ni de cintas VHS, ni de personas ni de recuerdos. Y tenía la costumbre, o más bien la necesidad, de relacionarse con gente que se podía desprender de todo sin remordimientos.

Junto al mercado de Covent Garden se sentó a tomar un café. En las novelas, Londres era un sueño para aquellas chicas de Austen, caricaturas extremas que sufrían en la campiña por un deseo más espiritual que lujurioso. Los señoritos, héroes desafiantes, vivían aquí y esto era un mito fundacional. En el Londres de Dickens, Covent Garden salía a menudo, aquí tenían lugar las desventuras de aquellos niños de infancia truncada. ¿Qué le habían enseñado sus padres? A tenerlo todo limpio, a asearse pulcramente, a coger los cubiertos, a comportarse, y a qué más... a gritarse, a temer, a engañarse, a perdonarse con retraso. Entonces, ¿puede uno de pequeño anticipar que lo que le transmiten derivará luego en un trauma? Es imposible. ¿Cuál era su verdadero yo? Desde que tenía doce años y se había sentido atraída por su amiga Berta, asumió la sensación de estar mintiendo, de hacer algo malo. Pero, cómo podía permitirse ajustar cuentas con sus padres, cómo podía echarles en cara que fuera Isa y no ellos quien le pusiera en bandeja *El bosque de la noche* de Djuna Barnes diciendo toma, lee, mira cómo se pueden amar hasta el resentimiento dos mujeres con diez años de diferencia, mira cómo la noche es noche y en ella sucede sin culpa lo auténtico y tensamos los músculos como si desafiáramos a la muerte en cada apuro. Eso no era de recibo, no podían ser ellos culpables de su indolencia o de su frustración o de su exceso de sensibilidad... era mayor de edad. Su pose existencialista despertó el interés de la camarera, que al ver que se le había apagado el cigarro se acercó a darle fuego:

—Eres española, ¿no?

—¿Cómo lo sabes?

—Por las pintas...

Se llamaba Leire y era de Bilbao. Llevaba seis meses en Londres, feliz porque cada día descubría algo. Sandra aprovechó para pedirle indicaciones sobre el Museo de Dickens. La joven desplegó el mapa y le señaló a dónde debía ir.

De camino volvió a recordar escenas. Qué agradables eran la pobreza y la necesidad en la ficción. El único lugar en el que las miserias humanas valían la pena era en las películas y en los libros y en los cuadros. No solo las miserias, también el desamor, la pobreza, la muerte. Y también el atrevimiento, la intensidad, la consecución de los deseos eran mejores. ¡Cuánto le habían enseñado los flujos impuros de D. H. Lawrence, la orfandad de Oliver Twist, el soplo al corazón del adolescente Laurent Chevalier, los conatos de C. C. Baxter por conseguir el amor de aquella ascensorista! Si la ficción corregía la realidad, debía tratar de pasar más tiempo en ella o que su vida se le pareciera. Si según los pensadores franceses que había leído en la carrera el amor era igualmente la construcción de una hipérbole que valía la pena hasta que se volvía real, entonces, lo que más se acercaba a la ficción era esto: el viaje. En todo había encanto, la profundidad de una calle, una conversación espontánea, las penurias de Xavi y sus amigos. En la realidad, el desamor, la pobreza y la necesidad dolían. No tenían ninguna gracia. Pero cuando les sucedían a personajes en las páginas de un libro o en las quimeras de las pantallas adquirían, según cómo, el brillo conmovedor de la belleza efímera. Porque, además, si lo pensaba en frío, ¿qué era la realidad? Traiciones, envidias, discusiones, traumas, frustraciones, tedio, miedos, mensajes que nunca llegan.

Cuando regresó a casa de noche el barrio volvía a ser un túnel de niebla al aire libre cuyas farolas escupían densidades de polvo iluminado. Hermann se sintió halagado de que le dijera que tenía unas bonitas gafas y le correspondió con la última cerveza. Toda la bollería y todo el pan habían volado. Cada vez que se cruzaba con ellos le daban las gracias. Oh, Xavi había puesto la funda en el

nórdico y la habitación parecía otra. Recordó entonces la lavadora. Sacó la ropa y se asomó a tender al balcón de la habitación del Niño, la que tenía la ventana más grande.

—Espera, que te ayudo... —propuso Xavi.

—No hace falta, pero líame un piti, anda...

Sandra tendía y le daba la espalda.

—Me encanta cómo queda el nórdico, la verdad..., y no soy el único...

—Aahh..., muy bien. —De no tener entre las manos una sábana habría aplaudido—. ¿Quién ha sido la afortunada?

—Eva. —Xavi sonrió avergonzado mientras la amiga tardaba en responder porque ahora sujetaba una pinza entre los dientes.

—Oh, Eva, la primera mujer del mundo, qué tierno...

—Por una vez le ha costado irse, dice que calienta mucho... —Se asomó al pasillo—. Espera, que tengo la pasta en el fuego.

—¿Otra vez espaguetis? Son las siete...

—Después de follar necesito hidratos, ya lo sabes, me muero de hambre...

Cuando terminó de tender, Sandra cerró la ventana y Xavi gritó a Hermann:

—¡Que sí! ¡Que ya sé que me toca a mí! Ahora bajo...

En aquella casa no había comida, pero si en la nevera no había cervezas, drama.

—¿Me acompañas?

—Claro —dijo Sandra—; además, invito yo.

Se enfundaron los abrigos y bajaron al Tesco de la esquina, donde se hicieron con tres docenas de latas. Antes de pagar, Xavi preguntó si podía coger algo más y Sandra le dijo que adelante, que pillara lo que quisiera. Eligió tres cosas.

—Es que a Hermann le encantan los panteras rosas —argumentó.

—¿El qué?

—Pan bimbo, mayonesa y kétchup, y oye, están puta madre, la verdad...

—Guau... Paul Bocuse...

Pero lejos de sonarle a extravagancia, el detalle la enterneció.

Aquellos cuatro amigos eran una familia y, a su manera, pensaban el uno en el otro. Las calles vacías y mal iluminadas de Seven Sisters irradiaban un aura fantasmal. Volvieron al sofá. El frío había empañado la ventana pero, aun así, se reflejaban luces. Como niños que no tienen medida con lo que beben, jugaron a cartas hasta no dar ni una y reírse de todo. Tres horas después, tumbados los dos sobre la nueva funda, Sandra no podía disimular el mareo por tanta ingesta de cerveza y hachís sin haber tragado nada sólido aparte de un pantera rosa y, claramente desinhibida, se dejó llevar por la desequilibrada inercia de su pensamiento:

—¿No piensas sentar cabeza?

—Pues no, me gusta vivir así, mis amigos son lo más importante. Para algunos, llegar lejos en la vida significa tener propiedades, coches y tal, pero para mí llegar lejos en la vida es tener amigos.

—Ya, pero...

—Sí, ya lo sé, el día de mañana... Después de Audrey detesto el rollo competitividad, ¿me entiendes? Estaba todo el puto día hablando del sueldo y de lo que iba a ahorrar... Qué pesada con el dinero, pero tía, si tienes veinticinco años... —Su mirada era cada vez más difusa, y sin embargo, para Sandra se explicaba como un libro abierto—. A veces le doy vueltas, no te creas, pero yo lo que quiero ahora es conocer el mundo, escribir una novela... las propiedades se apropian de uno...

—Ah, ahora es una novela... Cuentos, poemas, novelas... Acabarás escribiendo *Guerra y paz*. Antes he visto en la mesa el poemario. Ese título no mola, siendo poemas lo suyo sería *Verso suelto*, ¿no te parece?

—Sí, claro, y encima te lo dedico.

—Como mínimo.

Faltaba el Xavi engreído, el que, por supuesto, se autoinvitó a la fiesta:

—A mí lo que me gusta es que el Estado me pague las birras... El capitalismo dice que si aprovechas el tiempo y trabajas serás rico, y si pierdes el tiempo y no trabajas serás pobre. Pues que les den, yo pierdo el tiempo, yo soy un vago, y me pagan. Además, yo

pienso en letras, tú piensas en números. Gracias a los que trabajáis el mundo gira, gracias a los que pensamos el mundo avanza... Esto consiste en explotados y explotadores. Deleuze y Guattari lo decían, el capitalismo os volverá esquizofrénicos. Yo, como Antonio Negri, odio el dominio y la explotación, hay que reventar las jerarquías burguesas.

Sandra se embozó bajo el nórdico. Qué bien olía hoy la funda nueva. Uno de sus grandes placeres era entregarse a los preliminares del sueño en sábanas recién lavadas. No quiso refutar a Xavi. Por su mente desfilaron las amistades que habían prescindido de ella en los últimos tiempos. No podía permitirse el lujo de perder más amigos. De adolescentes, solo ante él se atrevía a exteriorizar sentimientos. Lo supo el día en que terminó el campo de trabajo, cuando Xavi, en el tren de vuelta a Barcelona, después de presenciar su abrazo con Isa, le dijo a mí no hace falta que me cuentes nada, cada uno hace lo que le da la gana. Algunas dejaron de hablarle, él jamás. En aquel clima de confidencialidad se vino arriba y, cuando Xavi entraba en la cama, confesó:

—Hay una cosa que no le he dicho nunca a nadie en estos años con la Equis...

—¿Qué pasa?

—Cuando la conocí me contó que de pequeña se estaba ahogando en la piscina de la finca donde vivía... —Hizo una pausa, enderezó la cabeza... Llegada a este punto resultaba más engorroso callar que seguir hablando:

—¿Y?

—Pues que creo que fue mi padre quien la salvó...

Xavi giró la cara hacia ella.

—¿En serio? ¿Estás segura?

—No, es una suposición, pero sé que lo echaron de un trabajo por sacar a una niña como ella medio muerta del agua. Nunca se lo he querido decir...

—¿Por qué? —preguntó Xavi un segundo antes de empezar a roncar.

Sandra dejó de mirar al techo, dio media vuelta y dijo al vacío:

—No me atrevo, tengo miedo de que lo nuestro se rompa del todo. Vivo pendiente todavía, con la ilusión de que me escriba... Temo que me desprecie. La he visto despreciar a tanta gente que me asusta estar ahí. Hay gente a la que le queda bien el desprecio y la caridad y... —Y así, engullida por la indiferencia del amigo se fue quedando dormida sin apagar la lámpara ni bajar las persianas, tal vez siendo consciente de que la ausencia de ego en ella jugaba en su contra y la presencia de ego de él jugaba a su favor.

Y fueron precisamente las primeras señales de la claridad y la luz artificial del flexo lo que la despertó horas después. El dolor de cabeza no impidió que se incorporara con cuidado de no destapar a Xavi. Un rastro de baba perduraba húmedo en la almohada. Cómo envidiaba a los que eran capaces de dormir sin correr cortinas y a cualquier hora. A lo lejos, más allá del mercado y la sombra de casas bajas, se intuía que el sol quería alumbrar el frío amanecer de los suburbios, pero no podía aún con el peso de las nubes grises.

En pijama y descalza salió al pasillo y buscó el baño. En la cocina la sorprendió encontrar al Niño vestido y aseado.

—Me toca la entrevista del *housing*. Con la psicóloga, mucha presión...

Sandra, habituada a lidiar con actores, pareció entender el guion:

—O sea, que hoy actúas.

—Eso, y no es fácil: hay que hablar mal inglés, pedir que te hablen muy despacio porque no pillas nada, jurar que quieres salir de la depre de estar lejos de casa, pero que no puedes volver porque lo que te espera allí es peor, y ahí es cuando lloras y tal... Y luego juras que vas cada día al *unemployment* y a los cursos de inglés... Ay, espera, una libreta, joder, tenía una libreta con ejercicios...

A lo mejor la tiene el Oliver, como la toalla, pensó Sandra mientras dibujaba mentalmente el número siete...

—Bueno, pues que tengas suerte.

—Muchas gracias por todo, hay café hecho... Por cierto, no me atrevía a decírtelo, pero ya que estás te lo digo: espero que te quedes mucho tiempo con nosotros porque contigo esto es

Versalles, tronca... —Supuso Sandra que se refería a la limpieza y a la comida, pero no—. Me ha flipado, de verdad, que hayas tendido las braguitas al lado de mis calzoncillos, joder, qué alegría me ha dado verlas ahí, qué cosa más bonita... Hacía tanto que no veía unas...

5

Cuatro días después de haber recorrido Londres completamente sola, dado que Xavi alegaba que no tenía una libra, y de que en casa se repitieran situaciones y conversaciones, Sandra se despertó una vez más con dolor de cabeza. Se sirvió café y volvió a la cama para seguir leyendo el guion que había empezado en el avión.

—Mmmmm, joder, estoy molido —gruñó Xavi media hora después—. ¿Qué haces hoy?

—Me ducho y me voy a Camden... —añadió.

—Muy buena idea... ¿Nos vemos luego? Es tu última noche.

—Sí, por la tarde iré a ver a una amiga de Julio. Dice que vaya a su piso, que vendrá más gente. No creo que se alargue.

—¿En qué barrio vive?

Cathaysa vivía cerca de Chelsea, un señorial ensanche de edificios de escasa altura, amplias aceras y calzadas por las que el tráfico discurría esporádico y suntuoso. Entre fachadas neoclásicas y señoriales, en South Kensington dio con Onslow Square, una plaza ajardinada en cuyo lado noroeste halló una puerta metálica, antesala de un parterre salpicado de flores que invitaba a tomar escaleras hacia arriba y hacia abajo. Ese era el caso de la casa de Cathaysa, un loft ubicado en los bajos de un bloque de apenas tres plantas. Una vez allí, el espacio se amplificaba convirtiéndose en una nave acogedora de aire rústico por culpa de muebles de caoba, robustas estanterías repletas de libros, sofás rojos, cuadros con paisajes selváticos y tantas figuras traídas de países remotos, entre las que destacaban unas máscaras de marfil de Benín. El salón concluía en un jardín colorido, por descontado inglés, en el que cada planta nacía a su antojo y en el que el bambú amenazaba con crecer descontrolado.

—Toma, mi niña, si eres amiga de Julio eres amiga mía —le

dijo al presentarse una señora que debía de doblarle la edad, tendiéndole una cerveza BrewDog.

Era alta y esbelta. Dos cosas llamaban la atención de su rostro estilizado: sus ojos verdes y su nariz afilada pero en absoluto fina, lo que, junto al color aceitunado de su piel y el lunar que se acomodaba a la derecha del labio superior, la dotaba de personalidad. La caída del pelo, liso y con tintes rojizos, sobrepasaba los hombros. La calefacción debía de superar los veinticinco grados. Con razón la anfitriona vestía como si fuera verano: short blanco de franela y camiseta también blanca sin mangas y tan fina que se podía ver el bordado de la lencería negra del sujetador. No paraba de decir «Mi niña» con un acento igual de cálido que el ambiente que la rodeaba. Y es que a Cathaysa la envolvía una aureola de misticismo en el que se encontraban la mujer que está de vuelta de todo y la niña que quiere probar algo nuevo.

—No te cortes, mi niña, en esta casa no hay normas, esa es la única norma.

Le gustaban las velas aromáticas y la luz tenue. Fumaba todo lo que encontraba y no dejaba de transmitir buenas vibraciones. Ejercía de corresponsal para una radio canaria y dirigía un espacio sobre literatura en Radio Exterior.

—Tengo microdosis, mi niña, yo voy a tomar ya... —De una cajita sacó una papela y con unas diminutas tijeras recortó un cuadrado de cartón—. Es muy suave, para ti uno está bien, yo tomo tres. Mejor ahora, que no está Blanca, que esa arrasa con todo. Oye, mi niña, ¿cómo le va a Julio por Barcelona?, ¿está contento? En Nueva York estaba loco, qué divertido era...

Acompañó a la anfitriona a por otra cerveza. En la cocina, amplia y equipada con electrodomésticos metalizados, todo estaba en su sitio y en la nevera únicamente se veían botellas. Nevera de ricos. Al ver en la repisa un cartel que anunciaba «Últimas composiciones de Violeta Parra. *Volver a los diecisiete*» y a la artista tocando un ukelele, volvió a evocar a Julio y su encantamiento con Yupanqui. Hay que ver, aquellos seres de mente tan abierta, en lo musical seguían anclados en épocas ancestrales. De regreso al salón

empezó a llegar gente de lo más variopinta. Dos chicos la saludaron en español. Supo que eran técnicos de la radio. Cathaysa le presentaba a quien cayera cerca: una pareja de productores de cine, actores, una actriz acompañada de su madre, un periodista y dos profesores del Instituto Español Vicente Cañada Blanch que tenían pinta de salir a menudo, pues con pocas palabras se reían a mares. Precisamente a ese instituto había ido Blanca, que se presentó sola. Echada para adelante, no dudó en justificar su presencia alegando la amistad de su padre con Cathaysa. Era una joven de apariencia adolescente, piel muy morena, rostro redondeado con un leve rastro de papada, nariz chata y labios pulposos que estudiaba arte dramático. Dijo que era venezolana, lo que, a juzgar por su acento tan neutro, nadie hubiera afirmado. Vivía a la vuelta de la esquina. Le gustaba alardear de su tendencia al desfase. En cuanto pudo —por inercia se desplazaron a un rincón—, extrajo del bolsillo una bolsa e invitó a Sandra a mojar el dedo y chupar un poco de MDMA. Cada cinco minutos sonaba el timbre y aparecían más invitados. Cuanto más bebía, más se iba soltando Blanca. Llevaba un corte de pelo de chico, gafas de pasta y una camiseta que a Sandra le resultó demasiado ancha en comparación con los pantalones. Siempre tenía a mano una nueva pregunta: quién era, de dónde venía, cuánto se quedaba en Londres, qué cine le gustaba. Nada sobre una posible pareja. Estaba claro que Blanca sabía de qué pie cojeaba, pero a Sandra le causaba respeto..., por más apetecible que fuera no dejaba de parecer una niña.

Al cabo de un rato, la evidente euforia hizo más efecto en la verborrea y Blanca contó que su madre la había abandonado con tres años. Nunca más la había vuelto a ver y, por supuesto, ni se acordaba de ella, pero eso sí, tenía grabados los pasos que dio desde el sofá en el que la dejó hasta el recibidor y el consiguiente portazo. Eso no se le iba. Qué fuerte, decía, cómo es la memoria, solo me acuerdo de eso. Si la veo no la reconozco, pero cada vez que oigo unos pasos y un portazo se me aparece. El mundo está lleno de fantasmas. Sandra pensó que había algo que no regía ni en su discurso ni en su cabeza. Hablaba de cualquier tema sin acabar

ninguno pero con todo lujo de detalles y sin líneas rojas, como si escondiera un temor antiguo o emitiera un grito de auxilio. Sandra reconoció *Missing* de Everything but the Girl y notó que el efecto del cristal le empezaba a recorrer el cuerpo. La música circulaba por sus venas como leche templada y, al más mínimo contacto, sus terminaciones nerviosas se bañaban en una cálida playa sintiendo el deleite de entrar al agua. Era oficial: aquello estaba subiendo. Conforme Blanca terminaba las frases aumentaban las ganas de Sandra de arrimarse a ella, que además, qué lista, se esforzaba en abocar sus confesiones al oído. Un ardor creciente la invitaba a explorar las posibilidades de crear una visión cada vez más simpática de sí misma y Sandra aceptaba encantada el reto de jugar a llevarse al límite. Cathaysa pasó por allí y ofreció maría. ¿Todo bien, mi niña? Veo que ya has conocido a Blanca, cuidado que esto es un potro desbocado, dijo besando a ese potro en la frente y dejándose abrazar por él. Blanca y Sandra elogiaron la fiesta y ella respondió que era muy agradable que aquellas reuniones se hubieran instaurado como tradición los primeros jueves de mes y que recordaran que su casa era su bar. Madre mía cómo está este M, dijo Sandra a Blanca, claramente en pleno subidón, recibiendo una sonrisa cómplice. Me gustaría parar el tiempo, añadió. Cuánto tiempo, preguntó la otra. No sé, si lo paro no lo puedo contar, ¿no?, argumentó muy excitada, ja, vaya tontería llevamos encima. Es que lo que quiero decir es que me gustaría suspender temporalmente este estado deee —Sandra, desde su mundo, trató de matizar—, deee conciencia, eso, así que voy a llamar a mi madre. ¿Qué?, preguntó Blanca muerta de risa. Lo que oyes. ¿Por qué? Porque estoy enfadada con ella. ¿Y eso? Porque, vamos a ver, ¿cómo es posible que no me haya dado MDMA desde pequeña? Esto debería ser obligatorio, esto habría que recetarlo a todo el mundo. Quiero que dure mucho, quiero estar siempre así. Yo también. En un estallido de risa, ambas se movieron y se acercaron aún más. Cuando Sandra percibió la prominencia de su delantera en el torso entendió que usara ropa ancha y aún se puso más cachonda. Un resabio amargo manaba por su garganta y todo resultaba estimulante. Las puertas de la

percepción se abrían de par en par y sentía la necesidad de expresar su afecto y de repetir el placer que emanaban uno por uno los miembros de su cuerpo. Cada respiración requería su correspondiente suspiro de complacencia. Imposible contenerse. Era un gemido continuo. Un orgasmo prolongado, lo mismo que hacía Ximena con ella cuando la tocaba mientras se corría y con los dientes apretados le susurraba aguántalo, aguántalo, pero con la diferencia de que ahora no precisaba ni los dedos ni las palabras de nadie. Bastaba con mirar a Blanca y acercarse a ella hasta hacer evidente el roce sin necesidad de disimulo. Si, como había leído en no sabía dónde, el amor consistía en dar y recibir, aquello era amor, porque recibía de maravilla el interés de Blanca y brindaba encantada su afecto. Cathaysa era existencial, meditativa, poética, y Blanca, una inconsciente sin pasado, tan divertida, tan tierna, y además, toda ella, cuerpo y mente, aparecía de la nada con una propuesta de luz a la que no podía renunciar después de su viacrucis en la sombra, pendiente de alguien que la ignoraba. Y ese regocijo que se veía venir era una compensación por enamorarse de quien no debía. Elogió sus gafas. Blanca lo agradeció. Y como las volvió a elogiar se las quitó y dejó que se las probara para verlo todo difuminado y reírse. Luego le preguntó la edad y ella respondió:

—Cumplí los veinte hace dos meses, esos dos de ahí fueron mis profes en el instituto, me llevo muy bien con la gente mayor...

Sandra pareció aliviarse. Su interés, desde luego, era egoísta. En su alucinada aventura mental se vio juzgada por un tribunal que la exculpaba por saber disfrutar. Adelante, goza, reparte amor. Sandra estaba ida, la exaltación hablaba cándidamente por ella. Blanca la abrazó con picardía por la cintura.

—¿Y cómo es que apareciste en Londres y te pusiste a hacer arte dramático? —preguntó Sandra.

—Eso es muy largo..., otro día te lo cuento.

Poco importaba ya la noción del tiempo, la hora que fuera, la gente que había, el calor que hacía. Cada vez que alguien les ofrecía algo de comer lo rechazaban y se desternillaban. Pero eso sí, muy satisfechas se tomaban la molestia de ir a por cervezas y,

cada vez que una iba al baño, a la otra se le hacía eterna la espera. La iluminación había descendido considerablemente y la gente se repartía en grupos. Sandra reconoció *Deep in It* de St Germain. El calor humano y el runrún de palabras aceleradas se hacían cargo de todo. Qué bien desempeñaba Cathaysa el papel de anfitriona. Blanca tenía planeado acabar interpretación y entrar en una compañía. Su padre se había empeñado en que no se moviera de Londres hasta que no hablara inglés como una nativa. Le susurró que iba a por más bebida y Sandra sintió la humedad de sus palabras en la oreja. Al ver lo ajustados que le quedaban los vaqueros por detrás, le entraron ganas de acariciarla. Si pudiera tener lo que esconden, pensó. Y entonces se dejó guiar por la avidez. Ya que el miedo había dejado de existir, entendió que le habían trazado una señal. Antes de que llegase a la cocina la alcanzó y acercó la mano para que Blanca se la apretara y cambiara de dirección y de intenciones. Conocedora del terreno, la joven encontró unas escaleras y entró en un altillo a salvo del humo y del bullicio. Olía a limpio. Alfileres de luz artificial tiznaban las persianas bajadas. Era una oscuridad condescendiente con la indecencia, pues permitía ver lo justo. Con la puerta cerrada, Sandra, presa de su ímpetu, por encima de los tejanos le palpó el sexo como si lo acunara y quisiera valorar el potencial oculto. Como dos cachorros en un corral, jugaban a morderse la boca. Luego, mientras la otra con la respiración agitada traspasaba a su oído deseo, dejándose hacer complacida, introdujo las manos bajo la camiseta y buscó la espalda para dar con la hebilla que le consintiera comprobar si era cierto lo que se prometía o si por el contrario, como se habían dado casos, debía pedir el libro de reclamaciones. Desabrochó el sostén, que dejó vía libre al tacto, encantado de inmiscuirse y de constatar que la recién liberada consistencia no era filfa, pesaba y desafiaba a la gravedad. Así toqueteó el pezón, denso, provocando una punzada de dolor que hizo a Blanca suspirar de gusto. Pronto abarcó el pecho desde la línea de sudor de la base y, tras magrear uno y otro, bajó hasta la cinta del pantalón. Ahí, en el botón, se aferró a cuatro segundos de pausa con los que pidió permiso sin decir ni media palabra. Sigue,

sigue —suplicó el afán de la otra—. Rasgó entonces la cremallera y, sin rodeos, con una impaciencia de la que luego se arrepentiría, buscó con las yemas la viscosidad e imaginó el sabor. Sin entrar, siguió tentando los pliegues de los labios hasta dar con el bultito anhelado, que masajeó circularmente con tanta delicadeza que parecía que no quisiera hacerlo. Blanca dejó que resbalaran aún más los pantalones y separó las piernas, dando legitimidad a Sandra para que la empujara delicadamente a la cama, la descalzara y la desnudara. Sacando partido a la penumbra, Sandra se resistió por poco a oler el revés grasiento de la braguita bikini, pero comprobó el color azul antes de lanzarlas al suelo y de hundir la cabeza para llevarse a la boca la enjundia de la excitación con un antojo que mezclaba el ansia y el alivio, como si recibiera de la noche una inyección de morbo y de codicia.

También llegó el día siguiente, con su inyección de realidad y de culpa. Porque cuando despertó le costó reconocer la cama y la casa. ¿Londres? ¿Chelsea? Se llevó una mano a la cabeza y al girarla sintió el golpe de un mareo considerable y un baño de arrepentimiento. Le crujió el cuello al incorporarse. ¿De quién era esa habitación? ¿Por qué estaba sola y con un edredón por encima y en ropa interior? Se esforzó en hallar el móvil para ver la hora, las 11.33. Mensajes por leer de Xavi Londres, Mamá, Isa. Dos llamadas perdidas de Xavi Londres. Desde abajo llegó el rumor de un aspirador. Se puso en pie y recuperó el pantalón y la camiseta. Como si estuviera programado, el zumbido se detuvo cuando empezó a bajar las escaleras. Las puertas correderas del jardín estaban abiertas y, aunque apenas tuviera fuerza para herir en los ojos, la luz que entraba venía cargada de sol. Corría aire fresco. El posible miedo se evaporó al ver la sonrisa de Cathaysa:

—Bienvenida de nuevo, mi niña, *welcome back*...

—No me acuerdo de nada.

—Toma, mi niña, bloody mary, mano de santo. ¿También café?

—Sí, por favor... —Hubiera preferido un vaso de agua, pero en fin.

Cuando Cathaysa cerró las puertas se hizo patente el aroma

avainillado que desprendían las velas.

—¿Te he quitado tu cama?

—He dormido en el sofá muy ricamente. A las cuatro lo tenía todo recogido...

Con el café se iban recomponiendo destellos de la noche, esa argucia que delata la liviandad de toda certeza. Sandra daba vueltas a lo experimentado con Blanca, pespuntes de incontinencia que ahora se desvelaban pieza por pieza hasta formar un hedonismo con el que comulgaba.

—El día lo tiene todo calculado, premeditado. No me gusta. —Cathaysa seguía a lo suyo, de cada puntualización hacía una tesis—. La noche, en cambio, viene sin cuadrícula, abre su puerta oscura y te invita a improvisar... ¿No te parece que tiene más gracia, mi niña?

Sandra no estaba para refutar. El agotamiento dolía en las rodillas, en los ojos, en las manos. Asintió viendo a Cathaysa reposar su esbelto cuerpo en el sofá y elevar las piernas dejando caer unas sandalias más allá del respaldo.

—No creo que Blanca tarde.

Entonces, con el peso de la resaca disperso en el cerebro y en el ánimo, fue consciente de que esa noche volvía a Barcelona y vio cómo en el horizonte del día se amontonaban obligaciones: Xavi, mamá, maleta, billete, regalos, Julio, Isa...

Sonó el timbre. Los nervios le endurecieron el estómago. Al verla de frente se vio reconfortada por una grata noción de costumbre, su sola presencia transmitía una fuerza vital de la que era un placer ser partícipe. Se había recogido el pelo con una diminuta coleta. Sostenía una bolsa del Topshop. Nadie diría que había dormido tres, cuatro horas. A ojos de Sandra, estaba tan alejada de las convenciones y las leyes morales que solo podía comérsela con una mirada que unía el temor y el asombro.

—Bien, se ha despertado la princesa, y despierta es igual de guapa que dormida... —opinó Blanca en voz alta para que Cathaysa riera—. Qué bien llegar a tiempo...

Tenía veinte años pero se desenvolvía como si fuera mayor que ella. No se percibía en sus gestos, intrépidos, ni en su modo de

hablar, atropellado, pero sí en el lenguaje que utilizaba, y en el tono de voz, que según cómo podía resultar pedante y, cuando se las quería dar de experta, incluso lo suficientemente ridículo para que a Sandra le doliera.

—¿Cómo te ha ido la prueba?

—Muy bien...

—¿Has aprobado, entonces?

—Por supuesto, ¿lo dudabas?

Ese descaro, o esa intención de impresionarla, no hacía más que revelar escenas de ayer que abrían la cremallera del suculento bolsillo de la memoria.

—Me tengo que ir, tengo mil cosas que hacer y me voy esta noche.

—Eh, eh, para... ¿Por qué tanta prisa?

—Tengo que despedirme de mi amigo... y aún ni me he duchado...

—Dúchate aquí —intervino Cathaysa.

—Pues claro —la apoyó Blanca.

—¿Aquí?

Entonces le cayó encima la bolsa:

—No he encontrado nada mejor —decía Blanca—, lo siento si no te gusta.

Sandra se asomó y vio un juego de tres bragas: rosas, azules, amarillas del mismo modelo bikini y un par de camisetas, para luego levantar la vista y negar sonriendo.

—Tienes toallas en el armario de la derecha —indicó Cathaysa.

—Subiendo las escaleras, primera puerta a la izquierda —añadió la otra—. Y luego te acompaño.

Salió del cuarto de baño envuelta en la toalla y avanzó descalza hasta la habitación. Detestaba que quedara un reguero de gotas por el suelo y, por las dudas, miró atrás. Con las persianas levantadas la estancia parecía más amplia. Sobre la cómoda destacaban joyeros, esculturas y fotos enmarcadas. No obstante, al ver almohadas, clínex y bolsos por el suelo, lo primero que pensó Sandra fue en adecentarla. Recostada en la cama deshecha

esperaba Blanca. Le molestó verla con las zapatillas por encima de la colcha. De pronto se sintió extraña. ¿Qué había pasado? ¿Qué estaba haciendo allí? Ahora que se liberaba de los últimos efectos de la euforia, ahora que recuperaba la sensatez y se reencontraba con su yo sobrio, toda aquella generosidad de Cathaysa, todo aquel interés de Blanca, ¿no resultaban excesivos? ¡No las conocía de nada! Deseó salir de ahí cuanto antes, volver a Seven Sisters con su verdadero amigo. Sonó otro mensaje en su móvil, lo que la estresó aún más. Pensó en su madre, a la que debería llamar cuanto antes. Eran ya las 13.10. Pero el mensaje era de ¿Ximena? Le dio un vuelco el corazón y, por más que Blanca estirara de la punta de la toalla para liberarla de ella, desnuda, lo leyó: «Hola. Qué tal».

Devuelta a la realidad, la apetencia se diluyó y se dejó arrastrar hacia las sábanas con desdén:

—¿No te apetece? Llevo toda la mañana imaginando este momento...

—Lo siento...

En el metro, a Sandra le sobrevino un ataque de responsabilidad. Una vez sentadas, Blanca no dudó en cogerla de la mano. Y tras dos estaciones sin hablarse, le susurró al oído algo que la ruborizó.

—Ayer no me terminaste de contar por qué haces teatro —dijo con la fuerza justa para partir el silencio.

Blanca esbozó un fastidio, negó suspirando:

—Qué romántica... Te digo que me gustaría encerrarme contigo todo el fin de semana y me respondes esto... No es justo... —Blanca, con su habitual desparpajo, y sabiendo que era muy poco probable que alguien la entendiera, hablaba en voz alta.

—Yo también me quedaría encantada.

—Mientes muy mal.

—Estoy nerviosa...

—¿Me estás diciendo que tendré que ir a Barcelona para repetir?

—Me temo que sí...

Blanca estrujó sus dedos hasta arrancarle un gemido.

—Me haces daño...

—Te lo mereces, no te estás portado bien...

Aquel gesto y aquel tono confundieron a Sandra. Conforme se acercaban al centro se iba llenando el vagón. Sandra escuchaba sin escuchar, porque en su pensamiento se imponía el mensaje de la Equis. La misma capacidad que tenía para desaparecer y desestabilizar la tenía para aparecer y estabilizar, porque solo con ese mensaje había desdibujado el agobio por las prisas instaurando en su ánimo un nerviosismo dulce, el de saber que pensaba en ella. En mitad del calor humano que empezaba a densificarse, Sandra lamentó haberse ido con Blanca, porque ahora la traía sin cuidado.

—Ayer me dijiste que yo era lo mejor que te había pasado nunca y no sé cuántas cosas más... Como una tonta me lo creí, ahora veo que se te fue de las manos el MDMA.

Sandra controló de milagro el impulso de responder (pero qué dices, de qué vas) y una alarma se disparó en su cabeza, pues aunque no estuviera segura, podría darse el caso: los caminos de la falsa alegría eran improbables y al día siguiente una incógnita, por lo que no podía darse el beneplácito de ofenderse. ¿Era posible que hubiera hablado en esos términos? Sí, porque si bien se le escapaba lo dicho, no ocurría lo mismo con los actos. Aunque es más importante lo que se hace que lo que se dice, no siempre se lleva el viento las palabras. El simple hecho de que dudase justificaba su miedo, porque las imágenes de lascivia persistían. Las promesas no se pierden como unas llaves. A veces, lo anunciado reaparece como un notario que te recuerda que eh, ojo, había letra pequeña en lo que firmaste a toda prisa. Lo podía negar, claro, podía alegar que iba como iba, que se dejó llevar, que ahora lo veía todo de otra man...

—No hablas —Blanca interrumpió sus elucubraciones—. ¿Qué te pasa?

—Nada, nada —dijo sin mirarla mientras se acusaba por incauta. ¿Qué iba a hacer, presentarla en casa de Xavi?

La conciencia, como esa sartén que no se friega por pereza, le hizo ladear la cabeza a regañadientes y mirarla. Esta vez, a diferencia de otras, no tendría que arrepentirse por lo no vivido, sino por todo lo gozado sin cabeza:

—Perdón, lo siento.

—No pasa nada, entiendo...

Al percatarse de la juventud de Blanca, Sandra constató que hacía tiempo que se había exiliado de la suya. Añoraba esa patria, por supuesto, sobre todo porque sintió que la experiencia no le había enseñado lo suficiente, había tropezado de nuevo. Blanca buscó sus labios:

—¿Qué haces? —Sandra apartó la cara con un mohín de desencanto.

—Bésame, anda...

—No, aquí no...

—Empiezas a cansarme, ¿sabes?

Si hubiera sabido que en cuanto se abrieran las puertas en Holborn Blanca desaparecería, tal vez hubiera accedido.

—Solo era para decirte adiós... No te vas a librar de mí.

Y así la vio escabullirse, entre cuerpos que le impidieron seguirle la pista, con el vaticinio de una amenaza.

Aquella resaca era un túnel y el excedente de ansiedad no dejaba entrever una salida. Sandra se sintió débil y se aferró a la llamada que haría a su madre en cuanto saliera del metro, pero ahora en su muslo vibraba otra:

—Eh, por fin, ya está bien, ¿no? —No era el Xavi que necesitaba—. Te llevo llamando y escribiendo toda la noche de ayer y todo el día.

—Estoy llegando, perdón...

—Esto a mí me duele, quieras o no me siento responsable, joder, al menos podías haber dicho algo...

Cuando salió a la luz natural de Seven Sisters recibió el racheado viento de costumbre, un leve dolor en los ojos y una hospitalaria sensación de pertenencia. Era una tontería, desde luego, pero de alguna manera se sintió en casa. Lástima que ahí estuviera el Xavi irascible, el que le pasaba cuentas, pero también el que se había preocupado. Y ese fue el único consuelo.

—Te tengo que contar, perdona, se me fue la olla.

Ya no eran unos niños, ya no era tan fácil la disculpa.

—Veo que te lo pasas mejor por ahí que con nosotros, está

claro que no somos suficiente para ti... Necesitas estar cerca de la élite, ¿eh...?

—Nada de eso, perdona, Xavi, va, de verdad que lo siento...

Una hora después seguía sin hablarle, ofendido. Sandra se preparaba la maleta cuando reapareció por la habitación:

—Voy a bajar a hacer unas compras y luego os hago una tortilla de patatas, ¿te parece?

—Por mí haz lo que te salga del bollo, como si te quieres tirar por esa ventana. Buen viaje, me voy...

A lo que Sandra, con un jersey en la mano a medio doblar, no supo responder.

Lo conocía. Era su amigo. Resignada, tuvo que oír el golpetazo de la puerta. ¿Lloraba? ¿Reía? Sabía que volvería pidiendo perdón. En el fondo, a Xavi le gustaba demasiado que se compadecieran de él.

6

Hacía tanto que no venía que Sandra se sorprendió de que en el edificio hubieran instalado un ascensor. Mientras subía contó los meses que hacía que no se veían hasta llegar a nueve.

—Jo, vaya cambio...

—¿Has visto? Otro *level*...

Todo el sentimiento de culpa que traía por no haber venido antes se evaporó de golpe al ver lo abombados que le quedaban a Isa los pantalones por detrás. A Sandra le sonaba a forzado la pérdida de peso repentina en las chicas rellenas.

—¿Y Ulrike?

—Ni idea, ¿cerveza o vino? Solo tengo blanco..., ahora te cuento.

Más que en su modo de hablar era en la manera de expresarse con el cuerpo, demasiado tensa, donde se percibía que le pasaba algo. Mientras buscaba con pulso tembloroso un cenicero, Sandra dudó de la edad de Isa e hizo un cálculo mental. Isa pasaría de los treinta y cinco. La extrañó sobremanera que de la habitación del fondo emergiera una niña.

—¿Dónde vas, Laia? —indagó Isa.

—A dar una vuelta...

Tras el consiguiente portazo, Isa acercó una silla a la mesa.

—¿Y eso? —preguntó Sandra levantando los hombros.

—Ay... Es que hace mucho que no nos vemos. No sé por dónde empezar...

Sandra pretendía explicar su semana en Londres y, si se daba el caso, relatar que la Equis había dado señales para recordar lo mal que lo estaba pasando en Glasgow, que había empezado terapia y que tras la primera sesión el psiquiatra le había dejado claro que su cabeza era una baraúnda por desencallar, que la

relación extraña de amor-odio que mantenía con su padre y sus hermanos traía cola desde tiempos ancestrales y que las atenciones constantes que su madre requería de ella no le hacían ningún bien. Es más, Sandra incluso había ensayado la frase que le diría para resumir, algo en plan: «La muy zorra consigue que hasta me dé pena».

Pero no fue posible. Supo que Laia era una alumna de la escuela donde Isa impartía sus clases. Un mes atrás, la niña había empezado a venir día sí, día no con la misma ropa y, al final de la primera semana, en una reunión de departamento, la directora informó al resto de los profesores de que una madre había llamado alertando de que Laia llevaba seis noches durmiendo en su casa con la excusa de ser amiga de su hija Ingrid. Cuando la dirección trató de ponerse en contacto con los padres, nadie respondía, y cuando le preguntaban a Laia aducía que no sabía, que su madre la dejaba ir a dormir a casa de Ingrid, cuya mamá la había provisto de ropa interior y comida. Como si tal cosa, reaparecieron los padres asegurando que no volvería a ocurrir, pero al cabo de dos semanas se repitió la dinámica. A la salida de una reunión con la Ampa, Isa la encontró campando a sus anchas por la calle Muntaner. Laia, que era una alumna por la que Isa no podía esconder su debilidad, alegó que estaba haciendo tiempo, pero que no tenía dónde ir. No soportó verla tan desvalida a las ocho de la tarde en la esquina con Vía Augusta, soportando sin abrigo las típicas corrientes de aire que desde Collserola seccionan en invierno ese cruce. El primer día que la llevó a casa cenó con ella y con Ulrike. Luego, mientras veía la tele y Ulrike recogía, Isa adecentó la habitación en la que su novia pintaba, donde había una cama para invitados. Tanto empeño no pasó desapercibido. Así se lo hizo saber Ulrike tres días después al acostarse:

—*Ich weiss es nicht, aber*... todo esto es un poco raro, ¿cuánto va a durar?

La pregunta, *a priori* normal, desató la ira de Isa, que acusó a Ulrike de ser incapaz de comprender a los adolescentes, de carecer de empatía, de ser poco solidaria con todo aquello sobre lo que luego iba predicando como una samaritana izquierdista de papel

maché. Pura *gauche* caviar.

Sin tregua se enzarzaron en una discusión hasta que Isa se descontroló:

—Tú muchos libros de la Meinhof, mucho Schwitters, mucha Charlotte Salomon, pero a la hora de la verdad, la emperatriz reclama su espacio en palacio...

Ulrike abandonó la cama de golpe, se despojó del pijama, se puso lo primero que halló sobre la cómoda y salió de casa dejando en Isa un poso de dolor que le impidió pegar ojo. Sin embargo, al día siguiente se repitió la escena, y cuando Ulrike apareció por el salón, allí estaba Isa ayudando a la alumna a hacer los deberes. Laia se sentía cada vez mejor. La ilusión desatada de Isa por tenerla en casa no remitía. El modo en que la protegía, le hacía la merienda y la buscaba revelaba una entereza que, a pesar de su supuesta sensatez, no cuadraba con Isa. Más temprano que de costumbre, Ulrike se despertó una mañana, estiró la mano al vacío y la duda le enroscó el estómago. Avanzó por el pasillo y abrió la puerta del estudio para ver a Isa acostada en la cama de Laia. Isa, que había escuchado los pasos, la miró a los ojos, desafiante. Con el brazo rodeaba la cabeza de la niña, que se apoyaba sobre su pecho en lo que parecía un sueño profundo. Sin dejar de acariciarle el pelo retó a Ulrike, que, como quien da algo que quiere por perdido, lo más que pudo hacer fue bajar la vista y negar con la cabeza antes de cerrar de nuevo.

Isa posó un beso en la frente de Laia, y celebró escuchar lo que esperaba, el correspondiente portazo de Ulrike. Entonces Isa deslizó la mano izquierda bajo las sábanas y buscó el inicio de la camiseta de Laia para levantarla y cubrir levemente su ombligo con la palma de la mano.

—Buenos días, pequeña..., es hora de despertarse. Ya sé que no quieres, pero hoy hay cole... Venga, que te preparo los cereales que te gustan...

Esa noche Ulrike le avisó:

—Te estás pasando.

—¿Ah, sí? ¿Ayudar y empatizar es pasarse?

—Se te está yendo de las manos.

—*Lass mich in ruhe*.

—*Sicher*...

A veces, para discutir, como si los insultos y las amenazas en alemán no tuvieran el mismo peso y le concedieran el favor del indulto, Isa hablaba en ese idioma. La extraña confianza en sí misma dotaba a sus respuestas de una altivez que Ulrike asumía al principio con extrañeza, después con estupor y, al final, poco a poco, con asco, como si aquella persona no fuera Isa, o como si después de muchos años estuviera descubriendo a la verdadera. La tensión entre ellas llenaba de silencio sus encuentros por la casa y, antes de entrar en la cama, apenas comentaban nada. Ulrike curioseaba su iTouch sabiendo que Isa se teletransportaba con el pensamiento a la otra habitación. Luego una de ellas apagaba la luz y se decían buenas noches como si dijeran hasta luego a una vecina del barrio que se conoce de vista.

A estas alturas del relato, que aquello no iba a acabar bien lo sabía cualquiera, pero ni el más cenizo podía prever un desenlace como el que se daría. Sandra se veía incapaz de aconsejar, pues prefería callar antes que herir a su amiga, ya que para ella Ulrike tenía razón y lo único imprescindible en esos momentos era llamar a los padres de la niña o a la policía. Sandra acabó su cerveza y por primera vez tuvo ganas de abandonar aquel salón.

—¿Por qué te crees que te llamaba tanto? —repitió Isa en el rellano mientras subía el ascensor—. Esta alemana se ha vuelto loca, pero tú te crees... Bueno, y tú qué, al final no me has contado qué tal en Londres...

—Bien, bien, pero... ya te contaré.

Las sospechas de Sandra no tardaron en cumplirse. Tres semanas después empezó a recibir llamadas de Isa. Hasta diecinueve perdidas encontró a la salida del trabajo.

—¡Estoy muy preocupada! —se lamentó Isa cuando logró dar con ella.

—¿Por qué? ¿Qué pasa?

—Laia, que ahora dice que quiere dejar de estudiar...

—¿Pero me estás diciendo que todavía está ahí?

—Pues claro, dónde quieres que esté, ¿en qué lugar va a estar mejor?

—¿Con sus padres, tal vez?

—¿Te refieres a su padre cocainómano, que se ha ido a vivir a Madrid con una exalumna veintidós años menor? ¿O a su madre alcoholizada, que vive en una comuna del Bergadá llena de odio hacia su marido, que debía un año de piso y a la que han desahuciado? Es que no te pillo, Sandra, no sé, a ver, venga, dime, tú que lo sabes todo, la pregunta clave, por un millón de pesetas, ¿con quién estará mejoooor? Un, dos, tres, responda otra vez...

Y colgó.

Sandra no daba crédito, jamás había visto a Isa perder la compostura de ese modo. Al contrario, era ella quien solía calmar sus arrebatos, quien tenía cuatro y hasta cinco dedos de frente. ¿Era posible que se hubiera enamorado de una niña? Llegó a Sant Andreu tan confundida que saludó a su padre con un afecto inesperado y luego abrazó a Damián con tanto ímpetu que lo intentó levantar del suelo, sin éxito.

—¿Qué pasa, cariño? —preguntó Enrique—. ¿A qué se debe todo esto?

—Historias para no dormir...

El olor del *aftershave* tenía la capacidad de devolver a Sandra a aquel minúsculo cuarto de baño de Hospitalet. Recién afeitado, abotonándose la camisa, transmitía la calma que a ella le faltaba.

—Tiene la verdura del mediodía y no quiero nada de tele, estoy hasta los huevos de pantallas, lleva toda la tarde jugando a la Play —indicó Enrique.

—Vale, vale. ¿Y esto qué es? —Sandra se refería a una gran caja envuelta en papel de regalo que impedía el paso al balcón.

—Nada, para el hijo de mi amigo Roberto, que lo bautizan el domingo y nos han invitado.

—¿Roberto con un hijo?

—Pues sí, ha sentado la cabeza...

—¿Y un bautizo?

—La vida da muchas vueltas.

De un tiempo a esta parte, las visitas a su padre se habían espaciado pero la distancia se había encogido. Casi siempre era él quien llamaba para saber de sus hijos. Sandra admiraba la dedicación que brindaba a sus abuelos —ya envejecidos, con problemas de visión, de oído, de reuma y hasta de cabeza y de memoria— todos los días, pero evitando preguntarse si, llegado el caso, ella sería capaz de hacer lo propio. Cuando su abuela se cayó y se partió la cadera, fue él quien durmió una semana con ella en el hospital. Fue él quien les compró su dosificador de comprimidos y les explicó el funcionamiento y quien cada mañana les recordaba por teléfono el color de las pastillas. Además, no le recriminaba su nula implicación. Jamás tenía un reproche del estilo «Anda, que ya te vale, podías ir a verlos alguna vez». Cuando era pequeña era un placer ir a casa de los abuelos. Cuando fue adolescente se convirtió en obligación. Ahora no iba nunca. Imposible recordar la última visita.

Desde que estaba con Yalemi, aquel ingenuo bala perdida parecía otro, y aunque seguía haciendo turnos de noche en el bar del Paralelo, ni por asomo se dejaba engatusar por nadie. Todo lo que había hecho, trapicheos, líos, trifulcas, engaños... era agua pasada. La segunda o tercera oportunidad que le ofrecía la vida la aprovechaba con creces. Además, estaba claro que se había ido con Yalemi por amor, y a fin de cuentas, eso lo honraba. Cualquiera que le juzgase por sus actos hoy no tendría más remedio que tildarlo de ejemplar. Cada dos por tres indagaba sobre la vida de su madre y no sabía disimular cierta tristeza cuando Sandra o Sergio le decían que bien, pero que de lo que él quería saber nada de nada. Solo evitaba una cosa: la intimidad de Sandra. En ese ámbito era recatado. Desde aquella vez en que Sandra le colgó el teléfono, la vergüenza le impedía cruzar esa línea divisoria.

En cuanto Enrique se fue, al ver a Damián excitado por su presencia, Sandra pensó que batallas las justas y a la media hora el niño comía palomitas ante repetidas aventuras de *jedis* de las que no fue fácil sacarlo para ir a la cama. Una vez a solas, Sandra se comió la verdura y pensó en la supervivencia, la dificultad del equilibrio, el inexplicable mecanismo de los mundos propios.

Aquello era la amistad, había que estar a las duras y a las maduras, aunque uno nunca sepa en qué preciso instante darán comienzo los atisbos de paranoia y de posesión. Sonó su móvil. Mensaje de Isa: «Te lo advierto. Aquí no vuelvas a taladrarme con tus movidas y tus inseguridades. Eres tan patética». Sandra se lio un cigarro y apartó una cortina para asomarse al balcón. Desde que había empezado la primavera la noche llegaba por la fuerza y el cielo se oscurecía sin querer. Notaba el corazón acelerado. A su edad, sabía bien que era más fácil conocer a otro que conocerse a uno mismo. Nada deseaba más ahora que creer en alguna deidad para implorarle que socorriera a su amiga en su desvarío emocional, porque, pese a la desproporción del trance, el miedo a perderla era real. Diez minutos después, otro mensaje. Isa: «Ah, por cierto, ni te molestes en responder, eh». Claro que estuvo un rato tentada de escribir. Claro que no podía asimilar aquella reacción. Pero decidió encarar el arrebato con paciencia, dejando que pasara la noche, siempre más propicia para los malos que para los buenos pensamientos. El tiempo devolvería a Isa la cordura.

Se había llevado un libro pensando que podría leer, pero no había manera de concentrarse, observaba la cubierta como si Jay Gatsby, especialista en avanzar contra la corriente de las olas hacia el pasado, se hubiera caído de un árbol y se hubiera quedado ahí, abatido, para mirarla con lástima. Otra vez en la ficción eran hermosas la pena, la locura, la depresión, la pobreza, el dolor o la incertidumbre, porque la vida real de Isa distaba mucho de las leyendas infantiles y la pedagogía que con tanta dedicación enseñaba.

Para su alivio llegó Yalemi y, a pesar del cansancio acumulado en las rodillas, dejó que Sandra se desahogara. Le ofreció comida sobrante del Fornet, pero a Sandra no le entraba nada. El consuelo de que alguien la escuchara la sacó a flote. Luego rebuscó en su bolso y dijo:

—Lo siento, no me dio tiempo a traeros nada más... me da un poco de vergüenza, pero es lo que encontré en el aeropuerto...

Yalemi recibió un imán de nevera con la imagen de los príncipes de Gales besándose bajo el epígrafe «*Greatings from*

England» y empezó a asentir trazando con la boca una mueca de extrañeza.

—Me encanta, mija, divina estampa, eso es amor...

—Sí, quien lo probó lo sabe.

—Ay, mi madre, no es fácil, tú necesitas un traguito de ron...

—Que sean dos...

Entonces sonó de nuevo el móvil. La angustia de volver a ver el nombre de Isa era real, pero leyó «Blanca Londres»: «*White rabbit. White rabbit*. Como mañana es primero de mes te deseo buena suerte con conejos blancos, como hacen aquí. Ya tengo billete. La semana que viene estoy ahí. Vete preparando».

7

—Pobre Juanita —soltó Marisa cuando la vio llegar, sin levantarse de la silla, en su garita.

—¿Por qué? —inquirió su hija—. ¿Qué ha pasado?

—Pues que le ha llegado una carta de la administradora de la finca, le dicen que le quedan dos años, luego a la calle.

—¿Y eso? —Sandra tenía prisa por subir, detestaba quedarse ahí, a la vista de quien entrara.

—Han vendido el inmueble y van a reformar el bloque para hacer apartoteles de lujo y ya no quieren portería. Lo malo es que ellos, como nosotros, tienen la vivienda, y claro, es en el sobreático, que lo van a reformar también...

—¿Y los echan?

—O cogen la indemnización, que es una miseria, o les ceden otro piso de alquiler, y durante diez años les cobrarán la mitad, pero se ve que será un piso donde Cristo perdió el gorro... Pobre, con dos hijas... Toda la vida aquí, imagínate tú, heredó la portería de su madre a los diecisiete años... qué va a encontrar ahora con cincuenta y cinco años, tendrá cincuenta y siete...

Sandra sabía que Juanita era la portera del número 108, el edificio de al lado. Desde que entraron a vivir aquí, se habían hecho íntimas y se vigilaban mutuamente las porterías si alguna debía ausentarse a hacer un recado. Más que un apoyo, era una confidente. Una amistad forjada literalmente a diario. Sabían todo la una de la otra y de sus respectivas familias, cuyas vidas seguían los caminos de una rutina sin alteraciones llamativas. De pronto, la realidad abofeteaba a una de ellas. Y el hecho de verla doblar esa esquina, la esquina del trabajo fijo, el hogar, la estabilidad, quieras o no, intimidaba. El barrio estaba en proceso de renovación. Tres años atrás habían clausurado temporalmente el mercado de la

Concepción para hacerle un lavado general. Salvo la estructura de hierro original, todo era nuevo. Refulgía un espacio digno de *shopping center*. Iluminación de salón vienés, carteles con los nombres de las tiendas resplandecientes, suelo embaldosado, materiales de alta gama. Se entraba como a una joyería del paseo de Gracia. Solo la mitad de las paradas habían podido mantener su plaza, pues el alquiler se había triplicado. Lo mismo pasaba con los pisos de alrededor. De un día para otro se hablaba de la calle Girona como de una avenida cotizadísima. Se rumoreaba por los comercios que el Ayuntamiento la peatonalizaría como se había hecho con Enrique Granados. Cuando se quedó libre el primero y Marisa supo que los nuevos inquilinos pagaban mil doscientos euros de alquiler, creyó que era una broma. La suerte que tenían de no pagar vivienda era el tipo de suerte en la que uno repara cuando la pierde y se lleva las manos a la cabeza.

—¿No nos pasará esto a nosotros, no, mamá?

—Pues no creo, hija, aquí no ha llegado ninguna carta y la administradora no me ha dicho nada.

—Mejor, qué alivio...

—¿Y qué tal el trabajo, cariño?

—Bien, bien, voy subiendo...

—Tienes la comida en la cocina.

En momentos similares, si subía sin detenerse a darle un beso a su madre o se quedaba claramente retenida a la fuerza, una vez arriba, a solas, mientras se calentaba la comida en el microondas, se avergonzaba de avergonzarse de ella y se reconocía sucia. ¡Si hasta parecía que la pobre mujer la molestaba cuando en realidad se desvivía! Pero al mismo tiempo qué le iba a contar de su vida si nunca lo había hecho. Desde que cumplió la mayoría de edad su madre dejó de ser el puntal de carne y hueso al que asirse cuando venían mal dadas para ser un ente impuesto que pululaba por ahí a todas horas pendiente de que su ropa estuviera limpia, de que nunca le faltara un plato en la mesa, de que llevara siempre dinero encima, y al que si estaba lejos llamaba, sí, pero que no contaba para sus atenciones ni sus problemas ni sus inquietudes, como si no pudiera perder el tiempo con ella, como si ella no tuviera el nivel

para comprenderla o ni siquiera escucharla; era, además, alguien ante quien le costaba horrores ensayar un gesto de cariño o un cómo te encuentras, porque su madre siempre estaba bien. Así, comía a regañadientes, reconociéndose egoísta, debatiéndose ante la imposibilidad de volver a ser la niña que la abrazaba cuando la veía triste.

En la productora apostaron fuerte por un nuevo guion. Ya tenían tres versiones, con lo que Sandra debería volver al ICAA a presentar documentación. Lo moverían por Gobiernos autonómicos. Reinaba el optimismo, pues pensaban conseguir con cierta facilidad dos tercios de la financiación.

Por otro lado, desde que se había vuelto a poner en contacto con Ximena era incesante el trasiego de mensajes, la indecisión, la prisa, la esperanza. Cuando le hablaba de las sesiones con el psiquiatra, Ximena transmitía vacilación, generaba sospechas, como quien gusta de inventarse un desasosiego que le viene grande. Sandra era consciente de que, visto en perspectiva, todo aquello podría sonar naíf, por eso no lo comentaba con nadie que no fuera ella misma, porque Sandra, desde luego, estaba lejos pero no estaba fuera. En cualquier caso, la Equis conseguía que Sandra se preocupara por ella y diera mentalmente forma a sus correrías por Glasgow. Y no era que Sandra no se diera cuenta de lo absurdo que resultaba estar pendiente. Al contrario, invertía horas en darle vueltas. Pensar en ella le hacía evocar sensaciones de una dicha lejana que no aceptaba que hubiera sido tan efímera. A lo tonto llevaban seis años de desencuentros. Desde el primer día, su relación había sido un tira y afloja del que siempre salía invicta la misma. Era muy diferente la vida con la Equis de la vida sin la Equis. Sin ella, Sandra era dinámica, abierta, resolutiva, daba clases concentrada (incluso las preparaba), trabaja con predisposición, iba al cine con Julio, quedaba con ligues ocasionales que conocía en chats de internet, leía, llenaba su vida. Con ella, en cambio, se mostraba susceptible, si quedaba con alguien no prestaba atención, se dispersaba en las películas y no era capaz de aguantar una hora de visionado sin mirar el móvil, cada clase era un suplicio. Resumiendo: se reconocía ridícula.

¿Cuál era la diferencia entre ellas? Entonces la supo: que ella se proyectaba, ella leía más allá de los mensajes. La Equis no, la Equis jamás leía entre líneas. Sandra podía ser muy pragmática para muchas cosas, pero no para gestionar su querencia por Ximena. No controlaba, urdía planes, vivencias, veranos juntas. Las quimeras con ella se abrían paso entre la muchedumbre sin necesidad de usar los codos y avanzaban a través de las olas sin tener que remar, llevadas por un viento que, mira tú por dónde, siempre soplaba a favor. El interés de Ximena era esporádico, cuando le apetecía algo era capaz de mover Roma con Santiago para verla al instante y sacarle partido las horas necesarias hasta cansarse. El interés de Sandra era constante, iba más allá del placer perecedero, lo que le impedía actuar con libertad, pues cargaba con un peligroso miedo al rechazo.

¿Te pasa algo?, ¿estás bien? ¿Cómo te ha ido hoy la consulta? Escribió Sandra por sexta vez. El domingo a última hora recibió respuesta: «Perdón, perdón, perdón... Jorge ha venido el fin de semana y he tenido el móvil apagado, ¿todo bien, tú?». Así era la Equis, todo lo arreglaba pidiendo perdón por triplicado, como si el perdón fuera la oferta de la semana, y preguntando si todo iba bien igual que si estuviera escribiendo a su prima.

Tenía unas horas libres antes de encontrarse con Blanca. En mitad del típico trasiego de un viernes por la tarde en la calle Aragón, al salir de la productora, Sandra tomó la determinación que llevaba días sopesando. Remontó por paseo de Gracia hasta la calle Bonavista. Llamó al timbre de Isa. Le abrieron sin responder. Subió en el ascensor. La puerta estaba entornada. Se encontró con un piso patas arriba que retenía olor a tabaco de varios días. Apelotonados a la buena de Dios, contra las paredes del pasillo, descollaban lienzos pintados a medias. Con razón el salón se había ensanchado. Faltaba uno de los sofás y el habitual sillón dormilona. En el sofá grande estaba Isa:

—¿Qué tal, cariño? —Hizo sonar los hielos de su copa.

—Eso precisamente te iba a preguntar yo.

—Mejor que nunca. —Se notaba a la legua que mentía, y que tenía los leucocitos por los suelos—. En la nevera tienes cervezas.

Sandra se alejó por el pasillo sorteando cacharros con la mosca detrás de la oreja. Se hizo con su Estrella y regresó al salón, donde Isa se había puesto en pie.

—Antes que nada —dijo—, ¿te puedo pedir algo?

—Claro —dijo Sandra, que tenía el dedo en el arete.

—¿Me das un abrazo?

Sandra dejó la lata en la mesa y sin necesidad de responder fue a su encuentro como aquella primera vez en Sant Pere Pescador, pero con una diferencia, pues ahora era Isa quien se echó a llorar y le humedecía el hombro con su resuello afligido. No se abrazaban desde entonces, pensó. Qué distinto era el cuerpo de Isa ahora, tan blando, tan delgado, en comparación con aquel que Sandra abarcó al final de aquel campo de trabajo que las unió. Entonces no notó los omóplatos sobre la cinta del sujetador, ni siquiera el volumen era el mismo. El abrazo de Isa, que entonces fue el de un ídolo protector, generoso, ancho, con tanto espacio por acaparar, era hoy el de su sombra, y era ella quien debía cuidarla. Supo Sandra que Isa se disculpaba con lágrimas y se juró valorar esa capacidad para hacerlo. Y pensó en lo mal que lo habría pasado durante ese periodo de omisión, por lo que deseó haber venido antes.

Al separarse, Isa recuperó su copa y su lugar en el sofá, dando a entender que todo debía seguir como si no hubiera pasado nada y que sobraban las palabras. Lo que se hacía debía estar por encima de lo que se hubiera dicho. Aquel gesto era la absolución. Tanto había aprendido Sandra en ese salón que ninguna bravata debería jamás dar opción a su desprecio.

Pero las cosas no iban bien: Ulrike había desaparecido cargando lo que consideraba más valioso. La decisión había llevado un tiempo, con sus correspondientes dudas, segundas y terceras oportunidades, recelos y miedo al cambio, pero al fin, una vez tomada, la resolución había sido fulminante. Ahora era consciente Isa de que había tensado demasiado la cuerda, confiada en que Ulrike no la abandonaría así como así después de todo lo que

habían compartido tantos años. ¡Esta casa la habían levantado juntas! ¡Y ahora se le caía encima!

Laia había sido devuelta a su madre mediante la intervención conjunta de los Mossos y la dirección del colegio. Isa había regresado a una realidad tan diferente que no solo se veía viviendo sola y preguntando aquí y allá por Ulrike, sino que Laia, en clase, en el patio, en los pasillos, la ignoraba por completo, como si de un día para otro se sintiera víctima de su propia vergüenza. Cuando la directora quiso reunirse con ella, Isa entendió que la niña había hablado, y cuando le comunicaron la apertura de un expediente y una sanción de tres meses de suspensión de empleo y sueldo pensó que vivía una pesadilla de la que no veía la hora de despertar. Todas las disculpas fueron en vano y las excusas sonaron a chiste. Tuvo que firmar los papeles en presencia de dos agentes y de una consejera de educación. Así que ahora, cuando las piezas que el desatino anímico había desordenado volvían a encontrar su sitio, Isa las había perdido a las dos.

—¿Se ha llevado los deuvedés? —Las películas, siempre las películas.

—Todos los que decía que eran suyos, y que yo pensaba que eran de las dos.

—¿Has preguntado en el Andy Capp?

—Claro, pero Prisca tampoco sabe nada...

—Entonces, ¿se ha ido de Barcelona?

—Ese es mi miedo. Hace tres días que el móvil está apagado y que ni siquiera va a la escuela.

En efecto, Ulrike no se había presentado a su puesto de trabajo en el ateneo donde impartía clases de Ilustración. Isa no quería ir más lejos en sus indagaciones geográficas por miedo a descubrir una verdad que sospechaba. Porque claro que tenía los números de sus familiares en Berlín, pero no estaba dispuesta a sufrir la humillación de escuchar a su madre diciendo *Ja klar, sie ist hier mit mir*, sí, Isa, aquí está, conmigo, y no doy crédito a lo que me cuenta de ti.

—¿Cómo he podido ser tan tonta? No me lo explico.

Sandra se encogió de hombros, como si la disculpara y dijera

no llores más, venga.

—Ábrete otra, anda. Necesito que te quedes conmigo esta noche.

—No puedo...

—¿Por qué?

—Es que ha venido a Barcelona una chica que conocí en Londres, y no sé cómo quitármela de encima, y para no verme con ella a solas la he citado en casa de Julio, y tengo que ir como sea...

—Por favor..., no te vayas. Una niña... ¿es más importante que yo?

—No, y lo sabes, pero tengo que cortar el problema.

Cada cual tenía que lidiar con sus arrepentimientos. A ojos de Sandra, Isa siempre se había mostrado estoica, incluso de más, y esa actitud, que rozaba el misticismo, le ponía de los nervios. Nada la perturbaba. No le costaba decir que no. Confiaba tanto en sí misma que no le preocupaba lo que los demás pensaran de ella. ¿Cuántas veces le había dicho frases que parecían sacadas de manuales de autoayuda en plan «Pon tu deseo en otra parte», «Cambia el color de tu vida», «Lo que sucede conviene», «Cuando veo la intensidad de los jóvenes me digo qué suerte tengo de ser adulta» o «relájate, Sandra, *easy*, *easy*... no puedo con las PAS, con las Personas Altamente Sensibles, como tú»? Ahora todo era ambiguo. La madurez y su alto sentido de la responsabilidad la habían llevado por el buen camino hasta que algo había hecho clic desmoronando toda entereza.

En cambio, Sandra, habituada a que todo la influyera sobremanera, se veía en la tesitura de ejercer de psicóloga más que de confidente. No estaba habituada a dar largas ni mucho menos a traicionar, por eso se marchó con la sensación de que le dolía más a ella hacerlo que a Isa aceptarlo.

—Se me ocurre una cosa —propuso como mal menor—: cuando termine la cena, vuelvo y me quedo a dormir contigo.

—O mejor nos vamos de fiesta. Me apetece mogollón salir...

—Isa, cariño...

—Qué...

Pero Sandra no acabó la frase en voz alta, lo hizo solo para

ella: tienes casi cuarenta años, dónde vas a ir, por favor, mira cómo estás de defensas...

—Nada..., yo te llamo en cuanto acabe. Cuídate, no bebas tanto...

—Sí, mamá...

La Blanca que conservaba su memoria eran dos: por un lado, una chica impetuosa, sensual, y por otro, una chica amenazante que se fue del metro enfurecida. Ninguna de las dos era la que la esperaba. Como llevaba las gafas ejerciendo de diadema, le gustó comprobar que tuviera los ojos tan achinados, y a su vez la alivió constatar que venía en son de paz, de ahí que, tras los dos besos de rigor, recibiera con agrado sus primeras palabras:

—Me encanta tu ciudad, llevo en manga corta desde que llegué.

—Pero ¿cuánto tiempo llevas aquí?

—Tres días.

Si eso era cierto, quería decir que el interés por ella se había desbravado y podía respirar tranquila.

—¿Vamos a casa de Julio? Nos espera a las ocho...

—Me gustaría antes disfrutar de una terraza, aún queda sol..., y yo no lo veo tanto como tú... ¿Tomamos algo, por favor?

El sol tenía los minutos contados, pero accedió. Blanca se estaba quedando en casa de una amiga del instituto español que se había mudado aquí con sus padres. Aunque estuvieran junto a la entrada de un parking, ocuparon la primera terraza con mesa libre de Gala Placidia.

—Perdona por insistir tanto en Londres, lo siento... —A Sandra la descolocó esa opinión, pero aún más la siguiente—. La verdad es que me gustó mucho la noche que pasé contigo y quería repetir, pero ya vi que tú no querías, está todo bien, no hay que preocuparse por eso..., solo es sexo.

Tras pedir las consumiciones, se preguntó si Blanca concebiría el sexo como un saludo de cortesía, una ocupación más del día. Estaba claro que vivían realidades opuestas.

—Me asustó verte tan nerviosa, y todavía no sé por qué...

Sandra rememoró su rechazo en aquel infernal trayecto de metro.

—Es que me iba esa noche y con la resaca estaba fatal...

—Bueno, pero eso se pasa..., no se había muerto nadie... ¿Siempre te rayas tanto por todo?, ¿siempre te emparanoias así?

El coche que entraba al garaje expulsó un molesto bufido de humo. ¿Se estaba riendo de ella?, ¿para qué le hablaba ahora así? ¿Le echaba en cara su reacción o simplemente manifestaba su interés por ver la vida desde otra óptica?

—¿Por qué lo dices? —acabó preguntando cuando llegaron las bebidas.

—No sé, por ti, porque me supo mal verte así... Es que cuando veo a los adultos tan rayados me asusto, me digo qué poco me apetece crecer... A mí me gusta jugar. Por eso estudio interpretación, porque es el único idioma en el que *to play* significa jugar y actuar..., ¿sabías?

Pero quién se creía que era, de qué iba dando discursos sobre la gestión de emociones como si tuviera algo que reprocharle y se conocieran de toda la vida. Blanca logró que con tanta palabrería de madura *amateur* se arrepintiera de haber dejado a Isa.

—Te vi muy tensa, y yo no estoy acostumbrada al estrés; cuando era pequeña tuve tantos problemas que ahora no me preocupo por nada... Por cierto, que no se me olvide, te he traído un regalo.

Blanca hurgó en su mochila y sacó una pequeña bolsa de cartón. Sandra no pudo evitar sonreír al encontrar un estuche que contenía unas gafas idénticas a las que ella llevaba...

—Pero... ¿esto qué...?

—No te preocupes —la cortó—, están sin graduar... Como te gustaron tanto me hizo gracia. A ver, póntelas.

Como si recibiera una orden, Sandra obedeció.

—Eeeehhh, te quedan muy bien, mejor que a mí. Ahora tenemos las mismas.

—Tú estás loca...

—Sí, no me digas más cosas que te gustan porque podría

regalártelas.

Sandra leyó «Moscot» en la gamuza, y aceptó la despreocupación con la que se reía al verla con las gafas, tan feliz por dar sin esperar nada a cambio.

En un lapso de silencio que se interpuso entre ellas, Sandra se colocó en el plano de Blanca y se preguntó qué vería con sus gafas graduadas, para descubrir que la ingenuidad, la vitalidad, la evasión de las que la otra gozaba a ella se le habían escapado o, lo que era aún peor, jamás las había poseído. ¿Qué vería Blanca? Una chica de treinta y dos años que todavía vivía con su madre, que ¡ni siquiera se había independizado!, que ganaba mil doscientos euros al mes brutos que se ventilaba en tres semanas con una facilidad pasmosa sin escatimar en antojos, una chica cuya mayor aventura habían sido dos amores frustrados y que no había dado un paso más allá, siempre con el miedo grabado en la frente, que llevaba una vida lineal, sin proyecto. Y le dio pavor, sí, sintió el pavor de reconocerse en una persona solitaria y cobarde, de esas que cuando se les ponía por delante una oportunidad de disfrute la dejaban pasar o, más grave aún, de las que si se decidían aceptaban el reto arrepintiéndose, como le había ocurrido en Londres, porque era de esas que entraban en los placeres con un ojo puesto en el goce y otro en el remordimiento.

Sandra ya contaba con ser tan bien recibidas por Julio, que además, por suerte, estaba solo, pues su pareja se había ido una semana a Huelva a ver a sus padres, y admiró la relajación con la que Blanca entró en el piso, trazando en el aire medio arco con el dedo y diciendo «Bonita choza» para luego recibir la copa de vino como si se la mereciera. Le reconfortaba saber que Blanca no era exclusivista. Quizás el problema lo había tenido ella en su cabeza, cuando en verdad era una chica que estrenaba la mayoría de edad viviendo sin ambages y siendo capaz de soltar lastre. Ver hablar a Blanca y Julio era asistir a una conversación entre dos motivados que pelean por quitarse la palabra. Había que introducir las opiniones con un canto. Muy pronto le llegó un mensaje y leyó a Isa: «Avísame cuando vengas, ¿eh? No te olvides», seguido del emoticono de un corazón. Silenció el móvil y lo dejó en la mesa

baja, entre dos libros de arte. Recordaron monólogos con los que había estudiado Julio en Nueva York y que la otra rebatía con los que ella debía estudiar ahora en Londres. De boca en boca saltaban nombres de autores, de profesores, de actos y escenas míticas de Chéjov, de Ibsen, de Shakespeare, de David Mamet, y elogios sobre actrices como Meryl Streep, Barbara Stanwyck, Elizabeth Taylor, Kate Winslet. Conforme avanzaba la noche caían botellas de vino y, en un momento dado, Blanca estimó oportuno interpretar el monólogo con el que había sacado tan buena nota en declamación, escrito por ella misma. A Sandra se le trabó el aire en la garganta al sentir que ya había presenciado la escena, porque la vio expresar en un inglés impecable algo que ya conocía: los quince pasos alejándose hasta una puerta que una niña escuchaba sentada en un sofá, y el olor que se iban llevando con ellos, y el recuerdo del tacto recién desaparecido, y el peso de la presencia huidiza, y la densidad del ruido de un portazo, y la aceptación de la belleza del dolor, efímera por naturaleza. «¡El abandono es el tema!», gritó Julio. Eran recuerdos inventados por alguien que no tenía recuerdos pero sí necesidad de inventarse un pasado y que desplazaba su silueta y su sombra con pericia y sentimiento. Luego hablaron de jazz y Julio recordó una película de Louis Malle con música de Charlie Parker y Gillespie cuyo título pronunció en francés, *Le souffle au cœur*. Mientras Julio encontraba el disco, Sandra notó la mano de Blanca en el muslo y la estela de un placer le arrancó un suspiro. Fue un gesto fugaz del que se espera recompensa. Enseguida sonó una trompeta vibrante que invitó a seguir discutiendo sobre bandas sonoras y a beber sin prudencia. Entonces Julio recordó que tenía que servir la cena y trajo unas bandejas de la Farga con quesos y salmón y brandada y jamón. Qué distinto era el Julio con Mayte al Julio sin Mayte. Hoy no solo dejaba fumar, sino que él también lo hacía. Rebasado cierto punto de alcohol, lo que antes era miedo volvía a ser morbo. Porque la caricia de Blanca había tenido un efecto recapitulador. En la memoria de Sandra acontecieron otros muslos sin ropa y se detonó una alarma, un aviso que insinuaba que era posible recuperar un efecto de plenitud del que se había arrepentido y que ahora ya no

estaba tan segura de que fuera nocivo, al contrario; desde su cómoda postura —y atravesada de música— contempló la encarnación del pasado en Londres y, aunque empañado por el polvo cristalino de la droga, creyó que lo podría volver a moldear y que existían momentos rociados de memoria fácilmente vivibles por duplicado. Se dijo no, pero sabiendo en lo más íntimo que en menos de un cuarto de hora (lo que tardase en llegar el próximo acercamiento) sería un sí rotundo como el silencioso plañido de un orgasmo. Porque Blanca era ese licor fuerte, conocido para lo bueno y para lo malo, que se ofrece de improviso y ante el que el día de mañana ya es lo de menos.

Tras la ventana, espaciosa y despejada, la noche refulgía bajo la oscuridad del cielo, punteada por destellos de otros bloques.

Al mirar la hora en el móvil y ver cuatro llamadas de Isa, Sandra se obligó a alejarse. Isa tardó en responder y, cuando lo hizo, más que sus palabras se oyó la resonancia de un chumba chumba atronador. Desde el antro en que estuviera habló a borbotones delatando una euforia evidente. Sandra logró entender que estaba de puta madre, que sí, que vale, que otro día nos vemos. Se cortó la comunicación. Colgó. De inmediato, en la taciturna clausura de la cocina recibió la visita de su conciencia: una voz que le repetía «No estás actuando bien, no estás actuando bien; vuelve con tu amiga, vuelve con tu amiga»..., pero contra esa voz se hacía fuerte otra evidencia, porque ahora, ayudada por el alcohol, eran tan tentadora la posibilidad de poder vengarse del recuerdo del rechazo de la Equis que no veía más allá. Tanto la deseaba, tan enganchada se sentía a ella, que el mero hecho de saber que podía excitar a otra la reconciliaba con su yo anterior a que Ximena entrara en su vida, liberándola así, por un rato, de su ego lastimado. Y no le dio más vueltas, porque la coyuntura que se aclaraba en su cabeza era más favorable con el sosiego del deber cumplido. Al menos había llamado a su amiga. Vía libre.

En el salón los hielos estaban fundidos y con el fin del trasiego de opiniones Julio creyó que era hora de ofrecer su altillo a Blanca, porque ¿dónde vas a ir a las tres? Blanca ni lo dudó, y Sandra subió con ella porque —tuvo el valor de decir— así veía

una habitación que no había visto nunca.

No era la excitación del descubrimiento, sino la de la reincidencia que vale la pena porque se conocen sus beneficios. A Sandra la avasallaron las ganas de volver a incurrir, a sabiendas de que la retribución de esa piel tersa sería generosa. Blanca daba el sexo por descontado y apagó una luz demasiado intensa para su gusto. Encendió la lámpara de la mesilla y sin medias tintas se empezó a desabrochar una blusa que resbaló por sus hombros hasta acariciar el suelo. Sandra estuvo tentada de agacharse, pero era más tentador mirar al frente, ningún segundo era digno de desperdiciar, y ya se notaba lo suficientemente prendida como para rodear aquellas caderas cuyo tacto raso, ahora, recordó con total precisión.

Desvestida, Blanca se tendió en la cama y, con la media sonrisa inclinada y el corazón arrebujado latiendo en los ojos, esperó a que Sandra le separara las rodillas y, antes de que comprobara su nivel de excitación, le preguntó:

—¿Te pones las gafas para verme mejor?

—Si quieres...

Y entonces se incorporó y le tomó la mano con fuerza:

—¿Qué pasa?, ahora no te vas corriendo, ¿eh...?

8

Siendo consciente de que se inventaba tretas para no pensar en Isa y que la evitaba, agradeció tener que volver al ICAA. Como si el hecho de desplazarse le sirviera de salvoconducto, en cuanto se subió al AVE llamó. Le contestó a la tercera, cuando ya la conversación se cortaba una y otra vez por culpa de los túneles. Aun así supo que tenía una resaca mortal pero que se lo estaba pasando pipa con tanto desfase. Apenas dormía, «la farlopa, ya sabes», pero tanto las *raves* como los *afters* que luego se habían montado en casa los últimos findes le habían molado un montón. De viernes a domingo. Un flipe. Además se había liado con varias. Estaba recuperando el tiempo perdido, mejor que nunca.

La conversación no dejó a Sandra satisfecha. Durante el trayecto siguió dándole vueltas. Tanto la había querido, y admirado, que ahora detestaba cargar con esta horrible sensación de tener que sacársela de encima. Lo que le contaba Isa cuando la conoció le abría las puertas del mundo, lo que le contaba ahora sonaba a repetido. Los ojos de niña con los que la miraba entonces habían cambiado de punto de vista, habían ampliado el foco a través del que se enfrentaba a la vida. En su día a día veía a más personas —profesores, directores de cine, productores y artistas— que sacaban a relucir planteamientos interesantes que no sonaban a típicos, al contrario de lo que proponía Isa, que le resultaba monótona. ¿En qué se convierte la devoción? ¿Es posible su caducidad? Sin embargo, por otro lado, no podía evitar hacer recuento, y qué hubiera sido de su vida sin Isa, sin idealizarla. Gracias a ella pudo escapar, pudo conocerse a sí misma, pudo quererse. ¿Qué estaba haciendo? ¿Por qué estaba siendo tan injusta?, ¿cómo podía despreciar los reclamos de Isa? Durante muchos años la había tomado como referente y ahora el modelo se

desvirtuaba, se volvía real, prescindible. Tener que llamarla era un suplicio porque era un acto que venía previamente encabezado por ese *tener que*. Antes iba loca tras ella, subía al piso y hablaba sin miramientos de cualquier cosa y ella la escuchaba, ¿la correspondía ella ahora o se escondía? Era preciso hacer un esfuerzo, empatizar con Isa, ¡si le había cambiado la vida, por favor!

Rebobinó las últimas conversaciones. Isa vivía instalada en una falsa alegría. Por más que hubiera conocido a nuevas amigas o las hubiera recuperado, no cuadraba ese bienestar del que alardeaba con su desmoronamiento vital. Y aunque sonara raro, sintió celos al temer que otras ocuparan un lugar. No eran amigas, eran amigas de fiesta. Así que en cuanto apareció en Atocha la volvió a llamar. Durante el trayecto en taxi que conducía a Sandra al hotel, Isa sacó a Ulrike en la conversación y, en efecto, sí, tenía noticias: días atrás recibió una carta certificada de Berlín en la que le explicaba la decisión de su adiós. Se mostró muy correcta y agradecida, pero firme y sin dar ninguna opción al retorno. Al revés que Isa, que no dudó en despotricar, insultarla y acusarla de insensible, de traidora, de fría, de calculadora y de hija de puta. Ese último insulto, repetido dos veces, descolocó a Sandra. Isa nunca había hablado así de nadie. En el coche, remontando el paseo del Prado, viendo las colas de los museos y la generosa sombra que brindaban los árboles, sintió lástima y fue aún más consciente del largo camino que quedaba para recuperar a la Isa delicada, aquella que se acostaba a las diez de la noche para despertarse temprano y leer antes de ir al trabajo, la que cocinaba brócoli a diario para desesperación de su novia, la mística aficionada al yoga, la que se tatuó un colibrí en el hombro, la que sufría por Hansel y Gretel, la que la indujo a considerar la importancia de tener una habitación propia regalándole aquel libro de Virginia Woolf, la que la impulsó a liberarse de la respetabilidad que imponían las dudas del porvenir a los quince años, la que le habló con énfasis de Kate Millett y de su *Política sexual*, la que viajaba a Hong Kong, a Australia o a la India y venía transformada y a veces hasta con un falso lunar en la frente y el arrepentimiento

de no haber comprado un sitar porque no había modo de transportarlo. Sandra no quería verse reflejada en la imagen que le devolvían las palabras malsonantes de la Isa actual, pues entendía a Ulrike, y una vez más le vino de perlas llegar a su destino y alegar que debía pagar.

En Alonso Martínez, Sandra agradeció que el sofocante calor de Madrid fuera menos húmedo. Las terrazas de Santa Bárbara estaban guarnecidas de cervezas y de clientes que se dejaban mojar por tenues chorros de agua vaporizada. En el hotel le recomendaron comer en la casa de comidas Bogotá, donde había aire acondicionado. Al probar el salmorejo recordó a su madre, que lo hacía tan a menudo. Luego llegó una milanesa y pensó que eso es lo que hubiera pedido siendo niña si sus padres la hubieran llevado alguna vez a comer fuera. Jamás se dio el caso. No era común en el barrio ese lujo. Y así notó cómo afloraban sentimientos suscitados por la comida. Ella no había heredado el tesón de su madre en la cocina. Acostumbrada a comer en su mesa, no era capaz de hacer nada elaborado. Cómo le gustaría que su vida diera un giro de un día para otro y verse obligada a cocinar por su cuenta. Cómo sería despertar en otro piso y asomarse a una ventana distinta. A menudo se preguntaba qué hubiera pasado si hubiera ido a vivir con Prisca y desayunara cada mañana con el mar delante. Podría enviar currículums a productoras en otras ciudades, esta, por ejemplo, que tanto le gustaba, aunque siempre visitara los mismos lugares deprisa y corriendo. Ahora que Sandra vivía sola con su madre era cuando menos afecto le demostraba. Su hermano y su novia se habían mudado a un apartamento en Poble Nou sin que ella se enterase. Hasta la sorprendió que su madre estuviera dolida por verlo partir, pero ¿cómo no iba a estarlo si él se preocupaba más por ella? Ante el postre contabilizó tres semanas sin noticias de Ximena. ¿Y si esta vez era la definitiva y ya no aparecía más? Al fin y al cabo, qué genial había sido desfogarse con Blanca. Debería tomar nota de su manera de desdramatizar, de pasar de la culpa y de los arrepentimientos. Con el café volvió a pensar en su madre y se le apareció la imagen de ayer y de anteayer al llegar a casa a las once de la noche: ella esperándola

frente al televisor, la eterna bata sin mangas del verano y la chaqueta de punto que se echaba por los hombros aunque no hiciera frío, los platos envueltos en papel de aluminio por si no había cenado, y esa cara de preocupación que se le había instaurado de un tiempo a esta parte, como si camuflara una angustia. Y entonces, entre el murmullo de la cubertería y las conversaciones vecinas, los restos de migas y las manchas de vino sobre el mantel de papel, acudieron preguntas con viscosidad de tinieblas: ¿sería siempre así?, ¿era esa vida la que la esperaba?, ¿era tarde para escapar? Su madre se había habituado a ella, y ella no quería llegar al punto de no poder dejarla sola. ¿Cómo se había dejado guiar hasta aquí? Marisa estaba acostumbrada a sus ausencias y ella estaba acostumbrada a no pagar alquiler, a los túpers, a mentir en sus citas furtivas y a encajar la correspondiente mueca de resignación.

De camino al ICAA por Hortaleza, se convenció de que debía buscar piso, aunque fuera un estudio. Apenas circulaba gente. Abundaban comercios con proclamas LGTB. La fiereza del sol pesaba sobre sus pasos. Una chica mayor que ella se la quedó mirando mientras fumaba en la puerta de la librería Berkana, y tras adelantarla siguió sintiendo la avidez de su mirada en la espalda. La estrechez de aquella acera tenía su razón de ser. En las luminosas instalaciones del ICAA la conocían de otras veces, y aún más que la velocidad del trámite le encantó tratar con la simpatía innata de la ciudad. Tan pronto como entregó la documentación regresó al hotel y se cambió. Para esperar a que aflojara el calor se animó a ir a la sesión de las cinco y entró a ver la primera que empezaba, *Two Lovers*, que le dejó una taquicardia compartida con el placer de haber visto algo insólito. El sol se hundía detrás de la plaza de España como se hunde un recuerdo que volverá mañana. La primera compra que haría para su estudio sería una pantalla grande de televisión y un DVD. Era lo único que necesitaba para no sentirse en desventaja con la vida. Por más que ya no consumiera cine como cuando empezó la carrera y conforme pasaba el tiempo su gusto se volviera más selectivo, seguía siendo su apoyo. La imaginación de la que carecía la encontraba ahí, y era una gran

compañía. Además, con las películas sucedía como con algunas personas, no le caían bien de primeras, pero sí después de un tiempo.

Siguiendo la recomendación de su jefa se internó por Malasaña, y al llegar a la plaza del 2 de Mayo se preguntó cómo era posible que no hubiera venido antes y quiso agradecer a Marta la pista. Reparó en que su móvil estaba apagado desde que había entrado en el cine. Lo encendió y saltaron mensajes por leer: Isa, Mamá, Marta Impossible, Ximena Glasgow. El último fue el primero que leyó: «Holaaaaa, qué tal??? siento el retraso, pero sin retraso sería aburrido, no? (No sé, me invento excusas) vuelvo a Barcelona la semana que viene. Me gustaría contarte...».

El desinterés con el que leyó los siguientes mensajes hizo que no se enterase de lo que decían. Tan solo al de su madre respondió con un veloz todo bien. El de Ximena lo leyó una y otra vez, como si tratara de buscar en él un mensaje encriptado, el reflejo de un brillo.

9

Desde el principio de la conversación telefónica le sentó mal que Ximena hablara solo de ella: de unas prácticas que iba a dejar colgadas y de las oposiciones a notarías para las que debía ponerse a estudiar desde ya. Su vida, a partir de ahora, iba a ser muy aburrida, dijo, pero «no me queda otra». Se refería a la obtención de la licenciatura sin alegría, como quien habla de un trámite. Nunca dudaba de ella (sabía que aprobaría con solvencia), pero tampoco se atribuía importancia (no se jactaba de su capacidad), y eso sí gustaba a Sandra.

No me queda otra: estudiar y estudiar. Cuando hablaba así, la Equis le parecía un personaje de esos que mostraban sus debilidades de manera lógica, los que perdían su amor como pierde un niño un juguete: lloraban desesperadamente por él unos minutos, luego lo recuperaban para no hacerle caso. Cuando le propuso quedar, Sandra aceptó. Al colgar le dio por pensar en otros personajes, los de los cuentos infantiles tan deliciosamente crueles que analizaba Isa, en los que tan pronto se concedían deseos como se rajaba un estómago y se clavaba un puñal por la espalda. Y en los relatos mitológicos, que terminaban con mujeres convertidas en otras cosas devastadas por furias, rendidas. A la palabra *fin* se le concede demasiada importancia.

La cita fue un problema. Porque una vez más Sandra había deseado que Ximena la estrechara con la voz y sorteara la línea roja de la amistad en sus confesiones. El pasado proyectaba en Sandra una sombra que se extendía más allá de su paso. Cuando hablaban, Sandra no sabía si se estaba escondiendo de ella misma o de Ximena, y después de colgar pasaba horas analizando lo dicho. No era una conversación de tú a tú. No quería verla, pero el día de la cita, lo único que podría haber evitado que Sandra

accediera a ir hubiera sido una secuencia de desgracias. Ni las llamadas de Isa ni la petición de su madre de que le subiera la compra del mercado la retuvieron.

La vio en la otra punta de la plaza, en la esquina con Verdi, sin mirar a ninguna parte. Tejanos negros, camiseta burdeos, Stan Smith. El sol le daba de lleno y la obligaba a entornar los ojos. No llevaba bolso ni mochila, pero sí una carpeta de color violeta. Tan de cerca parecía ausente, como si acabase de despertar de la siesta. Hacía un año que no se veían, pero Sandra no detectó grandes cambios en su fisonomía. Antes de aceptar los besos, a la Equis le costó sonreír. Se había cortado el pelo, eso sí, y las puntas abiertas y más oscurecidas le cubrían los hombros con menos caída que antes. La debilidad que imponían los nervios le impedía expresarse más allá de los tópicos. No había mesa libre en el Canigó, por lo que optaron por remontar hasta la plaza del Diamant, y en el trayecto solo hablaron de la diferencia de temperatura con respecto a Glasgow. Ximena llevaba el móvil en el bolsillo trasero del pantalón. A Sandra le hubiera gustado que el interés fuera mutuo y se preguntó por qué siempre tenía que lidiar con la sensación de que Ximena le estaba haciendo un favor cuando había sido ella quien había llamado. Se acusaba de tonta, porque, además, por desear a la Equis estaba dejando fuera todo lo que la rodeaba, otras posibilidades y otras tentaciones (Blanca, ¿por qué no vuelves?). Cada conversación con la Equis equivalía a organizar los desechos de una catástrofe bajo el peso de la duda, porque dentro de ella luchaban el irreprimible deseo por seducirla y el ridículo por escarbar en su intimidad cuando la otra, con sus evasivas, en realidad le decía eh, pero tú de qué vas, aquí no puedes entrar.

—Bueno, ¿y para qué querías verme? ¿No tenías tanto interés?

—Sí..., me apetecía... Pensaba que no, pero al final voy a echar de menos el clima de Glasgow, los días *dreich*...

—¿*Dreich*?

—*Yes*, así llaman allí a los días grises, que son la mayoría. Aquí hace mucho calor...

—El calor de siempre.

—Me había desacostumbrado a esta humedad. —Mientras decía esto se cogió la camiseta y la estiró en el aire tres o cuatro veces para ventilarse la tripa—. Creo que me han salido hongos en los pies...

La Equis, sin necesidad de decir gran cosa, le quitaba la palabra. ¿Se guardaba algo dentro y no lo soltaba? Sandra sabía bien que aquellos silencios repercutían negativamente, que luego era su cuerpo el que hablaba con granos en la frente, herpes en los labios, uñas mordidas, dolores de estómago, incapacidad de trabajar en plenas facultades.

Bajo la sombra del toldo, Sandra prestó atención a sus manos mientras tecleaba a toda prisa en el móvil, para hallar la respuesta que buscaba refulgiendo en el dedo anular de Ximena. Pidieron cafés. Alzó la vista. Ahora se percibían mejor sus rasgos: los pómulos y la nariz enrojecidos evidenciaban que en las últimas horas había tomado el sol. Habría llegado hambrienta de luz. Sandra la miraba con tal querencia que casi podía contar las gotas de sudor que transpiraban sus cachetes, ese borrón de vapor que con gran benevolencia manchaba la piel. Sandra la interrogó con la mirada y la Equis deslizó la carpeta hasta su lado:

—Es para ti, un regalo...

—¿Un regalo? ¿Has escrito un cuento o tus memorias del año sabático?

—No.

—¿Qué es?

—Es la única manera que se me ocurre de darte las gracias.

—¿Las gracias por qué?

Cuando Ximena se ponía profunda parecía impostado. La ensordecedora matraca de unas obras cercenaba la calma desde la esquina con Torrent de l'Olla. Alguien se acercó pidiendo limosna y, por supuesto, Ximena rebuscó suelto y le tendió unas monedas. Luego se le escapó un bostezo que se apresuró a disimular. Como eso de darle las gracias la había intrigado, Sandra terminó el café, pidió una cerveza y se lio un nuevo cigarro. Cruzó las piernas.

—¿Cambiamos de sitio? —Sin nombrarlas, la Equis habló de

las obras.

—Acabo de pedir...

—Ah...

—Parece que te aburres, ¿no? ¿Tienes sueño?

—Perdona, no, es que esta mañana me he tomado un Lexatin de los que tiene mi madre; no sabía que era tan fuerte.

—¿Y eso?

—Estaba nerviosa...

—¿Por verme? —quiso ser irónica, no acertó.

—Por todo en general...

El barullo la obligó a acercar la silla y, al hacer ese gesto, a la Equis se le deslizó un mechón de pelo por la cara y Sandra no supo controlar su cabeza: la de veces que había apartado ese flequillo para apreciar la satisfacción que despertaba su cuerpo y, sobre todo, para ver reflejado en esos ojos el escandaloso gozo que a ella le mordía los labios.

Sandra pensó en rechazar el regalo. No quería nada. O mejor dicho, quería otra cosa.

—¿No la vas a abrir?

—Sí, claro, pero no sé...

—Como quieras... Si no te interesa, no pasa nada.

Esa era la auténtica Ximena, la que siempre hallaba una manera de ser víctima. Sandra descorrió las gomas de la carpeta y sacó un dibujo en carboncillo protegido por un portafolios transparente en el que apareció un retrato que conocía bien.

—¿*Gertrud*? ¿Y eso?

—Bueno, es lo que nos unió..., ¿no?

—Sí, bueno, ¿y significa esto una despedida?, ¿se cierra un círculo?

La Equis, con su habitual destreza, sorteó la pregunta:

—Lo hice la semana pasada...

Y Sandra, con su habitual miedo, dejó de indagar:

—Entonces, ¿al final viste la película? ¿No te parecía un rollo?

—La volví a ver en Glasgow y me gustó, sí. Tienes más influencia en mí de lo que tú te crees.

—Me alegro. Eres recuperable.

Otra vez trató de ser irónica, en vano:

—No creo...

—¿Qué quieres decir?

Sandra lo liberó del plástico y dejó resbalar la vista por el dibujo. Pasó la mano por encima, como si fuera necesario comprobar la rugosidad de las sombras. Ahí estaba el rostro de Gertrud, y con él el recuerdo de Núria Bou y el de la primera vez que vio la película en casa de Eva para Historia del Cine 1, el trabajo que hicieron juntas, aquella disertación en clave de rebeldía. Por un momento se ausentó de la plaza y buscó en el embrollo del pasado a la Sandra primeriza que había estrenado la cara pálida de Gertrud, y la echó mucho de menos, tanto que sintió compasión por ambas.

—En fin, como te dije hace tiempo, si algo he aprendido es que siendo directa es todo mucho más claro y a la larga mejor. —La Equis iba a la suya.

—¿A qué te refieres?

—¿Estás aquí el último sábado de julio?

Sin que viniera a cuento Sandra creyó oportuno dar explicaciones y soltar ideas de manera atolondrada, contradiciéndose.

Ximena asintió. Tragó saliva y optó por hablar a la cerveza de Sandra:

—Jorge va a dar una fiesta por su cumpleaños y se ha empeñado en aprovechar para decir que vamos en serio. A mí no me gustan estas cosas, pero... Será en la finca de sus padres en Valldoreix. —Ahí alzó la vista—. Estás invitada. Me gustaría que vinieras...

Curiosamente, lo primero que vino a su mente fue la figura de Isa hablando en alemán muchos años atrás, al llegar de Berlín, cuando por casualidad le enseñó las dos únicas expresiones que Sandra recordaría: *Einmal ist keinmal, zweimal ist einmal zuviel* y *Reden ist Silber, Schweigen ist Gold*. Aunque a duras penas las pusiera en práctica comulgaba con ellas: Una vez no es ninguna, dos es demasiado. Hablar es plata, callar es oro. A veces, cuando se

cruzaba con algún alemán en algún viaje o en la productora, las soltaba para resultar graciosa. Antes de decir algo, agarró la botella y se la terminó en uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis segundos:

—Voy al baño.

Una podría pasarse la vida así, gozando diez minutos y esperando un siglo para volver al deseo. Un solo recuerdo bueno era más fuerte que años de malos recuerdos. Eso es lo malo de todo esto, elucubró en el lavabo, que se disfruta más por adelantado. Terminó. Se abrochó los pantalones. Ni siquiera se lavó las manos. Pasó por la barra y regresó con otra cerveza.

Sandra guardaba en casa otros dibujos de Ximena. El primero era de un girasol —tras un paseo por el parque Cervantes—; el segundo, el de un gato —cuando volvieron de Madrid—, y había otro, un bodegón con frutas. Se notaba que invertía horas en ellos y que de pequeña había ido a clases.

—Muchas felicidades. —Mientras hablaba se preguntaba qué pintaba allí.

—No sé por qué te pones así..., siempre he sido sincera... No estoy haciendo nada malo...

—¿Pero qué dices?

Intuía que la reacción que iba a tener no era la buena. Era fácil adivinar que luego sentiría remordimientos. Pero dos cervezas de golpe bajo el sofoco de las cuatro de la tarde le concedieron la lucidez necesaria para actuar tal y como ella siempre alardeaba de no hacerlo. Es más, sabía que era ridículo, claro que lo sabía, pero no logró reprimirse. Podía más el dolor de sentirse relegada, de constatar que se despedía definitivamente de una quimera, y la instantánea angustia que le mordía las tripas dirigió su pensamiento. ¿Qué se esperaba? —se preguntaría horas más tarde cuando recuperase la calma—, ¿que después de un año sin verse Ximena regresara y le dijera soy toda tuya, no he podido vivir sin ti, ha sido el peor curso de mi vida, para que su narcisismo se viera saciado?

Sandra apuró la cerveza. Se puso en pie. Mientras sacaba del bolso un dinero que dejó sobre la mesa, con voz entrecortada, demasiado delatora de su resentimiento, disparó:

—Supongo que todo esto te hace sentir muy especial... No me esperes en la fiesta... Adiós.

Agarró la carpeta (tenía una idea muy clara de qué hacer con ella) y se marchó plaza abajo con la sombra de la fragilidad tras ella. De las dos frases que añadió Ximena solo llegó a oír una:

—Lo estás estropeando todo...

Nada más doblar la esquina, cuando Ximena ya no podía verla, el primer contenedor que se cruzó con ella le pareció excelente para que allí reposara la carpeta. Siguió caminando sin rumbo cierto. Rescató el móvil del bolsillo, no sabía muy bien para qué, porque allí no había nada más que la hora. Al llegar a la esquina con Córcega quiso volver atrás, deshacer el camino, que no fuera cierto lo que acababa de pasar. De todas las maneras posibles que existían de encarar la invitación a una fiesta había elegido la peor. Estaba a menos de un minuto del piso de Isa. En otro tiempo hubiera sido la solución, pero se fue a su casa, avergonzada al pensar que su actitud era propia de Isa.

Su madre tomaba una manzanilla ante la televisión. Se extrañó de encontrarla de vuelta: no hacía ni una hora que se había ido arreglada y dejando en el aire un rastro de perfume. En la salita, pronóstico de altas temperaturas en toda la península, y en la cocina, olor a fregona recién pasada. Enseguida supo Sandra que lo único que podía decir era que venía a buscar algo que había olvidado. Una cosa era que se avergonzara de su madre y otra que la hiciera sufrir gratuitamente con un evidente desasosiego que por supuesto jamás verbalizaría. En su habitación solo halló más motivos para huir. Inquieta y desubicada, necesitada de recuperar su dignidad al precio que fuera, volvió a la calle y se sentó en la terraza del Dow Jones. Por delante pasó un pelotón de muchachos sonrientes, ataviados con chándal, bambas sin atar y pañoletas colgando del cuello, cargados con hojas y ramas y plantas, y acompañados por dos mayores que les seguían las bromas. Los tenía vistos del barrio. Eran los miembros del centro social l'Enxaneta y los monitores. A saber la actividad que harían hoy. Todos los sábados de cinco a ocho se reunían en la Iglesia de la Concepción. Hay que ver..., con qué poco se divierte un chaval.

Cuánta bondad destilaban esos rostros convencidos de hacer la buena acción del día. Cada vez que veía a esa banda de quinceañeros, carne de parroquia, se acordaba de su campo de trabajo en el río Fluvià. No fallaba. Siempre volvía ahí, al chaleco acolchado naranja. Qué bien le vendría ahora un salvavidas así, ¿eh? Qué fácil era entonces tener a mano algo con lo que salir a flote. Qué poco duraban en la piel los rasguños o las picaduras de las abejas, y el hambre se solventaba con cualquier cosa. El botiquín de aquel monitor, Pi, servía para todo, y todo lo que esperaba del mundo cabía en el abrazo de Isa, en la risa cómplice de Xavi, en las canciones de aquellas dos niñas de Girona cuyos nombres ya no recordaba, aunque sí las melodías y las letras («*Un núvol passa, els carrers s'han enfosquit*...», o aquella otra: «*Cap al vespre és quan estàs com cansat*...»), en la despensa de aquella furgoneta en la que se leía AVIS, en la barca de madera en la que descendía mansamente por los meandros de la plenitud. Entonces era una niña y sentía que la vida, con todas sus fuerzas, la arrojaba al futuro sin miramientos, ¡venga, vive!, ¡equivócate! Ahora, en cambio, también sin cautela, la devolvía al pasado pero susurrándole eh, vigila, no te equivoques.

Agarró el móvil. Buscó el contacto de Eva y confirmó que iría a la cena, a la que había dicho que no sabría si podría ir, y la alivió saber que tendría la noche ocupada. También ella había tenido catorce y quince años, y aunque había vivido momentos tormentosos con la separación de sus padres, le parecían migajas. Porque entonces tenía por delante espacio suficiente para que el tiempo encontrase una solución. Ahora, tarde, era consciente de la fertilidad de la adolescencia y de la juventud, pues esa conciencia servía de poco sin un horizonte despejado.

Sin quitarse de la cabeza la imagen de Ximena, sus mofletes rosados, las puntas del pelo, el anillo, el sopor, su forma de recostarse en la silla (como si estuviera sola), sus palabras lentas, pensó que si tuviera con Eva la misma confianza que cuando se conocieron le diría que iba ya mismo y que la ayudaba a preparar las cosas, y así se explayaría largo y tendido sobre su rompecabezas emocional. Pero cómo iba a caer tan bajo. Todo se

reducía al instinto. No había querido que su madre la descubriera así, nerviosa, tensa, tan perdida... A veces, cuando veía a su madre dada a la resignación, Sandra temía despertar un día y encontrarla en el espejo, ¿envejecería así? Una vez le preguntó qué planes hacían cuando eran jóvenes su padre y ella y le dijo nuestro plan erais vosotros, Sergio y tú, no teníamos otro, y ya no volvió a preguntar nada. Calculaba: cuando su madre tenía su edad ya tenía hijos. Iba de casa en casa para sacarla adelante, único fin de su vida. Su madre era la viva imagen de lo que ella nunca tendría: esa serenidad, esa capacidad de dar sin esperar nada a cambio, ese corazón amplio en el que no cabía una migaja de rencor, esa manera, por ejemplo, de seguir defendiendo al hombre que la había abandonado después de hacerle las mil y una, esa manera de dejarle todavía cada viernes una paga que ella, además, aceptaba. Desde esa mesa la tarde era un mar de recuerdos y de ausencias en el que las súplicas se ahogaban por orden de la fatalidad. Sandra intentaba contemplarse desde lejos para ver con claridad que debía dejar de vivir en el interior de unas ficciones que, para el resto de los mortales, no eran ya propias de su edad. Nunca sabía a ciencia cierta qué lugar ocupaba en la vida de la Equis y no le interesaba que ella la recordara con placer. Quería otra cosa. La posteridad era una estupidez.

Hacía un par de años que Eva, su amiga de Mora d'Ebre, se había echado novio, y al mes siguiente, cansados de la ciudad, se iban a vivir al pueblo de él. Era una cena de despedida. Sandra sabía que se iba a reencontrar con Magda y con Mónica. El tiempo que hacía que no se veían no impedía que la ilusionara, pero a su vez, como una frontera, implantaba la cortedad que extiende la distancia, en la que no se repara hasta que se desvanece y coloca ayer y hoy frente a frente. Sandra conocía el camino a aquel piso de memoria, lástima que en aquel piso ya no existieran ellas, las cuatro que en los primeros años de carrera se lo contaban todo porque todo era alegre y hasta lo más serio se trataba con la informalidad que merecía. Eva todavía mantenía una esencia ocurrente y jovial y lo primero que hacía era abrazar fuerte al invitado y ofrecer bebidas. Magda y Mónica estaban embarazadas

y, con un vaso de agua, se pasaron el rato hablando de lo que les faltaba en la nueva habitación y atendiendo las indicaciones de otra invitada que ya tenía al borde del pecho un bebé envuelto en un fular por cuya respiración, según cómo, se podía llegar a sufrir. Nada les interesaba que no fuese las hijas que esperaban. Todo lo demás era trivial, y las penas de amor de Sandra, expuestas por ella misma muy por encima y porque no tuvo más remedio al estar todo el rato pendiente del móvil, carecían del peso suficiente para obtener su empatía. Enseguida tuvo Sandra la sensación de ser la única torpe que creía que iba a una cena festiva. Qué distinta había sido su vida: no se había independizado y no había logrado mantener una relación estable. Todo lo que tuvieron en común durante cuatro años, la pasión por el cine, los nervios ante los exámenes, la entrega puntual y pulcramente encuadernada de los trabajos, el revelado de las fotos, la preparación de la noche, la anticipada euforia de las fiestas, la humillación de las resacas, reposaba relegado a la orilla de un abismo sin ninguna piedad por lo que fueron. Cuántas veces Sandra había aguantado los lamentos de las otras por culpa de amores frustrados que entonces dolían como si no tuvieran cura y fueran a enquistarse eternamente. Ahora todo aquel tormento y su dramática puesta en escena era agua pasada, como si los años hubieran apagado la luz de la inexperiencia y su dichosa ignorancia. Eso sí, el chulo de Gustavo seguía siendo el mismo, y al hablar de Román, que ya dirigía cortos y había sido seleccionado en varios festivales por el mundo, lo tildó de engreído, de cursi y de nefasto guionista, para que las demás se sumaran a los vituperios y exhibieran la envidia. Estaba prohibido dar el salto. Si continuabas trabajando en el gremio sin destacar, todo en orden, pero si te iban bien las cosas, merecías su repulsa. Por eso Sandra no se sentía expulsada ni querida, simplemente no contaba, su escasa ambición profesional era su salvación y su condena.

En el balcón se juntaban los fumadores. La cena que había preparado Eva, carrusel de tortillas y fritanga, se había quedado fría. Mónica pidió una foto de grupo. Entonces Gustavo, que llevaba rato guardando silencio como quien aguarda para arrojar al

viento su cólera, recordó las ponencias que organizaban Sandra y Mikel y le preguntó si seguían en pie los ciclos. Sandra respondió que no, que desde que Mikel se fue a Estados Unidos y ella había empezado a dar clases lo dejaron en manos de los siguientes alumnos y ningún grupo se había decidido. De vez en cuando, Julio, la Trenchs y ella invitaban a alguien, pero de forma muy esporádica. Al recordarse a sí misma hablando en público tan desatada abrazó la dimensión de una nostalgia baldía y al mismo tiempo fue consciente de que iba borracha. No era una borrachera chispeante, sino de cansancio. No era que se cayera por las esquinas, era que su organismo no podía asumir más alcohol, y ya no le subía nada.

Y entremedias, todos, tanto los que ya conocía de antes como los que no, hablaban de sus ocupaciones y sus gustos, y en las conversaciones se mezclaban películas, política, guarderías, ventajas e inconvenientes del campo, los viajes pendientes en verano, los conciertos a los que ya no iban, tipos de lactancia o procedencias de los vinos. Nadie le preguntó a Sandra por su familia, ni por su trabajo, ni por sus amigos o sus ligues, ni por Xavi o Lorena, por ejemplo, a los que habían conocido años atrás. Echó de menos a Xavi. Su manera de vivir a su aire. Él no era así. Qué bien le vendría ahora su abrazo. De pronto Gustavo, con su altivez habitual, volvió a sacar el tema de Román y se mofó del último corto que había colgado en Vimeo, que menuda chapuza, que qué ridiculez, y aprovechó para criticar también a Mikel, e incluso a los ponentes que habían invitado. Y fue entonces cuando Sandra se ausentó aún más, y en silencio, alejándose sin moverse, se negó a que nadie un día hablara de ella en esos términos ni pudiera pensar de ella lo que ella pensaba de las otras, y evocó a Julio en clase diciendo que solo se posee lo que se recuerda y que no somos más que la huella que dejamos en los demás, y se vio herida, al sentir que el recuerdo que dejaba en Ximena sería tan solo luz quemada. Reapareció la figura de su madre, destello de melancolía en el sofá, y revivió su comprensión y su compasión con su padre, y mentalmente no pudo evitar empezar una carta a Ximena, una carta que le escribiría nada más llegar a casa, a la que

fue dando forma en cuanto se despidió. Así quiso corregir su estúpida actitud y, entre las sombrías y estrechas calles del Borne, orquestó su perdón asegurando que sí que iría a la fiesta el tercer sábado de julio y que se alegraba por ella y que, a pesar de todo, no podía más que agradecerle los años que, aunque con intermitencias, habían pasado juntas, esos en los que a diario se había despertado con la única esperanza de hallar un mensaje suyo; que la ilusión con la que había ido a su encuentro tantas veces, con la que le había comprado detalles o con la que le había llevado los túpers a la universidad solo la sabía ella, pero era la Equis quien la había provocado, y se la debía, y que se arrepentía de haberse ido así, y que le deseaba lo mejor, y que los momentos compartidos, la intimidad, las risas, los viajes furtivos, los segundos en que se había quedado sin voz y con el labio trémulo ante su presencia y las veces en que había celebrado cualquier síntoma de costumbre, le habían hecho bien y le habían permitido revivir emociones que no sentía desde la adolescencia, desde aquella primera vez en que se le endureció la tripa al seguir en bicicleta por un camino de Valdecádiar a una chica mayor que no hablaba con nadie que no fuera ella misma, y que la blandura de su panchetina, la anchura de su nariz, que tan bien se amoldaba a sus labios, o la dureza de sus rodillas de acero, con las que la golpeaba sin querer en la cama cuando dormían juntas y veneraba oírla respirar a su lado, permanecerían en su memoria como rutilantes destellos de placer, porque el simple hecho de recordarse a sí misma queriéndola la reconciliaba con la vida cuando la subestimaba. Y así llegó al portal, exhausta, con la obligación de borrarse la humedad de la cara mientras subía las escaleras, porque sabía que al abrir la puerta su madre se levantaría, y con la bata mal puesta se acercaría a darle las buenas noches sin importarle que fueran las cuatro de la mañana, porque solo entonces, al asegurarse de que estaba allí, podría cerrar los ojos tranquila.

10

Siempre que dormía con la ventana abierta percibía la visita de la más mínima ráfaga de viento. En absoluto le importaba, porque asumía ese aire como una promesa de renovación al final de la primavera. Aún tumbada, se frotó los ojos y se preguntó si la había despertado el tráfico o más bien serían los nervios. Medio desnuda, se puso en pie, pisó migas de pan, fruto de su idea incorregible de cenar un bocata en la cama mientras veía una película a pesar de la desaprobación de Marisa, bostezó y descorrió la cortina. Amanecía con un cielo diáfano en el que cada tanto se dibujaban garabatos de nube. Aún no eran las siete de la mañana cuando se asomó para ver que al chaflán de Valencia con Girona llegaban, con vasos de plástico en la mano y tambaleantes, la hija de la portera vecina y un rastafari con pantalones por debajo de los calzoncillos igual de achispado que ella e igual de interesado en meterle mano. Les bastó la fuente como apoyo para seguir morreándose. Sandra apartó la vista por miedo a ser reconocida y prestó atención a la frondosidad de los plátanos, refugio de los pájaros que celebran la ausencia de vida humana en las horas jóvenes del día.

Dirigió al morbo una nueva mirada, las manos de ella enredadas en las rastas, las de él internándose entre la ropa por debajo de la espalda. También Sandra había vuelto con la claridad del alba a la edad de esa niña que ya no era tan niña. Hasta hacía cuatro días era un renacuajo que jugaba en la calle, vestida por su madre, y ahora, ya ves, qué envidiable predisposición al placer, aunque bien mirado, y con toda esa incontinencia, si quería consumar mejor meterse en la portería. Alguna vez, ay, la habían pillado en la suya metiéndose mano con chicas a oscuras. La vergüenza de recibir el golpe de luz y el correspondiente lamento

de pavor de la vecina, el rollo cortado bajo la incandescencia de los fluorescentes, el qué dirán, el como se entere mi madre.

Notó la piel de gallina en los brazos y se pasó las manos por encima pensando que lo mejor del verano era ese frío del amanecer, luego el sol se haría cargo de traer la pringosa humedad. Antes de ir a la cocina miró una vez más a la pareja, las lentas embestidas de él, la gozosa acogida de ella, sus ojos cerrados, la indiferencia ante el vaso caído. Y pensó en qué pasaría si la fiesta se alargaba, cómo llegaría a casa a esas horas desde Valldoreix, ¿la traería alguien? Debería tener a mano los horarios de los ferrocarriles y asegurarse de cuándo circulaba el último, porque ella no estaba dispuesta a demorarse y era del todo improbable que, con la fauna que suponía que iría, conociera gente interesante. Observó de nuevo el cielo y al pensar en lo lenta que podría hacerse aquella jornada se le apareció la figura de Antoine Doinel en una escena de *El amor a los veinte años*, en la que el joven termina comparando el amor con un día, pues ambos, por mucho que duren, se acaban.

Sobre la mesa estaban el vestido y la ropa interior que había preparado. Aunque no podía esconder la satisfacción por la compra, no sabía si lo que había hecho en el Zas Two del Bulevard Rosa era un acierto o una imprudencia. Marta, su jefa, la había acompañado, y en cuanto la vio salir del probador la obligó a llevárselo. Y cuando ella se quejó del precio, la desafió con pagarle una parte. Ya me gustaría a mí —dijo Marta— que me quedara algo así de bien y tener tu talla. Creo que es la cosa más cara que me he comprado en mis treinta y dos años, aseguró Sandra devolviendo la vista a la cifra de la etiqueta, 399 euros; si lo ve mi madre. Era un vestido recto, tan achanelado que parecía sacado de un catálogo de los años veinte, azul marino, con botones grandes, tan discreto, cuya única pega era el tiro de la abertura de las piernas, que amenazaba con descoserse ante cualquier movimiento forzado.

La cita era a las trece horas en una finca de Valldoreix a la que podía llegar andando desde el apeadero. Tras la ducha se embadurnó de *body milk* piernas, brazos y torso, y con el cuerpo

todavía sin secar del todo y el pelo mojado y por cepillar, un tanto precipitada, se puso el vestido temiendo que no le quedara como dos días atrás. Marisa se agachó para cerciorarse de que el dobladillo que le había cogido seguía intacto. Tras verificar que nada había cambiado respecto al espejo de la tienda, todo fueron dudas. Cualquier detalle se le antojaba apremiantemente complicado. El maquillaje: ¿qué color?, el perfume: ¿cuál de ellos?, el calzado: ¿cómo iba a aguantar todo el día con tacones si no tenía costumbre?, el bolso: ¿qué bolso?, ¿collar?, ¿pulseras? Y es que vestirse para la ocasión se le antojaba determinante. Aunque no hubiera nada que hacer con Ximena no quería sentirse invisible.

Tras otro café encendió su móvil y vio las llamadas perdidas de Isa. La primera a las once de la noche (cuando la había ignorado porque había empezado ya la película); y luego había insistido a las dos y a las tres. No estaba ofendida, pero sí temerosa. Por nada del mundo pretendía darle la espalda, pero también ella tenía problemas y no iba por ahí reclamando atención con tanta exigencia. Aquel comportamiento de Isa se estaba volviendo muy egoísta. Claro que ella atribuía importancia a la amistad, pero la aburría asistir a la escenificación continua de frases hechas (ayer volvimos a cerrar el Moog, vaya taja, suerte del Espidifen, que si no, tengo un *dealer* peruano que pasa una crema que lo flipas, unas locas me ofrecieron un trío y he dicho que sí) que tanto alejaban a Isa de la imagen carismática que hasta entonces había tenido Sandra de ella.

Aun así, cuando terminó de emperifollarse (no se le ocurrió otra expresión al verse ante el espejo, pues todo le pareció excesivo, todo mal, todo absurdo, qué horror), vio que le sobraba tiempo. Como buenamente pudo caminó con las bailarinas hasta Bonavista. A las once y media de la mañana el sol de julio ya dejaba su huella en la piel. Nadie contestaba. Se sintió estúpida. Estaría durmiendo la mona. No se atrevió a devolver las llamadas por miedo a despertarla. ¿Con qué expectativas había acudido? Se alejó del portal como si emergiera de una realidad paralela en la que no se sentía integrada y deambuló por la calle buscando la sombra, debatiéndose entre Isa y Ximena, entre ayer y hoy, entre la

que le diría adiós, Ximena, y la que no se lo diría nunca, Isa. Y solo por eso, por esa certeza, había venido hasta aquí.

Alrededor de la finca se concentraba un excedente de coches de los que salía gente vestida de manera impoluta y dejando dulzonas esencias tras su paso. No estaba habituada a moverse en esos ambientes y Sandra quiso, por vocación, sentirse fuera de lugar. Ya en la puerta, de hierro y abierta de par en par, constató que los saludos melosos y esos reencuentros entre amigos, que como soldados tras la guerra hallan a sus novias sufridoras, no iban consigo. La efusión de algunos abrazos daba ganas de emigrar. Si aquello era tan solo una fiesta de cumpleaños, ¿cómo sería una boda?, se preguntaba Sandra viendo el desfile de trajes, pamelas, tocados y sobreactuaciones.

Desde que la vio entrar al jardín, Ximena no dejó de prestarle atención. Aunque contenida, era natural su alegría por verla. A la luz quedaba que Ximena no estaba del todo a gusto con toda aquella parafernalia. Para aclarar su estado de ánimo bastaba prestar atención a su escasa pericia con el maquillaje o al uso de un vestido de lo más normal, cuya intención quién sabe si era pasar desapercibida y no destacar o retar a los padres de Jorge, mucho más peripuestos que los de la Equis.

La presentó como mi amiga de Comunicación, como si en lugar de su profesora hubiera sido su compañera de pupitre.

—Encantado. —El señor Palop le apretó la mano como si fuera su camarada—. Ay, aquel curso en la Pompeu Fabra, menudo disparate, pero de todo se aprende..., ¿no? —Y se perdió en un nuevo saludo.

Ximena no se separó de su lado y la tomó del brazo, quizás en espera de que hablara su madre, que le llegó a preguntar a qué se dedicaba. Cuando Sandra le dijo que trabajaba en una productora y que seguía dando clases en la universidad, la señora dibujó con la boca un gesto de aprobación y dijo un «Caray, qué trayectoria» que sonó a expresión comodín del día, como si hubiera traído unas cuantas para ir repartiendo entre los invitados.

Por fin sola, Sandra pensó en su padre. Tal vez estaría en la playa con Damián y Yalemi, o tal vez con su hermano y con Mireia... Tanto había hablado en casa del señor Palop cuando ella era una niña que ahora entendía aquella fascinación, lógica, pues sin duda eran figuras que habitaban un mundo desconocido, inalcanzable.

Una amiga de Ximena se acercó a darle palique. Se llamaba Ainhoa, de Bilbao. Habían hecho juntas el curso en Glasgow. Sandra recordó a aquella camarera que había conocido en Londres y gastaba un acento similar. De primeras le cayó bien y se alegró de encontrar a alguien que viniera solo. Habló de su novio, de la vida en Escocia (los días *dreich*), del calor de Barcelona, tan empalagoso en comparación con el de Bilbao, de lo peligroso de aquel vino blanco que entraba como si nada.

El jazmín plantado en aquel rincón se encaraba por la verja como una enredadera blanca y extendía su melifluo perfume con tal intensidad que invitaba a quedarse. Entre los cerezos, que habrían florecido dos meses atrás, se esparcían los grupos. Circulaban camareros con copas en las bandejas. Reconocer a la madre de Ximena entre otras mujeres de la misma edad y con ropa semejante se hacía complicado. Señores de trajes a medida rematados en zapatitos con borlas que Ainhoa llamó *gominos*, algún que otro escudo en los bolsillos de la chaqueta de los que por fuerza tenían que sobresalir pañuelos con topos. Ay..., pensaba Sandra, sin duda hay que esforzarse mucho para que todo eso cuadre. Las chicas le parecían todas cortadas por el mismo patrón. Pintalabios tenues, sonrisas de anuncio, y qué bien les sentaban a todas los vestidos y con qué arte sujetaban los bolsos de mano y agarraban los vasos. Entre los chicos había cierta euforia por la preparación de la música, porque, claro, aquello iba a alargarse. Sin darse cuenta, absorbidas por un grupo, Sandra y Ainhoa se vieron escuchando anécdotas de unos amigos de Jorge y del propio Jorge. ¿Te acuerdas de cuando le dimos la botella de cerveza llena de meado a aquel gilipollas y se la tomó? Sí, ja, ja, ja. Uno preguntó a qué se referían y Jorge explicó que cuando tenían el grupo de música dieron un concierto en el KGB y le vendieron una

entrada al hijo de una que limpiaba en su casa, y el chaval entró en el camerino y quiso hacerse el gracioso hablando de otros grupos que conocía y de que él también tocaba la guitarra y entonces el propio Jorge, para que se callase de una vez la puta boca, le preguntó ¿quieres una birra? Y el chaval dijo claro y le tendió una botella creyendo que se daría cuenta de que estaba muy caliente, pero el muy burro se la llevó directamente a la boca para beber un trago del pis de Jorge, que había meado en el tercio antes del concierto, y al instante lo vieron escupir y mirar alarmado alrededor ante las risas generalizadas y saliendo de allí para siempre. Ja, ja, ja, ¡qué risa! Y la madre, el lunes siguiente, de vuelta en el piso, ahí con la bata puesta, callada como una puta, ja, ja, ja, no dijo ni pío, la chacha, ja, ja, ja. Y aquella vez, dijo otro, ¿os acordáis, cuando íbamos al Virtèlia, de lo que le hizo este loco a Carolina Capell? Ese loco se llamaba Gonzalo (tan joven y ya tan amenazado por la calvicie) y sonreía pícaramente con la cerveza en la mano mientras Jorge contaba que Carolina Capell era una compañera que por ser empollona y gorda merecía el desprecio y el vacío de la clase. Y nada, explicaba Jorge, cuando a los quince años su padre le regaló una moto a Carolina, una tarde a este se le giró y como sabía mogollón de mecánica le aflojó los frenos. Joder, la pobre no se mató de milagro, ja, ja, ja, en el primer semáforo se tuvo que tirar al suelo, ¡ja, ja, ja!

—Eh, eh, pavo... —Gonzalo tomaba el relevo—. Y aquella vez a la salida de Fibra, la paliza que le metimos a aquel quillo del Besós, aún debe de estar en el hospital...

—Ya te digo, ja, ja, ja...

Las batallitas no se acababan nunca: la esquiada en Baqueira cuando Jorge se lio con Ximena por primera vez, el fiestón en la casa de uno en Andorra en que llamaron a unas putas que luego no podían pagar, el viaje a Estocolmo, el viaje a las cataratas del Iguazú, el viaje a Nueva York.

Sandra echó un vistazo alrededor, necesitaba localizar a Ximena. No era ese el ambiente en el que la había tratado. Ella conocía a otra Equis. Le dijo a Ainhoa que iba al baño esperando encontrarla en el trayecto. Sin que viniera a cuento, el hecho de

que hubieran hablado de conciertos le recordó una vez en que fue con Xavi al Zeleste a ver a Veruca Salt y a la salida Sandra le dijo que después de los conciertos nunca podía dormir porque le pitaban los oídos y Xavi le explicó que eso pasaba porque la cabeza no es más que una caja de resonancia. Una caja de resonancia, pensaba ahora, también lo era la Equis, cuyas vibraciones resonaban una y otra vez. Para dar con el lavabo siguió a unas chicas que atravesaron un amplio salón de dos alturas en cuyas paredes colgaban hasta el hartazgo cuadros campestres. Iban al mismo sitio. Las dos se encerraron ajenas a su presencia. En el umbral flotaba el olor del ambientador. Sandra aguardó y, sin pretenderlo, atraída por las risas, puso atención:

—Qué fuerte, ¿eh...? Cómo se le nota el tratamiento con el loquero..., y dicen que se ha centrado...

Se oyó el ruido de la cisterna.

—Calla, calla, que hubo una época en que pensaba que era bollera y me dio un asco...

—Ya, tía, es que lo parecía, pero ya ves...

—Bueno, también es que cualquiera le dice nada a Jorge, que por cierto cada vez está más bueno.

—Yo, la verdad, no sé qué le ve.

Cuando regresó al jardín esas opiniones seguían en ella. ¿Cuánta gente habría?, ¿ochenta, cien personas? Ainhoa anunció que había empezado a salir la comida y que tenía todo una pinta estupenda. Y nada más cierto, porque en cuanto probó el jamón pensó que aquello justificaba echar por tierra cualquier intento de fuga. Fue una satisfacción descubrir un *truck* de sushi, donde un oriental con un pañuelo en la frente cortaba sashimi y hacía uramakis con una técnica envidiable. Ainhoa se propuso averiguar el nombre del restaurante que se encargaba del catering y se alejó en busca de carne. Mientras le cortaban un rollo de maki, Sandra notó una mano despistada bajo el sujetador y una voz tras la nuca:

—Muchas gracias por la carta. —Sandra se giró—. Nunca me habían dicho cosas así. —No había satisfacción en el rostro de Ximena.

—Es lo que pienso. Además, ya lo sabías. No te he dicho nada

nuevo.

—¿Cómo se devuelve eso?

—No quiero que me devuelvas nada.

Ximena negó ante el ofrecimiento de comida.

—No me entra.

—Qué raro, con lo que te gusta el sushi.

—Sí, ¿verdad?... Bueno, perdona si mis padres han estado tan secos, son así... Te dejo, voy a dar una vuelta.

Sandra la vio mezclarse siendo a cada paso requerida por gente que tan pronto la felicitaba por la parte que le tocaba como la apremiaba a que estudiara más que su padre y sacara algún día la oposición a notarías. Genial la fiesta, Equis. Qué buena pareja hacéis, Jimenita. Era una Ximena desubicada, como la que conoció en clase, con la mirada absorta, más pendiente de lo que veía que de lo que escuchaba. Y todo aquello no dejaba de resultar extraño, aunque el homenajeado fuera su novio, debería estar contenta, sentirse protagonista. Había tenido un año para pensar y había decidido dar el paso, ¿qué sucedía? Mariposeaba por la fiesta como si fuera la fiesta de otra y quisiera ausentarse de una escenografía impuesta. El continuo acercamiento a ella lo atribuía Sandra a la pena que debía darle separarse de una vida libre. En cierto modo llevaba muchos años haciendo lo que le daba gana y ahora tocaba encerrarse a empollar.

Antes de que se consumiera la tarde, los pies le empezaron a doler lo suficiente como para localizar una silla vacía en el rincón del jazmín, junto a otras mujeres que bañaban la tertulia con café y licores. El humo del tabaco no enturbiaba el empalagoso aroma que, con la opacidad, reincidía. La acompañó Ainhoa, que maldijo los tacones, se quejó de las rodillas y confesó que se había traído unas New Balance para el baile. En voz baja criticaron mezquinamente a las vecinas que, envalentonadas, aireaban a voz en cuello chismorreos sobres sus maridos. Ainhoa notó que le temblaba el bolso y al ver el móvil dijo que debía cogerlo porque era su padre. Sandra observó el cielo, y constató que las nubes de la mañana habían crecido y se acercaban. Miró en redondo para encontrar la sonrisa de conveniencia de la Equis, pero no la halló

por el jardín, al fondo del cual unos chavales instalaban con dos tablones y cuatro soportes lo que sería la mesa de mezclas. Jorge ya se hablaba a gritos con sus amigos, que como él vaciaban las copas a un ritmo extraordinario.

—Ya está, perdona, es que mi padre y yo nos vamos de viaje y quería confirmar las fechas...

—¿Te vas de viaje con tu padre? —A Sandra le extrañó.

—Sí, este año se ha empeñado en ir a Tailandia, ocho días a todo trapo.

—Qué guay, ¿no?

—Cada verano me invita a un viaje: hemos ido a Cancún, a Santo Domingo, a Filipinas... No es tan raro... ¿Tú nunca te has ido con tu padre de viaje?

Sandra exploró en los bajos fondos de su memoria, y con un gesto que se debatía entre la pena y la risa aseguró:

—¿Mi padre y yo? Bueno, cuando era pequeña fuimos una vez juntos a Valdecádiar en el autobús... Ese es el único que recuerdo... Se me hizo largo, la verdad.

—¿A dónde dices?

—Al pueblo, donde paso los veranos.

—Ah, ¿y está muy lejos?

—Un poco, cinco o seis horas de autobús no te las quita nadie.

—¿Por qué no vais en coche?

—Porque no tenemos.

—¿No?

—No, yo no tengo ni el carnet...

—Ah...

Mientras se desvanecía el interés de Ainhoa y varios amigos de Jorge iban de un sitio a otro cargando con cables, equipo de música y altavoces, Sandra notó el impacto de una gota en la cabeza y otra en la pierna.

—Te lo he dicho, Piluca —se oyó al lado—, que caería una buena.

—No puede ser —dijo otra.

Fue entonces, en el preciso momento en que se instauraba la

decepción por la más que probable tormenta, cuando un joven que Sandra no conocía, cansado de preguntar por Ximena, hizo público lo que en el interior de la casa era un secreto a voces. Ximena no estaba. Al instante compareció Jorge sin corbata y la camisa por fuera. Con los brazos abiertos se dirigió a las señoras y confirmó que habían mirado en las habitaciones de arriba y en todos los baños y no daban con ella. Habían llamado a su móvil pero no lo cogía. La madre de Ximena salió con el bolso de su hija y dijo que el teléfono lo tenía ahí.

Nada podía desteñir el día, tan luminoso, pero esas nubes grises y pesadas que asomaban por poniente instaurando una duda oscura en las alturas estaban al acecho y preparadas para la descarga.

Curiosamente, lo primero que pensó Sandra fue en Valdecádiar, donde había vivido muchas tormentas de verano. Chaparrones que arrasaban con flores y sembrados, y que durante un par de horas llenaban el río de agua turbia, para luego, paulatinamente, apagarse. Una vez que escampaba, cuando florecía el olor a tierra mojada, Sandra salía con Noe a buscar caracoles por los ribazos. Ahora, aquí, en esta finca de Valldoreix, las gotas empezaron a caer con tanta insistencia que los ocupantes del jardín tuvieron que correr al interior, donde la atmósfera se impregnaba de electricidad estática, mezclando el vaho de la humedad con el del humo y el de los vapores etílicos.

Unos cuantos decidieron inspeccionar de nuevo la casa, incluidos el garaje y los trasteros, mientras otras, la madre de Ximena entre ellas, proponían salir con los coches, pues en caso de que se hubiera ido no debería de estar muy lejos. Pero, mujer —opinó una amiga—, tampoco hay que preocuparse, habrá ido a por más bebidas al pueblo. Sí, pero es raro que su coche esté en la puerta, respondía la madre. La imagen de Ximena iba de boca en boca como un signo de interrogación a la deriva. El padre de Jorge y el señor Palop decidieron levantar las carpas y requirieron la ayuda de los chicos, que, a pesar de empaparse, lograron poner en pie tres enormes toldos. Ellos parecían ajenos al problema, como si confiaran en que la fiesta no fuera a diluirse, pero era solo una

apariencia, porque el señor Palop no dejaba de mirar a las escaleras del salón, donde se apelotonaba la gente, y de interrogar a conocidos con movimientos de cabeza, ahora encogiéndose de hombros, ahora llevándose una mano a la sien como queriendo decir esta hija mía está como un cencerro.

Más de una hora después, cuando la tempestad revelaba toda su furia y el espejismo que prometía la lona no era más que una utopía apagada y la celebración una entelequia, la incertidumbre se volvió una preocupación seria que saltaba de rostro en rostro a cámara lenta y cada vez precisaba de menos palabras. Varios coches habían salido a patrullar. Unos amigos de Jorge se habían aventurado a internarse en los bosques cercanos, otros habían subido al pueblo a preguntar en los comercios abiertos, y todos habían regresado sin noticias. La madre de la Equis llamó a los Mossos, y con la voz temblorosa y sin saber explicarse del todo, visiblemente incómoda por el incordio de tanta parentela alrededor, relató que su hija había desaparecido, no sabía a qué hora, pero si eran ya más de las nueve y media, sabían con certeza que a eso de las seis fue cuando habían tenido constancia de ello. Su novio, al no verla, creyó que dormía una siesta, pero al hacerse tarde, había ido a la habitación. Y dio el aviso inquieto. No, no tenía ningún motivo para desaparecer. No, nadie la acosaba. No, no tenía problemas con nadie. No, no consumía drogas, solo medicación de vez en cuando. La multitud de parientes sucumbía a una sospecha que adquiría visos de miedo. Sirvientas y camareros atendían demandas de manzanillas y de whiskys y coñacs. Una patrulla de Mossos apareció por ahí y trató de calmar los ánimos. Con tantas idas y venidas el suelo del salón era un barrizal. En breve se desplegaría un operativo de rescate. La tormenta remitía y la noche se había adueñado del cielo. Sandra comprobó en el reloj de pared que eran las diez y, ahora sí, contagiada de la preocupación general, se preguntó dónde estaría la Equis. El último tren partía a las once y no encontraba el momento de irse. La estación quedaba a quince minutos, con lo que en media hora, tanto si aparecía como si no, debería marcharse. Ainhoa se le acercó. Su rostro pálido delataba fatiga y desasosiego. Sandra

recuperó su bolso y miró el móvil. Isa. Isa. Isa. Hasta siete llamadas perdidas de Isa. Necesitaba fumar. La gente volvía a pisar el jardín y Sandra hizo lo propio para encenderse un cigarro. En un rincón estaba Jorge, gesticulando ante uno de sus amigos, hablando sin cortarse: «Si es que cuando le da por llamar la atención parece retrasada». Sandra apreció lo incómoda que resultaba tanta humedad. Se descalzó para sentir la hierba fría en los pies. Recordó las mañanas en el campo de trabajo del río Fluvià en que caminaba descalza para orinar detrás de un árbol asistiendo al amanecer. Ahí había nacido de nuevo. Tiempos remotos en los que vivía en guerra con la verdad de su condición. Isa la salvó entonces, y ella tenía que hacer lo propio con ella ahora. Lo tuvo claro. En cuanto terminase el cigarro se volvía a Barcelona. El agradable frío en los pies la calmó por momentos viviendo por adelantado el reencuentro. Tenía mucho que contarle. Alzó la vista al manto negro en el que empezaban a despuntar destellos fugaces de alguna estrella y cuyo peso ya no era el de antes sino más bien el de una lámina ingrávida.

Entonces se oyó un alboroto que provenía desde más allá de la casa y avanzaba por la entrada y por el salón hasta concretarse en la figura de Ximena. Había vuelto, completamente calada, el pelo como un paño en remojo, el vestido como un zarrio arrugado, disuadiendo con los brazos cualquier intento de acercamiento y callando todas las preguntas. Iba también descalza, como tanto le gustaba. Al entrar en el jardín la buscó con la mirada y Sandra, sorprendida de ser el objeto de su atención, vio cómo se acercaba a ella ante el silencio reinante. A la altura del escote la ropa mojada rubricaba las cenefas del sujetador, por encima del relieve de la panchetina. Sus pasos eran cansados pero seguros. Alguien gritó su nombre. Sin hacer caso, ella dejó que se escurriera como un eco sin sustancia ni fondo. El corazón de Sandra retumbaba, ahora sí, como una caja de resonancia, con un énfasis de latidos idénticos a los de la primera vez, cuando entró en su habitación y se dejó desvestir hecha un mar de dudas. El labio inferior le temblaba como una hoja de papel ante el fuego y en los ojos de la Equis se vio el placer plañidero y borroso de tantas veces, ahora vidrioso y

rociado de flaqueza. Delante de todo el mundo, como si no hubiera nadie más alrededor y ninguna luz las iluminara, se plantó ante ella y, en un gesto rápido, la tomó de la mano. Mientras Sandra notaba el agua que la traspasaba y el vaho de su vibrante respiración en la boca, la escuchó decir con la voz rota:

—Vámonos.

Y entonces sí, con el primer paso Sandra percibió el descosido del vestido, ras, y los muslos pegajosos y la inercia que la obligaba a seguirla por encima de la hierba. Se aferró de este modo a los dedos sin anillo que la apretaban. Y así buscaron las escaleras y sortearon el pasmo de los demás, y asumieron el relente afónico del fin de la fiesta, las contadas gotas que aún caían.

Ya en suelo urbano, Ximena abrió su coche con la confianza de saber que estaban las llaves puestas. Aún temerosa de que alguien se acercara a cantarle las cuarenta y a desbaratar sus intenciones con gritos y amenazas, logró arrancar, y el acelerado ritmo de su pulso se ajustó con el de la estampida. El interior del vehículo había guardado el calor del día para que ahora las dos coincidieran en bajar las ventanillas y recibieran el azote del aire con agrado. Hasta que no llegaron al pueblo y un semáforo las obligó a detenerse antes de tomar la autopista no hablaron:

—La que he liado, ¿eh...?

—Se te va la olla...

—La culpa es tuya.

Sandra pensó en la carta, pero no le dio tiempo a más porque la otra la empezó a besar hasta que un claxon advirtió del cambio de color del semáforo.

—¿Dónde vamos? —se atrevió a preguntar Sandra, sin ser aún del todo consciente de lo que acababa de suceder, de que era ella quien estaba en el coche con Ximena tras haber pasado el día entregada a cavilaciones adversas.

—Me encanta conducir descalza —respondió la otra, como si tal cosa—. Mi padre siempre me echa la bronca, que si un día me van a multar, que si eso no está bien, que si no se frena igual... Pues a mí me encanta. En verano, cuando me siento, lo primero que hago es descalzarme, qué te parece...

—Vale, pero ¿sabes a dónde vamos?

—Ya lo verás, creo que te va a gustar, de momento a tu casa, tienes que hacer la maleta...

—¿Qué?

A la entrada de Barcelona compareció de nuevo la lluvia y entendieron que habían ido tras ella. Ximena puso en marcha el limpiaparabrisas, subió a la mitad las ventanillas y redujo la velocidad. Más allá de los autobuses nocturnos, cuyo paso por los charcos fabricaba las pertinentes oleadas, apenas había tráfico. El sonido del móvil de Sandra interrumpió el delirante orden de la cara oculta de la fiesta e impidió que la Equis diera más pistas.

—Lo tengo que coger —se disculpó Sandra rebuscando en el bolso.

—Claro...

—Es que es Isa, que me ha llamado siete veces.

O no, porque enseguida reparó en que en la pantalla aparecía un número largo y desconocido.

—¿Sí?

El mutismo instantáneo de Sandra provocó que la Equis ladeará la cabeza y dibujara un gesto de extrañeza:

—Sí, soy yo, Sandra Martos... ¿Quién? ¿Policía? ¿Qué?... Sí..., claro, la conozco, sí...

Si hubiera podido hablar, hubiera transmitido lo que le estaban diciendo en tiempo real, pero ahora era incapaz, la incomprensión abortaba cualquier intento, por lo que debería hacerlo luego: que llamaban de la Policía porque, alertados y acompañados por la familia, sus padres y su hermano, acababan de entrar en el domicilio de Isabel Santaeulària Carrasco. En su teléfono habían visto que la última destinataria de sus llamadas (y no eran pocas) era ella y requerían su presencia inmediata en comisaría para interrogarla.

—Pero ¿qué está pasando? —insistió Ximena.

Para entonces la voz vencida de Sandra era un manojo de nervios sin fuerzas. Y tras entender lo acontecido solo pudo añadir:

—No...

Luego se le cayó el teléfono a los pies.

—¿Qué pasa, mi amor? Por favor, no me asustes. —Fue la primera vez que la llamaba así, pero nada bastaba para consolarla. En el chaflán, la Equis echó el freno de mano. Las gotas acribillaban el capó, la luneta era una piscina gris.

—Isa. La han encontrado muerta. Se ha colgado... Tengo que ir.

Cuarta parte
El siete (2016-2019)

La mitad de mis amigos están muertos.
Te daré otros nuevos, dijo la tierra.
No, en vez de eso, devuélvemelos como eran,
con defectos y todo, grité.

DEREK WALCOTT,
«Juncos de mar»

1

Para acabar: más lluvia, la lluvia propia de un día *dreich* acompañada del vigoroso viento que cercena Ingram Street en las tempranas y deslucidas noches del invierno. Esa lluvia incorpórea pero cargante, esa constante y espesa cortina líquida que antes de salir de casa obliga, hoy sí y mañana también, a replantearse la vestimenta. Aunque no quisiera, aunque hubiera días en los que se proponía desafiar al clima, al final, Sandra no sabía cómo se las arreglaba, pero siempre acababa con el chubasquero puesto. Salía más rentable. Fue la primera compra que hizo, en el Superdry de Argyle Street, y ahora, dos años después de haber llegado, cuando estaba a punto de regresar a Barcelona, tenía la sensación de que no se lo había quitado desde aquel día.

Habían pasado demasiadas cosas como para hacer el equipaje sin caer en sentimentalismos. No tenía la sensación de que el tiempo hubiera pasado volando, más bien al contrario, había vivido tantas situaciones, y tan diferentes, que sentía que había estado allí más de veinticuatro meses. Llegó con una mochila y se iría con la misma más otras dos maletas. Temía el momento de pesarlas por el posible sobrepeso y la correspondiente multa en el aeropuerto, igual que temía pesarse ella. Porque esa era otra, Sandra cargaba con la sensación de haber comido *fish and chips*, *black pudding* y *haggis* setecientos días seguidos y cada vez que pasaba por la báscula era un drama. La Equis le quitaba importancia. También ella se había puesto fina con esa manera de comer tan anárquica, capaz de mezclar en el desayuno manzanas, *oatcakes* y bollería industrial, luego pasta para comer, a ser posible con nata, después palomitas en el sofá, y más tarde, en la cena, cualquier cosa rebozada acompañada de patatas fritas, y de postre más galletas de mantequilla. Además, se había hecho tan adicta a

la *ginger beer* que había acabado comiendo a diario con la botella en la mesa. Que esto es puro azúcar —le comentó Sandra después de leer la composición en la etiqueta—. Sí, ya, mañana lo dejo... Pero la Equis nunca fue muy convincente con su toma de decisiones.

Claro que al principio había sido complicado, sobre todo para Ximena. Aparentemente tranquila, tirando de su codiciada sangre fría, fue consciente de lo que había hecho, y sin alardear trató de que Sandra entendiera lo difícil que fue para ella. Visto en perspectiva fue para bien. Es lo que tiene el paso del tiempo, que disuelve decepciones y alegrías y rebaja las tensiones.

—*Ready?* —gritó Ximena desde abajo.

—¡*Yesss*, voy!

También les costaría dejar el dúplex de Ingram Street, el mismo en el que Ximena había vivido el año anterior. Un loft de ciento veinte metros repartidos en dos alturas y distribuidos con eficacia, ubicado en el antiguo Tribunal de Justicia, en pleno Merchant City, un edificio cuya renovación a menudo detenía a turistas que pasaban por ahí, incrédulos de que viviera gente. Sandra bajó la escalera circular con el chubasquero y pensó que una de las cosas que no echaría de menos sería el ruido chirriante de aquellos peldaños cada vez que se descendía por ellos. Ambas sabían a dónde iban. En su última cena en Glasgow no podía faltar su placer culpable: la sopa *Cullen skink* en el Gandolfi Fish, lugar favorito en el que siempre pedían lo mismo. «Esta noche no hay normas, *I warn you*...», había anunciado Ximena a mediodía, lo que quería decir que cada una se pediría su sopa y su *fish and chips*. Es probable que esa sopa fuera lo único que habían conocido gracias a la intuición de Sandra, tan inquieta y tentada por la novedad, y a fin de cuentas simbolizaba un pequeño triunfo para ella.

El hecho de haber dejado las maletas prácticamente acabadas y el piso vacío obligaba a echar la vista atrás. Y aunque no salía el tema, ambas pensaban en el día en que llegaron. A buen seguro, la Equis se perdía por los meandros de incierta deriva que desembocaron en esta calle que ahora recorría junto a Sandra. De todos los que estuvieron presentes el día de la fiesta, Jorge era el

único que no le dirigía la palabra. Incluso sus familias habían vuelto a hablarse tras un periodo en el que la reconciliación parecía improbable. Luego todo fue retomando su curso. Y si, con el transcurrir de los meses, la mayoría entendió lo precipitado que resultaba anunciar un compromiso de aquella manera, el vértigo aceptable en una chica tan joven, no fue así con el hecho de que se hubiera fugado a Glasgow con una mujer siete años mayor que ella, aunque ese detalle lo supieran contadas personas.

—Recuérdame que le deje las plantas a Fernando —avisó la Equis en el semáforo con Albion Street, subiéndose hasta el cuello la cremallera de la parka.

—Le va a encantar... Mira, otra vez estoy calada —añadió Sandra mirando sus Kickers manchados.

Tanto habían proyectado la llegada de este día que ahora reconocían que, por mucha intención que le pusieran, sería triste. Luego, para tomar algo en el Brunswick o en el 13th Note, vendrían Sheena y Fernando, por supuesto. Pero como las noches previas a las partidas no suelen dar mucho de sí, la despedida oficial la habían hecho la semana anterior, cuando la Equis tuvo la idea de invitar a unos cuantos a casa y encargar los pollos asados que le encantaban del Mark & Spencer, muchas cervezas del Aldi y *ginger beer*.

Conocer a Sheena había sido una bendición para Sandra. Se la presentó Ximena nada más llegar, pues ya se conocían de años atrás, cuando coincidían en la piscina de Gorbals. «Creo que sois tal para cual y os gustan las mismas películas», avisó. No fue solo porque le diera las primeras clases de conversación, sino porque enseguida la introdujo en la Transmission Gallery y en el Trongate, donde se le abrieron las puertas del GMAC, la pujante escuela de cine en la que Sheena gestionaba la administración desde que se fundara y en la que Sandra vería ciclos y ciclos de cine en versión original. Además, gracias a ella consiguió trabajo de asistente de producción en varios rodajes, ninguno como el de *Wild Rose*, y llegó a conocer a Ken Loach, asiduo de la escuela, que una vez más buscaba localizaciones con su jefe de fotografía. Sheena, escocesa de cuna, muy motivada, encantada de enseñar su cultura, les

mostró las joyas de Mackintosh, fiestas en pueblos amenizadas con gaitas, parques selváticos, la espectral isla de Staffa —con la calzada del Gigante—, festivales de música folk, montañas, lagos y colinas como tapetes verdes. Tenía cara de niña y formas de ser de adulta. Todavía escuchaba CD y grababa sus favoritos para regalar. En sus clases siempre utilizaba la música como herramienta de aprendizaje, de manera que Sandra acabó gratamente saturada de bandas locales a cuyos miembros conocía Sheena y que de vez en cuando saludaba por ahí, como su amigo Iain Morrison, Del Amitri, The Pastels, Teenage Fanclub (qué pesada era con aquella canción, *Mellow Doubt*, y cuánto le acabó gustando) o Belle and Sebastian. Al principio, durante semanas la enganchó *Dignity* de Deacon Blue y la tarareaba por la calle y en la ducha: la naíf historia de un hombre que trabaja para el Ayuntamiento de Glasgow recogiendo basuras y durante años ahorra para comprarse una barca a la que llamará Dignidad con la que huir y vivir de vacaciones, contada y cantada por alguien que lo conoció y que lo evoca desde lejos mientras bebe *raki* y lee a Maynard Keynes. Al cabo de un tiempo le resultó una antigualla ochentera engolada y cursi, pero ahora, cuando estaba a punto de entrar en el Gandolfi, a menos de veinticuatro horas de irse, esa melodía le vino a la cabeza despertándole un sentimiento de pertenencia a la ciudad. Y lo quiso compartir con Ximena, pero una vez más le dio vergüenza y guardó silencio. Y es que muy a menudo, la Equis se mofaba de su capacidad de edulcorar las vivencias, de la intensidad con la que vivía los recuerdos, los afectos o los descubrimientos. Solo faltó que le dijera que, según un diagnóstico de Isa en uno de sus últimos encuentros, creía que era una Persona Altamente Sensible para que la otra se riera más de ella. Desde ese día, cada vez que sin querer daba un portazo o decía algo comprometido o se le caía una sartén al suelo provocando un estruendo imprevisto y, en Sandra, el axiomático suspiro de rechazo, añadía con tono irónico la muletilla: «Ay, perdona, que eres PAS...» con su correspondiente burla.

En la primera planta ocuparon la mesa del fondo. No eran ni las siete de la tarde, pero el bar estaba lleno de familias y parejas.

El dueño les ofreció una carta pero, como no hizo falta ojearla, se limitó a sonreír al entender que querían lo de siempre. Ximena explicó que aquella era su última cena en Glasgow, que se volvían a Barcelona, que ella se iba a presentar a las oposiciones de notarías y que se terminaba su aventura, aunque, eso sí, se consideraban *Glaswegians*.

No solo con Sheena había tenido suerte, pensaba Sandra. Un vecino del inmueble resultó ser español, y profesor de Letras en la universidad. Su exnovia y él habían sido los primeros en comprar un piso en ese edificio. Ahora la ex vivía en Suiza y Fernando disfrutaba de un loft que siempre estaba abierto para ellas. Fernando la ayudó a conseguir clases particulares de español entre sus amistades y su primera alumna fue una estudiante de artes plásticas alemana, Julia Bauer, enigmática y con alma de artista. No aprendió mucho español, pero consiguió que Sandra y Ximena fueran a un par de exposiciones suyas en el West End y que le compraran un dibujo.

De algún modo, resultaba normal que ahora, mientras llegaba la sopa y chocaba su vaso de cerveza contra el de *ginger beer* de la Equis, solo recordara lo mejor y tuviera la conciencia tranquila. No siempre había sido así. En el primer invierno había sufrido lo suyo, pero de eso Ximena no tenía ni idea.

Y es que después de dos semanas de adaptación bastante intensas, dedicadas en gran parte a que Sandra conociera la ciudad, al aprovechamiento de la escasa luz natural, a cierta intensidad erótica y a los regodeos de la convivencia antes de que se vuelva costumbre, con la llegada del otoño, la Equis se vio asediada por un ataque de responsabilidad y se concentró en sus estudios. Cuando empezó a anochecer a las tres de la tarde, para Sandra los días se hicieron muy cortos y el tiempo libre, muy largo. No estaba habituada. La Equis no tenía ni ganas ni horas para estar pendiente, pero se sentía responsable y percibía la dependencia. En un visto y no visto, el sexo le interesaba menos que tirarse por un barranco y a Sandra, la verdad sea dicha, nada la tentaba más, ya que su deseo se regeneraba con una facilidad inaudita. Así, por mucho que por las noches, al meterse en la cama, intentara buscar

atajos para llegar al objetivo, ya fuera con torpes masajes, con palabras calientes, con el recuerdo de otras veces, con las caricias bajo la oreja o con los besos leves en la nariz que en otro tiempo la ponían a tono y la prendían que no veas, no había manera. El rechazo se volvió hábito y llegó a generar tensión. No me entiendes, estoy estudiando, no tengo ganas. Ahora no estás estudiando, te vendrá bien relajarte un poco. No me presiones, por favor, entiéndeme. Entiéndeme tú a mí, y así sucesivamente. Las conversaciones devinieron en una espiral de reproches que no llevaban a ningún lado y que a menudo hacían que Sandra se replanteara su presencia en aquella casa hasta el punto de temer que su paciencia se enquistara y terminara con ellas. Y si, como sucedió alguna vez, la Equis tenía la jeta de acusarla de teórica y de reprocharle «Dependes demasiado de mí, eso no es bueno», Sandra se subía por las paredes, convencida de que una era la arrogante y otra la humana, y de que la crueldad que exhibía la Equis no quería nada bueno para ella, que siempre se consideraba inocente a su manera.

—No tienes ni idea de lo que significa estudiar esto, me gustaría que me comprendieras —repetía una y otra vez la Equis—. No puedo tener distracciones. Me lo dice mi *coach*: preciso estabilidad, tranquilidad y comprensión. Tengo que potenciar la seguridad en mí misma y no me ayudas...

Sandra apreciaba su aplomo a la hora de expresarse y analizar los contenidos teóricos que memorizaba a diario. Lo hacía, además, en inglés y en español. Una barbaridad. Según Ximena (que hablaba por boca de su padre), dominar tan bien el inglés le abriría muchas puertas. ¿Cuántos notarios hay en Barcelona? —decía—. Unos trescientos. ¿Cuántos notarios hay que sean bilingües? Ninguno.

—Es verdad, perdona, no sabes cómo te admiro —reconocía Sandra, entre la devoción y la envidia, admirando su perseverancia, su carácter resolutivo, su enorme autoestima. Ella nunca podría quererse tanto a sí misma.

—Además, no me gusta que insistas —se defendía la Equis—, de vez en cuando también me gustaría que me abrazaras, no sé,

unas caricias, que me cuides, que me animes... ¿O es que solo te interesa eso?

Al procesar ese tipo de cosas Sandra reflexionaba por su cuenta y discernía que, desde el primer día, lo que la había unido a la Equis era precisamente eso, aquella intensidad poco común, el buen hacer, la voracidad de un cuerpo tan joven. Una cosa iba con la otra, el binomio Ximena-sexo le resultaba imbatible, pero Ximena sola ¿la llenaba?

Para instruirse, Ximena había contratado a un notario que ejercía de preparador a lo largo del proceso. Era un hombre de pocas palabras, cercano a la jubilación, que lo hacía más por amor a la profesión que por dinero. Regentaba su propia notaría y comprendía igual de bien la parte teórica que la psicológica en una instrucción tan exhaustiva. Podían trabajar horas y horas sin parar. Cuando venía a casa, aunque Sandra se quedara arriba, creía que molestaba y siempre acaba saliendo.

Lo mejor que pudo pasar en aquellas fechas fue que Sheena le consiguiera trabajo de camarera en el Nice N Sleazy los viernes y los sábados. Al menos había dos noches a la semana que no tenía que bregar con la ansiedad que le generaba acostarse con la Equis sabiendo que cualquier acercamiento que retara la frontera del pijama sería condenado. Sus pensamientos eran una montaña rusa: tan pronto se acusaba a sí misma de egoísta por querer sexo cada día y ser poco comprensiva con la rutina de los estudios, algo tan serio para su pareja, como la tildaba para sus adentros de puritana, loca y plasta.

Una noche, como tantas otras, apareció Shenna. Después de que se apagara la música y se vaciara el local, le fue acercando copas dispersas a la barra para que terminara antes la faena. Luego se fueron las dos caminando por Sauchiehall Street y, al llegar al cruce de Woodlands Road, Sandra se detuvo:

—Qué mal estoy, ¿no? Se me va la olla, voy en la dirección equivocada...

—¿Por qué no vienes a casa y nos tomamos algo?

Caminaron hasta Hillhead Street y la invitó a subir. Sandra juraría por quien fuera preciso el resto de su vida que en esos

momentos no intuía ningún propósito en la propuesta de Sheena, quien después de ofrecerle agua y de poner el *Haunted Bird* de Iain Morrison, su favorito a esas horas, recostada en el pequeño sofá del salón, se descalzó con ayuda de los pies, se desabrochó el botón de los tejanos y se desperezó anunciando que le dolía todo. Entonces algo se encendió en la enrevesada mente de Sandra, que recibió un aviso que venía del estómago. Sabiendo que no era de recibo y que se arrepentiría, se ofreció a desbloquearle la contractura porque pasaba demasiadas horas sentada, tensionada, y la otra aceptó con una sonrisa de satisfacción adelantada. Como si contara con ello y las cosas tomaran el curso esperado, se puso en pie y caminó hacia su habitación con la certeza de que Sandra iría detrás. Ni siquiera encendió la lámpara, bastó la propina de luz que se extendía desde el salón para orientarse y apreciar los movimientos de la amiga, que se tumbó boca abajo en la cama y se levantó el pelo. Sandra, a horcajadas sobre ella, le puso las manos en los hombros y al deslizar los dedos por la piel estrenada pensó en la Equis, que estaría durmiendo. Todo aquello tenía apariencia de felonía, de juego perverso que puede volverse en contra, fuente de remordimiento, pero podía más el morbo que la honradez, lo desconocido, sentirse valorada por alguien, saber que seguía estando ahí, que podía hacerlo. Solo eso, saber que podía excitar a alguien y prender otro cuerpo, bastó para convencerla, y no fueron precisas más de cuatro o cinco caricias para que Sheena se diera la vuelta y aceptara los besos de Sandra, al inicio fogosos. Le encantaban esa boca y ese cutis lechoso salpicado de pecas y ese cuerpo blanduzco dejándose hacer. Hacía tanto tiempo que no recorría otros pliegues, que no quitaba otros pantalones tirando de los bajos con las piernas hacia arriba, que no palpaba otros pechos, que no amparaba con los labios otras ingles y que no olía la diseminación viscosa de otro flujo, que por un momento se le hizo extraño. Y tras los correspondientes revolcones, ya con los labios ardientes, y a punto de desnudarse del todo, algo se interpuso entre ellas e hizo que Sheena echara el freno en seco para desconcierto y dolor de Sandra, porque lo primero que pensó fue por qué no lo había hecho ella antes.

—Nos estamos pasando, ¿no?

—¿Ahora me lo dices? Sí, claro, un poco...

Cada cual con su respiración agitada se echó a un lado de la cama. Lo que empezó como un pasatiempo infantil terminaba como un delito. Sandra sabía desde el primer contacto que no llegaría a culminar, que el peso de la indecencia planeaba en cada lametazo, pero aun así había seguido, y ese comportamiento, ahora, diseminado entre los arcanos restos del malestar, la desconcertaba.

—¿Por qué lo hemos hecho? —Sheena se llevó las manos a la cabeza.

—Nunca más, ¿eh...? —El arrepentimiento era mutuo.

Y fue cierto. No volvió a suceder, no volvieron a hablar del tema y por suerte no se resquebrajó la amistad, pero Sandra no se lo quitó de la cabeza.

Vale que se sentía rechazada, pensaba, vale que no encontraba en la Equis el amor o el placer que necesitaba, pero a ver, cómo tenía que demostrárselo, ¿no lo demostraba pagando el piso?, ¿no lo demostró proponiéndole que se viniera a Glasgow con ella? ¡Por fuerza tenía que ser más comprensiva! Pero luego, nuevamente volvía a torturarse y sus pensamientos le daban la vuelta a la tortilla, porque, a fin de cuentas, ¿qué quería Ximena, una compañía?, ¿alguien que evitara su soledad durante el estudio y le limpiara y le cocinara y le tendiera las tropecientas lavadoras que ponía? ¡Ah!, había tantos puntos de vista, la realidad tenía tantas aristas que no sabía a cuál aferrarse. Porque a veces se sentía en ese loft como si no necesitase a alguien a quien querer, sino a alguien contra quien luchar. La noche y el día, la permanente reconciliación.

Sheena reapareció otra noche por el Nice N Sleazy y fue un alivio ver que iba acompañada por otra. Sandra sentía que se había quitado de encima un peso tan grande que dijo sí a la oferta de ir a bailar con ellas al Polo Lounge. Para nada le importó abrir la puerta de casa con la luz del día, como en los viejos tiempos, con los tímpanos retumbando, agotada de no tener sueño. A partir de entonces firmó un pacto con su ansiedad para pasar página y no

tener nada que reprocharse, consciente de que todo ese placer que buscaba fuera de casa le dejaba luego un resquemor contra sí misma que le impedía lidiar con las cosas más triviales del día a día, es decir, las cosas de la Equis. Y cuánto le hubiera gustado que hubiera sido firme su propósito. Pero ese convencimiento no duró mucho, y tuvo otros deslices. Los días de conciertos en el Nice N Sleazy venían cargados de estímulos y más de una vez acabó besuqueándose en la trastienda entre las cajas de bebidas y esas neveras pringosas, más seducida por el vicio morboso de la fugacidad del momento que por lo que se llevaba a la boca, pero el caso es que caía en la trampa repetida de su impaciencia. ¿Por qué era así?, ¿por qué le pedía a la vida más de lo que esta le ofrecía? ¿No era eso lo que tanto deseaba?, ¿o es que ahora le pesaba ver que la otra tenía un proyecto de vida y ella no? La gota que colmó el vaso fue la fiesta de fin de rodaje de *Wild Rose*, que empezó con una cena en el Stereo, siguió en el King Tut's y se fue luego de madre. En el primer local tonteó con una inglesa de Leeds que había trabajado como asistenta del director de fotografía. ¿Cómo se llamaba? Leslie, ¿no? sí..., Leslie... Trató de perderla de vista pero reapareció en el bullicio del Kokomo cuando a Sandra la euforia le alumbraba las pupilas. Cometiendo una imprudencia inaceptable, se morreó con ella en un rincón, a ojos de quien pudiera pasar por ahí, los jefes del GMAC o la propia Sheena. Tras el arrebato inicial abandonaron el club y continuaron en la calle —a esas horas, las cuatro de la mañana de un martes, completamente vacía—. Así, con las correspondientes paradas técnicas, Leslie la fue acompañando, y una vez en Ingram Street, Sandra recordó que en ningún momento le había dicho que vivía con alguien, y también que la otra daba por hecho que iban a lo que iban. Cuando abrió el portal, la excitación impedía a Sandra ver riesgos más allá del deleite instantáneo. Contra la pared contigua al ascensor, notó el rasgado de su cremallera y dejó que la otra comprobara con dos dedos el nivel líquido de su calentura y dispusiera en su oído la consiguiente súplica: Venga, ¿a qué esperamos?

Entonces Sandra, acorralada por la realidad, se separó y no

pudo más que decir:

—Es que no vivo sola, tengo pareja.

Tuvieron que pasar tres, cuatro segundos para que Leslie procesara lo que acababa de oír y su mirada se transformara en enojo, en una incomprensión fuera de cualquier escala. Se contuvo y no hizo lo que a buen seguro más le apetecía, abofetearla, y la empujó con rabia:

—Pero tú estás loca, puta tarada, que te follen, gilipollas. Loca, pero qué loca... *Fuck you!!!*

Y una vez más, con la culpa a cuestas, odiándose, subió al piso, abrió la puerta, se descalzó, se quitó la ropa y, apestando a humo y alcohol, entró en la cama, donde la Equis empezaba a despertarse para ponerse a estudiar sin desperdiciar un minuto.

—Vaya horas, ¿no? ¿Qué tal ha ido?

Dieron cuenta del plato sin hablar, con la complicidad de saber que al menos en eso que devoraban estaban de acuerdo. Cuando el dueño se acercó a retirar los cuencos aprovechó para preguntar si se querían ir de Glasgow, y Sandra, con esa mezcla de satisfacción y castigo que otorga terminar la *Cullen skink*, se adelantó:

—No... —fue tajante—, no sé qué haré sin esta sopa.

Ximena, más diplomática, menos impulsiva, corrigió:

—Ya volveremos, no es para tanto...

Pero el asunto no era el hecho de volver o no a Glasgow en el futuro, era que en Barcelona la esperaba la ausencia de Isa, esquivada desde la lejanía. Si de algo había servido la intrépida mudanza fue para dar la espalda a ese remordimiento. Porque Sandra sabía que no había hecho bien al desaparecer de un día para otro. Sabía que se había quitado de en medio y había evitado a su familia. El hecho de no haber tenido el valor de llamar a la madre o a los hermanos de Isa, aunque apenas los hubiera conocido, ni una sola vez en casi dos años no hablaba bien de ella. ¿Por qué ese miedo? ¿Temía vivir en Barcelona sin Isa? A quién iba a acudir ahora cuando tuviera un problema. Y peor era aceptar que le había fallado. No había respondido a su llamada.

Llegó el pescado, crujiente, como les gustaba, y las dos pagaron su impaciencia quemándose la lengua.

—No aprendemos, ¿eh?

—Es que esto es una obra de arte...

Siempre que Ximena usaba esa expresión Sandra recordaba la primera vez que se la oyó decir, en la cama, una vulgaridad impropia de una niña bien, tu culo es una obra de arte, le dijo, como si se hubiera propasado para no volver a decirlo más. Por eso, ahora, cuando de higos a brevas salía la frase, Sandra la relacionaba con el combate cuerpo a cuerpo. Al año y medio de estar en Glasgow salieron las fechas de las oposiciones y la Equis se sintió preparada. Se relajó y cambió su actitud. Tras muchos meses sin salir, no solo de casa, sino principalmente de sí misma, decidió darse un respiro. Aceptaron la oferta de Sheena y de su novia de ir a pasar un par de días a la isla de Arran. Con bicicletas alquiladas subieron a un tren que partía de Central Station. Por suerte, Sheena y su amiga iban equipadas, porque nada más empezar la ruta Sandra notó que su rueda se desinflaba en cuestión de segundos. Sí, había pinchado. Mientras Sandra maldecía su mala suerte, Sheena y Gilbertine le solucionaron la papeleta, lo que bastó para que Ximena le echara en cara su inutilidad para ese tipo de cosas. Luego atravesaron un paisaje que mezclaba el mar, las montañas y la piedra. Ante sus ojos se desplegaba un universo ancho y a la vez minúsculo hecho de colores básicos: verde, azul, gris. Compraron una botella de whisky en la destilería de Lochranza. Se hicieron fotos ante una playa de piedras en la que había un columpio que todas quisieron probar. Sentadas con vistas a un horizonte diáfano y generoso en aire puro ante el que prometieron repetir en las Highlands, comieron sándwiches. A lo tonto pedalearon casi treinta kilómetros hasta llegar al hotel donde habían reservado. En el restaurante, en un salón repleto de excursionistas hambrientos, se sentaron por fin a cenar *stovies*, agotadas por el esfuerzo del día. Y así, calientes de vino y de calorías, y con los músculos marcados por unas incipientes agujetas que al día siguiente serían más intensas, cayeron rendidas en la cama. En mitad de la noche, la Equis despertó a Sandra.

—Jo, tía, cómo roncas, te has bebido todo el vino...

—Perdona...

Pero lejos de enfadarse, Ximena aprovechó el desvelo para deslizar su nariz por el cuello de Sandra y con astutos ademanes y lamentos trató de ponerla a tono, algo para lo que Sandra necesitaba más bien poco. Sandra se extrañó por las horas, las tres y media, pero no desaprovechó la ocasión. Cuando la fue a tocar, Ximena se resistió:

—¿Qué pasa? ¿Quieres o no?

—Sí, pero lávate las manos...

—¿Qué dices?

—Lo que oyes.

A partir de esa noche se convirtió en la tónica habitual. Cada nuevo encuentro vendría marcado por las imposiciones de Ximena, que antes de entrar en faena le pedía que se lavara, o le preguntaba cuánto hacía que se había duchado o abría el cajón donde guardaba un gel lubricante antes nunca visto, como si el sexo fuera otra asignatura y mereciera los cálculos. Y al terminar, al instante avisaba: Me voy a lavar, dejando a Sandra confinada en la cama, escuchando la caída del agua hasta que regresaba y, en lugar de comentar la jugaba, se ponía a mirar su móvil. No era la Equis de antaño, tan proclive al aquí te pillo, aquí te mato, insaciable y voraz cuando le interesaba. Ahora se mostraba inflexible, sin margen para la improvisación, tenía otras prioridades y, por supuesto, era incapaz de conceder un indulto si a ella no le apetecía.

No pidieron postre. Sheena y Fernando esperaban en el Brunswick. Ximena invitó y, fiel a sí misma, dejó una considerable propina. Se despidieron del dueño y se echaron a la calle, barnizada por la lluvia inconsistente que las empapaba sin que se dieran cuenta.

—¿Te has despedido de John? —le preguntó Sandra pensando en el *coach*, que a fin de cuentas había pasado casi tantas horas con la Equis como ella.

—Sí, esta tarde he ido a su casa. Me querían invitar a cenar pero he dicho que venía contigo a darnos un homenaje. Se ha

puesto a llorar. Ha sido emocionante...

—¿Y tú no has llorado?

—¿Yo? Ya sabes que soy de hierro —dijo riéndose.

A la mañana siguiente terminarían de cerrar las maletas, llevarían las plantas a Fernando y este las conduciría al aeropuerto de Edimburgo con su coche. Desde el avión dirían adiós a Escocia y a la *Cullen skink*, y a Sheena y a Fernando, pensando que todo aquello que los unía y todavía era sólido lo seguiría siendo y no se vería resquebrajado por la distancia, creyendo que su amistad era consistente y podría con todo, sin imaginar que en los siguientes meses se escribirían de vez en cuando algún que otro mensaje, pero que con el tiempo dejarían de hacerlo y que sus vivencias compartidas se quedarían en la memoria como puntos de luz difusa condenados a desaparecer.

2

Cuando se fue de aquella manera tan repentina le dejó dicho a su madre que era mayor de edad y que le apetecía vivir algo diferente, fuera de casa, y que no se preocupara por el dinero, que no le faltaría comida ni trabajo, aunque a la hora de la verdad agradeció las cinco transferencias que le había dispensado. Pero ahora, a su regreso, el temor mayor de Sandra era presentarla.

—Tengo ganas de conocer a la señora que me ha cocinado tantas veces sin saberlo para felicitarla —dijo Ximena, a quien los miedos y vergüenzas de Sandra la traían sin cuidado.

—Ni se te ocurra...

Ximena conocía la casa. Recordaba la primera vez que había subido, urgida por la apetencia de las prisas de los inicios. No hizo falta matizar que estaban juntas. Ximena se mostró educada con la madre de Sandra. Por momentos estuvo a punto de pasarse de simpática diciendo cómo era posible que de una cocina tan pequeña salieran platos tan grandes, pero se contuvo. Ante la insistencia de Marisa de que se quedaran a comer no opuso reparo alguno, pero Sandra se encargó de impedirlo aludiendo a una cita importante a la que debían acudir sí o sí y, sobre todo, a los inminentes exámenes de la flamante opositora, cuya vida, tan vulnerable, giraba en torno al Código Civil, a los cambios legislativos, a las matemáticas financieras y a la piedad de un tribunal. La cita era con el oculista, pues Ximena, con tanto estudio, sentía que no leía igual y tuvo que empezar a usar gafas correctoras. Los primeros días cada cual se instaló en casa de su familia. Ximena debía arreglar con sus padres el traslado a su piso de la calle Ganduxer y prepararse a conciencia el examen, sin distracciones.

Restaurada la relación, los señores Palop se mostraron

comprensibles y orgullosos de que Ximena se hubiera aventurado en la ardua empresa de superar al padre y escalar esa cima de proporciones inalcanzables. Agradecieron al Colegio Notarial que convocara oposiciones y devolviera a su hija a casa, donde la rutina diaria seguía siendo la misma que en Glasgow, aunque con el nerviosismo obvio de tener las fechas marcadas en el calendario. Ahora, la Equis convivía con la sensación de que el tiempo había pasado volando y de que las vidas ajenas seguían girando mientras la suya permanecía detenida. Acostumbrada a planificar hasta los momentos de ocio, le dio por salir a correr a horas extrañas, como las seis de la mañana o las diez de la noche.

La oposición consistió en cuatro pruebas. Las dos primeras fueron orales, frente a un tribunal formado por notarios y personas de prestigio del mundo del derecho. La tercera y la cuarta estaban relacionadas y consistieron en un examen escrito y la posterior lectura y defensa de lo redactado. Tras las primeras pruebas, esas exposiciones orales de la Equis se vieron mancilladas por tanta presión y pasó días en cama, llegando a tener décimas de fiebre, mientras esperaba las notas.

No aprobó.

Ximena estuvo días sin salir de casa y sin coger el teléfono. Tras una semana llamó a Sandra, pidió disculpas, dijo que la dinámica y la lógica de su vida eran otras y algo así como que era más fácil dar consejos a los demás que a uno mismo. También anunció que empezaba a trabajar como oficial, como su padre, para quien la decepción por el suspenso había sido mayor. Palop ejercía en la notaría de un notario con el que había tanteado la posibilidad de incorporar el nombre de su hija a la placa dorada de la entrada en caso de que aprobase. Soñaba con llegar un día y leer: BURNIOL-PALOP NOTARIOS. Esa hazaña no había sido posible, pero sí incorporar a su hija y hacerle un hueco en su propio despacho. Dos oficiales juntos. Padre e hija. Ximena fue recibida con los brazos abiertos y felicitaciones con entonación de pésame. Conoció a todos los trabajadores pero, por deformación profesional, solo memorizó el nombre de los pesos pesados, abogados y oficiales, ninguno de Copias ni de Pólizas ni de

Administración, y mucho menos de mantenimiento. El verano en que Ximena terminó Derecho quiso trabajar, y su padre la mandó a hacer prácticas con los abogados Massats. Antes de empezar le había dado un único consejo: en la vida es mejor dar envidia que pena; cuando llegues, tú solo hablas con los jefes, ¿entendido? Y si tienes que hacerte amiga de alguien, que sea de alguien de arriba, lo demás no sirve. Esa máxima se había instaurado en su ADN. Sabía que para llegar alto convenía hablar solo con los que cortan el bacalao y no perder tiempo con la clase media. Empezó a ejercer sin haberse recuperado del mazazo del suspenso, pero haciendo gala de mucha autoestima y fuerza mental. La chica a la que le gustaba caminar descalza y llevar camisetas anchas y evitar responsabilidades y dejar propinas y esquiar y pasear por el campo y ducharse al aire libre trabajaba ahora con un horario fijo en Diagonal esquina con Balmes, donde la fue a buscar Sandra la tarde que le dijo que podían ir al piso de Ganduxer para ver cómo había quedado, pues los pintores y los carpinteros habían terminado de adecentarlo tras la marcha de los últimos inquilinos. La calle Ganduxer era tan ajena a Sandra que no sabía ni cómo llegar. En el trayecto, en el taxi que quiso coger Ximena, Sandra le tomó la mano y, al ver que su rostro evidenciaba aún la pesadumbre del insuficiente, se sintió culpable por todas las discusiones que había provocado su egoísmo, las veces en que no había entendido el esfuerzo que realizaba. Y quizás por eso, por no saber si pedir perdón o no, por tratar de sentirse comprensiva, y también por no esperarlo, le sentó tan mal escuchar a la Equis hablar en estos términos:

—Ahora no va a ser como en Glasgow, que yo lo pagaba todo, ahora tendrás que hacerte cargo de la comunidad, ¿vale?

—Claro, pero no tengo trabajo...

—Bueno, ya lo tendrás... —La Equis hablaba sonriendo, como si contará un chiste.

—¿Y cuánto cuesta la comunidad?

—Unos setecientos...

—¿Qué?

—Qué quieres, ático con terraza, tres habitaciones, portero

veinticuatro horas, piscina comunitaria, mantenimiento, calle Ganduxer... Yo me haré cargo de los gastos... Es lo normal, porque de mí no vas a vivir, eso lo sabes, ¿no?... —Y no dejó de sonreír—. Aquí es, gracias, gracias, gracias, ¿cuánto le debo? Tenga, quédese con el cambio...

Y otra vez soltó casi cuatro euros de propina. Y otra vez dio las gracias por triplicado. Cuánto la sacaba de quicio a Sandra todo eso.

Hasta que no estuvo ante la puerta de casa de Julio no fue consciente de que había estado dos años sin saber de él. Esperaba verlo de primeras, pero abrió Mayte.

—¡Pasa, pasa, verso suelto! —Reconoció su voz, aguardaba en el salón sujetando un vaso de agua, con bermudas y unas Crocs que le ayudaban más bien poco con la imagen.

Esa manera de saludarla, tan efusiva, y el consiguiente abrazo, le dieron esperanzas. Pero fue un espejismo, un intento vano de retornar atrás. Había pasado el tiempo. Una frontera de cortedad parecía imponerse entre sus palabras y entorpecía la fluidez que a buen seguro les hubiera gustado tener. Porque ninguno de los dos había querido distanciarse pero ninguno de los dos se había esforzado por evitarlo, dando por supuesto, tal vez, que todo seguiría igual. Con Noe no le pasaba eso, podían no verse en diez años y cuando se encontraban en Valdecádiar volvía a ser como la última vez. Pero Julio no era Noe, no se habían criado juntos, o se habían conocido de mayores y había sido todo demasiado intenso, o quién sabe si demasiado irreal, a lo mejor era eso. Cuéntame, qué tal en Glasgow. Bien, bien, todo bien. ¿Y tú? Bien, pues ya ves, como siempre... Pero no era como siempre. Mayte seguía allí y su convivencia no aparentaba ser armónica. A juzgar por lo delgado que estaba Julio, por cómo se le habían multiplicado las arrugas en los bordes de los ojos y por lo que se había encogido, vivía más pendiente de que un día se fuera Mayte que de disfrutar de su presencia. Y es evidente que en algo de todo aquello se vio reflejada, pero consideró que Ximena y ella estaban

en otro estadio, como si ese ya lo hubieran superado para pasar a otro quizás de mayor fragilidad.

Para agravar aún más la situación, el rostro de Julio evidenció sorpresa cuando, antes aun de que pudiera ofrecerle algo de beber, Sandra dijo:

—¿Y cómo están las cosas en el departamento? Necesitaría volver a trabajar con urgencia...

Julio no levantó la vista de la mesa, pero en los surcos que se trazaron en su frente podría leerse cierta decepción, la pregunta de para qué ha venido esta tía a mi casa, ¿solo por el interés?

Sandra se dio cuenta. Maldijo su ansiedad. No sabía medir los tiempos. No sabía manejarse cuando por medio había premura. Seguía precipitándose, haciendo el tipo de cosas que jamás haría la Equis.

—Deberías hablar con la Trenchs, pero me imagino que esas plazas ya no están vacantes. Te fuiste de un día para otro, ¿recuerdas?

—Había terminado el curso..., necesitaba dar ese paso.

—Pero que yo sepa nadie te echó...

—Ya...

Cuando se hizo el correspondiente silencio, Sandra fue consciente de lo raro que se le hacía estar en aquella casa sin Yupanqui, ni Britten, ni Zitarrosa, ni Violeta, nada.

—Antes siempre tenías la música puesta...

Julio levantó ligeramente los hombros y acompañó ese gesto con una mueca dubitativa:

—Es que Mayte es como tú, joven y moderna, y me decía que era muy antiguo y le daba dolor de cabeza. Le gusta la electrónica con ritmos andinos, no está nada mal... Nicola Cruz, ¿no lo conoces?, deberías oírlo...

Dada la tensión, a Sandra se le hizo raro estar ahí sin fumar.

—¿Puedo? —preguntó sacando su Pueblo del bolso.

Julio suspiró:

—Mejor que no..., es que a Mayte le molesta, y a mí también, somos muy antitabaco.

—¿Lo has dejado?

—Sí, lo dejé hace un año, por hipnosis. No sabes lo bien que me encuentro, ¿tú sabes la cantidad de componentes nocivos que tiene eso? Es algo incomprensible, absurdo...

De entre todas las anécdotas que conservaba de Julio y su adicción, Sandra rescató la de aquel domingo de agosto en que al volver de la playa se dio cuenta de que se le había terminado el último paquete y se puso hecho una fiera. Tras comprobar que a las tres de la tarde todos los bares estaban cerrados en las afueras de El Prat, aumentó su desasosiego y empezó a despotricar a diestro y siniestro. Tuvieron que ir a toda pastilla hasta una gasolinera y, cuando por fin abrió la cajetilla y encendió uno, a Sandra se le ocurrió decir: Tienes que dejarlo, para que el otro respondiera muy serio: No te preocupes, que mientras me fumo este no me fumo otro, tranquila.

También se le hacía raro estar ahí sin beber vino o cerveza, pero al parecer —sobre la mesa destacaba una bandeja con una jarra de agua— allí ya no se bebía alcohol. Y no se atrevió a preguntar, pero Julio debió de darse cuenta...

—¿Te puedo ofrecer algo? ¿Té, infusión, kombucha?

—Beberé agua —dijo Sandra estirando el brazo para servirse.

A un lado del salón alguien había instalado lo que parecía una gran torre de remos... ¿Una piragua?

—¿Y eso?

—Ah, es una WaterRower, la pidió Mayte para Reyes y la encargué; es una maravilla, así haces remo en casa, tiene un simulador de agua, ejercitas el 84 por ciento de los músculos, a ella le encanta...

Nada más cierto: la niña estaba estupenda, pura fibra, ni un gramo de grasa. En cambio, la delgadez de Julio no le sentaba tan bien, es más, según cómo, concordaba con la figura de un enfermo. La conversación carecía de naturalidad y era probable que ambos se sintieran igual de incómodos. Todas las preguntas parecían forzadas. Antes, todo eso se lo hubieran dicho partiéndose de risa. Vale que a veces tenían conversaciones profundas, pero si por algo le encantaba Julio era porque siempre la hacía reír y de cualquier momento hacía una fiesta. El arte nace de la herida, le decía con

ese porte de profe despreocupado, letraherido, víctima de su mundología, sin herida no hay arte. Qué insulso parecía ahora sin deslices que confesar, tan libre de pecados.

—¿Y qué tal los alumnos este año? —preguntó Sandra.

—Como siempre, cada vez con menos interés y peor preparados..., pero no nos quejemos.

Nunca supo Sandra si se expresó para disuadirla de seguir insistiendo con el tema de la universidad o si realmente lo pensaba. Por alguna razón, fue Julio quien cambió radicalmente de tema.

—Qué fuerte lo que me contaste de tu amiga Isa —dijo Julio como si llevara tiempo queriendo sacar el tema.

—Sí, un horror..., todavía no me hago a la idea.

—Me imagino...

Por allí pululaba Mayte, una presencia escuálida cuya sombra invasiva parecía ocuparlo todo, tal vez para anunciarle que sobraba, que tardaba en irse. Ni le había dirigido la palabra ni se había sentado con ellos. Sandra captó el mensaje y alegó que tenía obligaciones para despedirse. En la puerta, Julio le puso la mano en el hombro y, antes de darle los besos de rigor, añadió:

—¿Y qué fue de tu gran amigo el poeta?

Sandra invocó a Xavi en aquella leonera de Londres, sin oficio ni beneficio, tan poético.

—Pues no tengo ni idea, la verdad, hace mogollón que no se nada de él. Nos escribimos un par de veces cuando estaba en Glasgow y prometimos visitarnos, pero al final, entre unas cosas y otras, ni yo fui ni él vino...

—Ah, ya... Bueno, estaría escribiendo su obra maestra, como hacen las eminencias, ¿no?

—Puede ser...

Sandra frunció el entrecejo y se guardó la rabia.

—Adiós...

En el ascensor, a solas, sintió el pálpito de la decepción. ¿Qué había sucedido? No le gustó esa manera de hablar de Xavi, porque si algo tenía claro Sandra era que ese amigo no era como él. Vivía con mucho menos, pero seguro que no había cambiado nada. Aunque hubiera sido él quien le había jurado que iría a Escocia,

debería escribirle, al menos por curiosidad. Su único amigo de verdad estaba lejos y los demás se emancipaban.

En Impossible Films, Marta fue muy sincera:

—Nunca te hubiéramos despedido, es más, pensábamos doblarte el sueldo y ofrecerte un contrato de verdad porque estábamos muy contentos contigo y temíamos que un día te saliera algo mejor, te ascendimos, ¿no recuerdas? Yo te quería conmigo..., pero ahora no necesitamos a nadie. Para colaboraciones esporádicas no dudes que te llamaremos, pero mueve tus contactos en el ICAA o en el ICC... La industria está como está, no sabes lo difícil que se ha vuelto levantar un rodaje... Mira en cosas de publi o como intérprete en el CCCB, el otro día buscaban a alguien para un festival...

Salvo algunos comercios reconvertidos y alguna calle peatonalizada, la ciudad no había cambiado nada, todo seguía en su sitio: ruido del tráfico en la calle Aragón, colas de turistas ante la Casa Batlló, bandadas de pájaros tintando la ausencia de brisa. Sin embargo, las personas no eran las mismas. Al hacer tanto tiempo que no las veía aparentaban más edad. La cantidad de canas de Marta, qué barbaridad, o la pérdida de pelo de Julio, en cuatro días debería raparse al uno. Recordando aquella canción que a él tanto le gustaba, se echó a caminar ordenando los rumbos del pensamiento. Qué extraño, resultaba más difícil pedir algo cuando hay confianza que cuando no la hay. Remontó el paseo de Gracia y luego tomó Pau Claris. En la calle Bonavista, ahora repleta de tiendas con nombres extranjeros, alzó la vista al balcón de Isa, donde colgaba una estelada y despuntaban dos tiestos con plantas. La memoria le susurró confidencias y pasó revista a tantas veces en ese piso, que recorrió mentalmente de una punta a otra, de la habitación de Isa y Ulrike al salón. La luz rasante acentuaba más detalles de la acera: el quiosco había cambiado de dueños, la bodega había sido reformada y en su escaparate todo eran bebidas *premium* de importación y, aún peor, donde antes estaba el Andy Capp ahora había una... tintorería. Y más allá de los *jardinets*, el

cine Casablanca se había convertido en una tienda de ropa.

Callejeó sorteando las plazas del barrio hasta llegar al cine Verdi, donde entró a la sesión de las seis. Contándola a ella, había cinco personas en la oscuridad de la sala. Dudando de que aquel aire acondicionado fuera bueno, antes de que empezara *Manchester by the sea* echó de menos la vida en Glasgow. Aquí tenía calor todo el rato, o frío, como ahora. En la calle, el aire pesaba y no parecía correr. Y no llovía ni por casualidad. Y nadie le hacía ni caso. Y veía las películas sin entrar en ellas, pensando en otras cosas, la cabeza como un bombo, trazando absurdas órbitas alrededor de la Equis y de su familia y de los amigos perdidos.

—Hace una semana que has vuelto y aún no has ido a ver a tu sobrino... Alucino —expuso Marisa con un tono desconocido.

—Jo, mamá, no he tenido tiempo, mira cómo estoy... —Ella sabía que no tenía excusa, que en momentos como ese su escaso apego familiar no era justificable, y que a su madre le sobraba razón: ni una carta, ni un regalo, ni una visita al hijo de su hermano, ¿pero dónde se había visto?

—Tienes tan mal carácter que no me atrevo a decirte las cosas.

Aunque no fue por iniciativa propia, se acercó a conocer al pequeño Jan, el famoso sobrino, un bebé que dormía durante el día y lloraba por las noches para martirio de sus padres. Se hacía raro ver a aquellos dos profesores de Educación Física hechos una piltrafa, haciendo turnos para dormir. Sergio tuvo un mes de permiso, pero ya había retomado el curso y confirmó que, literalmente, se arrastraba por el patio mientras daba las clases. Mireia estaba fea, ojerosa, flácida y confundida: aún no sabía si ese bebé era fuente de dicha o de cansancio, si lo quería tanto o menos. Como la desconexión era mutua, la conversación entre ellas no dio para más: si le decía que pensaba darle el pecho durante cinco meses y que luego, cuando se reincorporara al trabajo, pasarían a los biberones, a Sandra le entraba por un oído y le salía por otro. Y si ella le decía que en Glasgow había ido bien y que ahora se mudaba, Mireia asentía con la despreocupación propia de quien piensa por mí como si te mudas debajo de un puente. El

bebé que sostuvo en los brazos había trastocado todos los horarios y la lógica de la vida de la pareja. Y, tal vez por imaginarse a ella misma siendo un bebé martirizando a sus padres, no tuvo que obligarse a ir hasta Sant Andreu.

Yalemi, una vez más, estaba acompañada por la música de Frank Delgado, y fue tanta su alegría al verla que después de abrazarla siguió bailando como si estuviera en un solar de Alamar: «... la vida es como un pasaje de una canción que marea» y venga a cogerle las manos, vamos, mi niña, pero baila conmigo, muévete, dale, óyeme, qué bien verte, que no, que no es lo mío, que sí, mija, «y aquel que no se la sabe la tararea»...

Por fin bajó el volumen y pudieron hablar. Enrique estaba en el trabajo, seguía en el bar del Paralelo. Le habían hecho encargado, lo que significaba más horas y más agobios y menos propinas. Damián estaba entrenando.

—¿Solo?

—Coño, asere, pero qué tú quieres, que lo lleve de la mano con dieciséis años...

—¡Dieciséis años!

—Sí, pero aquí la que interesa eres tú...

Sandra resumió su estancia en Glasgow. Ante los demás, tendía a disimular sus sentimientos. Era incapaz de reconocer lo pillada que estaba de la Equis, algo que, por extraño que pudiera parecer después de tantos años, seguía intacto, quizás por no tener nunca la seguridad, quizás porque la Equis, fiel a sí misma, jamás exponía el afecto con palabras. Ese temperamento la mantenía poseída. Y le disgustaba solo a ratos.

—¿Y vosotros, qué tal?

—Sin mucha novedad, mija, lo único lo de la furgoneta, ¿no lo sabes?

—No.

—Hemos comprado una, conduzco yo, claro, porque tu padre ya tú sabes que no maneja ni una bicicleta, la Virgen de Regla, qué hombre...

—¿Y eso?

—Me la vendió una del trabajo... Fue una ocasión.

Damián entraba por la puerta cuando Sandra se disponía a irse. Menudo estirón había pegado el chaval. El problema era que la altura traía implícita una timidez insólita. Ya no era el niño que la perseguía por la casa con juguetes suplicándole que jugara con él. Ahora decía hola, sí, no sé, y daba dos besos y rehuía todo contacto. Los botes de la pelota de baloncesto en el pasillo pasaron por encima de los gritos de su madre y del estribillo de *El adivino*, y Sandra consideró que su sensibilidad PAS ya tenía suficiente. Se despidió llevándose por imposición de la jefa una bolsa con cruasanes y palmeras del día anterior del Fornet, y haciendo jurar a Yalemi que le diría a su padre que había ido a verlo.

Para Sandra, el mal trago de presentar a Ximena a su padre era algo que, mientras pudiera evitarse, mejor que mejor. Era un debate consigo misma, que le daba demasiadas vueltas a todo, una pelea que se inventaba y la iba enredando cuando en el fondo no era para tanto. ¿Qué ganaría? Nada, todo lo que podía suceder era perjudicial para ella. La Equis nunca le preguntaba por esas cosas. Y hasta la fecha se mezclaba lo mínimo con su familia y sus amigas. Es más, Sandra dudaba de que los señores Palop supieran que planeaba vivir con alguien en el piso.

Había cumplido. Había visto a todos menos a Enrique. Quedaba encontrar trabajo. Lo que fuera. El ideal de éxito en la vida de sus padres era tan distinto al ideal exponencial de los padres de la Equis que a menudo Sandra se sentía una invitada a la que el día menos pensado le van a sacar el libro de reclamaciones y le van a dar una conferencia sobre el derecho de admisión. La Equis tenía suerte, lo tenía todo claro incluso cuando no quería tenerlo claro. Y nunca había dramas. La Equis, que siempre se jactaba de hacer lo que le daba la gana, se había pasado dos años encerrada para nada y ahora que podría haber disfrutado de la liberación se había vuelto a encerrar. Una vez le preguntó cómo pagaba el piso de Glasgow y dijo que no se preocupara por eso, que ella ya lo pensaba hacer sola para prepararse las oposiciones a su ritmo. En el mundo de Sandra, uno no se levantaba una mañana y decía me voy a Glasgow a prepararme unas opos porque me mola el rollo anglosajón y ya que soy bilingüe, venga. Pero la Equis sí.

La Equis tenía una cuenta corriente similar a un sofá con *chaise longue* de Citterio: cómoda, resistente, con acabados perfectos, que invitaba a no hacer nada más que contemplar el cielo, las estrellas o el sol durante años. Administraba el dinero sin querer, y de vez en cuando se reponía solo. Nunca hablaba de ello, pero una noche, en la cama, sin poder concentrarse en la lectura, salió el tema por culpa de una serie que estaba viendo Sandra en su ordenador (por supuesto, con comida, para desesperación de la Equis), y le comentó que dos días atrás la había llamado su padre para decirle que había vendido la casa de Llavaneras, herencia de su abuela, y que le llegaría su parte porque ese dinero era para compartir con los hijos. Al día siguiente tenía trescientos mil euros más en la cuenta. Esa misma tarde, en el Tesco, no se atrevió a comprar su pasta de dientes por no tener la habitual oferta de dos por uno y se pensó durante media hora si se llevaba o no unos rollos de primavera que encontraba caros, 4,95. Sin embargo, luego, al pasar por la END., quiso entrar y se probó las botas de montaña Dubarry, de 490 libras, porque la semana siguiente iban de excursión con Sheena. «Mira cómo quedan, molan, ¿no? Son las que lleva la familia real británica», dejó caer para satisfacer al dependiente. Sandra lo miraba todo atónita, de pie, sujetando las bolsas del Tesco. Entonces la Equis dio una vuelta por la tienda y dijo que sí, que se las llevaba, y cuando el chico se agachó para ayudar a quitárselas añadió: «Serán dos pares, uno para ella y otro para mí, calzamos el mismo número». Esa era la Equis, cuando le daba el punto no se lo pensaba dos veces. Y cuánto se reían cada vez que aparecían las botas en el armario, pues solo se las habían puesto dos veces. Ahora, de camino al centro en la línea roja del metro, Sandra pensó en darle una sorpresa, un fin de semana en algún lugar de montaña en el que ponerse las botas en todos los sentidos.

Cuando entendió que tenía las puertas de la universidad y de la productora cerradas, Sandra se tragó el orgullo y se presentó una mañana en el Institut del Cinema. Eres la última persona a la que esperaba ver, qué fuerte —expuso Magda—, me dijo Eva que andabas por Escocia. Le costó reconocerla, pues Magda, la pelirroja del pelo rizado y largo, se lo había cortado a lo *garçon*, no por

deseo —confesó—, sino por obligación. Tomó nota de su apuro y enseguida le ofreció cosas de producción en publicidad. Para firmar un contrato tuvo que entregar unos papeles en una productora que se hallaba junto al Turó Park y, por casualidad, terminó pasando por la calle Rector Ubach, donde se fijó en una gran casa estilo masía de cuyos balcones colgaba un cartel que anunciaba el nombre de una escuela. Se le anudó el estómago. Allí había trabajado Isa, y su recuerdo cayó como un aluvión. Por la puerta del patio iban saliendo los alumnos. Eran las cinco menos cuarto. Intuía que los profesores harían lo propio. Estuvo a punto de entrar para hablar con la directora. Daba por hecho que la reconocería, aunque solo hubiera compartido con ella aquella noche que pasaron en las dependencias de la comisaría mientras la Equis la esperaba estoicamente afuera ¡tres horas! Los chavales gritaban y se perseguían. Qué manía siempre de gritar. Ella no se recordaba así en la adolescencia. Uno insistía en subirse a un árbol, otro le robaba el bocata al que le caían collejas y otra insistía en que lo dejaran en paz. Tres horas, sí, se dice pronto, la estuvo esperando Ximena, de dos a cinco de la mañana. Entonces no se dio cuenta, pero ahora sí. Muy a menudo Sandra se percataba de lo que los demás hacían por ella *a posteriori*, cuando ya era tarde. No valoraba el esfuerzo ajeno hasta que dejaban de hacerlo por ella. Como si la gente tuviera que estar allí a su disposición. Magda y Mónica debían darle trabajo al momento, Mireia Trenchs y Núria Bou tenían que admitirla en el departamento y otorgarle su mesa en el despacho de inmediato, Marta Bosch debía hacerle un hueco en Impossible como si no se hubiera ido. La Equis debía desvivirse por ella y repetir que la quería, mínimo, siete veces al día, Julio debía recibirla con cervezas y pasar de su novia y descubrirle dramaturgos contemporáneos y hablarle de clásicos modernos del cine y de la poesía de Yeats, Eliot, Auden... Pero la vida no era así. Ni siquiera su madre, en otro tiempo entregada, seguía siendo como antes. Gastaba un genio distinto y le exigía colaboración. Para Marisa no existía nadie más que su nieto Jan. Por un lado estaba bien, porque Sandra pasaba prácticamente el día sola en casa, pero por otro dejaba de estar a sus pies como antaño.

Empezó a salir gente de mayor edad, serían profes. La directora de la escuela había sido de las últimas personas que habían visto a Isa. Y, según contó en aquel despacho de la comisaria, en presencia de Sandra, el viernes por la tarde Isa le pidió ser readmitida. Vino aquí, hasta esta misma puerta, y esperó a que se vaciara el colegio para entrar. La está viendo. Pobre Isa. Le dio igual tener una orden de alejamiento de los Mossos y la amenaza de una sanción por parte de la Generalitat. Atravesó el patio, no saludó en la recepción y se metió directamente en el minúsculo despacho de la directora, donde le suplicó que le retiraran la denuncia, que su vida era un disparate, que, por favor, por favor, por favor, necesitaba imperiosamente volver a dar clases para salvarse. Pero ella se negó en redondo, recordaba entre lágrimas y pidiendo perdón frente a unos policías que tomaban notas concentrados, midiendo sus movimientos y sus palabras. Lo último que se supo de Isa fue que la vieron en La Sal de Gracia, de donde, según el segurata que le puso en la mano el sello de la discoteca por si quería volver, se fue a la una menos cuarto.

La directora, presa de una terrible preocupación, mal arreglada (la habían sacado de la cama), confesó que la tarde anterior la había visto deteriorada, ida, intentando aparentar serenidad, tapando la boca a sus demonios y hablando por ellos, desafiante, a destajo y sin rumbo y que —y eso lo dijo en voz baja y entre sollozos— apestaba a alcohol y a tabaco... Cuánto le hubiera gustado recomponer las últimas horas, decía, haberle prometido que movería hilos para que fuera de nuevo admitida, pues además era una docente muy querida por la comunidad educativa. Que si ella hubiera sabido que iba a acabar así, que si ella pudiera cambiar el pasado, que si ella...

Por allí no apareció nadie a quien Sandra pudiera identificar, y cuando una joven cerró la puerta regresó a casa, a la esquina de Valencia con Girona. Hasta ese momento no lo había advertido, pero ahora podía comprobar que era cierto: horrorizada descubrió que en el número 108, donde vivía la portera amiga de su madre, ya colgaba una placa en la que se leía SUITES BARCELONA. Habían cambiado la puerta, a través de la que se veía un recibidor sin

portería, amplio y de lujo.

Marisa estaba sentada en la garita, la bata sin mangas, los zuecos y las marcas de varices en las piernas, un fajo de cartas en el regazo.

—Sí, hija, ya no están, no sabes cómo la echo de menos, se han tenido que ir, y espérate que no nos pase lo mismo, que ya han venido a preguntar varias veces.

—¿Y qué te dicen?

—Según la administradora, de momento, tranquilidad. Están pensando si les interesa o no, porque este bloque solo tiene tres pisos y deberían levantar tres más, algo así me dijo, y eso es una obra muy grande. Lo que sí me dice es que esta calle se va a convertir en una atracción, y habrá que pagar entrada.

3

La mudanza al piso de Ganduxer por parte de Sandra fue progresiva. Empezó quedándose a dormir tres días a la semana y a llevar la ropa necesaria para, al cabo de dos meses, tener su armario lleno, sus cosas en su baño (el más pequeño) y acostumbrarse a sus medidas encantada de estrenar hogar y barrio. Necesitaba este impulso, porque, aunque estuviera en Barcelona, en cierto modo era como habitar en otro lugar. Poco importaban las pequeñas dimensiones de la cocina. El salón conectado con la terraza podía retener a cualquiera más tiempo del necesario. La altura de aquella terraza era superior a la que ella tenía en casa de su madre, y asomarse al vacío amplio y tan generoso en verde que ofrecían los jardines de Piscinas y Deportes se volvió una práctica habitual que solo encontraba un pero: las horas de mayor fuerza del sol, cuando ni debajo del toldo se podía estar. Luego, a menudo el atardecer pintaba de rojo los cielos, esos a los que cuando se encontraba sola dedicaba largos monólogos hablando de Isa, porque ahora, en Barcelona, su estela aparecía de improviso en cualquier parte. Aquello no parecía el cielo, sino una reproducción del cielo impresa en el catálogo de una agencia inmobiliaria. El horizonte rayado con encendidas tonalidades resultaba irreal y cada día comparecía retocado, manipulado por su mirada, la que acompañaba a sus inquietudes hasta que se difuminaban en la lejanía, traspuestas en las tres letras del nombre de su amiga, como si esas desinencias naranjas, ingrávidas y estériles, mitigaran el tamaño de la pérdida.

Y es que después de encadenar varios trabajos en producción, Mónica le echó un cable y la conectó con 36caracteres (una empresa de traducción, interpretación y subtitulado que prestaba sus servicios a la Filmoteca), donde la contrataron para la

traducción y el subtitulado de las películas del inglés al catalán. Le vino muy bien porque, aunque los horarios fueran complicados y tuviera que estar presente en todos los visionados para controlar que cuadrasen los subtítulos, incluidos por supuesto muchos fines de semana, conoció a gente nueva como Eduard Bartoll, el intérprete de alemán, con quien se llevó de maravilla, y Montse Ballesteros, que se ocupaba del francés. Las horas libres con ellos en el bar Marsella o en el Pollo Rico eran siempre interesantes, pues los tres habían vivido fuera varios años y miraban el regreso con los mismos ojos, entre nostálgicos y decepcionados, ya que medían la realidad por la envergadura de lo que habían dejado atrás.

Como la Equis trabajaba de lunes a viernes en un horario habitual y entre semana apostaba por una vida tranquila, los fines de semana eran propicios para que circulasen por el piso aquellas amigas de Ximena que en otro tiempo abominaron de ella a escondidas. A veces, cuando Sandra llegaba de la Filmo las encontraba de cháchara en la terraza, donde se apoltronaban después de la cena en Nuba y de la copa en Pippermint. Aunque a menudo resultaba artificial, eran agradables con Sandra, como si con esa simpatía quisieran demostrar a la Equis que la aceptaban tal y como era. Y que no estaban para juzgar a nadie, que ya eran mayores, que el día de la fiesta les quedó todo claro. Combinando una sofisticada habilidad para no interrumpirse, tan pronto hablaban de *fitness* y de tratamientos faciales como de tener hijos o de lo bien dotado que estaba el amante de turno sin cortarse en nada, sobre todo cuando llevaban unos tragos de más: que si siempre he tenido la fantasía sexual de esto, que si en las discotecas ahora todo eran reguetón y perreo, o que cómo se ha puesto de gorda la amiga que justo hoy no había venido. A Ximena se la notaba contenta, necesitada de ese calor humano. Y Sandra a menudo se preguntaba de qué hablarían cuando ella no estuviera y qué intimidades sería capaz de contar Ximena.

Una de esas noches, al llegar Sandra se hizo un silencio extraño y mal disimulado. Luego, cuando estaban solas y habían recogido botellas y ceniceros y habían dejado en remojo los vasos,

una vez en la cama, Sandra le hizo notar su inquietud.

—¿Pasa algo?

La Equis no fingió. Es más, de algún modo, agradeció la pregunta.

—Ayer estuve con Jorge.

—¿Qué? ¿Por qué no me lo dijiste?

—Para que no te rayaras...

—¿Y eso?

—Me lo pidió él. Fue muy agradable, la verdad, se había enterado de lo de mis opos y me invitó a comer. Al parecer se va a casar... ¿Qué tal tu peli de hoy? Va, cuéntamela y así me duermo...

Sandra recordó el poder que ejercen los muertos en los vivos, el sinsentido de la vida, la nieve que, como la lluvia, cae para todos y llama a la memoria y se giró para apagar la lámpara y decir:

—Hoy ha terminado el ciclo de Huston, con *Los muertos*, me he emocionado mucho con el monólogo final, me he puesto a llorar...

—Qué raro, ooohhh, pobrecita, mi pequeña PAS... Anda, ven, que yo también te voy a hacer llorar... Espera, ¿te has lavado las manos?

En la Filmoteca, Sandra se había reencontrado con el fervor por el cine y, por imposición, volvía a mirarlo como la adolescente que se había matriculado en Comunicación Audiovisual fascinada con aquel séptimo arte por culpa de Isa y de Xavi. Aquella que devoraba las novelas de Austen y suspiraba con los poemas de Walter Scott que leían sus personajes como consuelo frente al deber de dejar a Lorena. Igual que entonces, otra vez en el cine se sentía a salvo de todo. Traduciendo del inglés al catalán frase por frase rastreaba en los guiones y encontraba tesoros que le habían pasado desapercibidos. John Ford, Billy Wilder, Fellini... Menudo escándalo volver a ver *El hombre tranquilo*, *El apartamento*, *8 y ½* y Dreyer, ¡otra vez *Gertrud*! ¡Si antes era mayor y ahora era más joven que ella! ¡Si ninguna de las dos había aprendido nada! El ciclo de John Huston la dejó noqueada, y cuando tuvo que traducir el monólogo de Gabriel en *Los muertos* se le agolpó la impresión en

la retina. Aquella semana lo había visto tres veces, y si no hubiera sido porque la Equis la disuadió con lo que a ella más le gustaba, Sandra, haciendo gala de esa pedantería que a menudo resultaba insoportable, hubiera sido capaz de decirle: «Uno a uno, todos nos convertiremos en sombras. Es mejor pasar a ese otro mundo impúdicamente, en la plena euforia de una pasión, que irse apagando y marchitarse tristemente con la edad». Así Sandra se reconcilió con el cine clásico, con aquellas películas que había visto siendo tan joven y con las que durante tantas horas había enseñado a alumnos sedientos de conocimiento y carentes de pasado, sin tener ni idea, porque ahora las ficciones significaban otra cosa. Con los años la asombraban de manera diferente y encontraba en ellas otros mensajes, otras lecturas. Aquello, más que abstraerse, era estar a buen recaudo. De qué podía quejarse: había aprovechado su aventura en Glasgow, compartía su vida con la Equis y tenía el trabajo que le permitía pagar el piso. En Barcelona, para bien de su conciencia, se había encogido su vida social y se sentía más cohibida a la hora de alternar. En Glasgow era capaz de irse a tomar algo sola cuando sentía que sobraba, pues lo veía como un descubrimiento, no como un dilema. Eduard y Montse planteaban salir una noche a liarla parda, pero pasaban los meses y la idea se quedaba en intención. ¿Cuál era el problema?, ¿le faltaba algo?, ¿qué? Trabajar en la Filmoteca no era trabajar por la noche en el Nice N Sleazy. Las posibilidades de fluctuación emocional se reducían y, a decir verdad, ahora que con Ximena se había restaurado cierta normalidad (era incapaz de pensar en términos de armonía) tras la apatía de los años de estudio, Sandra no echaba en absoluto de menos la noche.

Una tarde, en el intervalo entre dos películas, le sonó el móvil y leyó un nombre que le volteó el corazón: Xavi. ¿Xavi? Escribía desde su número español. Era un mensaje interminable: «Dicen que el hombre crece cuando se arrodilla. Como nos enseñaron en la catequesis a la que fuimos juntos, creo en el perdón de los pecados, y espero que tú también. Perdón, pues, por haber incumplido, todavía, mi promesa de subir a Glasgow. Te he enviado largas cartas mentales estos años, pero no sé si las has recibido. Confío en

que alguna te haya llegado. No sé si sigues por las Escocias. Yo he vuelto a Barcelona, a casa de mis padres, y me encantaría verte o visitarte donde estés. No está siendo fácil el regreso, pero como decía Lawrence, como nada soy me toca soportar la carga de los cielos nocturnos, donde brillan exiguas estrellas y restallan unos cuantos pensamientos, entre los que siempre te encuentro. *Like an american prayer*, ya sabes. Si te apetece nos vemos».

Imbuida de una alegría que pretendía ser sensata, Sandra leyó el mensaje varias veces, hasta que tuvo que apagar el cigarro y volver a la cabina. Empezaba *La diligencia*, dentro del ciclo de John Ford. Pues claro que le apetecía ver a Xavi. Al leer esa referencia a los Doors la memoria le plantó en la cara aquella camiseta. ¿Dónde habría ido a parar?, ¿en qué armario o en qué mudanza o en qué viaje se habría perdido? Así, lo vio esperándola en el andén del paseo de Gracia tantísimos años atrás, dispuesto a guiarla hasta Olot, tan apañado y tan atractivo, el pelo revuelto, los Levi's rotos, las Converse pulcramente sucias y una serena visión del mundo. Y qué bien encajaba siempre las citas. Ay, Xavi. Cuando se dirigía a ella de esa manera se le olvidaban los bandazos de su amistad, el temperamento fluctuante. Claro. A lo mejor era eso lo que le faltaba en Barcelona. Un amigo como él, como el Ringo este de la película, tan atento con ella y tan pendiente, ofreciéndole la cantimplora y explicándole nombres de árboles en aquel tren que los dejó en Girona, cuando ir hasta Girona era dar la vuelta al mundo, ya ves, ¿te acuerdas, Sandrita?, aquello era estrenar la vida como se estrena la huida, todo el deseo cabía en aquel mapa de Xavi que le había dado su padre. Tuyos eran aquel ardor, aquella temeridad, la osadía de las miradas limpias de los críos de catorce años que tienen prisa por correr tras el peligro y ser forajidos de todo, principalmente del amor. Qué miedo tenías, ¿eh, Sandrita?, no habías salido de casa como quien dice, y perder un tren era peor que descarrilar. Aún no eras un verso suelto con patrañas que encubrir. Todas tus respuestas, por impetuosas que fueran, resbalaban de tus labios antes de que se enunciaran las preguntas con la misma naturalidad con la que sonaba el siguiente latido, bumbum, bumbum...

Como cuando estaba en la terraza y en el horizonte se fundían el día y la noche, ante las escenas de la película volvía a tener un monólogo consigo misma, y tontamente se preguntaba si se acordaba de aquello y de lo otro. «Uno no puede salir de la prisión y entrar en la sociedad la misma semana», decía Ringo. Ay, Sandrita, tus ojos no son los de entonces, ¿eh?, no están libres de despedidas ni de tropiezos, qué darías por recuperar una parte de aquella claridad, por no haber hecho según qué cosas, por no cargar con silencios y culpas... Pero quizás aún estés a tiempo, verso suelto. Muerta Isa, Xavi era el único vínculo con lo que quedase de la adolescente que llevaba dentro. Solo a través de él podía volver a su infancia y a su juventud. Era una filia pura. La magnitud de lo perdido con Isa debería bastar para apreciar mejor lo que tenía. No se podía acceder a la felicidad sola, su madre era la evidencia. Xavi había hecho un esfuerzo por escribirle, vivía en su memoria. Alguien que reprime sus emociones no es capaz de perseguir un objetivo, y ¿qué es la vida sin proyecto?, ¿cuál era el suyo?

Porque el regreso de Xavi brindaba una oportunidad de enmienda, de recuperar una parte de sí misma. Xavi y ella. Lo vislumbró en el piso de sus padres, en Hospitalet, escuchando música desde la cama, fumando en la ventana, fuera de lugar.

Nada más cierto. En cuanto retomaron el contacto quedó claro que lo que más le interesaba era pasar el mayor tiempo posible en cualquier lugar que no fuera su casa. El retorno no era fácil para alguien de treinta y siete años que, entre pitos y flautas, llevaba desde los veintitrés fuera de Barcelona. Además, como él reconocía, los años de Londres le habían asilvestrado. Tendría que verlo: su madre se subía por las paredes, flipaba con sus modales a la hora de comer, con sus hábitos y con sus horarios.

—Qué vergüenza, tronca —relató en la terraza de la Filmo—, el otro día me regaló un kit de esos con desodorante, crema hidratante, colonia y no sé qué más. Pobre mujer. Ayer se levantó para tomar una aspirina y me pilló en mi cuarto fumando un peta a las dos de la mañana. No dijo ni mu, me miró, negó con la cabeza y cerró la puerta. Joder, qué mal me sentí. Pero es que si no me

fumo uno no pego ojo...

Hablaba con un deje de Madrid que sonaba así, así. En el brazo derecho lucía un tatuaje del número siete bajo la figura de un ancla. Los cuatro de Seven Sisters se lo habían hecho juntos en Camden. El 7, obvio, era por el barrio, Sandra lo sabía bien, ¿y el ancla?, ¿dónde está la metáfora?

—Pues eso, por el doble significado de echar el ancla: por un lado, poner el pie en el suelo cuando llegas muy borracho a la cama para evitar que la cabeza te dé muchas vueltas y potar, y por otro, está claro, después de vivir en Seven Sisters uno es capaz de echar el ancla de su vida en cualquier parte, ¿no?

Le gustaba tanto mostrar el tatuaje que cada dos por tres se levantaba la manga y lo miraba, como para cerciorarse de que no se había borrado.

—Tengo que volver a la cabina —anunció ella.

—¿Me puedes colar?

—Claro... ¿Quieres ver el programa?

—No hace falta, cualquiera me sirve, es para no estar en la calle.

—Pues tienes suerte, porque empieza *Carlos*, de Assayas, y dura casi tres horas. Se pasan volando, es una pasada...

—Dabuti, tronca, te aviso que voy a venir cada día...

Lo que más la fascinaba de Xavi cuando se conocieron fue la confianza que tenía en sí mismo. Sin embargo, ahora, toda aquella seguridad se había vuelto su contrario. Iba de aquí para allá, tanta barba le daba un aire que se pasaba de desaliñado, y el pelo largo, tan lacio, provocaba que tuviera aspecto de sucio. Además, se había ensanchado considerablemente de hombros y tantos años bebiendo cerveza a diario y comiendo pasta con nata le habían dejado una barriga que lo distanciaba mucho del Xavi que retenía su memoria. Sandra se imaginó a su madre y sintió piedad por ella. Hacía solo un mes que había vuelto de Londres. Seguía soltero y ahora más que nunca sin compromiso. Era imposible encontrar a nadie en Londres para ir en serio. De follar se había llegado incluso a cansar, pero en los últimos tiempos todo había sido pesca de arrastre, matizó, por lo que prefería obviar detalles. No sabía a

ciencia cierta lo que quería ni dónde buscar trabajo. Pero aun así había enviado currículums a colegios concertados de cara al curso que viene. Con la licenciatura en Humanidades podría dar clases de casi todo, incluso de inglés, dado el nivel que tenía ahora. En verano se iría a visitar a Oliver a Gijón. Estaba a punto de terminar una novela. Colaboraba en una revista de música haciendo críticas de discos y de conciertos a cambio de asistir gratis a los conciertos y quedarse los CD, y en una revista literaria llamada *Quimera*, para la que hacía reseñas a cambio de llevarse a casa los libros. Algo es algo.

—¿Y los poemas? —preguntó Sandra.

—Ahí sigo, es mi refugio.

Llevaba años esperando que le publicaran el poemario titulado *Siete*, con cuarenta y nueve poemas repartidos en siete apartados: «Los siete días de la semana», «Los siete tomos de Proust», «Los siete enanitos de Blancanieves», «*Los siete magníficos*», «Los siete pecados capitales», «Las siete vidas del gato» y «Setenta veces siete», más un apéndice titulado «Seven Sisters», una especie de *bonus track* —dijo— con poemas de homenaje a Londres, a la amistad, a ese momento de la vida en el que todo es ir. Hablaba tanto de ese libro que media Barcelona sabía de qué iba. Tras la no concesión del premio, lo había enviado a Visor, a Lumen, a Renacimiento. Las tres lo habían rechazado. Ahora lo había intentado con otras más pequeñas y estaba a la espera. No podía entender por qué no se lo publicaban, todo el mundo que lo había leído le decía que era buenísimo. Por medio de un amigo del barrio que también era poeta había empezado a recitar los domingos por la tarde en un bar de Gracia. Normalmente se llenaba de gente y le aplaudían a mansalva. Tenía que ir un día. Estaba bien porque le pagaban un porcentaje de las consumiciones que tomaba la gente que traían los dos y ellos privaban por la patilla. Otro amigo trabajaba en marketing en Cadbury Schweppes, y como justo ahora lanzaban una nueva Trina sin burbujas, contaban con él para las acciones que realizaban durante la promoción del producto. Este sábado repartirían en plaza Cataluña, si se pasaba por allí a verlo un rato le guardaba una caja con veinticuatro latas. Dinero no

tenía mucho, pero tampoco se agobiaba con eso, qué más da, insistía, lo importante es ser libre, no esclavo. Otro contacto que curraba de *comunity manager* le había enchufado para hacer catas de nuevos productos que se pensaban lanzar al mercado. Juntaban a diez personas y los encerraban en una sala alrededor de una mesa. Traían galletas o gazpachos o quesitos (había hecho ya unas cuantas...), los probaban y luego rellenaban un formulario mientras los de marketing observaban a través de un cristal de esos que parecen espejos. A la salida le daban una tarjeta con cuarenta euros para gastar en el supermercado de El Corte Inglés. Se la daba a su madre y ella le daba el dinero. Tenía sus recursos. Poco a poco. La vida no era una carrera, sino un paseo. Claro que echaba de menos Londres, pero llegó un momento en que o volvía o se echaba a perder, porque seguir viviendo del pillaje y del cuento costaba más de lo que parecía. Tiempo al tiempo.

4

Tras una temporada de responsabilidad y buena disposición en el trabajo, Ximena, como era previsible, se cansó. Un domingo en que volvían a Barcelona después de pasar el fin de semana en la casa de Alp, antes de entrar en la autopista sacó el tema.

—No sé si he hecho bien en meterme en la notaría. Cada día lo mismo. Tú al menos trabajas viendo películas. Yo estoy en un despacho con una ventana que da a un patio interior y mi padre enfrente diciéndome todo el rato lo que tengo que hacer.

—Bueno, yo gano 930 y tú 4.000.

—¿Y de qué me sirve?

—Es lo que querías, ¿no?

—No, ahora me doy cuenta de que no, ni siquiera quería ser notaria, quería irme... y era lo más fácil.

Sandra reposó la mano izquierda en el muslo de la Equis, y notó el leve relieve del vello amarillento, la piel aún caliente, roja por el resplandeciente sol de montaña de finales de mayo. La claridad de la tarde revelaba sus labios un tanto agrietados, la casi inapreciable pelusa brillante del bigote, el gesto pensativo que adquiría en carretera, el perfil de su nariz, vista así, tan notable, desafiante hacia el canon de las divinas proporciones griegas, el montículo ovalado de la barbilla. En la autopista, Ximena subió las ventanillas y puso el aire acondicionado. Controló el impulso de encender la radio, como si con eso dijera tengo algo que decir y lo pienso hacer ahora. A veces hablaba como si tuviera nostalgia de todas sus pertenencias: cuando no era la casa de Alp era el trabajo, cuando no era el trabajo era el piso de Ganduxer, cuando no era el piso de Ganduxer era la villa de Llafranch. Si estaba en un sitio quería estar en otro y si estaba en otro quería estar de viaje. Pese a ello, aquella era la imagen de la estabilidad, una pareja

consolidada volviendo a casa después de disfrutar de la segunda residencia. En cierto modo se habían acostumbrado la una a la otra, y cada cual había admitido e incluso adoptado rarezas relativas, como si los puntos negros de la convivencia —manías que con la edad se acentuaban, emanaciones corporales ajenas, dejadez disfrazada de confianza— hubieran sido aceptados y en algunos casos asumidos o dados por buenos. Rara era la vez que Sandra no se lavaba los dientes mientras se duchaba, como le había enseñado Ximena, y muy rara también la vez en que Ximena dejaba el retrete o la cocina como los había encontrado, acostumbrada desde niña a que alguien se encargara de ello. Desde Glasgow le había dado por el ahorro del agua, era una cuestión medioambiental, para salvar el planeta, y podía estar sin tirar de la cadena varias veces, pues, según decía, hacerlo de continuo era un ejemplo más de derroche. Lo mismo en la ducha, una ducha de la Equis suponía para Sandra escuchar la apertura y el cierre del grifo, clic, clac, indefinidamente, como si fuera una composición rítmica. Tampoco faltaba la reprimenda irónica cada vez que Sandra venía con unos tejanos nuevos: ¿Tú sabes la cantidad de litros y litros de agua que se desperdician para hacer un solo par de pantalones? El reciclaje era la nueva religión. Pese a que la cocina no era excesivamente grande, se las había ingeniado para instalar cuatro cubos. Si al hacer la compra traía latas de cerveza o de Coca-Cola, lo primero que hacía era sacarlas una por una de las mallas de plástico y, con unas tijeras, ir cortando los anillos. Ante la correspondiente duda de Sandra, argumentó: si no rompes estos agujeros y finalmente acaban en el mar, los peces quedan atrapados y pueden ahogarse. ¿Pero es que tú no tienes idea de lo que afecta el plástico a los animales marinos o qué? Y si al principio la incapacidad de hacer la cama de la Equis importunaba a Sandra, ahora ya contaba con ello, porque había aprendido que las batallas domésticas solo convienen cuando se pueden ganar.

—Creo que lo voy a dejar.

—Cuándo...

—Lo ideal sería ahora, y así tengo el verano libre, pero no sé si me voy a atrever.

Por más que la Equis, en los últimos años, se hubiera mostrado equilibrada, muchas veces seguía soñando en voz alta. La confianza que le daba su cuenta corriente jugaba a su favor, de ahí que muchas veces para explicarse dijera: «Nací bien. Tuve esa suerte». A Sandra la ponía de los nervios escuchar esas cosas (nací bien, tuve esa suerte, ¿se puede ser tan tonta?), pero era tal el enganche afectivo, o el miedo a que se enfadara y la ignorara, que jamás entraba al trapo.

—¿No me vas a decir nada? —preguntó la Equis.

—No sé, qué quieres que te diga. Déjalo, te lo puedes permitir...

—Genial, ¿eso es todo? ¡Gracias por tu ayuda!

—Eh, ¿qué pasa...?

—Me gustaría volver a irme... A Canadá, por ejemplo.

Ese tipo de frases en singular cavaban en el estómago de Sandra unas dudas que se volvían celos, sospechas.

—Te gustaría irte, a ti sola, qué bien...

Las manos al volante sujetaban la cuerda floja de los pensamientos remediables.

—Vámonos, vámonos las dos.

—¿Dónde?

—A Canadá, o a Copenhague, qué sé yo... ¡Allí van en bici y hace frío y todos hablan inglés!, vámonos a Dinamarca...

Sandra fijó la vista en la carretera. Coches y matrículas dejando atrás el fin de semana, rumbo al lunes, a las obligaciones, los parches, las agendas. Su falta de respuesta incitó a la Equis a insistir:

—¿Qué te ata aquí? No tienes nada, un trabajo, solo un trabajo, ya ves...

—Ya..., bueno, está mi madre.

En momentos así Sandra percibía que la diferencia de edad que había entre ellas imponía su frontera.

—Tu madre va a seguir igual tanto si te vas como si no.

—Sí, no sé..., cuando me fui tan repentinamente a Glasgow luego me sentí culpable. Ella lo pasó mal, ni siquiera fui capaz de invitarla, ni de venir en Navidad; una llamada a la semana... Ahora

tiene a mi sobrino, pero no sé cómo vería que me alejara de nuevo tan lejos sin billete de vuelta...

—Te puedo entender..., pero yo tengo casi treinta años, no quiero verme así eternamente, ni vivir pendiente de nadie, ni dejar de hacer cosas porque mis padres no quieran. Cuando me fui a Glasgow un día mi hermana me escribió desde Nueva York para decirme que mamá estaba mal, deprimida, pero que sabía que si fuera por mí la familia no existiría. Me hizo mucho daño. Dándome lecciones desde la otra punta.

—No lo sabía...

—Hemos estado mucho tiempo sin hablar, mis hermanos y yo; ahora está todo bien. Pero ese no es el tema, el tema es que quiero dejar esto. Solo de pensar que mañana a las nueve tengo que volver a estar allí... No sé, me hacía ilusión volver, sabía que tenía este piso para mí y... Pero ahora no me veo... No soporto a la gente que habla todo el rato de dinero. Tienen el doble de edad que yo y siempre hablan de lo mismo. Yo no quiero ser así dentro de veinte años. Y mi padre no deja de repetir: Hay que tener dinero hasta conseguir que el dinero trabaje por ti. Él lo podría hacer y sigue...

—Entiendo el mensaje —opinó Sandra.

Se acercaban al peaje. Redujo la velocidad. Sandra ofreció su tarjeta de crédito, pero la Equis se negó y usó la suya. Al reanudar la marcha y acelerar, como si ya hubiera dicho lo que tenía que decir, estirando el torso rescató al tuntún el primer CD que halló en la guantera. Resultó ser uno de los que les grabó Sheena. Iain Morrison & Daibhidh Martin, *Haunted Bird*. Al hilo de la canción, Sandra desvió la mirada hacia el cielo descolorido. Le hizo gracia ver la estela blanca del motor de un avión y pensó que parecía puesto ahí como por encargo. Un pasatiempo trillado: mirar a lo lejos esperando un aviso de ida o el amago de un regreso. La dimensión del presente, con las rutas de lo que pudo ser y con lo que fue, tan distinto a como se imaginaba cuando era un enigma. La música y las voces la devolvían a Ingram Street y se preguntó qué sería de Sheena y de Fernando, y pensó que les escribiría lo antes posible mientras se preguntaba por qué no lo hacía ahora que

tenía el móvil entre las piernas. Fer, bandido, qué tal? Nos cuidas las plantas como prometiste o ya las has vendido en The Barras? *Sheena, my dearest i am listening to* Tripping Alone *and everything is full of you*. ¿Qué le costaba? ¿Dos minutos? A la Equis le daba igual, ella estaba en lo suyo. Las rayas del cielo se fundieron y Sandra suspiró hondo. Agarró el teléfono pero sin intención de escribir, sino como un acto reflejo, para tenerlo en la mano. Con una presión en el estómago, sin dejar de mirar a la carretera, dijo:

—Tengo que pedirte algo... —Con un movimiento de cabeza, la Equis la invitó a seguir hablando—. Xavi me ha pedido si puede quedarse unos días.

Asintió para decir estoy procesando la información. Luego hizo un gesto de confirmación, claramente a regañadientes.

En todo el tiempo que llevaban en el piso nunca se había quedado nadie a dormir. Sandra se arrepintió al momento por verbalizar sus pretensiones y se dijo qué tonta soy, me está hablando de sus problemas con el trabajo y le vengo con más problemas. La reacción de la Equis, indiferente y muda, lo decía todo. Subió ligeramente el volumen. No sacó un ojo del asfalto. Una soledad atravesada de dudas avanzando, vertiginosa, bajo una nube de ceniza. Sin corregir la seriedad, habló a la entrada a Barcelona:

—Si solo son unos días...

—Sí, no será mucho, es que está muy agobiado en casa de sus padres... Y además ahora empiezan unas obras, se ve que instalan el gas natural en todo el bloque, y va a ser insoportable...

Las primeras noches, Xavi ocupó el sofá, en el salón, pero la propia Equis, cansada de verlo cada día antes de ir a la notaría sin camiseta, con el tatuaje, la espalda sudada en el sofá y a veces con los mismos calzoncillos del día anterior, en posturas azarosas y mal cubierto por una sábana, propuso que se instalara en el cuarto pequeño que usaban como vestidor.

A Sandra, por el contrario, le gustaba que fuera algo dejado y protegerlo. Había un extraño placer en el cuidado. O quizás iba

más allá, era el último cartucho de la amistad, protegía a alguien que siempre le debería una en el futuro y que en el pasado la había apoyado. La confianza que había entre ellos la compensaba porque, bien mirado, no había sentido un apego semejante por nadie que no fuera Isa. No la molestaba poner en el lavaplatos lo que se dejaba fuera, pedirle la ropa sucia cuando iba a poner una lavadora, ni cogerle un nuevo cepillo de dientes en el súper ni comprar alguna botella (la de Aperol, por ejemplo, pues se habían sumado a la moda del *spritz*) para que él se la diera luego a la Equis. Sandra sentía que entre ellos había un pacto callado, el deber de corresponderse mutuamente por los siglos de los siglos. Venían del mismo barrio, del mismo colegio, se habían abierto camino a la par, habían logrado estudiar en la misma universidad y habían visto algo de mundo. Con ella Xavi tenía la confianza para decir y hacer lo que le viniera en gana, de ahí que se paseara en paños menores como si tal cosa o se encerrara en el baño con un libro advirtiéndole de que pensaba estar un buen rato. El primer día, Sandra le había advertido: sé simpático, no traigas a nadie, compra cosas de vez en cuando, procura no pasar mucho tiempo delante de la tele cuando esté ella, cuando tengas que utilizar el baño, que sea el mío.

Al principio Xavi se mostró recatado. Pedía permiso para todo: para salir a la terraza, para encender un cigarro, para abrir una cerveza... Cuando Ximena llegaba de la notaría, él recogía su ordenador portátil y se escondía en el cuarto y leía tumbado en la cama para dejarle espacio. Pero a pesar de los esfuerzos saltaba a la vista que a la Equis no le hacía mucha gracia tener huéspedes tanto tiempo. De ahí que en la cama se repitieran las conversaciones:

—Es que me dijiste unos días y lleva una semana. Dime la verdad, ¿se va a quedar más?

—No sé, me dijo que eran unos días.

Que vinieran sus amigas los viernes y se fueran a las tantas dejándolo todo manga por hombro, bien, pero tener a aquel tío desparramando voluntad pasiva desde el sofá establecido en casa, era otra cosa. No eran las pintas, a todas luces desaliñadas; era la

actitud, tan indolente, tan allá me las traigas y tan de canalla sin gracia. Si bien era de las que podían vivir sin hacer la cama, la limpieza, para la Equis, era algo primordial.

Había tenido suerte con Sandra, a quien fuera de casa la inercia le hacía imitar a su madre. De ahí que no le gustase que Xavi no fuera el primero en levantarse para recoger ni que tuviera que ser ella quien le apremiara la mayoría de las veces. Además, el chaval tampoco era la alegría de la huerta. Si coincidía con la Equis en el salón, en la cocina o en la terraza, Xavi se escondía, y casi era peor, porque la hacía sentir que molestaba en su propia casa. De cualquier modo, era evidente que tras la permisividad de la Equis se ocultaba el deseo de querer contentar a Sandra, pues sabía lo importante que era para ella esa amistad. Solo hacía falta mirarla a la cara para darse cuenta: estaba tan contenta de haber vuelto a conectar con su amigo del alma que no paraba de celebrarlo comprometiéndose a traer cenas (hoy sushi, mañana tortillas del Flash Flash) y a proponer planes juntos, por lo que Ximena no se atrevía a tomar decisiones drásticas.

Una noche en que Xavi sacó del horno una de sus pizzas, con la masa hecha por él (para lo que dejó la cocina repleta de trazos de harina que no había manera de que se fueran luego del estropajo), anunció que había terminado la novela. Y tras la felicitación de Sandra, algo se encendió en la memoria de Ximena:

—Ah, pues, ahora que lo pienso, mi padre tenía un amigo editor.

—¿Qué dices? ¿En serio? ¿Quién es? —En el rostro iluminado de Xavi coincidían el interés y la admiración.

—No sé, pero cuando era pequeña venía siempre a casa. Le preguntaré...

Así fue como Xavi se enteró de que, en efecto, un viejo amigo del señor Palop había puesto en marcha una pequeña editorial en el pasado, una aventura que a finales de los ochenta había funcionado pero que luego, paulatinamente, se fue diluyendo hasta tener que dejarla de lado porque aquello era un pozo sin fondo. La había fundado cuando nació su hija y la había bautizado con su nombre: Ona Libros. El proyecto estaba en dique seco. Claudio

Robles había montado la editorial como hobby cuando le iban muy bien los negocios. Luego se había dedicado a otros asuntos. Y aunque mantenía el sueño de relanzarla, llevaba años sin ponerse con ello. Ximena logró contactar con él, pero Xavi, de primeras, rehusó ir a verlo, pues estaba convencido de que su obra estaba destinada a cotas más altas. Ahí quedó la cosa. Sin embargo, bastaron ese detalle y que Sandra le pidiera un esfuerzo mayor en el día a día para que Xavi mirara con otros ojos a la Equis. Para empezar, se puso a experimentar en la cocina más allá de las pizzas, apareció con las greñas cortadas (si llego a saber que solo cuesta cinco euros en los chinos lo hago antes, dijo), lo que le rejuveneció diez años la cara, compró una regadera nueva de plástico (a buen seguro de los mismos chinos), invirtió una mañana en desatascar la tubería de una bañera utilizando una mezcla de bicarbonato y vinagre y, sobre todo, se abrió. El Xavi simpático que de cualquier detalle hacía un chiste practicaba un humor a menudo ridículo pero que fomentaba el entendimiento en las noches iluminadas por velas en la terraza. La Equis llegaba del trabajo desganada pero sabía que la aguardaban las hamacas, la cervezas, las risas, las estrellas imaginarias y los porros de Xavi, y así se ausentaba de una rutina de herencias, testamentos y compraventas que la martirizaba. También Sandra, al constatar que la convivencia transcurría por otros derroteros, se liberó de la tensión por la presencia del amigo y se relajó. Entre los tres se instauró una camaradería que no se rompió ni cuando Xavi se saltó la regla de no traer a nadie. Y es que la Equis se levantó una noche en busca de un vaso de agua y escuchó ruidos extraños en el salón. Así, se asomó para ver la espalda de una chica sentada a horcajadas del figura de Xavi, contoneándose y manifestando un placer incontenible a pesar de la mano que intentaba cerrarle la boca. Al despertar se lo dijo a Sandra, pero sin malos rollos, casi riendo. Ella, incrédula, salió hecha unos zorros y se plantó ante el sofá, donde Xavi dormía a pierna suelta.

—Eh, bandarra, despierta —decía mientras lo zarandeaba.

—Qué pasa, tronca, que estoy sobadísimo, no me jodas...

—¿Por qué duermes aquí si ya tienes una cama en el vestidor?

Se te va la pinza...

—Eh...

—¿Te has traído a alguien esta noche?

—Qué va, pero qué dices, ni de coña... No. Fui al concierto y me vine.

—¿Me lo juras?

—Sí, claro, te lo juro, te lo juro por mi madre, por mi novela, por lo que quieras...

Lo juró tanto que Sandra regresó a la habitación para ver cómo la Equis, recién salida de la ducha, empezaba a vestirse. Controlando la excitación que le causaba ese ejercicio, preguntó:

—¿Estás segura? ¿No lo habrás soñado?

La duda desató una risa en Ximena:

—Jo, tía, que no soy tonta..., que yo también lo he hecho muchas veces...

Podría haberse ahorrado la última frase, pensaría luego Sandra, pero por el momento se dedicó a negar ladeando a un lado y al otro la cabeza, pensando que se había metido justo ahí donde no quería. ¿A quién creer?

Cuando los envíos de la novela acumularon seis rechazos de seis grandes editoriales, Xavi la volvió a enviar a otras cinco editoriales pequeñas y, por las dudas, solicitó a la Equis retomar la opción de ir a ver al editor. Dos días después, Ximena lo llamó desde la notaría:

—Ve inmediatamente, Folgueroles número 5, te está esperando...

Esa noche, en la terraza, felizmente achispado, explicó que el hombre estaba dispuesto a reflotar la editorial, pero que no quería publicar un solo libro ocasional, eso no serviría de mucho. Precisaba de alguien que creara una colección nueva, moderna, una colección de narrativa actual que ayudase a disociar la editorial de lo que había publicado en los primeros años y de todo lo que había llegado a ser antes de la decadencia, cuando se dedicó básicamente al libro de viajes ilustrado, focalizado además en Cataluña y sus comarcas. Si no era así, no le interesaba. Él no hacía esto por dinero. No podía dedicarse en cuerpo y alma, pero le

había llamado Palop y, hostia, mira tú por dónde, había renacido en él un sentimiento que llevaba tiempo macerándose en su memoria, el recuerdo de una espina clavada de la que tarde o temprano debía librarse. Además, le animaba el hecho de que su hija, Ona, hubiese abandonado Psicología en segundo curso para empezar Filología Hispánica, y quién sabe si así podría ayudarla en un futuro a facilitarle el acceso al mundo laboral. A Xavi se le encendieron las luces y aseguró que había dado con la persona adecuada. Sacó a relucir su currículum como colaborador de varios medios dedicados a la literatura, el pensamiento y la música, sus estudios de Humanidades, su dominio del inglés (gracias al cual podría incluso en un hipotético futuro traducir obras anglosajonas), su labor como poeta y su capacidad para ser editor porque, como lector, en este país, no había nadie tan fino como él. Lo había leído todo. Conocía a libreros, periodistas, poetas, editores. Ejercía de profesor de Literatura, y era el crítico más audaz de *Quimera*, además del joven más apasionado por las letras que pudiera conocer. Es más, viniéndose arriba, al final de la conversación añadió con tono humilde: «Porque usted ya sabe que nosotros no comemos de la literatura, pero vivimos de ella».

Al parecer, el hombre quedó prendado de su vocación y, por supuesto, de su motivación. Acordaron que publicarían tres títulos al año, algo familiar, prudente, pero riguroso. La primera decisión que tomó Xavi al saberse dueño del trabajo por el que cobraría un porcentaje de cada libro publicado fue la de inaugurar la colección con su novela. Para ello necesitaba reunir otras dos obras. Preso como estaba de una actividad desaforada, se presentó en la revista *Quimera* y pidió al redactor jefe asistir al consejo de redacción del lunes siguiente. Le abrieron las puertas y, rodeado de jóvenes intelectuales, bajo una luz mortecina rozada por densas nubes de humo, expuso la situación: la colección se llamaría Karakter, y publicaría novelas con una mirada contemporánea. Que aparecieran mucho wasap, *sexting*, redes sociales, clics, blogs, *slang*, o sea, mucho *speed*, para entendernos, nada de frases subordinadas de esas que no hay dios quien las acabe ni las entienda, algo directo, porque en los tiempos de hoy se tiene que escribir como se

habla. Algo rompedor, experimental, sin trampas, estéticamente radical, lingüísticamente atrevido. Salió de allí con la convicción de que no le habían aplaudido de milagro. A la semana, le llamaron. Tenía material que llevarse a casa para leer. Cuando llegaron Sandra y Ximena lo encontraron estirado en el sofá pensando en lo guay que sería fumar en pipa en un despacho propio rodeado de manuscritos. Sobre la mesa del salón reposaban cinco novelas encuadernadas en espiral de otros cinco críticos de la revista. Tras unas lecturas en diagonal se decantó por las más cortas y ágiles. Casualmente eran aquellas en las que aparecían más mensajes de texto y frases en inglés y las que tenían títulos más raros: *I Phone, You Are, He Is* fue una, del autor Stephen Cowboy (pseudónimo de Esteban Vaquero), y la segunda +Medias +Mainstream, de Laura Gómez, quien le escribió antes incluso de que tuviera los textos en su poder para notificarle que dudaba si firmar solo como L. Un poco fumado, llamó a los dos y les dio la enhorabuena: el año que viene saldrían sus novelas, tendrían presentación en Fnac y les adelantaba 1.000 euros a cada uno, menos el 15 por ciento de IRPF. En breve los llamaría para ajustar con las correcciones de estilo, portada y demás menudencias del contrato. Ahora, de momento, paciencia, y a por la siguiente. Las tres novelas saldrían escalonadamente a partir del año próximo. Mientras tanto, él iría planificando nuevas temporadas.

Sandra no lo esperaba en absoluto, de ahí que se llevara un chasco cuando una mañana en que, contra lo que era habitual, Ximena se había despertado antes, esta le preguntó:

—¿Tú has leído la novela de Xavi?

—No, se la he pedido pero no me deja, dice que la tengo que leer cuando esté publicada, ¿por?

—Ya, es que dice mi padre que Claudio le ha comentado que su novela es la peor, que no sabe cómo decirle que es impublicable, que es el dietario cursi de un joven enamorado, azúcar blanco. Un diario con mails en prosa poética y con citas de otros autores... y que el último capítulo se llama «El único amor es el amor genital» o algo así...

—No me digas eso, pobre...

—Sí, yo también me he quedado a cuadros, se ve que al hablar de él ha dicho que se le ve venir a la legua, que es un trepa profesional y que se cree que aquí el más tonto hace relojes...

—No puede ser, ¿seguro?

—Y que, claro, además la ha titulado *E.*, y tú me dijiste que una novia suya de Londres de llamaba Eva, ¿no?

Más que con malicia, Ximena hablaba con tristeza.

—Supongo que ahora se irá del piso, le voy a decir que espabile con eso, que ya está bien...

—Bueno, como quieras —opinó la Equis con languidez, como si se hubiera desligado de las prisas de antes y los tres meses que habían pasado ya no pesaran tanto.

—A veces pienso que estaría bien irnos —hablaba Sandra—. Canadá está lejos, pero Copenhague no está mal. El otro día me comentó Eduard que salían unas plazas en la Universidad Autónoma, donde él es profe de alemán, y que me presentara para inglés. Pero ya le he dicho que nos queremos ir.

—Ah, ahora sí quieres.

—Sí.

Sandra verbalizó algo que llevaba días distorsionando sus pensamientos: que ella en realidad no estaba tan atada como creía, que ella no era alguien de expresar el amor familiar. Apenas tenía relación con su padre, y aún menos con su hermano. Eran tan diferentes que cuando se hablaban parecían vecinos. Con su madre sí, un poco más, ¿pero cuánto hacía que no iba a verla si no era por interés propio? Y ese comportamiento ¿habría evolucionado de otra manera si no hubiera aparecido Ximena en su vida?

—Pues dile a Eduard que sí que te presentas.

—Ya no te quieres ir.

—No es tan fácil... Creo que debo esperar a que se jubile mi padre, que le queda un año, está convencido de que me quedaré en su puesto.

Sandra rescató la imagen de los señores Palop, cómo acusarían otra decepción, otra fuga de su hija menor, las explicaciones que deberían darse, y el peso que cargaría la señora de camino al curso de cerámica en el que la habían matriculado

para superar su desgana emocional, quién sabe si causada por el palo de su hija dos años atrás. Además, le habían tenido que quitar la Visa para evitar compras compulsivas como la de unos meses atrás, 30.000 euros en ropa sin estrenar que almacenaba en un armario y con la etiqueta de turno aún puesta. Así que, tras hacerse la remolona y revolverse en la cama, Sandra cambió de tercio y, aprovechando la inercia de la intimidad y que la luz primeriza esclarecía las dudas a través de la ventana, dijo:

—Ya sabes que yo siempre quiero... quiero irme y quiero quedarme...

Internó la mano bajo la sábana hasta posarla en la panchetina de Ximena, ese estuario de dúctil serenidad que justificaba por sí mismo estar a su lado, allí donde nacía el deseo, rampa natural hacía la frontera de la ropa interior. Con el camino aprendido, Sandra deslizó el tacto hasta posarse con tiento, desafiando el algodón, en la prominencia que tan bien conocía, sobre la que, pese a notar breves pinchazos en las yemas, se notaba la cuidada poda. A su mente vinieron las veces en que se quejaba por los granos que aparecían después. Tragó saliva. El corazón se aceleraba. Bajó hasta detectar el bulto menudo, el interruptor que, si se palpaba suavemente, encendía la mecha. Había que ser muy delicada, con la Equis no servían la fuerza ni la prisa. Al contrario, bastaba con apoyar el peso de la mano sobre el punto exacto, un breve roce, nada, una leve presión, para alumbrar un suspiro y encorvar su espalda. Cuando Sandra intuía el regalo de humedad que hallaría si levantaba la tela, cuando con el pensamiento palpaba la incipiente mácula de grasa caliente que manaba entre los labios, se desbarató el juego...

—No quiero, no me apetece, ya sabes que no me gusta llegar tarde al trabajo.

En cuestión de segundos Sandra se vio sola, suspirando, pero por frustración. En cuanto oyó el portazo de Ximena fue a despertar a Xavi. Dormía como Dios lo trajo al mundo. Olía a humanidad y aquello le trajo reminiscencias de la leonera de Londres. Al pie de la cama, como una seña de identidad, los dos calcetines junto a un manuscrito y un lápiz.

Le llevó una taza de café y se sentó al borde del colchón para verlo incorporarse. No podía quitarse de la cabeza las palabras que le había dicho Ximena acerca de la novela, pero le preguntó otra cosa:

—¿Cuándo te vas?

—Joder, tía, ¿para eso me despiertas?

—Es que ya son las nueve.

—Pero si no entras a trabajar hasta la tarde, ¿para qué te despiertas tan temprano?

—Me gusta madrugar.

—Pues a mí no... Yo no tengo horarios, ya lo sabes.

—Y qué hay de lo tuyo...

—Estoy mirando, he visto una habitación que me mola bastante pero no está libre hasta el mes que viene.

El plan de Xavi, o su fantasía, era que algún día no muy lejano lo que acababa de decir cayera en saco roto y Sandra se olvidara de ello, claro está. Le salía muy a cuenta seguir allí de gorra. Pero allí estaba su amiga, vigilante, diciéndole sin palabras que su plan se iba al traste en menos de nada.

—Es un piso en Diagonal con Castillejos, la habitación tiene un balcón con vistas a la Sagrada Familia.

Eso mismo repitió por la noche, cuando además Xavi sacó a relucir su discurso antisistema, con el que, para sorpresa de Sandra, la Equis comulgó enseguida. Xavi dijo que, para empezar, había intentado mirar en casas de colegas que vivían de okupas porque no estaba de acuerdo con los abusivos precios que había en la ciudad, pero que desafortunadamente no había sitio, y que como ahora todo era Airbnb para guiris, los propietarios se estaban subiendo a la parra que no veas. No había derecho. Suerte que Colau estaba por la labor de frenar los abusos, pero que esas intenciones eran en realidad simples habladurías para ganar votos, porque con el voto de los pobres creaba barrios para ricos, permisiva con la voracidad de los fondos buitre, y que a la hora de la verdad lo que él había visto eran auténticas locuras y aquello no había dios que lo parara. Habitaciones sin ventana a 400 euros, sextos pisos sin ascensor a 350, cosas minúsculas a 300, incluso

sofás en salones a 250 y una habitación a 300 euros pero sin derecho a cocina. Además pedían fianzas de hasta cuatro meses, y los gastos de luz y agua siempre aparte. Xavi estaba a favor de no pagar (era una evidencia) y en contra de los desahucios, y anunció que el sábado de la semana siguiente iría a una mani que habían convocado en Urquinaona en contra de la especulación inmobiliaria, que se apuntaran con él. La Equis estuvo muy de acuerdo y la encandiló la idea. Cualquiera diría que le habían propuesto un viaje a París.

Por aquellas fechas empezaron las entrevistas de Sandra para la plaza en la uni y se la veía más tensa de lo habitual. Iba a la Filmoteca a trabajar y luego en casa repasaba. La Equis le ayudaba a veces, y ante ella respondía en inglés a posibles preguntas. Y a pesar de que a menudo le entraba la risa, normalmente validaba sus dotes declamatorias.

La convivencia de los tres se había concertado. Xavi, muy vivaracho, parecía otro. La confirmación de que se publicaría la novela le reconciliaba con la energía que gastaba de joven y volvía a ser aquel que con sus camisetas beligerantes, su vehemencia literaria, su discurso jacobino, su tendencia a descubrir grupos de música, su puesta en escena despreocupada y su pose combativa, tan llena de delirios, ya fuera o por pena o por connivencia, acababa engatusando.

Sin embargo, a pesar de no tener motivos, Sandra se notaba alterada: conservaba a su amigo de toda la vida, preparaba entrevistas cruciales de trabajo, el recuerdo de Isa dolía cada vez menos y había dejado de sentir la llamada de la farra. ¿Era esto el peaje de la costumbre?, ¿en esto se convertía el amor por el que suspiraban los personajes de las novelas? A veces admitía que miraba a Xavi con los ojos de Julio, a quien en su memoria reservaba un espacio prominente como el miembro fundacional de una sociedad de primeros auxilios o como ese referente confesional en el que se sigue creyendo a pies juntillas a pesar de la distancia, porque Sandra sabía que un día —cuando Mayte se evaporase— volvería. La amistad necesita una continua reforma, pensaba, es como una religión, depende de los intereses espirituales de cada

momento. Como le dijo una vez, no hay amigos, solo hay momentos de amistad, y ese modo de ver las cosas atemperaba la ausencia, porque estaba segura de que tarde o temprano su escindida lealtad encontraría el espacio para resarcirse.

Siempre que pisaba la calle Fontanella, Sandra revivía el día en que fueron a entregar la documentación para ir al campo de trabajo. Bien pensado, aquí se había inaugurado su hermandad, ¿cómo no estar obnubilada por aquel recuerdo? Incluso recordaba el nombre de la chica que los atendió, pues llevaba una tarjeta colgada en el bolsillo de la camisa. Entonces, junto con los papeles rellenados y firmados por los padres, debían añadir unas fotos de carnet, y cuando le tocó el turno a Xavi tendió las suyas diciendo:

—Trátalas bien, ¿eh, Gemma?, que un día seré famoso y esta foto valdrá mucha pasta. —Arrancando la risa a los presentes y sonrojando a la trabajadora, que recortó y grapó el rostro de Xavi sin dejar de negar y sonreír.

La manifestación empezaba justo en esa calle, y pasaron de nuevo por la puerta de los Servicios Cívicos. Sandra, tan dada a conservar recuerdos como tesoros, estuvo a punto de pronunciarse, pero ya Xavi estaba gritando no sé qué en contra de un helicóptero de la Policía que sobrevolaba la zona. La Equis se había vestido con unos pantalones de chándal anchos que costaba diferenciar de un pijama, un bolso hippie en bandolera y unas abarcas que al salir de casa merecieron la censura de Xavi:

—Pero, tía, ¿a quién se lo ocurre ir a una mani con esto? ¿Y si tenemos que correr?

—Bueno, pues corro, y además seguro que te gano.

La aglomeración los detuvo en la esquina con Vía Layetana, donde cada vez concurría más gente, la mayoría con camisetas verdes de la plataforma antidesahucios. El bullicio se agolpaba ocupando la calzada y las aceras. Había ruidos de tambores, bocinas y proclamas. Constantemente irrumpía alguno repartiendo octavillas. De aquí y de allá llegaban emanaciones de marihuana o de hachís. Todo iba a cámara lenta, y cada tanto se reanimaba el desfile. Compañeros se gritaban de esquina a esquina para encontrarse. La calle acogía los pasos de algunos turistas que

posaban ante los móviles como ante un retratista callejero. Los de la plataforma lanzaban insultos, confeti y amenazas. En la esquina la cosa se fue animando. Como una fanfarria militar brotaba la rabia contestataria y algunos hablaban de levantar adoquines. Por aquí guardaba la ciudad sus mejores protestas, el cielo más azul, palomas diezmadas y los tentáculos de la osadía de todas las edades. Un estruendoso petardo trastocó la inercia del cotarro. Ya bajaba la turba con ganas de gresca por Layetana, retando a las vallas y a las lecheras, cargando improperios, huevos y hasta alguna que otra piedra. Ahora cabían todas las banderas y se revelaban prisas por destacar en la avanzadilla. Ya no eran suficientes los cánticos, ni los pitidos ni las palmas. Los globos verdes volaban hacia el edén dejando las manos libres a sus dueños, y empujados por el viento se perdían de vista sin dejar rastro tras las alturas de los terrados. Mientras tanto, el sol se hundía en dirección contraria, en ese mar inapreciable donde acaban sepultadas las promesas del día. Alguien se apropió de un altavoz y leyó una especie de manifiesto cuyas palabras no llegaron a entenderse en su conjunto pero que, tomadas al vuelo, venían a jurar no rendirse jamás ante la humillación de las élites inmobiliarias. Plantar cara ante el despotismo de las altas esferas económicas no podía ser un pasatiempo sino una obligación. Rasgó el aire una bengala, cuyo vuelo dejó suspendida una cenefa de humo rojo. Reventó una papelera. Sonó el estallido de otro petardo, ¡bum!, seguido de otro, ¡bum!, y los consecuentes alaridos, la excitación ante el riesgo, la marabunta que brinca sobre los restos de la pólvora. Por más que hubiera saltos y aspavientos y tantas emociones, la manifestación no era un parque de atracciones. Sandra empezó a preocuparse al ver a Xavi exhortando a un tío con casco a que se atreviese con un adoquín. El asunto se empezaba a calentar y ya no tenía tanta gracia, pero a la Equis la fascinaba pisar esta cuerda floja de adrenalina y rabia. Gritos contra los desahucios se mezclaban con las demandas de libertad, de acabar con los abusos del poder, de liberalización de la maría, de independencia, de demolición de bancos, de la muerte del capital y del necesario desenmascaramiento de las cloacas del

Estado, demostrando que allí cada cual acudía con su reivindicación y su propuesta de mejora. De los que habían venido a pasar el rato, o de visita, o en familia, ya no quedaba ninguno, los que resistían lo hacían por convencimiento o por gusto.

De vez en cuando Sandra tomaba de la mano a la Equis y sentía que la otra la estrujaba, como si ese gesto contuviese un intenso mensaje de liberación o de impaciencia. Un bote de humo reventó a tres metros y obligó al grupo a esparcirse y por un momento cada cual se fue por su lado. Celebraron encontrarse de nuevo unos pasos más allá, junto al bordillo, pero en ese momento la estridente sirena de una furgona anunció su aparición por la derecha ocupando la mitad de la acera y obligó a todo quisqui a dispersarse. En cuestión de segundos se abrieron las puertas correderas y de ella descendió una patrulla antidisturbios armada con cascos, escudos y porras que, sin contemplaciones, empezó a repartir estopa a diestro y siniestro provocando resbalones, gritos, insultos, caídas y descalabros. Sandra tuvo tiempo de ver a una joven con la frente chorreando sangre y temió por Ximena. ¿Dónde estaba?, por favor, que no fuera a ser que ahora, por el capricho de Xavi, le pasara algo a su novia. Nunca había estado a favor de venir. Lo había hecho con la boca pequeña, por complacer a la Equis, presa de esa ingenua necesidad de aventura, y al loco de Xavi, que no sabía medir el impulso de sus ganas de pelea, y en ese tipo de situaciones adquiría una pose de chuleta que daba vergüenza ajena. En la carrera por evitar la porra, Sandra tropezó con el palo de una bandera y por poco no se estampa contra un árbol. Refugiada en un portal de Joaquim Pou, con el corazón y la respiración en tromba, temió volver a Layetana, pero no le quedaba otra si quería recuperar a Ximena. En la vía principal cada cual escapaba como podía y esquivaba los golpes zigzagueando y haciendo malabares con su cuerpo. Las primeras balas de goma causaban heridos; así, se sucedían ojos a la virulé, brazos amoratados, rodillas raspadas por los batacazos. Los disparos al aire detonaban tan cerca que resonaban en los tímpanos y en las sienes. El olor del plástico quemado reclamó su atención y giró la vista para ver cómo empezaba a arder un contenedor. Se había

descontrolado el percal, pero también el amor de Sandra, asustada, incapaz de andar sin la mano de Ximena, ahora más que nunca una necesidad, ¿qué estaba haciendo allí? A su edad, con el chalado de Xavi, que no veía más allá de su ombligo. En mitad del barullo, Sandra se sintió más perdida y más sola que nunca, dónde estaba la Equis, qué iba a hacer sin ella. A su alrededor todo eran gritos. Le costaba respirar. No le entraba el aire suficiente. Un pisotón le dañó el empeine. Quiso a la Equis más que nunca, la necesitaba. Entendió que sin ella no iba a estar perdida de manera únicamente circunstancial. Tanto se atrevía a reconocerlo que gritó su nombre a los cuatro vientos ¡Ximena, mi amor, dónde estás, contesta! ¡¡Ximena!! Un empellón en las costillas la obligó a callar para tomar aire por la boca. No lo pensó dos veces, porque si lo hacía no daría un paso. Echó a correr por la mitad de la calzada entre dos encapuchados con los puños en alto. Algo, no sabría decir si una porra o una bala de goma, le rozó el brazo, pero logró escabullirse y salir en estampida de aquel sálvese quien pueda, y siguió corriendo, sorteando por los márgenes el cordón policial, llegando a ver con el rabillo del ojo rebañaduras de abucheos y ferocidad, y más adelante cuatro o cinco grupos disgregados que huían y a quienes imitó hasta hallar cierto alivio en la calle Francesc Cambó, donde su respiración se fue ajustando con la calma que por allí reinaba. Por fin un espacio vacío de tráfico y de bulla. Ahí la ausencia aumentó sus límites y tenía un nombre, Ximena. Encontrarla se convirtió en obligación. Aún llegaban de arriba bufidos de humo y zumbidos de sirenas de patrullas y alarmas de bomberos que prometían atravesar la noche que empezaba a pesar en la opacidad del cielo. Entre la catedral y el mercado de Santa Catalina se abría un interrogante, y cuando estaba a punto de obedecer a su instinto e internarse por las callejuelas colindantes al mercado, donde a buen seguro habría manifestantes escondidos, heridos o renqueantes, a resguardo del viento y de la inercia inconformista, como dos creyentes salidos de una misa evangélica, con la mirada aún alucinada, los vio caminar hacia ella:

—¡Eehh! —gritó la Equis como si no hubiera pasado nada—.

¿Dónde estabas? Qué pasada, vaya carreras...

En cuestión de segundos todo el sufrimiento de Sandra se transformó en perplejidad. La mano que levantaba la Equis sujetaba una sandalia, por lo que caminaba con un pie descalzo.

—¿Lo ves? —le dijo al estar delante—. Tenía razón Xavi, se ha roto, me ha pisado un perroflauta y mira... Suerte que aún se aguanta un poco... —Así, le enseñó la abarca, como si viniera de PortAventura, antes de calzársela de nuevo.

—¿No has tenido miedo? —preguntó Sandra con evidente malestar en el tono—. Yo estaba muerta de miedo por ti...

Entonces habló Xavi:

—Que sí, que estaba acojonada... —dijo mientras apoyaba su mano en el hombro de la Equis—. Suerte que la he sacado...

—Tú calla —repuso la otra empujándole con suavidad, como quien se escabulle de unas cosquillas.

Sandra entendió que había vivido otra manifestación. Aunque la Equis, nunca sabrá si por compasión hacia ella o por admiración al otro, volvió a pisar con los pies en la tierra:

—No, en serio, qué miedo... No me he caído por muy poco... Esto hay que celebrarlo. Estoy viva y es un milagro.

De pronto un fragor lejano cortó la conversación y los hizo volverse. Otra lechera bajaba a toda prisa por Layetana, y bastó su sonora presencia para disuadirlos de quedarse por ahí. Aceleraron el paso avenida abajo y no dejaron de correr hasta Jaime I. Entonces Sandra, con la mano en el pecho, se quejó ante Xavi:

—Contigo no ganamos para sustos.

—¿Qué? —respondió el otro, sorprendido de que le atacara.

La última vez que Xavi había visto a su amiga sofocada por la astenia fue en Londres, después del simpa, y quizás fue eso, el brillo de ese recuerdo, lo que le indujo a acercarse a ella y ofrecerle la mano:

—Vamos, venga, que no ha pasado nada.

—Ya lo tengo —dijo la Equis sintiéndose muy a salvo al inicio de la calle Ferran, donde la manifestación no contaba para ningún paseante. Cuando se percató de que Xavi y Sandra esperaban que acabara la frase, alzó al aire las dos manos, con las que trazó

sendas pistolas y los sacó de dudas—: Hoy fiesta. Vamos al Margarita Blue. Invito yo. Margaritas a tutiplén.

La euforia de su actitud contrastaba con la pasividad de Sandra, cuya mente se empeñaba en pasar a limpio cada uno de sus gestos como si pretendiera hallar en ellos los motivos que la inducían a actuar de este modo tan social y amable. La barra estaba petada, por lo que tuvieron que hacerse un hueco en uno de los laterales, un rincón que acabó resultando ideal. Con los primeros sorbos del cóctel, la Equis rescató escenas de las persecuciones policiales, y habló de la adrenalina de las carreras, de ese riesgo del que por momentos se sintió embajadora espiritual, de la belleza de la rebeldía en las pupilas vibrantes de los desarrapados y del enorme favor que le había hecho Xavi al evitar que ahora mismo estuviera en un hospital con la cabeza partida, porque aquel porrazo que había rasgado el aire no la había cazado por un dedo. Y entonces propuso brindar por Xavi, que la había agarrado del brazo en última instancia porque había visto venir al madero con su ojo avizor y su experiencia en estos saraos. Y Xavi, a modo de agradecimiento y complicidad, le pasó el brazo por encima hasta posar la mano en el otro hombro, mientras ella se recostaba contra su torso, para acabar escenificando lo que pareció la mitad de un abrazo. Sandra asintió y chocó su copa y dio un trago larguísimo con el que buscaba ausentarse, y solo al sentir el picor en la garganta y el calor instantáneo y conocido en la tráquea añadió que qué fuerte, que no sabía eso del porrazo y que qué bien todo. Con el segundo cóctel aumentó la soltura de Xavi, que siguió rememorando anécdotas de la mani con su habitual desparpajo, criticando por igual a la pasma (asesinos a sueldo) y a los manifestantes (cobardes que no se atreven a nada), ridiculizando a esos que van con banderitas de *la paz* (son los peores, los que dicen «querer es poder» y tonterías de esas), cuando lo que realmente deberían hacer es luchar de veras y darles a los otros de su misma medicina, porque el poder solo atiende a la violencia y que, qué coño, todas las revoluciones de la historia se han hecho con armas y no con palabras bonitas. Ya estaba bien de tanto moña, estaba harto, los precios son impagables, la gente duerme en la calle, pero

luego nadie hace nada. En cuanto terminó el cóctel fue a por otros tres sin preguntar siquiera si ellas habían terminado, y al regresar pidió permiso a la Equis para ordenar algo de comer, dando por sentado que hoy había barra libre, y ella, sonriente y exultante, le dijo que claro, que adelante, que invitaba la casa y que ya había dicho que hoy no había límite. Así fueron llegando nachos, guacamole, tacos y chilaquiles, y después chupitos de tequila reposado y después más margaritas... y venga a brindar, y Sandra venga a pensar en las horas de estudio perdidas de mañana, y otra ronda y otro piti y otro chiste y otra batallita de Londres, y así hasta que a las tres menos cuarto de la mañana una Equis tambaleante pagó la cuenta como buenamente pudo, sostenida por su novia, que le cantó al oído el código de la tarjeta después del primer error mientras Xavi sacaba más tabaco de la máquina y balbuceaba al vacío que para pillar un taxi a esas horas lo mejor era en la Ramblas.

5

Diez días después, a mediados de junio, Sandra habló con la dirección de la empresa para librar un par de días en la Filmo y cuadró horarios con Eduard y Montse, a los que prometió devolver las horas al mes siguiente. La idea era encerrarse en una biblioteca a repasar la entrevista de trabajo. Aquella semana había empezado la jornada intensiva en la notaría y Ximena había escogido ir de tarde, para poder así dormir hasta la una si hiciera falta. Aquello trastocó a Sandra, que estando a tan poco tiempo de la entrevista no consideró adecuada esa ruptura de la rutina. Se jugaba mucho. Estaba a las puertas de una plaza fija como profesora, de decir adiós a la intermitencia y a los horarios volubles de la Filmo. Ahora era la Equis la que se quedaba hasta tarde viendo películas o charlando en la terraza con Xavi, que seguía con su vida sin horarios, buscando un piso que se ajustara a su presupuesto económico y moral. Si no estaba Xavi, la Equis se acostaba con Sandra, pero ahora le había dado por las series y se podía tirar hasta las tres o las cuatro viendo un capítulo tras otro en el iPad. Vale que se ponía los cascos, pero era la luz lo que impedía dormir a Sandra, que cerraba los ojos y daba media vuelta, pero que continuamente tenía que enfrentarse a golpes de luz reflejados en la pared mientras la otra seguía la trama ajena a su desvelo. Conforme contaba las horas crecía en su interior la irritación por no dormir y, así, se despertaba (si es que al final había podido pegar ojo un par de horas) agotada, con dolor de cabeza y los músculos agarrotados de tanta rabia contenida. Un infierno. Sandra se ponía en pie en silencio para arrastrarse durante el día mientras la otra dormía profundamente, a pierna suelta, un auricular en la oreja y el otro en el cuello. Daban ganas de abrir las ventanas, encender las luces y poner música a todo trapo, o peor aún, de

hundirle una almohada en la cara, pero con su voluntad dañada lo más que hacía era darse una ducha.

Eduard, que conocía a miembros del tribunal, sugirió por dónde podrían ir las preguntas, pero en cualquier caso prefería no decir nada sobre su amistad, porque esas cosas a la postre son muy delicadas y a lo mejor por querer hacer un favor acabas metiendo la pata. Sandra se enfrentaba a las posibles preguntas sin dejar ninguna en saco roto. Que si por qué quieres este trabajo, que si detállanos tu experiencia, que si por qué crees que este puesto es para ti, que si qué harías con un alumno desmotivado, que qué herramientas usarías en tus clases, que dime un defecto y una virtud... Y todo en inglés, claro, y tratando de pronunciar como le indicaba la Equis. No *dark* sino *doork*, no *compiuter* sino *compiuta*, no *oranch* sino *oreinch*, no *river* sino *riva*... Por eso le vino de perlas la biblioteca de Lesseps, que le quedaba a veinte minutos a pie y donde durante las mañanas no había nadie y podía hablar en voz alta sin molestar.

Una tarde, cansada de tanta declamación y tanto bostezo, se fue a casa antes de tiempo. Caminar por Mitre a las cuatro, con el sol en la espalda y la línea sonora del tráfico taladrando el oído, resultaba un ejercicio tortuoso. Necesitaba estirarse, una pequeña siesta. Cuando abrió la puerta se fue directamente a la cocina, a por agua, y allí encontró a Xavi de pie comiendo un plato de pasta:

—Hola, tú siempre sin horarios ¿eh? —dijo Sandra, no del todo contenta por el encuentro—. ¿No te podías esperar a la cena...?

—Estaba muerto de hambre, y yo ya sabes que cuando tengo hambre como. Yo nunca miro el reloj... —Eran casi las cinco.

—¿Y el piso? —Esa era la pregunta recurrente en los últimos tiempos. Es probable que fuera la frase que más veces había repetido Sandra los últimos meses.

—Joder, tronca, estoy en ello. Hoy voy a ver uno, ahora es buen momento, se van los estudiantes y quedan mogollón de habitaciones libres, pero, claro, hay que estar muy al loro con lo que piden, porque los propietarios van a degüello y con esta gentuza so...

—Me voy a echar una siesta —cortó Sandra al terminar su vaso.

—Buenas noches —dijo el otro con la boca llena.

Esperar a la Equis era un suplicio. A Sandra, su nuevo horario de verano, de 15 a 22, se le hacía insoportable. Aun así, en la víspera de su entrevista, decidió esforzarse y estar lo más activa posible. Preparó la cena y aguantó sin probar bocado y sin separarse de sus apuntes. Ahora la Equis llegaba y no tenía prisa por nada. Se abría una cerveza y se estiraba en una hamaca de la terraza. Empezaba su liberación, decía. Lo de menos era la comida. Se acercaba la noche de San Juan y los días eran tan largos que pasadas las diez todavía le quedaban al cielo matices de claridad con los que Xavi y Ximena estaban muy de acuerdo. Sandra estaría de acuerdo una vez que acabase la entrevista, más allá de la cual vislumbraba tiempo libre, mejor humor y vuelta a las costumbres. Una ráfaga de viento hizo volar restos de ceniza. Xavi exprimió un chorrito de limón y añadió un montón de pimienta en las patatas chips.

—A los que curráis os están alquilando la vida —decía él.

—Qué razón tienes —acentuaba la otra.

Sandra empezó a comer la ensalada mientras los otros terminaban sus cigarros. Advirtió que habría que comerla cuanto antes porque las hojas de lechuga estaban en su punto, casi crujientes, y luego con la salsa césar se reblandecían y no era lo mismo. La animaron para la prueba de mañana y la Equis se ofreció a hacer de *coach* una última vez. Xavi también se apuntó a los consejos como si fuera especialista y, por supuesto, volvió a repetir que en Londres había superado muchas entrevistas con los psicólogos del *housing* gracias a la sangre fría, eso era lo primordial, mantener la calma, no precipitarse, porque no te pueden preguntar nada que no sepas. Ximena secundó la opinión con un «Es verdad, y no pasa nada por decir que te repitan la pregunta, aunque la hayas entendido, así ganas tiempo». Según cómo, pensaba Sandra, era un alivio que su amigo se llevara bien con su novia, después de todos los bretes y los malos rollos del principio. También era un alivio que llegara el verano para que

Xavi encontrara de una vez un piso y se fuera con sus amigos a Asturias y Ximena y ella se decidieran a viajar a algún país nórdico o a la casa de Alp. Hubiera sido interesante haber visto a Xavi en una entrevista, sacando a relucir su vertiente erudita, hablando como si desplegara un mapa y trazara el camino correcto. El viento desperdigó las servilletas y Sandra se agachó a por unas cuantas. Tras la cena, en un arranque de cordialidad, la Equis le dijo a Xavi que hoy le tocaba recoger a él porque ella se iba a ayudar a Sandra, y esta, aunque cansada, lo agradeció y, una vez en la habitación, dijo que le iba a demostrar cómo podía hablar sin mirar los papeles, esos esquemas que tan de memoria sabía. La Equis se quedó en ropa interior. El verano le dejaba el cuerpo pegajoso y era raro que no anunciara que se iba a duchar, porque en días así lo hacía dos y hasta tres veces. Las bragas blancas, finas y sin costuras, le sentaban de maravilla y despertaban el apetito de Sandra. Hoy no era día, estaba claro, pero deseó que pasara mañana con la ilusión de sumergirse lo antes posible entre esos muslos y aspirar el sudor de esas ingles por las que, cuando había suerte, solía deslizar la lengua como por los restos de una salsa en un plato, consiguiendo así el premio de excitarla y el consiguiente ruego de que hiciera ya, ya, por favor, lo mismo por ahí, desde el perineo hasta el pubis, una línea de saliva y dos suspiros. Oh, igual que el asesino tiene en su casa las manos limpias, ella mantenía intacta la apetencia por los cuerpos ajenos y de entre todos por uno, del que, sabía con certeza, no se cansaría jamás. Cuando Sandra la ayudó a desenterrar esa parte de braguita que se le hundía en el culo la otra advirtió:

—No empieces, nada de tonterías, que mañana es el día... —Se dejó caer en la cama, colocó varios cojines tras la cabeza—. *C'mon, tell me, why are you interested in this job?*

Como la Equis jamás decía un cariño de más, Sandra se había habituado a ser parca en arrumacos, pero aun así, de vez cuando, en la intimidad de la cama, antes de dormirse, le recordaba la firmeza de su amor. Se sentía cursi y tonta, pero no lo sabía evitar. Y siempre lo hacía albergando una esperanza cuya negativa tenía asumida, porque para la Equis las palabras eran lo de menos y lo

de más los actos. Tras demostrarle dos veces que se había aprendido las respuestas, Ximena le confesó que temía que fuera a la entrevista demasiado obcecada con su croquis mental y que luego allí los miembros del tribunal vinieran con otro tipo de preguntas. Ximena no era partidaria de ir con réplicas aprendidas de memoria. Sandra se defendió aludiendo a que no tenía el mismo nivel de inglés ni la misma capacidad que ella para salir airosa de cualquier situación. Pero Ximena insistió en que sí que podía, y que, bueno, que ahora lo importante era descansar, que no se olvidara de tomar valerianas. Ximena, en verano, era capaz de dormir destapada, algo impensable para Sandra, que necesitaba sentir una sábana por encima para conciliar el sueño. Antes de apagar la lamparita, Ximena se levantó para abrir de par en par la ventana y bajar la persiana. Se quitó el sujetador y lo dejó caer al suelo. Regresó a su lado. En la calidez que brindaba la penumbra, Sandra le palpó el pecho desde la raya mojada de abajo y acercó la boca a la altura del oído:

—Tú sabes que yo te quiero mucho, ¿verdad?

Ximena, que se dejaba tocar, guardó silencio y respiró hondo. Una pierna de Sandra rodeó su cuerpo y le llegó al ombligo. «Mi panchetina», pensaron las dos sin verbalizar nada. Ximena tensó su cuerpo para pasar un brazo por encima de Sandra y atraerla para sí. Cuando sintió su cabeza encajada entre el hombro y el pecho le besó el pelo y respondió:

—Te va a ir muy bien, ya verás; buenas noches...

Presa de la impaciencia, Sandra se despertó antes de que sonara el despertador. Como solía hacer en los días señalados, ya había dejado en el baño la ropa que se pondría (la ropa interior, una camisa Sessùn, los Levi's finos de verano y las sandalias Paraboot), por lo que pasó por la ducha y se vistió en veinte minutos. No fue hasta que llegó a la cocina cuando reparó en lo gris que estaba el cielo. Descorrió la puerta de cristal de la terraza y constató que había llovido durante la noche. Recordó el viento del día anterior y comprobó lo mal que Xavi había limpiado la mesa. Todo lo hacía a

medias, sin usar la escoba ni la bayeta. Para él limpiar era sacar lo que hubiera en la mesa. Se hizo café y desayunó sentada ante los papeles. Así la encontró Xavi, hablando sola en inglés.

—¿Qué haces tan temprano?

—Últimamente no duermo bien. Estoy un poco nervioso con lo del piso y tal... —La suficiente confianza le permitía pasearse en calzoncillos, unos shorts azules con rayas blancas que Sandra tenía más que vistos por haberlos tendido varias veces—. Y bueno, quería desearte suerte, como te den la plaza voy a estar muy orgulloso de ti. ¿Hago más café?

—Gracias... Sí, por mí sí.

No supo qué más decir. Tanta amabilidad repentina le impidió extenderse en su agradecimiento. Mantuvo la cabeza inclinada sobre los apuntes. Sintió en la espalda el frío de la nevera abierta y supo que Xavi, antes de agarrar el pan bimbo, que es lo que quería, echaría un vistazo general, prolongado, mientras se acariciaba el mentón y se rascaba la barba en uno de sus gestos más clásicos. Era una lástima que se conocieran tanto, pensó fugazmente Sandra, y que se quisieran de aquella manera, porque si aquello lo hiciera otra persona a buen seguro no le molestaría tanto. Una y otra vez miraba el móvil. Contestó un wasap a Eduard y otro a su madre. Le deseaban suerte, algo que iba a necesitar. Ay, aquello era como los exámenes finales. Por eso dibujó una breve sonrisa al evocar la camiseta que se ponía los primeros días de curso dejándose llevar por su inclinación supersticiosa. Jim Morrison. *An American Prayer*. Aunque había tratado de evitarlo, en las horas muertas del último mes se había visto muchas veces dando clases en la Autónoma con una plaza fija a partir de septiembre. Algo que, sin duda, la reconciliaría con el mundo. ¿Cómo controlar el deseo? ¿Cómo no proyectarse con el aprobado? Ella en el aula, ¡otra vez ejerciendo su verdadera vocación!, entre los alumnos y la pizarra, de aquí para allá hablando de cine y arte y heridas y novelas con la excusa del idioma. Sí, yo conocí a Ken Loach en Glasgow, sí, en la Princess Street de Edimburgo se rodó la primera escena de *Trainspotting*, sí, tenéis que visitar la casa de Dickens en Londres, sí, el soneto 116 de Shakespeare fue una

licencia de Ang Lee en *Sense and Sensibility* porque no es ese poema el que aparece en la novela de Austen. La presencia dilatada de Xavi la desconcertó y prefirió conectar la BBC antes de que él se adelantara con su móvil con alguno de esos grupos modernos que ella ya no controlaba. Que no pudiese terminar las tostadas era señal inequívoca de que los nervios aumentaban conforme se acercaba la hora. Para su sorpresa también cayó por allí la Equis, que se había puesto unos pantalones cortos de hacer deporte y una camiseta. Traía la cara hinchada y sus ojos medio cerrados hablaban a un mismo tiempo de sueño y de sacrificio por salir de la cama. Le dio un beso y se sirvió café, quedándose en pie a su lado, como si leyera sus esquemas. Sandra controló el impulso de acariciarle la pierna, el revés del muslo, desde la corva hasta el prodigioso relieve de la nalga. El cónclave de la cocina, con aquellos dos dando instrucciones, le hizo querer salir de casa antes de lo necesario. Como tenía tiempo, subiría a pie hasta Bonanova, y en la Granja Ganduxer daría el último repaso antes de tomar los ferrocarriles. O no, para qué, lo normal era ir directamente a la universidad y tomar allí algo. Así, anunció que se iba, agradecida de que hubieran hecho el esfuerzo de levantarse.

—Suerte... Te va a salir de puta madre, ya verás.

—*Be yourself, forget about the notes* —dijo la Equis.

La lluvia era imperceptible pero constante y agradeció haber cogido la americana verde de lino, que no se ponía nunca. Esperaba que no se hubieran enfadado por su repentina partida, pero prefería estar sola y debían entenderlo. No estaba para chácharas ni banalidades. Como buena PAS no dejaba de rayarse con eso. ¿Les había dicho adiós, muy buenas, así, tal cual, después de que se hubieran levantado por ella? ¿La estarían criticando ahora por ello? ¿Se habría cabreado Ximena por no haber sido suficientemente cariñosa?

Aunque hubiera amanecido horas atrás, a juzgar por la escasa claridad que brindaba el cielo, por cuyos bordes despuntaban vírgulas púrpuras, parecía que siguiera haciéndolo. Las nubes grises estaban a tiro de piedra y la llovizna manchó los hombros de su chaqueta y los bajos de los pantalones. Al pasar por delante,

sopesó entrar en la Farga y pedirse un poleo aprovechando la tranquilidad reinante a primera hora, pero lo descartó y se conjuró para estudiar en el tren. Nunca había tenido mucho sentido eso de repetir a trompicones lo que ya sabía, pero era incapaz de evadirse antes de una prueba. Había descendido ya tres escalones de la entrada a la estación de Bonanova cuando recordó la advertencia de Eduard sobre el camino que había desde la salida de los ferrocarriles hasta la universidad, esos veinte minutos a pie que no se los quitaría nadie. Detuvo el paso. Se imaginó empapada ante el tribunal y se dijo no puede ser. Arrugó la frente al recordar a su madre, que siempre que llovía le decía que cogiese el paraguas y ella jamás le hacía caso; y luego se pasaba el día calada, y cuando llegaba a casa por la noche con la humedad traspasada a los huesos y estornudaba, Marisa, con un punto repipi, repetía, ¿lo ves?, te lo dije, ¿qué te costaba? No, de ninguna manera podía llegar hecha un Cristo, con esa camisa y esa chaqueta, y esas sandalias que apenas cubrían nada, a la entrevista. La imagen sería lamentable, denotaría dejadez. Dio la vuelta, subió los tres escalones y continuó escenificando los motivos por los que quería esa plaza durante el trayecto a casa para coger el paraguas y poder ir tranquila.

Ya estaba el portero, que la vio entrar al ascensor y también el rastro de agua que dejó en las baldosas.

De subida en el ascensor se miró en el espejo: los lamparones, el pelo, qué desastre. Se abrieron las puertas de la sexta planta, sacó las llaves del bolso y, mientras visualizaba el paraguas en el perchero de la entrada, lo pensó. La duda repentina le atornilló el estómago vacío, abriendo una grieta por la que su pensamiento transitaría mucho tiempo de ahora en adelante. De súbito le vino un flash que le advirtió de lo que sucedía tras la puerta. Y quiso evitarlo, no era el momento, pero ya era tarde, ya se asomaba al salón. A pesar de que ahora sí atronaba desde la cocina el taladro musical de Xavi, su angustia, durante una ráfaga de segundo, le permitió preguntarse cuánto hacía que no oía ese gemido. Y sí, el culote blanco de ayer colgaba del tobillo de la Equis como un adorno cómplice de la lentitud del placer, un placer que solo pudo despertar la envidia de Sandra por no ser ella quien lo provocaba.

Llegó a distinguir los calzoncillos de él por el suelo junto a los pantalones cortos y la camiseta de ella. Por fuerza había práctica en esa dilación de movimientos, en ese encaje a horcajadas en el sofá, en ese espasmo sofocado, en esa queja afónica, en el contoneo autocomplaciente y encantado de recibir el grosor de la polla acabada en un anillo de goma, en ese modo de abarcar con los brazos y la lengua la cabeza y la boca de Xavi, cuyas manos le separaban las nalgas con una tensión correcta pero insuficiente para la Equis, que requería que la abriera más y que se las apañara para llegar con el dedo al centro blanqueado —tenue tulipán de mantequilla— donde confluían las terminaciones nerviosas del deleite más primario, y que la acariciara lo justo, sin entrar, como bien sabía que le pirraba desde el primer día en que subió con ella a su habitación y la vio revolcarse en el gusto. Daba tanto de sí la escena que regodearse en ella era como certificar su invalidez, su mentira. No podía ser cierto. Pero lo era. Fue después de constatarlo unos segundos más cuando tuvo tanta conciencia de que el dolor de su estómago se extendería al entendimiento y sería la única vía por la que iba a transitar a partir de hoy que hasta sintió vergüenza y temor de que la vieran. Ni se atrevió a interrumpir ni a dar un portazo. Aún seguía en la planta el ascensor. No había pasado ni un minuto.

Qué suerte tenían las protagonistas de aquellas novelas que terminaban en boda, qué generosa la autora, que dibujando el amor como una fantasía les ahorraba este dolor, tan real, que le devolvía el espejo. Y entonces, bajando los pisos, supo que el «Te va a ir muy bien» de ayer en la cama no era por el examen, y se preguntó desde cuándo estaba pasando todo aquello, y se le aparecieron los espaguetis de anteayer (y la imagen de Xavi en Londres, aquel «Después de follar necesito hidratos»), y solo al salir de nuevo a la acera mojada reparó en que era tan tonta que volvía a estar allí sin paraguas y con los ojos también regados pero más por la incomprensión que por la lluvia. Y aun así se fue a la entrevista, porque una parte de ella le decía que no era cierto, que no había pasado nada, que no había ido a por ningún paraguas, que seguía descendiendo las escaleras de los ferrocarriles, pero a

pesar de todos los intentos por reordenar la mente, el trayecto a la universidad no era más que un sinsentido rumbo a ningún lado entre apagadas franjas de agua.

6

Procuraba no darle muchas vueltas, pero a ratos, sobre todo en los paseos solitarios de las mañanas en que se iba sola por el camino de las viñas, antes de que el sol ardiente de Valdecádiar se instalase en lo alto del cielo y dejase desplomar sus luminosas zarpas y enviase a todo dios a las sombras de los callejones o a las plantas bajas de las casas, los recuerdos cruzaban su mente como fogonazos, con la impertinencia de un niño que aún no entiende de cortesías. Y junto a ellos, el desenlace funesto, los avisos que no había sido capaz de entrever y ahora resultaban evidentes, y, por supuesto, el cómo había podido pasar por ello y seguir en pie. Era un milagro. Porque lo mismo se acusaba de ingenua como sufría por arrancarse el desprecio que seguía cerrándole a su pesar el vientre. O se sentía merecedora de todo por lo que había hecho en Glasgow; ah, por fin recibía el castigo de la justicia divina, que reparte misericordia y coloca con el tiempo a cada cual en su lugar. La primera en ser deshonesta había sido ella, ¿cómo era posible que la culpa todavía ocupara ese espacio en su vida?, ¿cómo era posible que meros deslices de borracha tuvieran una sombra tan alargada?, ¿cuándo dejaría de pensar en ello, de montarse una película en su cabeza secuencia tras secuencia? Pero, claro... ¡Tanto había criticado a su padre por volver girado a las tantas y ella había hecho lo mismo! ¡Eh, Sandra!, ¿qué pasa?, ¿es que no te das cuenta de que eres igual de infiel y de tarambana? Porque en esos momentos de soledad voluntaria (apenas dormía tres horas y, aunque cansada, salía cuando amanecía, pues no podía estar todo el día con su madre, la pobre Marisa, preguntándole cómo estaba hoy, cómo has pasado la noche, tienes que comer, venga, no fumes tanto, anda, tratando de consolarla sin tener ni idea de lo que le pasaba... Joder, era su madre, no su

amiga) su mente rehacía continuamente todos los movimientos posibles: quién habría sido el primero en acercarse a quién en la cocina, quién habría entrado a quién, quién había dado el paso... ¿Dudaron en algún momento? ¿Qué día empezaron?, ¿fue en casa?, ¿fue en la manifestación?... Y así, sin saber qué dolía más, vislumbraba a la Equis tomando la iniciativa, feliz, después de tantos años, de reencontrarse con su verdadero yo y con el gozo de un grosor y una experiencia superiores a las de Jorge, acercándose por la espalda a Xavi y abrazándole hasta el ombligo, o no, no necesariamente de espaldas, porque también podía ser que estuviera él con el cuchillo en la mano, los dedos pringados de mermelada, y ella avanzara y le dijera anda deja eso, ven aquí. O a lo mejor fue el otro, claro, es lo normal, que en cuanto oyó que la puerta se cerraba la fue a besar aún nervioso, con la tensión que provoca sentirse llamado por la tentación de lo abolido, como quien se acerca a una droga conocida, pero droga a fin de cuentas, y cada segundo que pasa se siente más orgulloso de la infracción. Y luego, ¿quién fue el primero en buscar obscenamente? Mientras caminaba bajo el canto madrugador de los pájaros, notando el frescor en los brazos, el remojo sombrío de los chopos, las campanadas lejanas, veía a Ximena palpándole las lumbares y el culo como hacía con ella, y el estómago una vez más se le endurecía; era ella, sí, quien le buscaba la polla primero y lo empujaba al sofá y le ayudaba a deshacerse de los calzoncillos y sopesaba el volumen preguntándose hasta dónde iba a ser capaz de crecer aquello gracias a su encanto, valoraba el manjar que llevarse a la boca con ese uuuhhh suyo tan característico, la mirada piadosa, la saliva en los dedos, disfrutando del poder que debía de darle provocar el empalme. «¿Me la vas a comer?», preguntaría él, para que la otra respondiera: «Si te portas bien»... Ah, no dejaba de imaginar conversaciones, no dejaba de imaginar escenas que, por supuesto, colmaban de placer a la Equis, porque el talento de Xavi superaba sus virtudes en este tipo de situaciones y, claro, las culminaciones con él se prolongaban, mientras que las que ella hallaba en la memoria quedaban a medias. O no, tal vez fue al revés, tal vez era él quien dejaba los cubiertos en la encimera y se

acercaba a ella y buscaba su boca de café, la lengua densa, embobada, y hundía sus manos por detrás, recibiendo con gozo la falta de costuras en las bragas, dudando si palparla por encima o por dentro, sintiendo su endurecimiento instantáneo, celebrando advertir el linde de sudor que dividía el culo, soberbia línea enrojecida, y el suspiro de placer de ella en el oído, y su réplica instantánea «Joder, cómo me pones, te voy a partir», para, ahora sí, internarse bajo el culote hasta la humedad delatora que se ha confitado en la noche junto a las intenciones más sucias.

A veces se cruzaba con algún vecino del pueblo, igual de madrugador, que con bastón y sombrero se ejercitaba de buena mañana y regresaba del molino por el mismo camino. Antes de hablarse se miraban preguntándose cada cual quién sería el otro, los años que hacía que no se veían. Con unos bastaba como saludo un movimiento de cabeza, iihh, eehh, pero con otros se requería detener el paso. ¿Pero tú eres Sandra, la de Marisa? Sí, claro, y ella caía en que se llamaba Gabriel y su mujer Avelina, y claro, preguntaba: ¿Y Avelina, qué hace? Ay, hija, se murió el año pasado... Y la narración de los detalles estiraba la conversación hasta que seguía trecho y regresaba a su mundo, que todavía era el de ellos.

Y otra vez a lo mismo: Sandra recordaba palabra por palabra las peleas, los reencuentros, los paseos, las compras, los viajes, los orgasmos, los sudores, los olores, las broncas, las comidas, las paranoias, las preocupaciones que fueron nada en su panchetina, ah, la maldita panchetina, las horas en que llegó a echarla de más en el piso de Glasgow, los días en que recogía la ropa del tendedor y la doblaba antes de dejarla en el mismo cajón. Si ella misma se preguntaba la razón de este mantra, se aseguraba que no era por resentimiento o por masoquismo, era porque no podía pasar página así como así. Entonces se le aparecía Isa diciéndole aquello de *next*, *next*, y su estado de ánimo se reblandecía aún más, porque en esos momentos la necesitaba y todo el desprecio que le había brindado en sus últimos días le caía encima ahora con una furia renovada. Había desaparecido de su vida y aun muerta tenía cosas que reprocharle. No desaparecen los muertos, al contrario, su presencia

se agranda en la distancia. Viven más enterrados o siendo ceniza desperdigada en el mar. Como Ximena, cuya figura, ahora que se había desvanecido, tenía más empaque que nunca y ocupaba todo el paisaje y todos los quehaceres; así, estaba en las encinas, las carrascas, el tomillo, los almendros, los huertos, los guijarros, en cada mosca que mataba en la cocina (ahí sobre todo, plas, una, plas, otra), en cada cacareo de gallina o en los brotes de espliego que se acercaba cada tanto a la nariz. El monte tan verde (año de lluvias) y su corazón tan árido. Admitía que estaba a disgusto con su yo, ese que deseaba cubrir de cemento y dejar que se hundiera en el río cuyo curso seguían sus pasos por desidia hasta el Molino Bajo.

En esas apareció el Zacarías, los andares curvados y toscos, tan diferentes a los que había gastado de joven, cuando Sandra era una cría y huía de él como de la pólvora. En la mano traía una bolsa llena de albaricoques. Le seguía un perro. Pasó de largo como si fuera invisible, como si no existiera. Por fin alguien la trataba bien, pensó. Y así continuó, hablando con las malas hierbas de los ribazos, como veinticinco años atrás vio hacer a aquel primer amor platónico. Qué ingenua había sido al pensar en que harían algún viaje. Lo que son las cosas: ella, que se imaginaba en agosto abrigada con Ximena en Copenhague, soportaba ahora el mes de julio en Valdecádiar con su madre. Con la perspectiva que otorga el desafecto reflexionaba entre el rumor del agua y la fugaz aparición de un corzo, con su trote temeroso, que la miró un segundo, trémulo, antes de perderse monte arriba, y entendía el amor como esa obsesión que consiste en querer prolongar lo que por naturaleza es efímero, el orgasmo, la emoción, las palpitaciones. Todo lo reducía a eso, a la voluntad de conservar lo que por su razón debe ser breve y perecedero, y a la pregunta de cómo un sentimiento que nace tan generoso deviene en un absurdo lleno de egoísmo e ingratitud.

La única persona con quien a estas alturas podía sincerarse y hablar a corazón abierto era Noe. Que ella estuviera aquí era el mejor estímulo y lo único bueno. Le envió un mensaje: «Mi cítrica preferida, a las 17 en la plaza?», que obtuvo respuesta inmediata:

«Claro. Te amo, perra».

A esas horas el pueblo todavía dormía la siesta, solo a dos forasteras o a dos adolescentes se les podía ocurrir citarse tan pronto si no era para ir directamente a la piscina o a resguardarse bajo los frondosos chopos del río. El cielo resplandecía con un azul tan intenso que el perfil recortado del torreón destacando en lo alto del risco parecía un decorado tras el que solo podía concebirse un precipicio. Las persianas de las casas permanecían bajadas. De camino a la plaza percibió en brazos y frente el picor del sol. Hacía tanto que no venía que ya no sabía a ciencia cierta el nombre de los habitantes de cada casa, muchas de las cuales mostraban las fachadas recién pintadas. Faltó poco para que el perro del Charly, que custodiaba su garaje, lograse levantar un párpado para mirarla, pero se quedó en un tembloroso amago. Esa era la placidez que quería para ella, esa indolencia. Y así, otra vez, quizás porque intuía que iba a hablar de ello, volvió a lo suyo: el día del examen, cuando regresó a casa y encontró a Xavi tumbado en el sofá, medio traspuesto, con una taza de café en la mesa, un cigarro encendido en el cenicero y un libro abierto contra el pecho, el siete tatuado, no supo cómo dirigirse a él. Había dejado de llover y un incipiente sol incidía oblicuamente sobre su cuerpo. Tenía mejor cara y estaba más en forma que cuando llegó de Londres. Sin duda le favorecían ese color aceitunado en la piel que le regalaba el sol de la terraza, la barba de pocos días y la alimentación más sana. Con qué placer habría recogido del suelo esos calzoncillos que llevaba puestos. Se lo quedó mirando y, cuando él se dio cuenta, se sobresaltó, y con la cabeza ladeada le preguntó cómo le había ido. Pero se debió de percatar de que había algo en la mirada de Sandra, un barniz oscuro, que le anunció que lo sabía. Entonces se incorporó y le tembló la voz al decirle qué pasa, por qué me miras así. Sandra le preguntó si hoy no comía pasta. El otro respondió por qué dices eso, qué te pasa, tía, se te está yendo la olla, ¿no? ¿Te ha ido mal la prueba o qué? No me pasa nada, es que se me hace muy raro no verte comiendo hidratos con todo lo que follas últimamente, ¿te preparo un plato con parmesano y orégano o solo aceite y sal? Los ojos de Xavi iban de un lado a otro. Le costaba

verbalizar sus pensamientos, tartamudeaba y se trababa para apenas decir no sé qué te pasa tronca, no sé de qué me estás hablando... Reposó el libro en el sofá y llamativamente alarmado se puso en pie. Y cuando parecía que Sandra le iba a plantar cara o, al menos, iba a ajustar cuentas lanzando la diatriba prevista, se vio desbaratada por la planta del otro, y una vez más se vino abajo, no pudo ante él, que se bastó de su talla, esa pose engreída que sostenía el peso del pasado (aquel Xavi de pelo largo, sonriente y con alma de artista que se la llevó a Olot) para disuadirla. Das mucho asco, llegó a balbucear con voz entrecortada, pero ya se le había clavado en el estómago la mirada ahora penetrante del otro; y así se apartó, sin ni siquiera poner por medio el «cómo has podido hacerme esto» que traía preparado, de modo que el único que la vio llorar aquel día fue el portero.

La reconoció antes de cruzar el puente, sentada sobre el abrevadero, con los tejanos cortos, la camiseta de tirantes y las chanclas, comiendo sus eternas pipas. Al verla, Noe se puso en pie, se sacudió las cáscaras de los pantalones y le dio un abrazo. Se había ensanchado de hombros y, aunque conservaba el pelo largo y negro de siempre, unas cuantas canas delataban más que la edad la apatía de pasar el verano en el pueblo. Aún tenía en los párpados restos de un maquillaje que debía de haber sido rosa y que le había manchado las pestañas. Con la confianza que da hablar el mismo idioma volvían a verse tantos años después. Ninguna nombró el tiempo que hacía, porque era lo de menos.

—Hasta el año pasado dejaba a los críos con su abuela y yo me quedaba en Zaragoza, pero mi madre ya no puede sola, y me vengo los dos meses... Total, a mi jefe del Mercadona le hago un favor, me despide y me vuelve a contratar... Y oye, se está de puta madre, sobre todo por no aguantar al menda.

—Uy, uy, uy... Creo que tenemos mucho que contarnos...

—Ya te digo, no descarto ir a por cervezas...

—¿Qué, vamos al castillo? —bromeó Sandra.

—Quita, quita, que ya hemos subido muchas veces.

—Un paseo hasta la morera, ¿no?

—Como las abuelas...

—Así nos acostumbramos, es lo que nos espera... yo cumplí los treinta y ocho en mayo y tú en abril. ¿Y dónde están los niños?

—En la piscina, ahí se pasan toda la tarde. Y eso de niños, no sé yo qué decirte, quince y dieciséis años..., pura edad del pavo, entras en su habitación y te da algo... Y las hormonas desatadas...

—¿Te recuerdo lo que hacías tú a su edad?

—Sí, por favor, al menos cuéntamelo para que no me olvide.

Bajo el generoso árbol estaban a resguardo del sol, que caía de lleno en la ladera opuesta, la de la sierra embadurnada de maleza —zarzas y cardos y follaje—, un manto verde extendido como pinceladas.

—Yo lo siento por los niños, pero no podía más —empezó Noe—. Me ha costado tomar la decisión, pero es lo mejor, desde que se lo dije me liberé..., qué descanso... No sé cómo me las voy a arreglar a partir de septiembre pero, en fin, la casa será para nosotros, eso seguro.

Ya le había resumido por teléfono días antes que se había separado de su marido, por lo que Sandra dejó que siguiera explicándose...

—El año pasado se fue dos semanas con sus amigotes a hacer escalada a no sé dónde, y cuando volvió nos dimos cuenta de que estábamos mejor sin él. Pero no solo yo, los niños más... ¿Me ha hecho caso alguna vez? Jamás... ¿Me ha llevado con su familia algún verano? Jamás. ¿Me ha llevado con sus amigos a la montaña? Jamás... Vale que no me gusta el rollo, pero, hombre, al menos ofrécemelo, ¿no? ¿Quién se ha hecho cargo de los niños y de la casa?, la tuerta... Menuda perla el canoas... Pues mira, ¿sabes qué te digo?, que solo se vive una vez, y a lo mejor me equivoco, pero yo ya no puedo más. Además, me estoy zumbando a uno que me pone como una perra. No hay color..., madre mía... Y ahora tendrías que verlo, el otro día llega a casa y les dice a los chicos hoy nos vamos a Dinópolis en familia, y le digo pero tú en qué mundo vives, tienen quince años, ¿te crees que quieren ver dinosaurios?, y luego venga a decir en voz alta que somos una familia, que somos una constelación de planetas que nunca nadie podrá desunir, pero ¿tú te has visto?, le dije... deja de hacer el

ridículo, anda. Total, que al final se lo dije: «estoy con otro», «me he abierto un perfil en Tinder», «paso de ti», «no me has hecho ni puto caso en los últimos diez años», «no tienes ni idea de cómo me he sentido ni me has preguntado ni te has interesado y ahora me vienes con que somos una constelación, anda, tío, no me jodas», y aun así no para, que quiere reconquistarme, dice, ja, ja, ja...

—No me extraña, por ti yo también lo haría...

—Anda, calla, calla... Oye, eso del Tinder es la hostia. Tengo mi público, no te creas, pero, claro, soy pesca de arrastre. Pero al loro, que a veces me escriben de dieciocho y de veinte diciendo que les flipa hacerlo con mayores... Siempre dije que nunca lo haría, pero cuando la necesidad aprieta... El primero era un policía separado, ya sabes que a mí siempre me ha tirado mucho el cuerpo; follaba bien pero me dio miedo, a los dos polvos ya me quería mucho y ya empezaba con que no le gustaba que volviera a casa con mi marido y dije eehh, relaja la raja, que no salgo de una para meterme en otra. Menudo loco. Luego vino un futbolista del Huesca: impresionante, eso es fuerza y potencia, ahí entiendes que estén todo el día entrenando, lo mejor que me ha pasado, pero probó y enseguida se fue a por otras, normal; luego un rumano con una tranca que yo no había visto en mi vida, una siempre piensa que eso solo se ve en el YouPorn, pero no, existe, eso sí, no podías hablar con él ni de qué te gusta desayunar; y ahora este con el que estoy, el más normal de todos, es de aquí al lado, de La Hoz de la Vieja, taxista, pero más de Zaragoza no lo hay: imagínate que cuando lo conocí me dijo que tenía dos hijos que se llamaban Zander y Zulema, y le dije joder, qué nombres más raros, ¿no? Y va y me dice que no, que él quería nombres con zeta, como Zaragoza, supera eso...

—Y los críos, los tuyos, ¿cómo lo llevan?

—¿Los niños? Los niños son unos egoístas de aquí te espero. ¿Tú te crees que les importan su madre o su padre? Les importa su móvil, nada más, y salir por ahí, lo demás no cuenta... Te entregas toda la vida pensando que te van a querer y esas cosas, y nada, una decepción tras otra... Hasta los doce o trece, aún, luego te explotan, solo para que les des dinero, que no falte wifi, y ojo, no

los molestes... Si hubiera hablado yo a mi madre como me hablan estos a mí... Va..., pero, bueno, menudo rollo, cuéntame tú lo de la entrevista que me dijiste, y deja de rascarte, anda, que te va a salir sangre.

—Son los mosquitos, o las pulgas, yo qué sé..., mira cómo me han puesto.

En las dos piernas de Sandra, junto a las rodillas, resplandecían picaduras que, por su incontinencia al rascarse, le habían abultado una piel marcada de puntos rojos.

—Menuda carnicería te estás haciendo, eso es porque acabas de llegar, cuéntame qué paso en la prueba esa...

—Un desastre... Es que no sé ni cómo fui. Al principio, bien, pero luego me hicieron preguntas técnicas del sistema universitario y eso no lo había preparado... La verdad es que tenía razón Ximena, me había obsesionado demasiado con seguir un guion. Y luego un hijo de puta va y, para lucirse y hacerse el guais en plan «vas a ver cuánto sé de recursos humanos», me preguntó vamos a ver, señorita, y usted cómo se lleva con el fracaso, qué piensa del fracaso, y ahí me quedé en blanco, que vergüenza, Noe, qué mal lo pasé, me puse a llorar... hasta se levantó la jefa del tribunal a consolarme, aún se deben de estar riendo de mí.

—Que les den, tú vales mucho, ellos se lo pierden.

Siempre que hablaba con ella, un rato después pensaba que se había dejado la mitad de lo que le quería contar en el tintero. Aparentemente no tenían nada que ver, pero en momentos así Sandra valoraba la amistad con Noe como la única cosa pura que resistía en su vida, la única que no admitía dudas. No era necesario preguntarse de dónde procedía esa avenencia. No transparentaba nada ruin su persona, cero ambigüedad, cero sospechas. Era igual de llana que cuando era cría y también igual de peripuesta. Se la imaginó arreglándose y maquillándose antes de una de esas citas y la visualizó en un Sephora arramblando potingues.

—Bueno..., ahora tendré que buscar otra cosa, porque en la Filmoteca me han reducido mogollón...

—Lo que más me alucina es que pudieras hacer la entrevista después de lo que me dijiste.

—Yo también..., no tendría que haber ido.

—Y no la has vuelto a ver.

—No, te juro que cuando volví y encontré al otro en el sofá medio desnudo, todo aquel ambiente se me echó encima, me dio tanto pánico quedarme, era tan humillante, tan difícil de soportar que me fui a casa de Eduard... Me acogió una semana. Luego me llamó ella, que qué estaba pasando y lo que te comenté el otro día, que le dije que no la quería ver más. Primero me dijo que estaba loca, imagínate, la loca era yo, y luego me pidió perdón, pero como si pidiera un helado, bueno, vale, perdona, no he querido hacerte daño, siempre he sido sincera contigo..., algo así me soltó, es de esas que no sabes si te pide perdón o te da una propina. Aún tengo allí todas mis cosas.

—¿Y las vas a dejar?

—De momento no he podido ir, me dijo que me lo había puesto todo en unas bolsas, que cuando quisiera que pasara, que no había prisa. En septiembre iré, a ver cómo me lo monto. Mi padre y su novia tienen ahora una furgo, me tendrán que ayudar. Pero lo peor no es eso, lo peor es que le ha llegado una carta a mi madre y a lo mejor la echan, o sea, nos echan.

—¿Qué?

El ruido de un motor en marcha las obligó a volverse. Era la eterna cosechadora amarilla de Miguel, que durante el mes de julio cosechaba los campos de varios vecinos, que le pagaban por horas para vender luego la cebada a la cooperativa de Muniesa. En eso el pueblo no había cambiado nada, tan solo las edades del armatoste y del conductor.

—En serio..., como nos tengamos que ir va a ser muy fuerte. Por eso mi madre está como está, tan preocupada, por mí y por eso. Suerte que tiene a su nieto, pero hasta que vengan la semana que viene no para de preguntarme, la pobre me pone de los nervios...

—Si es que al final te das cuenta de todo: somos de pueblo y de las últimas casas... Cuando éramos las cítricas no teníamos tantos problemas, ¿eh...?

—Teníamos otros...

—Sí, que nos pillaran fumando, que nos pillaran robando de los monederos de casa, que el loco del José Ramón no me dejara embarazada: el muy bestia se corría dentro como si nada, y yo estaba tan embobada que todo me parecía bien... Madre mía. Joder, las pipas me dan una sed, ¿vamos a la piscina y nos tomamos unas cervezas? Que así les echo un ojo a estos...

—Me da un poco de vergüenza saludar a la gente... —Estuvo a punto de decirle que era una Persona Altamente Sensible y todo la influía más que al resto, pero con Noe, por suerte, no se atrevió —. No sé yo si...

—Anda, tira, déjate de vergüenzas, te voy a quitar la tontería en un pis pas...

7

El señor Llovet fue muy claro, esta vez no vino con rodeos. Era la última oferta, o la aceptaba o acabarían en un juicio que sería peor y más costoso para ella porque ellos tenían las de ganar, sus abogados eran los de Cuatro Casas y tenían mucha experiencia en este tipo de pleitos. Así se lo dejó caer el enviado de Fincas Fornells, la constructora encargada de rehabilitar todo el bloque de la calle Girona 110. Y si quería hasta le enseñaban los planos. Las obras empezaban en seis meses. Pretendían levantar dos alturas más en el edificio que ocupaba todo el chaflán, por lo que habría cinco plantas en lugar de tres, y de cada una de ellas sacarían cuatro apartamentos en lugar de los dos que había ahora. Obviamente, desaparecerían la terraza y el gallinero ese que habitaban porque ya no era preciso la vivienda de servicio. Así que más le valía elegir una opción y firmar, se lo recomendaba de buena fe y aconsejándole lo mejor para ella. Era el mismo hombre que dos años atrás le había dicho que estuviera tranquila, que faltaba mucho para que pasara lo que les había sucedido al 108 y a su amiga. Pero ahora, le decía, el tema se había acelerado. Las reglas del mercado inmobiliario son así de volubles. Era muy fácil de entender, no había que ser ingeniero: al igual que en el bloque vecino, en el nuevo ya no habría necesidad de portería. Serían pisos de lujo destinados a alquiler, en su mayoría a turistas para estancias cortas o por meses. Las cosas son así, y vale, que sí, que estaba contratada y tenía su nómina, pero que tampoco le debían nada, que ya estaban siendo bastante generosos, que a su edad, cincuenta y siete, aún podía encontrar algo. Y que además era la misma oferta que le habían hecho a su colega unos años atrás, cuando, en la mayoría de los casos, que había muchos en Barcelona, esas condiciones estaban desfasadas y fuera de

mercado. Había dos opciones: 52.000 euros de indemnización y se buscaba la vida, o le ponían un piso de 50 o 60 metros cuadrados en Nou Barris, pagando un alquiler de renta muy baja, de unos 300 euros, durante veinte años. Ya no había más ofertas. El hombre vestía una americana blanca con pantalón negro y venía tan bronceado del verano que a Marisa le pareció salido de aquella serie que veía cuando empezaba de novia con Enrique, *Vacaciones en el mar*. Siempre había soñado con hacer un crucero, pero aún no se había dado la ocasión. Marisa le dijo que le llamaría más tarde porque quería hablarlo con su hija. Así fue como Sandra vio los papeles y supo que no había vuelta atrás. Esa misma noche hicieron cuentas y, en última instancia, se decidieron por la opción b, porque a dónde iban con los 52.000 euros las dos. No podían comprarse nada por ese precio, y ya se sabe que el dinero se va como el agua y cuando se acabara ya no podrían alquilar por un precio como el que les ofrecían.

Sandra se echó para atrás, desperezándose en la silla:

—Bueno, también podemos coger el dinero y volver a nuestro piso de Hospitalet —recordó.

Entonces Marisa alzó la vista y la miró a los ojos. El labio de abajo le empezó a temblar como le ocurría a su hija cuando se enfrentaba a un aprieto.

—Perdona, cariño..., no te dije nada...

Estuvo tentada, pero finalmente la vergüenza le impidió a Marisa colocar su mano sobre la de Sandra. Así, sofocada, explicó que había terminado por venderlo a los primeros inquilinos tres años después de que entraran, en el 96, por cinco míseros millones de pesetas, que en aquel momento era algo, pero que después, en el 98, cuando todo subió y cambió de tercio, no era nada. Lo hizo el mismo año que ella empezó la universidad...

—Quería que Sergio y tú tuvierais una carrera, esa era mi ilusión, y que no os faltara de nada... y estudiarais sin tener que trabajar, y me habéis dado la satisfacción más grande que me podíais dar... Tu padre no me ayudaba, ya lo sabes. Y, bueno, cuando empezaste a trabajar me informé y supe que no cotizabas y te di de alta en la Seguridad Social para que el día de mañana te

puedas jubilar. Lo seguí pagando cuando te fuiste allá lejos, y aún lo pago, y lo hago encantada, cariño, pero ese piso ya no está, y ese dinero tampoco. Lo he hecho lo mejor que he podido. Perdóname si lo he hecho mal... No me atreví a decírtelo entonces. —Y ahora sí, cuando lo hubo dicho, se echó a llorar, tristemente aliviada y dando por bueno el desamparo que la esperaba y por descontado la ausencia de respuesta en quien la escuchaba.

Cuando Sandra fue a Sant Andreu, Yalemi se asustó al verla:

—Pero, mija, ¿qué te ha pasado? Te has quedado en la mitad... Menudo régimen, ya me dirás esa dieta, la Virgen de Regla...

—Bueno...

Sandra relató lo acontecido antes del verano y luego escuchó las andanzas de los tres con la furgoneta recorriendo los Pirineos desde el camping de Aínsa, donde montaron el campamento base, a pueblos como Arén, Ayerbe o Murillo de Gállego. Tuvo que ver en el móvil doscientas fotos, casi todas iguales, cada cual con su correspondiente nota al pie. Luego creyó que era el momento de pedir favores. Por supuesto que ellos irían a buscar sus cosas a la calle Ganduxer y se las llevarían a Canyelles, al piso al que su madre y ella se mudarían.

Era increíble lo deprisa que sucedían las cosas. Antes del verano en el edificio estaban ocupadas las seis viviendas, ahora quedaban dos. Habían empezado a desalojar indemnizando igual que a ellos, pero con mejores soluciones, pues muchos de los vecinos se iban a pisos de alquiler más ventajosos y además por el barrio. Con la portería, obviamente, era diferente. Marisa seguía cobrando pero ya le habían dicho que la de octubre sería la última mensualidad. Daba pena verla fregar unas escaleras por las que no transitaba nadie, ocupando el rincón de siempre, sentada en la silla de la garita, saludando únicamente al cartero y a los del correo comercial. Incluso el restaurante Can Bravo, que ocupaba uno de los bajos, había echado el cierre definitivo, y los de Vodafone, que ocupaban el otro, estaban a punto de hacer lo propio, aunque fuera temporalmente, porque seguirían conservando la ubicación. Pronto vendrían los operarios de las obras a instalar el andamio. Si

tomabas la fachada del 108 como referencia, resultaba sencillo adivinar cómo luciría en cuestión de meses ese chaflán. Nueva puerta acristalada en la entrada. Vestíbulo amueblado. Códigos de acceso digitales. Interfonos equipados con cámara.

Una de aquellas tardes fueron a ver el piso. Era una obra barata por cuyas ventanas se colaba siempre algo de ruido: cuando no era el tráfico ensordecedor de la Ronda de Dalt era el reguetón del bar Palamós, cuya cocina daba al patio de luces: cuatro paredes mohosas obligadas a asumir los olores de la fritanga. Estaba cerca del mercado de Montserrat, ahí donde las rondas se juntan con la Vía Favencia y esta con la Meridiana, y ahí donde el Ayuntamiento se esforzaba en traer nuevas paradas de metro, lagos artificiales y jardines que llamaban de la amistad, que a fin de cuentas servían para botellones y sexo furtivo, actividades para las que Sandra ya no se veía capacitada.

Como no estaba acostumbrada a esos ambientes, acompañó a su madre con buena cara, pero con la intención de buscar piso cuanto antes. Eduard la convenció de que hoy en día era habitual compartir incluso a los cuarenta, y que no tenía por qué darle apuro. Él había tenido suerte, había comprado el piso del Borne en el 97 por seis millones de pesetas y ahora lo podría vender por 400.000 euros. Él no necesitaba inquilino, pero en cuanto se enterara de algo la avisaría. No sería difícil encontrar una habitación. Además se había apuntado a una bolsa de trabajo para sustituciones como profesora de secundaria en colegios concertados y, a buen seguro, antes de Navidad la llamarían de alguno.

Marisa tuvo suerte, porque a las dos semanas, a través de una vecina del mercado, consiguió un trabajo de mantenimiento en el Ayuntamiento. Solo podían ofrecerle contratos de cinco horas al día, de 6 a 11, a 570 euros. No podía pedir peras al olmo. Dijo que sí al instante. Y empezó a formar parte del equipo de limpieza del Parlamento, en el mismo parque de la Ciudadela, por lo que a partir de aquel día todas sus conversaciones sobre el trabajo giraron en torno a sus compañeras de cuadrilla y a la lista de políticos que veía a diario por las escaleras, que no eran otros que

los que salían en la tele. «Una pasada, hija, gente normal y corriente.» La de cámaras de televisión y la de vigilancia que había por todas partes. Una vorágine. Así, preparaba la comida de Sandra y la de ella por las noches, se acostaba y cogía el primer metro en Trinitat Nova. Al mes llegó a un acuerdo con Paqui la del Palamós, que le propuso echar una mano en el bar las horas fuertes, de una a cuatro, para fregar platos en la cocina, servir comidas y limpiar. Seis euros por hora. Lo bueno era que podía comer ahí. Le vino de perlas, porque solo con un día ya le daba de sobra para la tarjeta de metro con la que iba a ver a su nieto a Poble Nou, porque ahora para ella lo más importante era Jan. Cada tarde se iba del bar a toda prisa, por supuesto con merienda, a buscarlo a la puerta del colegio, y estiraba con él la tarde en casa o en un parque hasta que llegasen sus padres. Antes de las ocho solía estar en casa, donde encontraba a su hija Sandra lidiando contra su yo, móvil en mano, dando vueltas por el piso, el temor a cuestas, dejando que las horas diluyeran la indecisión por los márgenes de su mundo, que seguía siendo el de *ellos*, dudando de si iba o no iba a por las cosas.

La calle Ganduxer le trajo a Enrique recuerdos de aquel trabajo en el pasaje Forasté. Hacía veinte años que no subía por estos barrios, pero aun así le recitaba a Yalemi los nombres de las calles como las tablas de multiplicar, orgulloso en parte de conocer los confines de una vida tan distinta. Tuvo ganas de volver y de saludar al señor Gil o al señor Valldaura, aunque a buen seguro habrían muerto. Y también habló del maño, aquel portero que por fuerza ya estaría jubilado y al que aún le debía 5.000 pesetas, ya ves tú, 30 euros. La memoria solo es imprecisa cuando no duele.

Sandra le había puesto sobre aviso: las cosas estaban en casa de una antigua amiga que se llamaba Palop, Jimena Palop. Cuando oyó su nombre le costó rebobinar en el tiempo y atribuyó al azar la casualidad. Jimena Palop, así se llamaba aquella niña a la que había salvado de la piscina que él mantenía con tanto mimo en un bloque de pisos de aquel mismo barrio. Reaparecieron la depuradora, los filtros, el cloro. Nunca se había visto una piscina

tan limpia, le decían los vecinos. Jimena Palop... Incluso se alegró al oír su nombre.

Era imposible aparcar delante, y lo hicieron en un vado confiando en que no vendría nadie. Entraron en el portal y saludaron al portero, que les indicó que a quien buscaban estaba ahí. Giraron la vista y la vieron en el sofá, las piernas cruzadas, wasapeando a dos manos bajo dos cuadros de escenas campestres. Enrique tardó en reconocerla, porque en el verano del 92, cuando la vio por última vez, no era más que una cría de ocho años testaruda y grácil a la que miró perplejo al escucharle mentir ante su padre, pues él le había dicho que no se metiera en la piscina de ninguna manera, de eso estaba seguro.

Caminó hacia ella cuando Ximena levantó la vista y arqueó las cejas sorprendida:

—Ah, entonces, ¿vienen ustedes a por las cosas de Sandra? Pensaba que vendría ella..., por eso me he quedado...

—No, no ha podido —habló Yalemi. Enrique trataba de entender algo—. Él es el padre de Sandra, yo soy su mujer.

—Pues las cosas están arriba, en el sobreático, mis padres se las darán, yo solo quería saludar a Sandra, pero si no ha venido, me voy, que no puedo perder tiempo... —Y quién sabe si para no escucharla o para no seguir dando explicaciones a los que para ella no eran más que un pelagatos y una ponipaya bocachancla, se acercó al ascensor y pulsó el botón a pesar de que la luz indicaba que estaba ocupado.

Su tono desprendía la indiferencia propia de sus padres y una evidente tendencia hacia lo práctico. Se sacó un chicle de la boca pintada de rojo y lo envolvió en un papel que se guardó en el bolsillo. Era el vivo retrato del señor Palop, pensaría luego Enrique: los gestos enérgicos, esa manera de hablar sin mirar, como si lo hiciera con unos donnadies y a la fuerza.

Y entonces todo fue muy rápido. Mientras Enrique la observaba con la retentiva encendida, ella prestaba atención al vacío. El cuello pálido, el corte en la frente, el jadeo que precede al espasmo, la lentitud con que se sucedieron los hechos aquel fin de semana. Aquel incidente era un despeñadero de años por los que se

había ido la vida más allá de aquella portería. Y ahora ahí estaba aquella niña, vestida de traje, con el móvil en la mano y auriculares inalámbricos, hablando como cuando le despachaba su padre en el hall, hola y adiós. Ante todo querían gente resolutiva, como cuando le entregaba las llaves del trastero y añadía ordénamelo y límpialo y luego pasaremos cuentas y luego significaba que a la semana siguiente, si se acordaba, le regalaba un montón de bolígrafos con nombres de hoteles diciendo toma para que pinten tus hijos. El tiempo había pasado de acuerdo a las reglas de la matemática más pura. Pero fugazmente rememoró a los señores volviendo de esquiar después de Reyes con aquella mantequilla de Andorra de regalo que él recibía como un trofeo de plata —Breda. Mantequilla holandesa— que miraban luego embobados en casa.

Así que en el instante en que Enrique se quiso inmiscuir en su vida y preguntar por sus padres, ella, en un acto reflejo, se separó y frenó con la mano el avance diciendo un momento que me está entrando una llamada y empezó a hablar de subsanaciones y de una legitimación de firma urgente, ahora voy, ahora voy, diles que esperen, no, la compraventa la redacto yo, punto... ¿Debía impedir Enrique que una casualidad semejante acabase disuelta en un adiós tan precipitado?

—Bueno, yo me tengo que ir, tengo el coche en doble fila, si llego a saber que no venía Sandra yo tampoco hubiera venido, pero, en fin, lo entiendo...

—Pero, espera, ¿sabes quién soy yo? —habló Enrique, llamativamente sorprendido por su pasotismo.

—¿Perdón? —respondió Ximena manteniendo a toda costa las distancias—. ¿Nos conocemos? —Su figura era igual de amenazadora con ocho años que con treinta y dos.

—Enrique, soy el señor Enrique, el de la piscina..., el conserje del pasaje Forasté...

Ximena, sin controlar un ademán de escepticismo, lo observaba como se observa a un loco cuando se repara en que ciertamente lo está. Se llevó una mano a la cabeza, no se sabe si queriendo decir qué mala memoria la mía o la que me está

cayendo, de qué manicomio habrán soltado a este energúmeno.

—Yo te salvé en la piscina —decía con voz temblorosa, sintiendo en la corteza mental la sincronía del pasado y del presente—, eras una niña, todavía te veo con el bañador rojo...

—Pero qué dice, quién es usted, de qué me está hablando —añadió Ximena, por cortesía del sol y de la puerta acristalada, enfocada por un resplandor ámbar mientras trazaba con el iPhone impacientes garabatos en el aire, pensando quién le habría mandado venir y preguntándose qué hacen estos paletos hablándome de tonterías—. ¿Qué tienen ustedes que ver con Sandra?

—Que qué tengo que ver con Sandra, pues que soy su padre...

Entonces repicaron las poleas y se abrió el ascensor. Dos cada uno, los señores Palop cargaron las cuatro enormes bolsas de plástico a cuadros rojos y blancos cerradas con cremallera.

—Esto debe de ser un error... ¿Sandra? Perdonen, pero no tengo tiempo, hagan lo que quieran con esto... —La Equis señaló las bolsas como si fueran un estorbo.

Para poder recolocarse las gafas, Palop dispuso el peso en el suelo y se preguntó si aquellos estarían intimidando a su Ximena...

—Como no venía nadie, hemos ido bajando... —explicó a su hija.

Un repentino silencio se interpuso entre las miradas porque Palop reconoció a Enrique y tomó aquella verdad como un detalle desafiante:

—Hombre, qué haces tú por aquí...

—Señor Palop —dejó caer el otro como si dijera cuánto tiempo, si se ha quedado en la mitad de lo que era, sin saber cómo continuar.

La Equis debió de notar que todo aquello iba con ella y quiso huir sin corregir el miedo de su rostro, que se iba difuminando como hizo un día su bañador rojo en el fondo de la piscina, porque ahora dudaba que aquel tipo fuera un tarado. Porque una vez sus padres y ella estuvieron ante un hombre parecido, sí, y ella mintió.

—Así que has venido a por esto, ahora te dedicas a hacer recados... Al menos te has colocado de mensajero... No te ha ido

mal entonces, ahora sobra trabajo... —Palop ya no era imagen de vitalismo, pero su cabeza discurría a toda prisa.

—No, señor, nosotros venim...

—No me cuentes nada, que tú mientes como respiras... —Al otro no le gustó nada su presencia y le cortó dando un paso al frente. Es probable que por unos segundos asociara su imagen con el rostro pálido de su niña sin pulso sobre una camilla—. Venga, venga, recoge esto y fuera, que a saber en qué líos estarás metido... Y yo que me imaginaba que estarías en la cárcel..., fíjate tú qué sorpresa...

La conversación adquiría un viso demasiado raro para Yalemi, que se acercó a la señora obligándola a apartarse y agarró las bolsas. Para no seguir allí sofocada, Ximena enfiló rumbo a la puerta sin decir nada, rescatada por la seguridad de quien sabe muy bien lo que quiere y lo que no quiere hacer con su vida. Y Palop, amparado por la presencia del portero, que se posicionaba a su lado por si acaso, rechazó las explicaciones y soltó el genio de antaño:

—Ya te dije una vez que no te quería ver ni en pintura... —miró a su mujer—. El cantamañanas este, con la que lleva al lado... Chusma, estos son chusma, ya se ve con quién se junta...

Incrédula y abrumada, guiada por una sensación que debía de fundir el rencor y la vergüenza, la pareja cargó con dos bolsas cada uno y se alejó, aún con el runrún de Palop y el portero a sus espaldas hasta llegar a la furgoneta.

—Óyeme tú, ven acá —dijo Yalemi al volante—. ¿Pero esta niñata qué se cree?, como mínimo la reina de Inglaterra. Yo le daba candela pero bien, cuánta bobería tiene encima, será descarada... y el otro, pero ¿qué cosas habla?

Enrique, con la vista al frente, pero sin ver más allá del cristal, notó cómo Yalemi puso primera y aceleró apurada. Aún se sentía preso del miedo de que Palop fuera más lejos y le ridiculizara aún más ante ella, a la que había conocido por su culpa.

8

Más adelante, cuando el mundo de Sandra se recomponía y podía mirar las cosas —ropa, despertador, calles, cuchillos de cocina, libros, estaciones de metro— sin que de ellas brotaran recuerdos, entendió que entre las confidencias que tuviera con Xavi, este jamás le habría dicho nada de lo que le confesó en Londres. Es probable que ni prestara atención a sus palabras. Y es seguro que sus ficciones, por muy reales que fueran, le interesaran cero y que, como a la otra, le traía sin cuidado. Al menos la Equis podría haberle dicho a Enrique «Sí, claro, me acuerdo, vaya susto», pero ni eso. Con el tiempo, lo que para su padre había sido el relato de una heroicidad barnizada con el destello propio de la épica, para la Equis se había convertido en una anécdota apagada que, como mucho, podría servir para rellenar silencios comprometidos en un corro de desconocidos en algún cóctel. Y Sandra, al evocar la estancia en Londres, sentiría pena por su yo inseguro, generoso con el amigo, ingenuo; y envidia del yo atrevido de la casa de Cathaysa, maldiciendo con media sonrisa que el daño durase siempre más que el placer.

Como no la habían llamado de ningún colegio en todo el curso se preparó para el siguiente y ya en marzo empezó a enviar currículos a destajo. Una tarde sonó el móvil y le dio un vuelco al corazón al leer Julio Pompeu: «Perdón, perdón y perdón, ante todo, por estos dos años de silencio. Lo siento, no...», fue lo primero que oyó y lo que bastó para que se le dibujara una sonrisa natural en la que podía leerse el dolor de la dicha. Sandra aceptó la invitación para ir a su casa y, una vez allí, se sintió a salvo, abrazada por la vida, mientras por su corteza mental fluían los contradictorios sentimientos de recuperar un reino al que no se le había dado entonces la importancia que tenía ahora, pues allí se

habían librado batallas decisivas. Julio superaba el trauma de la partida de Mayte, que empezó reclamando un poco de distancia y había terminado yéndose con un fotógrafo de su edad que colaboraba con revistas de viajes. Y Sandra no tuvo más remedio que darle la razón (encantada, dicho sea de paso) con Xavi. Ella había pensado que lo que los unía era sólido y real y ahora echaba la vista atrás con una leve sensación de malestar, no con odio.

Julio quiso saber más y Sandra explicó que, dada la escasez de oportunidades laborales, seguía viviendo con su madre y seguía buscando clases para el año siguiente. Como si se sintiera en deuda o como si supiera la medicina que precisaba su amiga, Julio le pasó sus contraseñas de Netflix, Filmin y HBO, que fueron apuntadas en el móvil como el mejor regalo posible.

—Me parece que ahora sí creo en las relaciones utilitarias —bromeó Sandra.

—Hoy por ti, mañana por mí.

Como aquella primera vez, si observaba alrededor pensaba que no cambiaría nada, por lo que la sensación de *déjà vu* no estaba ensombrecida por ningún contratiempo ni rencor, sino al contrario, iluminada por la familiaridad que otorgaban el vino y sentirse comprendida.

—Nos ha pasado lo mismo —le dijo Julio más tarde, después de encenderse un cigarro (había vuelto a fumar) y rellenar las copas (y a beber)—: Mayte no vino por mí a vivir conmigo, sino por ella, y la Equis no se escapó por ti a Glasgow, sino por ella. Necesitaba una excusa para huir y tú eras lo que estaba más a mano.

—Pero... ¿y cómo no me di cuenta de eso...?

—Hay quien busca compañía para huir de sí mismo, porque estando solos recuerdan momentos desagradables y si están con otros se olvidan de ellos. —Julio levantó la copa invitando a Sandra a imitarle—. Por nosotros. Aún nos tenemos.

Siete meses después, una vecina del barrio que iba mucho por el Palamós y con quien a menudo se topaba en la calle o en el andén de metro, con la confianza que da tenerse muy vistas, se atrevió a pedirle ayuda con la compra y no pudo negarse a llevarle

una parte. Supo que se llamaba Raven y que era originaria de Senegal. Debía de tener su misma edad, pero parecía mucho más joven. Destacaba su pelo rizado, la piel tersa y los labios gruesos, claramente pulposos. Era ancha de caderas y lucía impasible un manifiesto sobrepeso. Le dejó las bolsas del Condis en el portal y, antes de despedirse, celebraron mutuamente haberse atrevido a romper el hielo. Enseguida cayó Sandra en la cuenta de que nunca la había visto con nadie, siempre remontaba o bajaba la calle sola, con sus andares lentos. Coincidieron de nuevo a las dos semanas, y Sandra sospechó que aquel libre albedrío podía no ser casual. No obstante, confió en la improvisación y se sentó con ella en la terraza del Palamós, pues eran las ocho de la tarde y tenía vía libre, ya que Sandra jamás pisaba el bar en las horas en que su madre trajinaba por allí. Raven le contó que llevaba ya diez años en Barcelona, que comparado con Dakar era una ciudad heladora pero igual de húmeda, y que agradecía poder salir de casa a cualquier hora, y más para alguien como ella. Parte de su familia seguía allí y otra parte en una barriada de Lyon. Dejó caer varias indirectas sobre relaciones fallidas y algún que otro tópico en plan «mejor sola que mal acompañada» o «para las que vivimos solas con poco nos basta» o «mi forma de ser no tenía sitio en Senegal». Dijo que trabajaba en un supermercado, un Condis de la plaza Lesseps. Por fin había firmado un contrato estable y estaba la mar de contenta por ello. Tenía línea directa de metro y el único pero era que trabajaba los sábados. Había empezado de reponedora, pero la encargada la había trasladado a la caja y ahora alternaba las dos funciones. Entonces se desabrochó la chaqueta y enseñó el uniforme, la camisa blanca con finas rayas verdes y azules y, a la altura del pecho, su nombre bordado en letras doradas: RAVEN. Tenía tanto pecho que, al estar sentada, los botones dejaban a la vista partes del cuerpo y del sujetador. A Sandra le gustó lo que veía, por fuera y por dentro, y tragó saliva. Terminó la cerveza y fue al servicio. Dentro del bar se oía con más intensidad, otra vez, esa canción que, de tanto oírla, ya le gustaba: des-pa-sito... Cuando estaba a punto de pisar la calle, notando que Raven la desnudaba con la mirada, sonó su móvil. Era Julio. ¿Tienes una *Vanguardia*

cerca?, le preguntó. No, pero estoy en un bar y seguro que la tienen. Vale, pues cógela y abre la sección de cultura. Colgó y rebuscó el periódico por las mesas hasta que finalmente lo halló sobre la máquina tragaperras. Advirtió a Raven de que debía mirar una cosa sí o sí, que la disculpara, y al llegar a la página 36 no pudo contener un sobresalto que la llevó a taparse la boca mientras el corazón le daba un vuelco: ahí estaba Xavi, en una foto a toda página, bajo el titular siguiente: «Lo de menos en una novela es la trama». Estupefacta, leyó la entradilla: «El joven escritor Javier Ezquerra publica su primera novela, *E.*, una de las sensaciones de la temporada, en la reflotada editorial Ona Libros». Sandra reconoció las plantas y la barandilla y la loza. La foto estaba hecha en la terraza de Ganduxer. Había llenado la mesa de libros y tazas de café. Conservaba impoluto el moreno, se había recortado la barba y llevaba gafas de pasta. Una camiseta a rayas blancas y azules y una americana azul marino le daban un aire de director de cine americano que repite un año más en el Festival de Cannes y está de vuelta de todo. La redactora jefa firmaba el artículo y hablaba de él como de un exponente de la nueva generación de la narrativa en español, como un intelectual de hoy capaz de ser editor y escritor al mismo tiempo, pues dirigía la colección Karakter, cuyo primer título ponía patas arriba los cimientos de la tradición literaria porque era una propuesta radical que desafiaba las leyes clásicas de la novela. Entre comillas aparecían las declaraciones de Xavi, ahora Javier Ezquerra, «Eso de planteamiento, nudo y desenlace es un lastre para el género, está completamente desfasado, la novela realista está de capa caída. Yo he empezado alguna novela realista que verdaderamente haría vomitar a una cabra (risas)». En las ciento diez páginas de *E.* desaparecía la trama, era una novela experimental que la periodista emparentaba con Cortázar (*Rayuela*, por el lado romántico), pero también con los autores del *nouveau roman*, como Alain Robbe-Grillet y André Gide, con películas como *Matrix* o *Crash,* o con el lenguaje de las series caleidoscópicas, y hablaba de capas, de sustratos, de fragmentación, de mensajes de texto, de sugerir, de que el lector debía rellenar los huecos: «Es lo que los

teóricos del lenguaje llaman competencia textual, algo que los escritores tradicionales no tienen en cuenta porque no saben lo que es, ni siquiera conocen las funciones del lenguaje de Jakobson, pero esto ya lo decía el propio Teun van Dijk en *Texto y contexto*». Formado en Barcelona y en Londres, este licenciado en Humanidades que debutaba a lo grande en una editorial pequeña tenía claro que «Hay escritores que escriben novelas como si fueran en una carroza a cantar a su amada debajo de casa para que su padre la deje salir y llevársela al huerto. Perdona, ya hemos superado ese momento, aquí ya no pintan nada descripciones mortíferas, subordinadas interminables ni tochos de Flaubert, Tolstói o Austen... Por favor, más fraccionar y menos Stendhal. Ahora la novela debe reflejar nuestro presente, y nuestro presente es Tinder, TikTok, Instagram, series, música, WhatsApp, y mi novela refleja eso, el mundo de hoy, nada más, y nada menos, la vida como es, no como nos gustaría que fuera». El artículo terminaba asegurando que, ahora sí, la novela tal y como se había concebido en su nacimiento en el siglo XVII quedaba en entredicho y, por si había alguna duda al respecto, aquí estaba la respuesta.

Cuando Sandra alzó la vista y descubrió a Raven le costó reconocerla. Se había olvidado de ella y lo primero que dijo fue perdón. La otra se echó a reír. No se había atrevido a interrumpirla. No obstante, algo le hizo ver a Raven que la Sandra de ahora no era la misma, y por eso, porque le gustaba más la sonriente de antes, le propuso que se vieran otro día.

Sandra aceptó e insistió en pagar las consumiciones. Cuando Raven se puso en pie, Sandra reparó en que sus pantalones azules eran también parte del uniforme y observó con agrado la amplitud de sus muslos, embutidos en una talla que no era la suya.

—Vamos al cine un día si quieres —dijo Sandra—. Te puedo pasar a buscar por Lesseps..., el Verdi está al lado.

Raven no dijo ni que sí ni que no:

—¿Sabes a dónde me gustaría ir un día?

—A dónde, a ver...

—Es que te vas a reír de mí.

—Qué va, qué va; venga, dime —insistió Sandra, que vio en

sus ojos un reflejo infantil e intuyó la posible demanda de ir al Tibidabo.

—A la playa. No te lo vas a creer, pero en diez años que llevo en Barcelona todavía no me he bañado en el mar. —Y sonrió, en parte aliviada de no haber dicho lo que pensaba, algo así como anda, payasa, déjate de películas y tonterías y hablemos.

—Pues hay que ponerle remedio. El domingo que viene cogemos el tren y nos vamos a pasar el día a Caldetas.

Mientras Raven remontaba la calle, Sandra imaginó de antemano lo que sucedería la semana siguiente y la vislumbró así, de espaldas, arrastrando su proporcionado peso por la arena, pasos cortos al encuentro de la orilla, recogiéndose los rizos en una coleta, el sol cayendo sobre su firme piel negra, escuetamente cubierta con un bikini colorido y mínimo que solo puede gustar en el otro, sorteando con las plantas de los pies una breve rugosidad de guijarros y de espuma y recibiendo en las piernas el inicial frío del agua que detiene el avance e invita a hundir las manos primero. Luego la vio adentrarse hasta sentir la barriga mojada y, tras unos segundos de tiritar de contento, aceptar el impulso y el deber de entregar cálidamente la totalidad del cuerpo al agua entre otros saltos de bañistas, dardos de luz y ondulantes promesas de olas a lo lejos. Y llegó a ver a Raven salir, regresar mojada, salpicando, embadurnada de salitre; así se tumbaba en la toalla, boca abajo, la espalda como una sinuosa loma de café punteada de gotas y atravesada por el broche del bikini, hasta ese hueco lumbar que, como una poza, aún retiene esa reserva de agua que en cuestión de segundos se secará. Y apoyando los codos en la arena, girando la vista hacia ella, con un ojo medio cegado bajo los rizos brillantes y esa rasta colorida impertinente que regresa constantemente desde detrás de la oreja a los claroscuros de la cara humedecida, le decía: pues sí que está buena el agua —el blanco de los dientes resaltado—, ¿no te bañas? Y Sandra, con la piel aún untada de protección solar, contenía la respuesta, que acabaría siendo afirmativa, porque aún tenía dudas y necesitaba tal vez que el calor fuera más intenso y acabara de dilucidar ese contraluz lleno de presagios, igual de fértil en esperanzas que en miedos.

Con la primera lectura del artículo sintió la sorpresa, pero con la segunda la tristeza fue ganando terreno y se sintió más perdida y más verso suelto que nunca. Aquella página de *La Vanguardia* le hizo tomar conciencia de la realidad y pedir otra cerveza y reconocer que Xavi tenía razón: aquello reflejaba la verdad, la evidencia, la suya, la de alguien apartado de un lugar que no le había correspondido ocupar nunca. El hecho de leer acerca de su novela le hizo pensar en las que le prestaba a Lorena al principio, cuando empezaba a vivir asumiéndose y quería ver la vida futura a través de las páginas y las pantallas, que estas le enseñasen cuanto desconocía. Aquellas historias no mostraban el día a día más allá de la boda y no podías acompañar a las protagonistas en posteriores desmanes o reveses porque creían que ya no los habría. No permitían entrar en la intimidad del matrimonio, tan solo en la fachada esmaltada de la culminación final/inicial, cuando aún no se sabe que el amor también tiene sus limitaciones y puede acarrear esas insatisfacciones (ay, Gertrud...) que Sandra tan bien conocía y que, a diferencia de Gertrud, no se había atrevido a expresar y tal vez ya fuera siendo hora de hacerlo. A lo mejor *ficción* era lo que había pasado, una fábula, había vivido su cuento de princesa como una de las mojigatas de Austen de las que alguna vez había llegado a mofarse. Tocaba lidiar contra la realidad. Y como pensaba que algunos sentimientos solo tenían gracia en las mentiras, igual era hora de esclarecer y ordenar las razones de la quimera. También ella, que tocaba fondo, podría empezar a poner por escrito una trama, pues por fin creía entender el funcionamiento del mundo y su corazón ya había destilado todo el dolor y el esfuerzo por impedir que el rencor se internara en ella como si fuera su casa.

Cuando la noche empezaba a ser una certeza, se levantó de la terraza y pagó las consumiciones. Ligeramente mareada, subió por la calle hasta llegar al portal. Cambió el periódico de mano para encontrar las llaves. Entró en el piso y recibió el correspondiente golpe de olor a comida procedente de la cocina, otra vez pescado, Marisa y sus reglas. Todos los caminos, todos los desvíos que había intentado tomar en la vida, concluían en su madre, en sus

cuidados. Dijo que no cenaba, que ya si eso lo haría más tarde viendo una película. Ahora se iba a duchar. Se desnudó en la habitación y se envolvió en una toalla. Pisó el baño pensando que ella tenía un nudo y un desenlace, y que solo le faltaba el planteamiento. Dar con él era lo más difícil, saber hasta dónde debía replegarse en el tiempo para otorgar sentido a la trama. Con las primeras gotas frías se mezclaron la imagen de Raven, primero, la de la Equis, después, y aquella melodía lejana que siempre le hacía compañía. Así dejó que se templara el agua hasta posicionarse bajo el chorro y con el empuje (o con la desvergüenza) de las cervezas, aprovechando la íntima soledad de las mamparas vaporosas, empezó a entonar el estribillo: «Se va enredando, enredando, como en el muro la hiedra, y va brotando, brotando, como...». El agua se colaba por la boca y la nariz pero seguía cantando, conteniendo las ganas de contonearse al sujetar el bote de gel que vaciaba en la mano. Las caricias del calor emanaban nostalgia de otros baños. Subía la temperatura y se perdía su afinación. Al notar el jabón deslizándose por el cuerpo, las manos por los hombros y los pechos, se percató de que sí, de que estaba llorando y de que en esos suspiros se ahogaban la letra y la música... «Lo que puede el sentimiento no lo ha podido el saber, ni el más claro proceder, ni el más ancho pensamiento...» En ese espacio minúsculo se hacía grande su tristeza y Sandra luchaba contra ella, dando salida a una desdicha que había contenido ante los demás y ante ella misma. No podía ser aquella atmósfera dueña de ningún recuerdo, pero ahora los abarcaba todos; y sin dejar de llorar, Sandra celebró habitar en aquella otra milonga del solitario y en la rabia al silencio de su amigo Julio, verse como un despojo, la gran suerte de no tener nada ni a nadie más que a ella misma, su impaciencia y sus desvaríos, y el deber irremediable de empezar de nuevo. El prodigio de estar sola y vacía, de ser un cero a la izquierda sin tener a dónde ir ni con quién. El verso suelto ya contaba casi cuarenta abriles y una herida (quizás la misma que Xavi). Y así, mientras el torrente de agua caía en la nuca, por primera vez en muchos años, incomprensiblemente, se sintió feliz de haber cometido tantas imprudencias, tantos errores; y

entremedias de todo aquello, como si suplicara a la memoria que le echara una mano, de golpe la invadió el deseo de abrazar a su padre, que cuando era niña tanto miedo tenía de que le pasara algo, de que se hiciera daño, de que sufriera, y al que no abrazaba desde entonces; las manos que tantas veces la alzaron de la tierra de aquel parque de Hospitalet con las rodillas rojas y sus rabiosos lloros, similares a estos, y el consiguiente mimo posterior a las caídas, cariño en el que se calmaban y se desbarataban los dolores mucho antes de que en ella se instalase el desprecio y dejara que su voz y sus atenciones se manifestaran únicamente a través de su ausencia. Todos los años que le había dado la espalda ahora le reclamaban audiencia, porque al fin y al cabo era él quien le había permitido conocer la dicha y la melancolía, era él el culpable de muchas de sus vivencias y sus desasosiegos.

Al cerrar el grifo, Sandra abrió la puerta de metacrilato, recibió el impacto del frío y desdobló la toalla. Se apresuró a despejar la niebla del espejo con la mano derecha para verse reflejada en él: el pelo mojado, la respiración aún agitada, resoplando. Hay que ver, con lo que yo he sido, en lo que se convierte una, vaya ojeras, cómo se me marca el cuello, ¿me tendré que teñir?, qué flacidez. Curiosamente, a pesar de lo enrojecidos y húmedos que seguían sus ojos, se echó a reír al considerar que había valido la pena todo lo que una parte de ella añoraría siempre. La incertidumbre era su franquicia. Y sin venir a cuento, emergiendo del pasado, se apelotonaban a las puertas de la noche una confusión de fogonazos: la *Cullen skink*, los *fish and chips*, el desencuentro con Prisca, un chaleco naranja, la trastienda del Nice N Sleazy, las escaleras del Andy Capp, las canciones de Julio, el laboratorio de fotografía de la uni, el simpa de Londres, las fiestas torpemente alargadas para nada hasta la amenaza del alba, las horas de más con Lorena, los cines, la lascivia de Blanca, las camisetas perdidas, la divina estupidez de buscar a una mexicana bajo la tormenta, las equis derivadas de Ximena y de Xavi y, claro, los abrazos de Isa, las enseñanzas de Isa, las llamadas sin responder de Isa.

Mientras se secaba, ya en la habitación, se dedicó a imaginar

un principio para la historia que contaría y que mentalmente iba escribiendo en el ordenador: «Para empezar, un aula de universidad y una alumna rezagada»... No, no, otra cosa... (arrancó la etiqueta del pijama que le había comprado su madre la semana anterior). Borraba y estrenaba página: «Para empezar: un chaleco salvavidas de color naranja»... No, tampoco. Borraba otra vez y vuelta a la página en blanco: «Para empezar, dos limones en una camiseta y dos amigas con el verano por delante». No, por favor... «Para empezar: una postal enviada desde Berlín firmada por Isa»... «Para empezar, un profesor que me cambió de nombre», tampoco... Dando vueltas a lo mismo, sin dejar de soñar despierta, Sandra retiró las sábanas y se metió en la cama (qué bien olía el suavizante de su madre). Hoy no vería ninguna película, estaba agotada. Apagó la luz de la lámpara y se dio el tiempo necesario para acompasar los latidos a la respiración. Llevó las manos a lo alto del vientre e, invitada por la oscuridad, cerró los ojos. Antes de dormirse tuvo claro hasta dónde tendría que retroceder para llegar al inicio: «Para empezar, el siete». No. «Para empezar, la carga emocional.» Mmmm. «Para empezar, el portazo de Nora», casi. «Para empezar, la poética del regreso»..., claro; o no, mejor así: «Para empezar: sol...».

Nota del autor

Durante los tres años de gestación de esta novela varias personas la han enriquecido con sugerencias, lecturas e informaciones sobre determinados aspectos. Agradezco por tanto la complicidad de Andrés Rubio, Anna Soldevila, Mònica Martín, Eva Cosculluela, Fernando León-Solís, Eva Colás y Montse Ballesteros. Asimismo, una vez más tengo muy presente a quienes han hecho posible que se escribiera: Marion y Marc, *comme toujours*.

Verso suelto
Use Lahoz

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.
Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Use Lahoz, 2023
por mediación de MB Agencia Literaria, S. L.

© del diseño de la cubierta: Planeta Arte & Diseño
© de la imagen de la cubierta: Nagib El-Desouky / Arcangel

© Editorial Planeta, S. A. (2023)
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S. A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

Esta obra ha tenido el apoyo para su creación del Ministerio de Cultura y Deporte a través de la convocatoria de las ayudas a la creación literaria correspondientes al año 2022.

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2023

ISBN: 978-84-233-6315-5 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!

¡Síguenos en redes sociales!